

FRANCISCO MORALES PADRON

SOÑANDO  
CAMINOS

EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA  
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.



EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO  
INSULAR DE GRAN CANARIA  
Casa-Museo de Colón  
Colón, 1 - Las Palmas

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).

B. 1561

FRANCISCO MORALES PADRON

# SOÑANDO CAMINOS

EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA  
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

1977

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	31829
N.º Copia	51847



Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adónde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...

ANTONIO MACHADO:  
*Soledades.*

Depósito Legal: SE-347-1977 — I.S.B.N.: 84-600-0881-9.

---

Escuela Gráfica Salesiana de Sevilla - M.<sup>a</sup> Auxiliadora, 18 - Sevilla, 1977

A mis hermanos:

Carmen  
Gonzalo  
Jaime  
M.<sup>a</sup> Olga y  
Miguelo

## INDICE

Introducción ... ..	11
CAMINOS CANARIOS	
Siete islas para siete dioses ... ..	15
El último paseo con mi padre ... ..	18
Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti ... ..	21
Plus amari quam timeri ... ..	25
La hora de Canarias ... ..	28
¿El flautista de Hamelín en Las Palmas? ... ..	32
La azotea de mi madre ... ..	36
En esa calle me crié yo ... ..	39
Carnavales y M.P.A.I.A.C. ... ..	44
La ciudad de las palomas ... ..	48
CAMINOS SEVILLANOS	
Pío Baroja y Sevilla ... ..	53
Ha muerto Gustavo Adolfo Bécquer: 1870 ... ..	58
Pedro Salinas en la Facultad de Letras de Sevilla ... ..	62
El primer presidente de Cuba eliminado de la clase en la Universidad de Sevilla ... ..	65
La Pastora pasea por Triana ... ..	70
El río y San Expedito ... ..	74
El Instituto Hispano-Cubano ... ..	78
La ciudad desarbolada ... ..	84
Cernuda y Sevilla ... ..	87
Memorias de un seise ... ..	90
CAMINOS ONUBENSES	
La Rábida, universitaria hispanoamericana ... ..	95
El ajuar del guerrero ... ..	98
La sierra de Huelva del Reino de Sevilla ... ..	101

Muñecas y fregonas .....	107
Punta Umbría, ayer .....	111
Olores y sonidos del verano .....	115
El camino hacia la playa .....	118
Del hombre-reloj y de otros hombres .....	121
La lectura bajo la sombrilla .....	124
Espectáculo veraniego a orillas del mar .....	128

#### CAMINOS AMERICANOS

Seis segundos en Dallas .....	135
Navidad en Puerto Rico .....	138
Fin de año en Haití .....	143
Reyes Magos en Santo Domingo .....	147
Tristeza, alegría y nostalgia en Hispanoamérica .....	152
La violencia en América .....	156
El cacique Túpac Amaru .....	160
Lima en julio .....	164
Más vale perder un minuto en la vida, que la vida en un minuto.	168
El mensaje de Rodó .....	172
Curaçao, corazón .....	176

#### CAMINOS VIAJEROS

Colón y don Quijote Astronauta .....	183
Descubriendo islas: Tabarca .....	187
Valencia, hermana de Sevilla .....	190
Velarde... y Daoiz .....	198
Viento del Este .....	202
Desde Alemania, sin amor .....	208
Desde Italia, con amor .....	211
¿Dove está Dante? .....	214
Sin trompetas ni tambores .....	217
El Barón de Munchhausen y los Reyes Magos .....	221
El conocimiento de España .....	225

#### CAMINOS INFANTILES

Un caballo junto al mar .....	233
Niños sin juguetes .....	237
Los niños locos .....	241
Los olvidados .....	245
Juegos postergados .....	250

## CAMINOS UNIVERSITARIOS

Lo que pasa en la Universidad ... ..	257
El prisionero de la calle Laraña ... ..	264
Aulas vacías ... ..	268
¿Qué quieren los estudiantes? ... ..	272
Educación y adolescencia ... ..	279
El Rector ... ..	282

## CAMINOS POLITICOS

Anónimo resentido ... ..	287
Con Soledad, casi treinta años después ... ..	291
Patria sin puertas ... ..	294
El hombre de buen deajo ... ..	298
Sobre el regionalismo ... ..	301
La humillación de las paredes ... ..	305

## CAMINOS RELIGIOSOS

Tiempo para meditar ... ..	311
Ha llegado la hora, ¿esperamos a alguien? ... ..	314
Lo que los Evangelios no cuentan ... ..	317

## CAMINOS DE LA AMISTAD

Las rosas que no se enviaron ... ..	322
Yo tenía un amigo ... ..	329
Carta a un amigo ... ..	332

## INTRODUCCION

*Me hubiera gustado explicar en el preambulillo de este libro cómo, cuándo y por qué se escribió cada uno de sus capítulos. Solo dos se redactaron siguiendo un mandato o ruego. Los demás surgieron espontáneamente, como una necesidad espiritual y hasta física de expresar lo que teníamos dentro. A veces ese algo encerrado llevaba, no digo días, sino años luchando por brotar. Casi todos están escritos «sobre la marcha», tras la inmediata vivencia o mientras se vivía la experiencia. Muchos fueron redactados en tanto viajábamos en avión, y no falta el artículo plasmado en horas insólitas de la madrugada bajo el aguijón de una imperiosa urgencia. Otros se han construido con un material que estaba depositado en el poso de nuestra personalidad. Cualquiera día, inesperadamente, aquella argamasa de ideas y sensaciones, quiso salir al exterior y mostró su cara en forma de artículo. Artículo que puede tener también su razón de ser como instrumento para exponer un parecer personal sobre un tema, una situación o unos comportamientos. Con lo dicho vemos que la carga de subjetividad es inmensa.*

*Comenzamos a escribir en la prensa en el año 1959. En Canarias, en Sevilla (solo unos pocos en Madrid) vieron la luz estos renglones (algunos merecieron ser reproducidos en prensa hispanoamericana). Dos periódicos, sobre todo, acogieron nuestra colaboración: el A B C de Sevilla y La Provincia de Las Palmas de Gran*

*Canaria. Sus directores siempre acogieron beneplácitamente nuestras aportaciones y a ellos deseamos agradecer desde este pórtico la aceptación o visto bueno que siempre dieron a estas páginas hoy convertidas en libro. Son muchas más las salidas en forma de artículo periodístico, pero hemos creído necesario realizar una selección y formar este cuerpo con los textos que podían tener una mayor vigencia y no ser solo flor de un instante.*

*Nunca un autor, por muchos libros que escriba —nos parece—, puede sustraerse a la emoción de un libro impreso. Es como el nacimiento de un nuevo hijo. Estos artículos, algunos ya casi olvidados por el mismo autor, al reunirse para formar una obra, nos producen una tremenda alegría y nos permiten volver a revivir instantes de nuestra vida. Con gozo los vemos reunidos como buenos hermanos, hijos de un padre, que se hace responsable de ellos y que ve en ellos parte de su personalidad. Con este sentimiento de felicidad, va el de gratitud a dos organismos: la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, donde mis compañeros y nuestro Director, el Excmo. Sr. Dr. D. Faustino Gutiérrez-Alviz, dieron el total apoyo para esta edición; lo mismo que el Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria, cuyo Presidente, D. Lorenzo Olarte Cullen, junto con Ervigio Díaz Bertrana, Consejero de Cultura, y Alfonso Armas Ayala, Director de la Casa de Colón, no dudaron tampoco en dar su visto bueno. Mi más honda y sincera gratitud a todos ellos; personas y organismos.*

*Sevilla, junio de 1977.*

## CAMINOS CANARIOS

## SIETE ISLAS PARA SIETE DIOSOS

La historia que vamos a contar sobre el origen y poblamiento de estas siete islas tiene unos principios nebulosos. Como en la historia del origen del mundo, como en la historia de algunas grandes culturas y hombres importantes. Sobre esos principios giran distintas teorías. Antiguos rapsodas, a lo Homero, cantaron que estas siete islas del Atlántico eran mellizas de las siete del Jónico, las de la «Ilíada» y Ulises, llamadas Corfú, Leucade, Paxos, Itaca, Cefalonia, Zante y Citeria. Viejos anales hablan de siete hijos de Saturno que lograron escapar de la voracidad de su padre y huyeron hacia Occidente buscando la vida en nuevas tierras. Escritos posteriores insistían en una tormenta que Eolo vengativo, vomitó sobre el barco de los siete dioses —que estaban de paseo por las islas del Egeo— y los empujó hasta el confín de Occidente como a Kolaios de Samo. La tradición oral cuenta que los siete dioses del Olimpo, molestos con los hombres, decidieron hundir en el Mar Exterior o gran Océano a su habitat, fragmentándolo, porque sabían que la unión hace la fuerza, en siete habitáculos que se reservaron para ellos y algunos supervivientes buenos que no habían osado, como otros, trepar hasta su alta morada construyendo una gigantesca torre. Las diversas opiniones sólo coincidían en afirmar que los siete dioses eran mellizos y que tenían distintas aficiones.

Cada dios se refugió en su isla, envuelto en su felicidad y su quehacer. Cada isla fue un paraíso terrenal para aquellos dioses, que permitieron la vida a algunos hombres y toleraban que las

almas de los buenos, muertos en Oriente, fuesen a morar con ellos. Afortunado era quien allí vivía y bienaventurado el que allí podía morar. Los muertos —sus almas— prolongaban allí su vida eterna. En todo el Mediterráneo se sabía esto, y como un lema turístico, entre fenicios, griegos, cartagineses y romanos corría el «slogan»: «Usted no ha nacido en Canarias, pero puede renacer en Canarias», porque esas eran las islas ansiadas en vida. Sin embargo, era muy difícil alcanzar aquel mundo, celosamente guardado tras unas columnas con cadenas que cerraban un estrecho, y detrás del cual había monstruos y nieblas que impedían orientarse y navegar. Amparados y aislados, los dioses cultivaban sus aficiones. El de Tenerife, usando de la gran fragua del Teide, construía cacharros y utensilios, que luego repartía, benefactor, a los hermanos; de vez en cuando hacía algún arma, pero expuesta y contemplada, la arrojaba al mar, porque era firme el acuerdo de aborrecer la guerra. En Gran Canaria su dios criaba perros, pájaros y palomas, que vivían sin jaulas y volaban de una a otra isla llevando el mensaje de su canto y de su paz. El dios de La Palma amaba a las flores y la música, haciendo de su isla un jardín que brillaba en la noche como un faro y perfumaba a todo el archipiélago. En Fuerteventura, su dios, enamorado del viento, cuidaba de multitud de ganados de blanquísimas lanas con las que se hacían bellos tejidos teñidos de orchilla. Su hermano, el dios de Lanzarote, dios silencioso por excelencia, no oía la flauta pastoril del vecino refugiado como estaba en su tremendo silencio y concentrado en cultivar la tierra, algo hostil. Desde el Hierro se esparcía el rumor de colmenas y un aire dulzón, pues su dios era apicultor y vivía oculto entre abejas. Finalmente, el dios de la Gomera amaba el agua. Tenía un jardín de árboles que destilaban agua y muchos barcos en los que navegaba, pasando más tiempo en el mar que en su isla, persiguiendo siempre a otra isla con la que se había encaprichado y que huía como la luz sobre el mar sin dejarse aprehender.

Fue precisamente este dios navegante de la Gomera el que un buen día tropezó con algo que creyó era su isla amada. Luego vio que no, que era una inmensa ballena —la misma que llevó a Jonás en su vientre— sobre la que venían siete obispos cris-

tianos. Huían de un pueblo infiel que les había invadido, sin saber cuál sería su destino, pero pensando que llegarían al reino del Preste Juan. Aquellos siete Colones medievales sustituyeron a los siete dioses paganos, porque éstos, invisibles a los ojos de los obispos, decidieron retornar a su cielo y dejar que los hombres de las islas usaran ya de su libre albedrío. Los siete obispos, proselitistas, convirtieron a los isleños a su religión, y como eran viejos y les dolía el frío, decidieron quedarse para siempre en las islas. Pasó el tiempo. El de Tenerife convirtió la antigua fragua en un infierno, adonde iban los hombres malos; el de Gran Canaria se hizo un gran escudo y metió en él a los perros y enjauló a los pájaros; el de Fuerteventura, arrollado por el viento, se dio a la meditación y dejó morir el ganado; el de Lanzarote se hizo guerrero para luchar contra los continuos piratas que le visitaban para tomar esclavos, cueros y sebos; el de La Palma siguió cultivando las flores y la música; el de Hierro murió de diabetes, por goloso, y el de la Gomera se fue con Colón a América en 1492, llevando simientes, animales y un evangelio. Los hombres, tutelados y dominados por los dioses hasta entonces, al quedar redimidos y responsabilizados con los obispos que le trajeron la libertad y la libre determinación, tuvieron que luchar contra su naturaleza humana, contra la tierra para sacarle el fruto y contra los hombres de Europa, que, enterados del buen clima, invadían el archipiélago y se iban —para volver cada año— esparciendo el lema: «Usted no ha nacido en Canarias, pero puede renacer en Canarias».

## EL ULTIMO PASEO CON MI PADRE

No recuerdo ir de paseo con mi padre siendo niño. Ibamos, como de visita, a casa de familiares en la Angostura, La Hoya Bravo...O íbamos a la finca de «Madre» (la suya); pero ir a pasear, cogido de su mano, explicándome esto o aquello, no lo recuerdo nunca. Recuerdo que siempre iba rápido, adondequiera que marchara. No era hombre de paseos lentos, de meditación o contemplación. Yo diría que se pasó la vida caminando, sin sentarse plácidamente a gozar de la quietud del ocio. Cuando se sentaba lo hacía incómodamente, en una silla masculina en su tiesura y simpleza, antes que en un sillón femenino. En su inquieto andar llegó hasta Suramérica y ya viejo y enfermo no dudó en ir y volver en una incómoda furgoneta gastando sólo doce horas de Sevilla a Granada. Fue uno de sus últimos viajes largos y lo hizo un día de invierno, abarrotado de agua.

No sé si fue él o mi madre —sin duda él— quien de niño me llevó en unos de sus viajes a Las Palmas a ver el mar, junto al salitroso Teatro Pérez Galdós. Allí donde el mar huele a mar más que en ninguna otra parte del mundo de las que conozco. Otra vez me llevó a contemplar los Carnavales, en la Calle Triana; y otra, el Cine Cuyás, a ver «El precio de un beso», de José Mojica. No recuerdo, pues, salvo lo que acabo de escribir, ir a pasear con mi padre.

Pero en esta tarde, la última suya, he ido por fin de paseo con mi padre. Hemos salido de la Plaza de Santo Domingo, cuyos árboles estaban agobiados de pájaros. Fuera de esta algarabía habitual, la tarde estaba toda transida de paz y de suave luz. Dejando atrás la plaza hemos ido por Dr. Chil, hemos pasado frente a la catedral para decir adiós a los perros y palmeras de la plaza

de Santa Ana y a algunos amigos que estaban tras las puertas entornadas de un bar que él frecuentaba, cruzamos por el Puente de Piedra y, sin hacer caso de otros amigos viejos que estaban sentados en la Plazuela, seguimos por Pérez Galdós adelante. ¿Adónde me llevaba mi padre? ¿Qué le pasaba? Se desviaba de su acostumbrada ruta. Debiera haber cruzado la Plazuela para dirigirse a Triana, a casa de su hermana. ¿Qué le pasaba que no prestaba atención a sus amigos de la Plazuela? Me consta que cuando estaba lejos de la ciudad una de las cosas que más echaba de menos era la visita a casa de su hermana y las toses, carrasperas, cigarros y discusiones de sus amigos.

Salimos de la ciudad, yo no dije nada y le seguí. Seguimos hacia arriba, por la carretera del Norte. Lo que parecía un paseo se convirtió en una caminar rápido, tan propio de él. Hombres y mujeres le saludaban al pasar; muchas mujeres se santiguaban y muchos hombres se destocaban seriamente y se ponían en pie si estaban sentados. Y yo me acordaba del mismo gesto que los hombres de mi pueblo hacían al caer sobre la dulzura del atardecer «la oración» desde las campanas de la torre oscura y cuadrada de la iglesia. Algunas niñas que jugaban al corro dejaban de saltar para contemplarlo pasar con una mirada de misterio e interrogación desde su inocencia. Pasamos junto a un cuartel. Era la hora del paseo vespertino y los paracaidistas salían marciales, arreglados y limpios, pensando en mujeres. Pero al ver a mi padre se cuadraban serios y rígidos y lo saludaban como nunca lo habían hecho.

El sol se iba poco a poco tras la cumbre y no se notaba ya bien que mi padre, siempre humilde, sentía vergüenza por aquellos saludos. Pero se percibía que le encantaba que hombres sencillos, sentados en corro en las puertas de algunas casas, se levantaran y destocaran. Las postreras casas de la ciudad se fueron quedando rezagadas y mi padre no paraba de andar. A mí cada vez más se me iba encogiendo el corazón. Al borde de la carretera, manchones rojos de flores de pascua se conjugaban con el verde oscuro de las plataneras. La ciudad, por fin, quedó atrás. Mi padre aceleró el paso. Tal vez, pensé, quería observarla desde lo alto, a esa hora plácida e indefinida del crepúsculo. (Yo

me iba acordando entonces de un reloj que él tenía donde se leía, en latín: Desde que nace el sol hasta que muere»; y «No sabes el día ni la hora».

Enfilamos una avenida de jóvenes laureles de la India donde los pájaros jugaban a dormirse ya, y, por fin, alcanzamos el mirador buscado. Allí había muchos más, llegados antes que nosotros, totalmente en silencio, temiendo destrozar el milagro del ocaso y el leve rumor del mar todo extendido alrededor. Ya era hora de pararse y de descansar, aunque yo no estaba nada fatigado. Sin embargo, una vez más, otros hombres molestaron a mi padre. Temí que se quejara violentamente, pues tenía un genio tremendo. No lo hizo y me extrañó. Y lloré por aquella molestia al final del paseo. De noche ya pudo reposar definitivamente. Se situó incómodo, como siempre le gustó vivir, con la ciudad y el mar a sus pies. Le noté que estaba muy cansado. No hablaba, no me decía nada. Opté por no interrumpir su actitud y me fui despacio y en silencio..., dejándolo en su «ocio y eternidad».

QUE SE ME PEGUE LA LENGUA AL PALADAR SI NO  
ME ACUERDO DE TI

Generalmente nos consideramos liberados del pasado —que ha hecho posible el presente—, pero, inesperadamente, una foto, una música, un paisaje, una voz, un perfume o cualquier cosa son capaces de amontonarnos en la memoria o en el corazón recuerdos, vivencias antiguas y soterradas. El mundo del olfato, como el del oído, la vista o el gusto ejercen una tremenda influencia sobre nuestra emotividad y vida espiritual. Digo esto, archisabido por todos, porque no hace mucho a poco de salir de misa, resonándome aún en los oídos la voz del salmista que me enviaba a través de los siglos el salmo que ha servido para titular este manojito de sensaciones y observaciones, llegó el cartero —el Cartero del Rey, diría Rabindranath Tagore— y me entregó una misiva con un contenido insólito: una fotografía a cuyo margen se había escrito una invitación para un almuerzo que se iba a celebrar un día fijo en una isla a más de mil kilómetros de distancia y al que concurrirían compañeros y amigos algunos de los cuales hacía veinticinco años que no les veía. Era una invitación inesperada, peligrosa, pero atractiva y difícil de rechazar. No sé si me acordé de San Borondón y su navegar fantástico por el Atlántico medieval y pensé no encontrar una isla y unos amigos envejecidos, sino varias islas con diversas sorpresas; lo cierto es que incrusté en mi voluntad el fuerte deseo de ir, de no faltar a la cita.

En la foto se veía a unos casi niños y a unos casi hombres, en cuarto año de Bachillerato, distante aún del futuro y más

atentos a salir bien retratados que a lo que la vida les iba a ofrecer o les iba a regatear. Unos cinco años después otro fotógrafo retrató a la grey estudiantil. Ya eran menos; la dureza de los estudios, los avatares en general, habían cribado a varios, pero allí seguía un puñado de ellos y de ellas (ahora también había mujeres) sonrientes, acompañados de unos profesores orgullosos porque habían aprobado el llamado entonces Examen de Estado. De eso hace veinticinco años y para celebrarlo nos íbamos a reunir todos, los que llegaron al final y los que abandonaron la prueba dura del Bachillerato.

Sobre la primera fotografía, sólo de niños casi hombres o de hombres casi niños, se superponía la segunda foto embellecida con un grupo de chicas inconscientes, como sus compañeros, a los caminos que iban a seguir a partir de entonces. Había una vestida de blanco predestinada a no pasar de joven; había otra, toda inteligencia en sus ojos; y otra, vestida de negro, toda dulzura en su mirar, con una belleza de veinticinco años después. De ahora, quiero decir. Sin presentirlo aún algunos hilos de aquellas vidas se romperían, otros se entrecruzarían y enredarían para volverse a separar, y otros irían por hilvanes distintos.

Sólo los varones de la primera foto-invitación la han recibido invitándoles a un almuerzo so pena de quedar castigados en el «Salón General» del Colegio el sábado por la tarde si no comparecían a la cita. Aquella amenaza nos trajo clara y nítida lo terriblemente molesto que era el castigo sabatino cuando obteníamos malas notas o nos habíamos comportado mal. Y por aquello de que «el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado», decidimos no vernos castigados y comparecer. Pero, ¿irían todos? Todos fueron, menos dos o tres imposibilitados por deberes y compromisos y dos que hacía tiempo tenían —habían tenido— una cita con Dios. Porque veinticinco años es tiempo más que suficiente para morir.

Casi puntuales fueron llegando a la finca «Jacomar» del anfitrión. Entre el verde de las plataneras, entre los pinos (¿Eran pinos?) y la casa blanca vigilada por un carro convertido en jardín y rebosado de flores, se fueron situando los «Vogue», «Triumph», «Mercedes», «Vauxhall», «B. M. W.», «Jaguar», «Fiat», «Hill-

man», «Ford», «Lancia», etc., exponentes tal vez de una situación o desahogo económico. Sus dueños llegaban dispuestos a gozar con el reencuentro, sin pensar que más que disfrutar iban a emocionarse y a sufrir. Por lo menos yo. Porque íbamos a recordar, a volver a pasar emociones, sensaciones, anécdotas, hechos, personas y vivencias por la memoria y el corazón. Un corazón, el nuestro, con más de cuarenta años, acondicionado ya para hacer oposiciones a infartos de miocardio.

Gritos, saludos, abrazos... fueron alborotando la tarde ya madura. Algunos no se reconocían, tenían que preguntarse quiénes eran. Reconocidos todos, evocaron, recordaron y sufrieron. Allí estaban también el inspector del Salón General, tan terrible en nuestra juventud y tan inofensivo en nuestra madurez, y el director-profesor inolvidable, el cual, cuando nosotros en nuestra adolescencia llegamos hasta la orilla de su saber y enseñanza, tenía la edad que ahora nosotros llevábamos a cuesta. La mayoría estaban casados. Sólo quedaba un soltero y un rezagado que se disponía a vivir la aventura o a jugar a la lotería del matrimonio. Varios no tenían hijos y destilaban tristeza en sus ojos o en su voz al decirlo. Otros tenían varios y vivían achatados por el peso de los problemas que ya les planteaban: no estudiaban, no respondían al reto del momento, holgazaneaban, se habían ido de su casa... Algunos de mis amigos no comprendían ciertas actitudes de sus hijos comparándolas con su época. Pero, ¿cabía comparar? No acertaban a comprender desde su puesto de médico, de arquitecto, de marino, de comerciante, de apoderado, de catedrático, de abogado, de agente comercial, de notario, de maestro, etc., la actitud de sus hijos sin darse cuenta que había pasado el tiempo de una generación y, por lo mismo, no era posible establecer paralelos «con nuestra época». No podíamos decir: «Porque en nuestra época...».

Mientras el sol envejecía y la luz se iba humillando tras las cumbres, la tarde se fue haciendo más finita físicamente y más infinita espiritualmente porque las puertas de muchos corazones se abrieron. Los recuerdos insondables me fueron poniendo triste. La alegría había dejado paso a la nostalgia y ésta a la tristeza. El corazón, o mis corazones, se me agolparon en la boca y no me

dejaban hablar obstruyéndola. Era como si toda mi vida estuviera en marcha, a través de una circulación congestionada, sin semáforos reguladores. Uno me hablaba de una mujer siempre presente; otro me confesaba que era un alcohólico anónimo y que los amigos lo rechazaban; alguno me traslucía su fracaso profesional... Eramos tantos que bien podíamos gastarnos el lujo de no ser todos felices. Yo tampoco al final de la tarde lo era. La voz se me había caído y me había olvidado de hablar. Prefería escribir o poder hacer de nuevo la primavera de nuestras vidas. Pero esto último era imposible y, como dice un poeta, «me fui, sin haber venido», llevando arrastras, de mi mano, a mi corazón empeñado en quedarse allí.

## PLUS AMARI, QUAM TIMERI

Cuando de pronto nos llega una estampa gráfica que no recuerda nunca haber visto, pero donde figura; donde aparecen compañeros de Colegio, compañeros de Universidad... Donde hay sonrisas ante un futuro que se nos abre como las puertas del Colegio Mayor, donde hay hombres con dieciocho o diecinueve años que murieron apenas llegados a los veinte... Donde hay una serie de figuras uniformadas, prueba plástica de un momento de esta historia que nos ha tocado vivir... Cuando, repito, nos llega esto sin pensarlo y damos marcha atrás al reloj de nuestra vida y comenzamos a desandar lo andado, nos entra una especie de pesadumbre. En este hombre actual que soy yo, pasado ya los cuarenta ha tiempo, está enterrado aquel otro muchachito que veo en la foto. Aquel otro muchachito que un día, con muchas estrecheces y ayudas, llegó a la «Pensión del Cristo» creyendo percibir una olor a manzanas, a ropa metida en espliego, como había leído en las «Sonatas» de Valle Inclán, y, de pronto, entró en una habitación neblinosa de humo y llena de estudiantes, con una mesa en medio, sobre la cual bailaba Jorge Fuentes Duchemín con sólo las botas de Milicias, puestas. Nunca he olvidado la imagen, la sensación. Y no por aquel choque La Laguna dejó siempre de evocarme a Valle Inclán, que con Baroja y Rabindranath Tagore, empapaban mi alma entonces. A continuación siguieron los autores rusos, ya dentro del Colegio Mayor San Agustín, para escándalo de un intelectual grancanario que un día nos visitó y mostró su asombro ante lo

que yo —«snob» y presumido— leía con cierto descaro y ostentación juvenil.

Recuerdo perfectamente nuestro éxodo —medio mareados por el vino ingerido— de la «Pensión del Cristo» con nuestras maletas y baúles hacia el Colegio. Recuerdo perfectamente a mis compañeros de habitación, principiantes a abogado y farmacéutico. Recuerdo nuestra ventana, cara a la casa de Mariadela, la actual esposa de Jorge Fuentes Duchemín, a quien todos admirábamos. Recuerdo..., recuerdo a Manolo (sin más, ¿para qué?), inteligente, bueno, que un día decidió irse para siempre como en los versos de Diego Navarro:

«Te apeaste del aire y desde el cielo  
a la tierra escapada del verano.  
Descendiste temprano y más temprano,  
cortando en vilo el talle de tu vuelo...».

Recuerdo a don Domingo Pérez Cáceres, con quien me confesaba porque me parecía estupendo, y debía serlo ya que luego lo hicieron obispo. Recuerdo a nuestro director —Juan de Lorenzo Cáceres— y a muchos de los colegiales; unos inolvidables por sus juergas y empeños de gabardinas en Santa Cruz; otros porque —dicen— fumaban grifa encerrados en su habitación y eran algo mafiosos frente a los demás canarios. Recuerdo a aquellos catedráticos solteros y algo juerguistas que robaron los patos de la Plaza de la Catedral...; patos que luego también aparecieron en nuestro Colegio por obra y gracia de... ¿Te acuerdas, hoy abogado ilustre de estas aventuras en nuestra Casa de la Troya? Porque algo de eso tenía entonces el Colegio, nuestro cuartel general, de donde salíamos para ir a clase por la mañana y andar y desandar todas las tardes la calle de la Carrera, meter nos en la bodega del «Sótano» a beber y cantar «Violines Húngaros», «Veneciana», «Vereda Tropical», «Mi Casita de Papel» y tantas otras canciones. Recuerdo la calle empedrada de nuestro Colegio, con sus hierbas y sus tejados con berodes...

Recuerdo muchas cosas y sufro con esta evocación, porque recordar es volver a pasar por el corazón y este corazón nuestro

de ahora no es el corazón de hace veinticinco años, amplio, generoso, dispuesto a amar sin medida, dispuesto a imponerse siempre a la cabeza, dispuesto a la rebeldía, dispuesto a emprender aquel lema sanagustiniano de nuestro escudo: «Plus amari, quam timeri». Fue algo que se me quedó grabado a fuego y sólo por el aprendizaje y la práctica de ese lema creo que vale en oro los años que viví en el Colegio Mayor San Agustín, donde sigue estando mi corazón, igual que en todas las partes donde hemos ido dejando jirones de nuestra vida.



## LA HORA DE CANARIAS \*

«Son las diez de la mañana, nueve de la mañana hora insular canaria». Algo como esto, más o menos, dicen o suelen decir los locutores de Radio Nacional. Y yo siempre que lo escucho me planteo la diferencia que hay entre *hora canaria* y *hora de Canarias*. Porque hay una hora canaria u hora de Canarias de acuerdo con la situación de las Islas dentro de los meridianos. Y hay también una hora histórica de Canarias. En un tiempo ya ido el meridiano de la isla de Hierro equivalía al actual de Greenwich. Eso quedó arrumbado hace años y las islas, en ese sentido, perdieron actualidad e importancia. Pero continúa el Archipiélago contando con el meridiano de su ser y razón de ser dentro de una comunidad nacional y en el contexto de una problemática internacional. En este sentido el canario está adquiriendo una meridiana noción de tal problemática y, por obra de sus autoridades, anda buscando soluciones y derroteros a la nueva alternativa insular. Decimos nueva porque nuestras Islas son las Islas del Dilema, las Islas de la Duda. Siempre han vivido atosigadas por contrariedades e incertidumbres, pese al nombre de Afortunadas.

La cultura, la preservación y la multiplicación del acervo cultural del pueblo canario, es una de las terapias que se han escogido como fármaco a aplicar en esta hora de Canarias que parece haber sonado de modo rotundo. En tal circunstancia estimamos

---

\* Publicado en «La Provincia» el 7-XII-1975.

que nada mejor que una revista para llevar a las gentes ideas y para recibir de las gentes sugerencias. En el mapa cultural de la nación se percibe el despertar de cierto regionalismo sano. Se defiende la lengua vernácula si es distinta de la castellana, se exalta el arte propio, se subraya el folklore, se enaltece la literatura y las manifestaciones artísticas, etc. Y se lanzan revistas, vehículos de expresión de todo este movimiento, que lo mismo se llaman «*La Ilustración Regional*» (Andalucía) que *Randa* (Islas Baleares).

Las Islas Canarias, empeñadas en superar sus baches culturales y mejorar la formación de sus habitantes, dan la impresión que también quieren alinearse en ese movimiento de búsqueda y defensas de la propia personalidad dentro de la fidelidad al ser nacional. Ambiciosos programas han sido delineados a la par que se han comprometido a prestigiosas figuras para dar vida a esos proyectos. Si los medios no fallan y los equipos humanos existen y funcionan, es de esperar que dentro de pocos años se realicen las primeras cosechas de esta siembra. Ahora bien, juzgamos conveniente el previo montaje de necesarias infraestructuras como puede serlo la existencia de una revista de rango regional. Se edita actualmente alguna que otra publicación de positivo nivel que, con habilidad, pudiera convertirse en esa otra revista que sea no sólo la expresión de un organismo y el vehículo de cierta aportación cultural, sino que sea, asimismo, el camino o la vía idónea para un diálogo entre los canarios y los que vayan a realizar los proyectados planes culturales. Y si esa transformación no es posible habrá que pensar en crear una *ex profeso*. De cara a los objetivos señalados y a un mejor conocimiento de la realidad canaria urge esta publicación donde una serie de especialistas, con criterio analítico y sin subjetivismo, estudien situaciones, aportes, posibilidades, etc.

Igual que una revista interesa un manual de *Historia de Canarias*. Los ejemplos tampoco faltan y la necesidad es patente. Ningún niño canario cuenta con la historia de la región redactada de acuerdo con su mentalidad. ¿Cómo se puede intentar propiciar y defender una cultura si ni siquiera sabemos dónde está

nuestra partida de bautismo? Hay que llevar a la conciencia del niño el conocimiento histórico del suelo donde ha nacido y, tal vez, vaya a realizarse como hombre. Si desconoce la historia de su tierra y de sus antepasados, su amor por todo ello tendrá unos anclajes un tanto «folklóricos». Y aquí utilizamos el adjetivo entrecuillado en su significado peyorativo, porque no basta con la sombra del Nublo ni con llevar mucha nieve en el semblante y fuego en el corazón para vivir una seria y honda canariedad.

Aún nos atreveríamos a ir más lejos en la puesta de estos conocimientos para el logro y afianzamiento de una recia personalidad histórico-cultural: creemos que se prestaría un buen servicio a la región si se editara una *Biblioteca mínima canaria*, donde se recogiera lo básico o fundamental de la cultura e historia de las Islas. Es decir, en la que se diera cabida a lo que tiene que poseer toda biblioteca de una familia canaria. Paralelamente, para el gran público, habría que ir lanzando una colección popular, de bolsillo, económica, cuyo contenido lleve a cada habitante de la región la realidad integral de ésta.

Hemos de aprovechar la coyuntura actual en que el canario se ha vuelto sobre sí mismo y se interroga sobre sus esencias y se revuelve en su problemática. Esto es propio de los pueblos en trance de crecimiento, como ocurre con las personas que en determinado momento de la vida son conscientes de su ser como algo particular y querido. Al preguntarnos sobre nuestro presente y futuro no es posible olvidar o prescindir del pasado. Y al definir lo canario no es admisible considerarlo como una ruptura o negación, sino como una afirmación de españolidad con propias peculiaridades. El canario —los canarios— con una vieja historia puede que esté ahora despertando a la historia. Es decir, quizá sea en este instante crítico cuando esté adquiriendo un mayor conocimiento de su singularidad, cobrando más confianza en sí mismo y abandonando ese «complejo» de inferioridad que ha tenido siempre frente al forastero y que explica o determina su reserva-recelo. Quizá sea ahora cuando con más autenticidad intenta definir su ser y disyuntiva dejando de lado sentimentalonas razones buenas para letras de folías. Es hora de no pensar que

nos encontramos solos, que se nos tiene olvidados (ello engendra complejos), sino de considerar que estamos con nosotros y entre nosotros yacen las soluciones. Ya es tiempo de que no sigamos creyendo que el archipiélago son las Islas Afortunadas o el Jardín de España. Porque de jardín sólo poseen la artesanía —bastante abandonada— del agricultor isleño; y de Afortu-nadas... nada.

## ¿EL FLAUTISTA DE HAMELIN EN LAS PALMAS?

El día que el flautista de Hamelín llegó a la ciudad un periódico publicaba en la misma página diversos sucesos. Uno cómico, por culpa del linotipista; otros, dramáticos, por culpa de... Por uso indebido de títulos *inmobiliarios* era juzgado un señor que, al parecer, no tenía ningún título *nobiliario*. Por comercio, tráfico o uso de drogas eran apresadas otras personas en una ejemplar redada. Cuatro conocidos negocios —no se daban sus nombres— eran cerrados por citárseles en revistas extranjeras como locales idóneos para homosexuales. Un falso noble, unos drogadependientes, drogadictos o comerciantes de drogas y cuatro locales de perversión servían para llenar una página escandalosa. El flautista de Hamelín no sabía el idioma de la tierra, tampoco compró el periódico y, por lo mismo, no se enteró de nada. El llegaba cansado. Allá en su tierra europea había trabajado intensamente tocando la flauta. Con su melodía había logrado extirpar una tremenda plaga de ratas (otros dicen que de homosexuales) de un pueblo amenazado en su existencia por estos bichos. Los nauseabundos animalejos al son de la mágica flauta habían seguido al músico que las llevó a todas hacia las aguas de un río o del mar donde se ahogaron. Realizado su agotador trabajo, el flautista se encontró con que las autoridades no le querían abonar lo convenido y sólo las convenció cuando al son de su flauta comenzó a sacar de la ciudad a todos los niños.

Fatigado, de tanto quehacer, el flautista decidió finalmente

irse hacia unas islas donde la belleza, el sol y la paz estaban garantizados.

Cuando arribó a la ciudad principal de la isla no le gustó. Había muchas ratas. El huía de ellas, precisamente. Había ratas y extranjeros, muchos forasteros. Y nada molesta más a un extranjero que cambia de sitio para descansar que encontrarse a otros extranjeros en un ambiente semejante al que ha dejado atrás. La única novedad estaba en el clima. Lo demás era similar a ese espectáculo despersonalizado, mediocre, soez a veces y un tanto patán que el turista arrastra consigo. Era lo que ocurría en aquella ciudad. Por la noche se percibían claramente puntos negros de concentración de ratas. Tanto, que por un momento el flautista pensó en ponerse a tocar su instrumento y llevarlas a todas hacia el mar. Pero ello significaba identificarse, decir quién era, y entonces estaba perdido, porque le iban a utilizar para solventar múltiples expulsiones o destierros que aquella isla demandaba. Tendría, tal vez, que tocar la flauta para sacar a todos los gitanos, negros, *hippies*, vagos, borrachos, etc., que deambulaban con o sin oficio fijo, con o sin documentación. Negros que huían cuando veían a una autoridad, porque quizá no habían legalizado su residencia; *hippies* y vagos, vagos y *hippies*, que no hacían nada, o pintaban malos cuadros, fabricaban cinturones y collares, vendían su sangre, tocaban algún instrumento musical, o vivían de los giros de papá...

El flautista de Hamelín huyó sigilosamente de la ciudad, tropezando con algún que otro borracho nórdico, dejando detrás una urbe en la que reinaba cierto confucionismo y faltaba cierto control. Se fue al Sur, donde le dijeron que hallaría sol y paz. El sol lo encontró. La paz la había en algunos barrancos convertidos en aposentos de «vagantes» y «divagantes» de muchas latitudes. Pero el flautista era alérgico a combinar la tranquilidad de aquellos impresionantes barrancos con la deprimente población que los habitaba. Le producía reacciones viscerales la suciedad y la promiscuidad. Junto al mar, el sosiego no era posible. Casi todo estaba masivamente copado por horrendas urbanizaciones que, aparte de asesinar el paisaje, amontonaban a la gente en pocos metros cuadrados. Había sitios en los que hasta la misma playa era

considerada como propiedad particular. El afán materialista, el deseo de ordeñar al máximo la vaca del turismo, había causado por todas partes lamentables deterioros. Deterioros que iban desde la sordidez espiritual y el vicio, al destrozo de la naturaleza mediante la especulación y masificación urbana, pasando por la creación de equívocos centros donde primaban el olor a droga, alcohol y sexo. Sin embargo, estas notas típicas de todos los lugares nacidos al conjuro del turismo, no iban acompañadas aquí —en esta isla— por otras positivas que se habían dado en otras zonas. Por ejemplo: el establecimiento de buenas librerías o de galerías de arte. No, eso faltaba. Tal vez era un exponente de la categoría del turismo.

Deambulando un tanto desesperado fue a parar a un conjunto urbano, con un gran centro comercial, donde no encontró distracciones espirituales. Sólo un templo moderno y cercano se alzaba, pero estaba cerrado. Desde una verja aislante, el flautista pudo leer sobre un letrero: «För Skandinaver Onsdagar KI 19<sup>00</sup> svensk Kyrkan... Välkomna!». Al hombre de Hamelin le hubiera gustado tocar su flauta y llenar el templo con la variopinta multitud que espesaba el cercano zoco llamado «Kasbah». El flautista comenzó a percibir que había perdido el tiempo en un viaje absurdo. Se irritó. Se irritó al sentirse rodeado por compatriotas equívocos y de poco pelaje. Se admiró contemplando cómo el verde había brotado en auténticos eriales, pero también sintió náuseas por el negocio que presidía a un casi general mal gusto arquitectónico reinante; se burló viendo a los isleños imitando a los extranjeros y dejando en manos de éstos tantos negocios; no se explicó cómo los insulares no comprendían que si vivían en la ciudad a orillas del mar lo que el cuerpo exigía era un cambio de altitud —hacia las medianías— y no seguirse moviendo dentro de la misma orilla costera. El flautista ignoraba que estaba de moda «tener un apartamento en el sur» (aunque pronto lo «snob» sería no tenerlo). Entre los múltiples sentimientos que embargaron al flautista de Hamelin primaba el de la irritación por sentirse frustrado en su objetivo. A tal grado llegó su mal humor que decidió ponerse a tocar la flauta con el fin de sacar del paisaje a *hippies*, vagos, hombres de color indocumentados, ex-

tranjeros equívocos, gitanos, «cowboys» de pacotilla, turistas gordas y no gordas blancuzcas y solícitas de viejas sensaciones... A todos los sepultaría en el Atlántico como ya en la antigüedad también por estos mares alguien hundió un soberbio continente. Así él podría gozar con exclusividad del clima, del sol, de la paz que su cuerpo y alma le pedían desde que llegó y más, sin duda, cuando hiciera lo que se había propuesto. No le pensó dos veces. Echó mano a la bolsa que llevaba al costado con la flauta que únicamente él sabía tocar y quedó aterrorizado... ¡Le habían robado la flauta! Debieron quitársela cuando andorreaba por la «Kasbah».

Dicen que el flautista de Hamelin está de *hippie* en un barranco del Sur; dicen que cada quince días va a la capital a vender su sangre; dicen que hace el papel de indio en un espectáculo del Oeste; dicen que está de portero en una sala donde hay más ruido y oscuridad que música y luz; dicen que lo han visto haciendo flautas en un parque... Dicen que el flautista de Hamelin nunca ha estado en la isla donde le robaron la flauta, aunque en ella hay quienes estiman que sería conveniente la presencia de tal músico para acabar con las ratas y otros males que la van socavando poco a poco.

## LA AZOTEA DE MI MADRE

Como hemos nacido y vivimos en una región de azoteas, no caemos en la cuenta que éstas pueden no existir en otras partes. Sin embargo, es así: hay países donde no se ven azoteas. El vocablo, con filiaciones árabes (de *acotehiba* o de *as-sútub*, no lo sé) nos está delimitando su área de existencia. Las azoteas se alzan casi siempre en climas mediterráneos —sin nieves y grandes lluvias—, donde sirven de mirador, zona de expansión y recreo, tendedero, recipiente para recoger las aguas de lluvia, pseudojardín y hasta de corral para criar cabras, conejos, gallinas y palomas.

Casi todos los hombres de mediana edad, sobre todo los nacidos en el campo, unimos algunas de nuestras vivencias infantiles con una azotea. Una azotea desde donde se echaba a volar la cometa. Una azotea donde jugábamos a la pelota. Una azotea donde construíamos cabañas. Una azotea desde donde podíamos saltar a otra, otra y otra con el fin de disfrutar de lo prohibido y de ver o intentar ver cosas que imaginábamos misteriosas. Tan fundamental como para el juego de los niños, era la azotea para la expansión de los mayores. Desde ella cultivaban la conversación o chismorreo con el vecino o la vecina, curioseaban vecindades, oteaban el horizonte o se entretenían con la artesanía de la ganadería y jardinería domésticas. Hay personas que necesitan de una azotea o de un patio porque si no, dicen, se asfixian. En Canarias es lo primero, en Andalucía es lo segundo o el corral.

Mi madre casi siempre ha tenido su azotea. Siendo yo niño la azotea era inmensa —por lo menos en mi medida infantil—,

con el hueco abarandado de un patio y el techo de cristales de un cielorraso. Alrededor había decenas de macetas con claveles, pintadas de colores. A un lado se alzaba un gallinero con aves y cabras; y en un rincón se veía el armatoste de una conejera. Además de las liñas para tender la ropa y los postes de la luz. Limitaba con una azotea más alta, por donde se asomaba algún que otro niño o vecino y otra a igual altura donde no recuerdo ver a nadie. La nuestra era una azotea volcada sobre un rumbo del bellissimo campo de Santa Brígida. Desde ella se veía casi debajo una acequia y un estanque, más lejos un bosque de palmeras —el Galeón—, luego el belén del Monte Lentiscal, y detrás el mar, cerrando el horizonte y a cuyo borde imaginábamos la ciudad febril, poblada, ruidosa y cosmopolita. En torno se alzaban unas montañas que entonces creíamos grandes, lejanas y salvajes. Montañas que cobraban vida la noche de San Juan, en que se llenaban de sangrientas hogueras. Hoy son unas montañas en parte derrotadas, sumisas, con carreteras y edificaciones donde nunca las pudimos imaginar. El paisaje permanece tan noble, extraordinario y límpido, pese a ciertas tropelías y desafueros que un mal entendido urbanismo ha originado.

Pero la azotea de mi madre no existe. Lo cual no es óbice para que continúe poseyendo su azotea en otra parte, más pequeña, más humilde. Una azotea como de casa venida a menos. A mí, cuando subo a ella, me produce sensaciones y sentimientos encontrados. Por un lado experimento cierta tristeza; por otro lado el alma se me ensancha.

La azotea actual de mi madre es una azotea desvencijada, con una jaula vacía, con unas liñas viudas de ropas, con un viejo arcón que soñó con piratas, con un trozo de tela metálica. Esta y la desocupada jaula es lo que resta del gran gallinero. Cajones de diversas formas, reumáticamente apoyados unos sobre otros, imaginan ser jardines babilónicos y mantienen vivo el amor a las flores. Esto es lo que me produce tristeza, cierta opresión. Frente a lo cual la visión de la ciudad joven y pujante, los riscos alegres y el mar eterno, me producen un goce ancho, tonificante.

La sencillez física de la azotea y su grandeza espiritual quedan enmarcadas por un paisaje cercano y lejano que permite divisar

—el cercano— traseras impúdicas y delanteras bellas y pintadas de innumerables viviendas. Nubes y palomas circulan por un cielo sin semáforos. Miradores como los de Cádiz y el Puerto de Santa María se elevan para ver los barcos venir, depósitos para atesorar la codiciada agua, flacuchas y feas antenas de televisión, sábanas blancas que sacuden pecados de alcoba, camisas boca abajo como ahorcados al revés... Todo esto veo desde la azotea de mi madre. Y también veo araucarias, palmeras, plataneras y buganvillas que surgen entre edificios ocres, blancos y amarillos llenos de una seriedad burguesa que contrasta con el chafarrinón popular de los riscos agitanados, acechantes y problemáticos. Los riscos soleados, desiguales, sirven de telón con su estampa de cuadro «naif» o dibujo trazado por un niño.

No sólo veo esto, y muchas azoteas similares y mejores, sino que oigo. Oigo cantos de pájaros próximos, ladridos de perros escondidos en los riscos, voces de niños, cantos de gallos, bocinas de coches y el murmullo de la ciudad que crece y crece. Crece hacia arriba y hacia lo largo y ancho. Hacia arriba escalando riscos y laderas y en bloques verticales y despersonalizados; a lo largo y ancho robándole terreno al avaro mar.

Un mar que veo y oigo. Lo veo como color básico de un gigantesco cuadro; y lo oigo como sonido clave de una partitura. De este modo la azotea de mi madre es como un palco para contemplar la representación (proyección y audición) de una gran obra: la ciudad. La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria que sólo presentía, cuando era niño, desde la otra azotea.

## EN ESA CALLE ME CRIE YO

Hace unos días tuve que asistir a un entierro en un pueblo andaluz. El pueblo se llama bellamente El Viso del Alcor. Tras la misa en la iglesia, con hombres y mujeres como asistentes, sólo los hombres marchamos caminando tras el féretro y bajo un sol de justicia. A lo largo del trayecto se iban incorporando más individuos. Puede llegar así un momento en que casi todos los hombres del pueblo vayan detrás del cadáver, camino del cementerio. Yo iba pensando en otra ocasión similar, pero en Cabra. La Cabra de don Juan Valera y, por tanto, cordobesa. Allí, momentos antes de sacarse el ataúd, unos deudos salían de la casa y entregaban a algunos de los asistentes al sepelio unas flores. Con ello querían significar que eran los escogidos para marchar junto a los deudos o parientes del muerto. Recordaba yo aquello, de hace ya algunos años, cuando mi acompañante me señaló una calle y me dijo: «En esa calle me crié yo». Hacía tiempo que yo no oía semejante expresión. Mirando aquella calle algo empinada y torcida, donde no falta un perro vagabundo, ni un niño mongólico sentado en una sillita de anea, ni un burro cargado de mansedumbre y paciencia, ni una mujer que blanquea continuamente como si cumpliera un castigo o suplicio de mitología griega, no pude menos de torcer el camino de mis divagaciones y dedicarme a reflexionar sobre el valor educativo —positivo o negativo— de la calle. Así terminaron las calles del pueblo y entramos en un carril polvoriento, vigilado por tuneras...

Ahora yo he vuelto por unas horas a la calle donde yo viví años claves de la vida; pero la verdad es que no puedo decir «en

esta calle me crié yo», porque a ella llegamos cuando, por la edad, no teníamos posibilidad de jugar infantilmente. Sin embargo, es mi calle. Hoy, al revés que el poeta, yo sigo siendo yo. mi casa sigue siendo mi casa y mi calle es aún mi calle. Su fisonomía no ha variado mucho. Pero vayamos por orden. ¿Cómo es mi calle?

Más que una calle es el pasillo de una casa, que diría el maestro Azorín. No es recta, luciendo esa leve curvatura de una imagen gótica o de las calles pueblerinas andaluzas, similar al coqueteo femenino. Es un darse y no darse, puesto que ignoramos lo que hay al final de ella. No tiene ni tiendas ni bares. En esto también es una calle original, que se sale de lo corriente. Sólo cuenta con dos talleres mecánicos, un tanto familiares, sin mucho ajetreo. Carece, por tanto, de esos letreros comerciales que afean las vías, máxime si éstas tienen cierto matiz fenicio o de centro comercial. A una de sus aceras se abren las traseras (feas como casi todo lo que es trasero), garajes, puertas de servicio de «casas bien» que lucen en el lado opuesto sus fachadas emperifolladas o «nobles». En la otra acera se alzan, entremezcladas, viviendas de muy diversos moradores y arquitectura. Una de esas moradas acoge a una notable pintora, y en ella vivió y tuvo su taller un famoso escultor. Decíamos que no había letreros y la verdad es que campea uno. Ojalá cada calle de la ciudad contase con semejante anuncio; reza así: «Colegio Academia Santo Domingo Savio.» Para los chiquillos debe de constituir algo equívoco este *Savio* sin be de burro. Sin duda pensarán que es un error, o una falta de ortografía. La calle tiene también una sociedad o institución. No es una «peña» de fútbol, ni de una sociedad para bailar y jugar al dominó o a las cartas, ni un tele-club. Es una sociedad colombófila, que ciertas noches se anima cuando sus miembros llegan con sus cestas de mimbre llenas de voladores palomos. Siempre me ha producido admiración ver y saber de estos hombres, jóvenes y maduros, interesados en algo tan simple, y tan bello a la par, como es el vuelo de las palomas, animal que debe tener algo singular, pues fue escogido por el Espíritu Santo para presentarse a los hombres. Como vemos, ni la alienación alcohólica de los bares, ni el ocio de algunas «socie-

dades», ni la pasión incomprensible de algunas «peñas», ni el abobamiento televisivo tienen cabida en esta calle-pasillo. Moradas, algunas históricas; dos centros de trabajo, un colegio y una sociedad de las que no abundan, constituyen su decorado arquitectónico-institucional. A las dos últimas instituciones yo añadiría otras humanas. Silenciaré las vivas. Citaré dos que vivían en junio y ya en septiembre habían desaparecido y, por lo mismo, ya no forman parte de la representación teatral que transcurre cotidianamente en la calle...

Cuando en edad juvenil íbamos al cercano colegio ellos estaban en plena actividad vital. Se les veía y se les oía. Ultimamente, sólo se les veía. Ella, blanca, rubia y gruesa, se apostaba curiosa tras su puerta entreabierta, queriendo coger toda la vida de la calle. El, moreno, de fuerte barba y enjuto, permanecía sentado en una silla, que situaba frente a su casa, para coger todo el sol de la calle. Ellos fueron envejeciendo mientras estábamos ausentes; durante años se marchitaron —como todos— bajo los efectos de sus dolencias y se deslizaron hacia algo inevitable. En este declinar, seguían siendo parte esencial de la calle. Yo, ya mayor, no tenía para ellos mi nombre de niño, pero tampoco el de alguien extraño a quien se es ajeno. Para ellos era ahora don Paco. ¿Otra vez por aquí, don Paco? ¿Cuándo se va don Paco? Ellos, que nos conocieron en nuestra adolescencia, nos consideraban como algo suyo en nuestra madurez, pero, con una corrección que en el fondo nos molestaba, anteponían aquel *don* como reconocimiento de nuestro cambio. Durante años han seguido insertos, pasivamente, en el paisaje de la calle donde fueron algo importante y activo y de donde ya han desaparecido. Otros les sucederán, al igual que distintos chiquillos han ocupado el puesto dejado vacante por los de antaño, que se han desperdiciado por otros ámbitos. La calle es la que prosigue más imperturbable; la calle, arquitectónicamente hablando, porque la calle es también las vidas y almas de sus moradores.

Todas las cosas tienen, según Azorín, «durante el día un breve instante en que irradian su verdadero espíritu», siendo inútil visitarlas o contemplarlas en otro momento. ¿Cuándo es el momento ese en mi calle? Para mí ese instante especial es el del

amanecer. Entonces la calle yace más silenciosa que nunca, con cinco de sus faroles encendidos y una manada de coches estacionados. Algún gato sale de la baja tibieza de un coche donde ha dormido y se mueve de un cubo de basura verde a otro color «butano», a otro rojo y a otro azul. Algunos pájaros se descuelgan silenciosos de las enredaderas que nacen en patios celosamente guardados tras altos tapiales. Por la ciudad cantan gallos desvelados. A las 6,40 se apagan los faroles. A las 7,00, sale una señora por una puerta verde y cruza en diagonal, perdiéndose por otra puerta, y llevando en la mano una escupidera. Verdaderamente, medito, esta calle es el pasillo de una casa. Me fijo entonces bien en la fachada que hay al fondo de la calle, por donde se acaba de representar la escena que parece de teatro. Tiene el aspecto de un decorado y por eso adquiere la acción más tinte de representación teatral. Su color es amarillo desvaído, con una franja azul de zócalo. En el centro, una puerta verde y, sobre ella, una ventana del mismo color. El revoque está leproso. Una farola verde domina un letrero de calle. Es el nombre del imperceptible callejón por donde mi calle se escurte hacia otra vía muy transitada. El letrero está formado con letras negras y grandes, en azulejos blancos, lleno de personalidad, pues nada tiene que ver con esas placas de metal esmaltado tan municipales y tan corrientes en todas partes ahora. Este rotulado, que despierta el elogio de Julián Marías en su «Nuestra Andalucía», es propio de la Sevilla de otros tiempos. Mi calle tiene su nombre con este tipo de letras, al igual que su hijuela el callejón, denominado *Bedmar*. ¿Cuántos saben lo que esto quiere decir? ¿Es un río afluente del Guadalquivir? ¿Es el marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia en el siglo xvi? Al hacernos las preguntas son las siete de la mañana y la calle comienza a llenarse de una luz suave como la del atardecer, que va invadiendo lentamente el escenario, sin que sepamos de dónde procede. Igual que en un teatro. Pájaros, que también ignoramos de dónde vienen, se apean veloces y van haciendo ruido en las enredaderas. Unas palomas se mueven en los aleros y sacan sus cabezas de las pechugas, para dejarse caer sobre la calle y picotear de un lado a otro a base de cortos vuelos. De una casa sale una señora con un

bolso camino del mercado; en un coche se meten tres niños y un hombre, rompiendo el encanto del amanecer con el estruendo del motor. Suenan unas campanas. Ha terminado para mí ese instante en que la calle rezuma e irradia su verdadero espíritu, o, por lo menos, en el que se pueden divisar íntegramente los elementos de aire, color, luz, líneas, perfiles, etc., que integran su personalidad física y hasta su alma. Alma donde tiene cabida el alma de los que en ella han habitado, habitan y habitarán.

## CARNAVALES Y M.P.A.I.A.C.

Los periódicos canarios —Gran Canaria en este caso— daban cuenta, con igual alarde y lujo tipográfico, el día 27 de febrero de 1977 de dos hechos. Por un lado, se comunicaba que la Guardia Civil y Policía habían propinado un golpe mortal al MPAIAC; renglones más abajo se hablaba de la celebración de un Carnaval por todo lo alto y de una espectacular cabalgata. La verdad es que la cabalgata merecía también otros adjetivos y hasta la intervención de las autoridades para podarla de zafedades, mal gusto y alardes bochornosos. Nos pareció —es una apreciación personal— que a veces le faltaba imaginación y música, y le sobraban muchos putos, alcohol y trapos viejos. La mezcla de niños disfrazados y homosexuales e invertidos —algunos nauseabundos— en plan provocativo y chocarrero, constituía una nota tan chocante, como la que surgía el comparar a las elegantes y naturalmente alegres murgas de Tenerife con algunas aplebeyadas y empapadas en ron de Las Palmas. Había excepciones, por supuesto; pero, en general, la característica era esa. Característica destacada de una cabalgata intermitente e interminable, a la que no se le puede exigir recorrer nueve kilómetros sin ambiente musical y sin que se produzca la participación de un público más frío espectador que actor. Los carnavales han sido y son una fiesta para todos. Todos tienen que vivir la alegría de ellos.

Ahora bien, y es a lo que íbamos, el forastero que vive el jolgorio carnavalero canario, con trasvases de personas y carrozas de una isla a otra; con bailes de disfraces; con piñatas y entierros de la sardina, etc., cree que en el Archipiélago no pasa nada y se

le escapa lo que hay de poso debajo de esas aguas aparentemente tranquilas. O puede que llegue a la conclusión de que en las Islas prima una buena dosis de irresponsabilidad e inconsciencia. Porque casi a la par que se montaban carrozas y cabalgatas, se desmontaba —dicen— al MPAIAC, aunque se continuaba pintando y pegando letreros, lemas, carteles y banderas de ese movimiento y de otras tendencias en favor del pueblo saharauí, de la independencia de las Islas o en contra de los «godos». Sorprendente era una bandera a todo color estampada a base de tiempo cerca del edificio de la Universidad a Distancia y uno (no el forastero), canario, se pregunta: ¿Pero qué pasa aquí? ¿Es esto serio o una coña? A mí me parece que de broma hay poco —más de inconsciencia— y que en Canarias se está cociendo y viviendo una problemática merecedora de tenerse en cuenta. Quiero decir, digna de analizar, estudiar y solventar porque entre carnaval y carnaval, coña y coña, el iceberg es posible que un día exhiba lo que lleva oculto debajo de las aguas; es decir, una problemática real, tras de la cual no me extrañaría que estuviesen atizándola manos no españolas.

Todo arranca de la situación o enclave insular. La posición del Archipiélago en el mapa explica sus horas de sol y la tibieza de su clima, que determinan el turismo y éste, a su vez, es el motor que ha introducido, como en otras partes, una tipología humana irregular en su comportamiento (negros, marroquíes, gitanos) portadores de delincuencia, picaresca, violencia y drogas. Por supuesto que no sólo ellos son los culpables de estos males y otros, como la trata de mujeres y etc., propios de grandes puertos abiertos a todas las corrientes del mundo. El Puerto de la Luz es uno de esos fondeaderos donde se dan cita centenares de banderas, de hombres, de productos y de instintos. Hay, además, otros elementos coadyuvantes (pueden ser el cine y la TV), y a la vista están para demostrarlo esos sucesos en que un niño de doce años en una madrugada y acompañado de invertidos practicaban robo digno de la TV; o ese otro en que unos individuos abusan de unas muchachas, o cortan sádicamente los pechos a una mujer, o matan a golpe de zueco a un honrado trabajador... Esto es lo que hay que pagar a cambio del turismo, de poseer un

impresionante puerto y de no tener, tal vez, un adecuado servicio de vigilancia y seguridad.

Pero es que también la situación de las Canarias ha determinado desde el S. XIII apetencias sobre ellas. Castilla y Portugal litigaron y, al final, el Tratado de Alcazovas-Toledo (1480) reconoció a los castellanos la posesión de las Canarias, definitivamente anexionadas por los Reyes Católicos. La soberanía será incuestionable a partir de entonces y los canarios siempre han celebrado la incorporación de sus tierras a la Corona de Castilla y se han irritado cuando un peninsular, sin querer, decía que «venía de España», porque el españolismo de un canario jamás ha sido materia dudosa ya que, como dijo Galdós, «nosotros los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria». Sentimiento este, por supuesto, que exige una correspondencia. Y esto, precisamente esto, es lo que el canario cuestiona ahora sin caer en la cuenta de que similares pensamientos se tienen también en otras regiones de las Españas. Puede, sin embargo, que lo creído y sostenido hasta el momento sea agua pasada en algunas mentes canarias actuales.

Hace unos años, me decía un amigo, la revista «Isla» publicó en su portada la foto de una saharauí motivando ello cartas de protesta de quienes consideraban como intolerable que a los canarios se les pudiera confundir con los moros. Hoy, en cambio, se habla de «los hermanos saharauis». No cabe duda de que en algunos han cambiado o son otros los sentimientos. Y no nos estamos refiriendo a los que llevan el dilema hacia soluciones extremas, cayendo en utopías. Nos referimos a los que ponderadamente, seriamente, enfocan el papel de Canarias a la luz de la descolonización del Sahara, de las intenciones marroquíes y argelinas, de las proyectadas bases norteamericanas, de los acuciantes males que atosigan (falta de agua, abandono de la agricultura, desempleo, analfabetismo, etc.), de la descentralización administrativa, etc. Son éstos, problemas reales o supuestos que están ahí, sobre la mesa, insoslayables, y a los que el Gobierno tiene que afrontar y de los que debe informar lo que proceda a los posibles afectados. A la sombra de tales dilemas y de negativas coyunturas como puede ser la económica, está proliferando esa fenomenología exhi-

bida en «pegatinas», carteles y paredes, tal vez más llamativa que real, pero que hay que tomar como la parte visible del iceberg, o el signo externo de un mal que está oculto, corre subterráneo, y cabe que en algún instante brote en violenta erupción como los volcanes del país.



## LA CIUDAD DE LAS PALOMAS

Durante las vacaciones de Navidad, y acompañado de la grey de mis sobrinillos, hemos escalado cada año uno de los riscos de la ciudad. Se asciende a ellos mucho más fácilmente de lo que nos podemos imaginar, y es de admirar cómo sus habitantes suben y descienden con agilidad caprina las escaleras y caminillos o vericuetos que sirven para atajar la carretera, si la hay. Causa pasmo también meterse en algunos de los habitáculos que sirven de morada a los habitantes de algunos riscos. Y yo me estoy preguntando hace ya tiempo el porqué alguien con preparación no ha realizado un estudio sobre «La vida en los riscos de Las Palmas». Vale la pena. Es otra ciudad la de los riscos, o es otro rostro de la ciudad, tan variada en eso de caras, aunque nosotros sigamos reduciéndola a la histórica que va de la Plazoleta de la Virgen de los Reyes al Parque de San Telmo. Es otra ciudad, digo, la de los riscos, al igual que los riscos son diversos en su personalidad.

Ultimamente ascendimos al Risco de San Roque, poniendo como meta la conocida Casa de los Tres Picos, morada de extraño halo. No sé qué misterios albergarían las mentes infantiles al contemplar la citada mansión; ni sé lo que de ella piensan una vez que han podido verla de cerca y tocarla. La sorpresa —siempre las cimas regalan alguna— fue comprobar que la casa estaba casi abandonada y que detrás de ella se extendía todo un inmenso barrio con inéditas vistas sobre un barranco donde fincas de plantaneras, estanques vacíos y algunas canteras abandonadas se ofrecían como la trasera insospechada de una ciudad cosmopolita y nerviosa. Los tentáculos urbanos de la ciudad han ido trepando

por lomas y penetrando barrancos con intenciones de ascender y huir de la línea costera donde la población se siente encorsetada.

La ciudad lineal no se reduce ya a las tres clásicas zonas de Las Palmas (Vegueta-Triana), el Puerto, y la intermedia de poliédrica faz que va de San Telmo o Plaza de la Feria hasta las Alcaravaneras. Tampoco cabe distinguir una Ciudad Alta en oposición a la Baja, porque esa Alta tiene ramificaciones y trasciudades que, como decíamos, se introducen por vaguadas y trepan por lomas. Lo que va de la Plazoleta de San José a La Laja es un sorprendente ejemplo de esto, menos conocido que lo que vemos al recorrer las carreteras del Centro o del Norte. La ciudad se está escapando por las rendijas de su orografía y se dilata hacia las alturas. Hay que examinarla desde el aire para abarcarla toda. Y nos sorprenderíamos, como nos sorprendemos cuando la hemos visto desde la Isleta o desde lo alto de los riscos.

Pese a esta polifacética personalidad, sigue habiendo una ciudad —una «city»—, la que va del Risco de San Francisco al Risco de San José. Como sigue habiendo una Roma de las Colinas (perdón por lo que puede parecer un ejemplo). Es decir, hay una ciudad de los riscos, una ciudad de los santos: San Francisco, San Nicolás, San Roque, San Juan y San José. Es el escenario, el ámbito, que yo llamo «*la ciudad de las palomas*». Porque, ¿se han fijado Vds. cómo sobre la cabeza de esta ciudad revolotean continuamente bandadas y bandadas de palomas? Los graciosos e inquietos grupos de aves suben, bajan, tuercen bruscamente, se posan, desaparecen, reaparecen... Sus dueños, atentos, las vigilan con satisfacción desde el otero del risco donde en su humilde casa el palomar es un santuario. Es un ejemplo más de ese tremendo amor que los canarios tienen por los animales y plantas caseras. En cualquier casa insular habita la generosidad de un canario o el surtidor de un helecho. Falta ya, y es una pena, la frescura de la pila.

Las Palmas de Gran Canaria es una ciudad colombófila. ¿Causas o razones? No las sé. Tal vez, pienso, la paloma con su condición de mensajera le permite al canario soñar con evasiones y escapar rompiendo el anillo del mar. Tal vez, pueda ser también una razón, porque ellas formaban parte del mundo indígena isleño.

En la pequeña crónica que Giovanni Boccaccio escribe sobre el viaje hecho en 1341 por el genovés Nicolaso da Recco a las Canarias, leemos que los exploradores llegaron a una isla *«rica en arroyos y aguas sabrosísimas, en maderas y en palomas, a las cuales mataban con piedras o palos y luego comían. Dicen que son más pequeñas que las nuestras pero de igual o mejor sabor»*. No sé si los sabios arqueólogos, cuyas excavaciones han demostrado que los indígenas canarios comían espléndidos lagartos a la brasa, han encontrado también restos de estas palomas prehispánicas cuyas descendientes en el dominio del cielo insular son éstas que diariamente coquetean con los riscos y el mar. Nuestro escudo debiera tener una paloma mensajera, de Noé o de Picasso, símbolo de la paz, junto a la vigilia y lealtad de los canes.

CAMINOS SEVILLANOS

## PIO BAROJA Y SEVILLA

En 1935 los jóvenes izquierdistas abuchearon a Pío Baroja en el Ateneo de Madrid cuando presentaba su novela «Los visionarios». Por las páginas de esta obra y por las de las tituladas «El mundo es así» y «El nocturno del hermano Beltrán» vamos a deambular en busca de Sevilla y como homenaje a nuestro autor preferido en este año de su centenario. En la indagación encontraremos una Sevilla que, sin la menor duda, es la Sevilla que el escritor de Itzea concebía. Porque sabemos que Baroja traslada de la realidad a sus protagonistas o los recrea arrancando de sus observaciones, aunque el novelista vive en ellos. Don Pío vive el personaje, al cual dota de su propia idiosincrasia. Y si no lo traslada de la realidad o no lo recrea, lo inventa y, como en los otros casos, lo sitúa en un ambiente conocido, real, y lo pone a hablar como si fuera su «alter ego». Su gran memoria fotográfica, así como su capacidad de retentiva, le ha permitido a Baroja hacer estas descripciones sugestivas y exactas de paisajes, ciudades, etc.; por donde desfilan a veces excesivos personajes envueltos en un detallismo que hace perder profundidad a sus páginas. Páginas desaliñadas aparentemente, llenas de vitalidad, acción, humor y poesía. Porque nada de esto falta en este autor tachado de malévolo, hostil, hosco, amargo, agresivo, anticlerical, crítico... Crítico, sí; crítico de una realidad que no le gustaba. Por eso Pío Baroja atrae a los jóvenes. O debe de gustar; pues me temo que no sean muchos los que lo lean actualmente. Baroja manifiesta con claridad lo que piensa. Derrocha sencillez y sinceridad. Sus novelas nos obligan a polemizar, a negar o aceptar

lo que dicen ciertas figuras donde Baroja se agazapa. Es así en el Andrés Hurtado de «El árbol de la ciencia», en el José Larrañaga de «El gran torbellino del mundo» o en el Fermín de «Los visionarios», que nos provoca, nos incita con sus apreciaciones y juicios sobre Sevilla y Andalucía. Apreciaciones y juicios, insistimos, que son los del autor, porque Pío Baroja utiliza a sus criaturas para opinar sobre ellas o para hablar mediante ellas.

Sin propósito de unificar vamos a cosechar un conjunto de afirmaciones barojianas sembradas a lo largo de las obras citadas y referidas a Sevilla o Andalucía, dejando de lado «La feria de los discretos», consagrada a Córdoba, y «Los pilotos de altura», donde la Sevilla decimonónica aparece a través de una ejecución en la Plaza de San Francisco. No sabemos ahora mismo, si Baroja fue más de una vez a Sevilla, pero lo que sí nos consta por uno de los ensayos de «El tablado de Arlequín» es que en una primavera llegó a Sevilla en un vaporcito que había tomado en Sanlúcar y que ya de noche le depositó en la ciudad tras recorrer un Guadalquivir que, en parte, lo vio «desierto y abandonado como un río americano».

La tarde —como una tarde de este alienado marzo— era lluviosa cuando el novelista (suponemos que es él) se lanzó a la calle, saliendo de un hotel sito «en una plaza con grandes palmeras», para comprobar que «era difícil orientarse bien en la ciudad por la topografía intrincada de calles y plazas»... Sevilla casi semejaba un barrio de Londres. Pero al día siguiente brillaba el sol, un sol que permitía apreciar que la urbe era bonita, aunque algo afectada, algo maquillada, dotada de un poco de bambalina que se extendía también a la gente, ya que «todos estos pueblos que están convencidos de que son graciosos y de que hablan bien tienden al amaneramiento y a la afectación». Porque, observa, «no se vive impunemente en un pueblo celebrado por propios y extraños»... «En los balcones lucían diversidad de flores; en algunas casas grandes, tras de la cancela labrada, entre la verdura brillante, saltaban los surtidores. En las callejuelas humildes, ocupadas por gente bulliciosa y abigarrada, el aire estaba lleno de humo de aceite frito que se agarraba a la garganta. Resonaban los organillos con un ruido de campanillas».

En «El mundo es ansí» anota que son muchos los hombres que andan por las calles y pocas las mujeres cuya belleza no le impresiona. Sí, en cambio, la coetilla, como chinos, que llevan muchos hombres «que deben ser toreros»... Anota «el eterno ir y venir de la gente», el aire de decorado de la Plaza del Triunfo, la hermosura del Paseo de las Delicias y la presencia de cordoneros trabajando en las gradas de la casa Lonja... La calle Sierpes inspira este comentario de un personaje: «Como ve usted, los hombres nos creemos aquí uno de los mejores ornamentos de la ciudad... ¿No ve usted cómo nos exhibimos en casinos y en peluquerías?»

Dejando de lado el paisaje callejero, el novelista vuelve a teorizar sobre el alma de la ciudad, y manifiesta que «Sevilla es un pueblo que tiene un espíritu provinciano incomprensible», donde resulta admirable comprobar cómo sus habitantes se quedan boquiabiertos o extrañados ante el detalle de la indumentaria de un forastero. Y es que la gente del sur —aclarara uno de sus personajes—, siente el ridículo como una enfermedad, viven preocupados de él. Fermín, el vasco que opina sobre Sevilla junto con el francés Michel, sostiene que a los «andaluces con pasearse, cortarse el pelo y cepillarse las botas ya les basta para vivir contentos... Estos pueblos así, como Sevilla, parecen al principio muy hospitalarios, como si dijéramos permeables; pero no lo son. La filosofía de esta gente es que para los cuatro días que va uno a vivir todo da igual, y que lo mejor es tomarse unas medias cañas de manzanilla y cantar...» Son observaciones ciertas, agudas unas, superficiales otras, donde no podía faltar el tópico del señorito, máxime en un momento en que la cuestión obrera estaba candente y el problema del campo andaluz al rojo vivo. El señorito andaluz, planta que crece en todas partes con sus propios matices, «es amable en la calle, pero cierra herméticamente su casa. Un poco a lo moro. En Sevilla se demuestra cómo un pueblo, a fuerza de querer divertirse y no pensar en cosas serias, llega a aburrirse perfectamente»... «Aquí el rico, el señorito, es muy orgulloso y muy déspota». A estos señoritos, don Pío —sus personajes Fermín y Michel— los divisó o contempló en las calles céntricas, «en las peceras de los círculos ele-

gantes», donde mostraban «las suelas de los zapatos al público». Aquí en esta tierra del señorito, la «burguesía... es cursi, provinciana. Todos esos grandes aires de señor son poca cosa pasada que no hacen efecto a nadie. El pueblo tiene, indudablemente, aquí más sencillez y más gracia que la gente rica».

Políticamente no le merecen gran aprecio los señoritos, pues considera «que en ninguna parte toman un cambio de gobierno de una manera tan ridícula como estos señoritos de Andalucía». Duro, al desgairre, Baroja lanza sobre el cuadro dos o tres brochazos para indicar que la vida entre andaluces de sus dos personajes les había aficionado a la ceremonia. Andaluces ceremoniosos, barrocos, que estiman que «con hacer una chirigota ya creen que han resuelto todo», hablando una lengua que es un dialecto del castellano, y dotados de cierta imaginación verbal y de una facundia para inventar palabras admirables.

Ni la Semana Santa ni el cante podían faltar. «Hay que desengañar: para oír cante jondo, Zebiya. Y pa prosesiones..., ezo ni que hablar. No hay pueblo mejó en er mundo», dice el cicerone en «El nocturno del hermano Beltrán». Se habla en esta obra de «curda patriótica-religiosa» y alguien canta una saeta:

«Por aquí pazó Jezú  
antez que el gayo cantara  
con una cru en loz hombroz  
de maera mu pezada».

Que otro alguien comentará:

«¡De madera muy pesada! Estaría hecha con el discurso de algún académico».

Junto a estas observaciones y juicios, que —repito— nos invitan a discutir con sus personajes —con él, con Baroja—, el autor vasco hace anotaciones lingüísticas, apunta el problema del éxodo rural, manifiesta su actitud frente a los movimientos obreros durante la segunda República, señala la situación de los campesinos «humillados por una humillación ancestral», hace conjeturas sobre el futuro político de la región y sentencia «catalán

con botas, gallego con mundo y andaluz con dinero, para matarlos» o

«Al andaluz  
hazle la cruz.  
Si es sevillano  
con la una y otra mano.  
Si es cordobés  
con la mano y con los pies».

Es indudable que sus agrios juicios van adornados de cierto humor, y aunque esta excursión por Baroja en busca de Sevilla no nos convenza es innegable que, por lo menos, nos obliga a dialogar con Michel, con Fermín, con don Pío; a discutir la validez de sus apreciaciones, la vigencia de ellas cerca de cuarenta años más tarde. Baroja se ha despachado a su gusto, se ha quedado tranquilo, nos dio sus impresiones sobre Sevilla y Andalucía, y después, casi seguro como en cierta ocasión, estaría dispuesto a decir con el mismo tono: «Ahora, amigos..., salud, y como no pensamos en ser heroicos, sino en ser beocios y buenos bebedores, levantemos la copa alegremente y recordemos la frase humorística de Escaligero, dedicada a los pueblos que confunden la V con la B: *Felices populi quibus vivere est bibere* (Felices los pueblos para quienes vivir es beber)».

## HA MUERTO GUSTAVO ADOLFO BECQUER: 1870

No recuerdo si fue Antonio Machado quien dijo que era muy fácil arrebatarle la batuta al maestro, pero muy difícil dirigir con ella la «Quinta Sinfonía». En efecto, es muy sencillo y muy cómodo criticar negativamente, quemar, destruir, cortar un árbol; lo difícil es plantarlo y que crezca, lo difícil es, situado en un cargo, dirección o tarea, no cometer los mismos fallos, no padecer las mismas miopías, no incurrir en las mismas negligencias u olvidos, no experimentar la misma impotencia, no vivir la misma falta de colaboración y comprensión del superior, director o gobernante que criticamos. Digo todo esto a título de aclaración o justificación nuestra. Mis renglones no son de crítica (criticar viene del verbo griego «crino», que significa juzgar), pues consideramos que no somos quién para juzgar a nadie. Si a alguien tenemos que juzgar es a nosotros mismos, y con ello bastante tendríamos. Nuestras palabras son, pues, de atención hacia un problema, de sugerencias. Palabras siempre dictadas por el amor y cariño hacia esas mismas cosas.

«Bécquer, Gustavo Adolfo. (Véase Domínguez Bécquer.) Famosísimo poeta lírico español, cuyas "Rimas", muy sentidas y delicadas, crearon escuela, y algunas de ellas, como "Las Golondrinas", han dado la vuelta al mundo... Nació en Sevilla (1836-1870)». A sí, más o menos, consigna cualquier enciclopedia abreviada o «diccionario enciclopédico» la biografía del sevillano Gustavo Domínguez Bécquer.

¿Que usted sabía que era sevillano y había nacido en la calle Conde de Barajas? Bien. ¿Que usted sabía que está enterrado en la Iglesia de la Universidad, de la calle Laraña, junto a otras

ilustres figuras? Pues, tan bien. ¿Que usted sabía que tiene un bello monumento en el Parque de María Luisa, donde se pueden leer sus obras? Pues mejor. Y nada digamos si usted sabe que en 1970 se cumplen cien años de su muerte.

Pero a que más de uno no sabe quién es Bécquer, o sólo sabe algo similar a lo que conocía un señor de Huelva sobre Juan Ramón Jiménez cuando le preguntó por él: «Ah, sí; un tío que escribió un libro sobre un borrico», me contestó. Me quedé, pues no quise proseguir la conversación, sin saber si el libro era una biografía de un burro o que Juan Ramón escribía montado sobre un burro.

Además, estoy seguro que más de una persona no sabe ciertas cosas sobre Bécquer y unas circunstancias actuales que nos interesa subrayar. No sabe, por ejemplo, que la conmemoración de un centenario, o algo similar (congreso, coloquio, etc.), hay que irlo preparando con mucha antelación, estudiándola, rumiándola, por así decirlo.

Muchos tampoco sabrán que la «Venta de los Gatos», donde Bécquer sitúa una de sus leyendas, existe y está camino del cementerio de Sevilla (¡Jesús!, ¿para qué dirá este hombre esto?), en trance de desaparecer aplastada por bloques de pisos; que —cosa curiosa de la arquitectura actual— son iguales en todas las partes del mundo.

Muchos no sabrán que la bella leyenda becqueriana «Maese Pedro el organista» se desarrolla en la iglesia sevillana del convento de Santa Inés, y que en la leyenda de «La mano muerta» se hace alusión a la conquista de Sevilla.

Muchos no sabrán que su tumba está en la iglesia de la Universidad hispalense, monumento nacional, joya y orgullo de Sevilla (debería serlo), clausurada y en restauración. Cuando yo era estudiante de los de la Universidad de la calle Laraña sentía algo indefinido e indefinible al entrar en aquella iglesia y saber que Bécquer reposaba en un «ángulo oscuro», bajo el mismísimo armonium.

Muchos no sabrán que, aparte de sus «Rimas», «Leyendas» y «Cartas desde el monasterio de Veruela», Bécquer escribió una espléndida «Historia de los templos de España».



Muchos no sabrán que ambos hermanos, Valeriano y Gustavo Adolfo, tan unidos siempre, estuvieron muy ligados a la «corte» sevillana de los Montpensier y murieron con meses de intervalo.

Muchos no sabrán que en el Museo de Bellas Artes de Sevilla se conserva un retrato de Gustavo Adolfo pintado por Valeriano, donde la imagen del poeta no es la del melancólico jovencito de bucle sobre la frente, y a la cual estamos acostumbrados.

Muchos no sabrán que a «Volverán las oscuras golondrinas» le puso música Federico Pacius, autor del himno de Finlandia, como fruto de una audiencia de la Reina doña María Cristina a Gustavo Bécker, aventurero finés.

Muchos —menos ya— sabrán que don Luis Montoto, en su trabajo «Por aquellas calendas», tiene unas deliciosas páginas inspiradas en el regreso de los restos del poeta a su ciudad natal.

Muchos no sabrán todas estas cosas, que hay que refrescar, que hay que salvar, que hay que tener en cuenta. Otros, en cambio, sabrán que Bécquer tuvo siete hermanos varones; que se casó muy joven, con doña Casta Esteban Navarro (doña Casta: dos mentiras en dos palabras, decía un escritor hace años en la «Estafeta Literaria»). Algunos sabrán que Bécquer estudió en el Colegio de San Telmo, pretendiendo ser marino (al final sólo fue navegante por mares de ilusiones), que «estudió comercio», que fue pintor y que, ahogado por todo este ambiente, a los diecisiete años se fue a Madrid a luchar contra el hambre y la adversidad, pero dispuesto a ser un poeta o a expresarse en poesía, ya que había nacido poeta.

Tuvo poco tiempo para manifestar este mensaje, que llevaba en el «corazón de su corazón», como diría Rabindranath Tagore; pero desde el retrato que le hizo su hermano Valeriano parece enviarnos a través de los años, de sus ojos negros, de su barbita y melena romántica, todo el rico caudal que atesoraba su alma:

«¡Sin embargo estas ansias me dicen  
que yo llevo algo  
dívino aquí dentro!».

«Las golondrinas», decía el diccionario, han dado la vuelta al mundo. Miles de veces desde 1870, y miles de veces han seguido volviendo cada primavera y Bécquer seguirá vigente porque:

«Mientras el corazón y la cabeza  
Batallando prosigan;  
Mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡Habrà poesía!»

Y Bécquer es poesía, como la es esta tierra suya. Ahora que se avvicina su centenario, el centenario de la muerte de los hermanos Bécquer, convendría ir preparando actos, ediciones populares, clases especiales en los Institutos y colegios para evocar a este poeta cuya modernidad sigue vigente y cuyos versos han llegado al alma de todos los hombres que han tenido dieciocho años.

## PEDRO SALINAS EN LA FACULTAD DE LETRAS DE SEVILLA

Todo comenzó con una carta recibida de Cuba. Su sello traía las efigies de dos aviadores españoles, cuya heroica acción conmovió nuestra niñez: Barberán y Collar. Cuba ha recordado así este año el XXXV aniversario de un vuelo histórico, que comenzó en Sevilla y terminó en Camagüey. Son muchas las cosas que han comenzado en Sevilla —en España— y han terminado en América, a veces con la muerte. Y como siempre es bueno recordar, para ejemplo y como testimonio de reconocimiento y amor, hemos saltado atrás no treinta y cinco años, sino cincuenta, y nos hemos encontrado que hace medio siglo no sólo se fusiló a toda la familia imperial rusa y acabó la primera guerra europea, sino que se publicó la definitiva edición de «Platero y yo», comenzó el movimiento universitario reformista de Córdoba (Argentina) y llegó a Sevilla, como catedrático, Pedro Salinas. Tenía veintisiete años.

¿Dónde está Pedro Salinas?

Más de una vez hemos visitado su tumba, allá en Puerto Rico, junto al mar, muy cerca del Morro, al lado del famoso barrio de color «La Perla», que el sociólogo Oscar Lewis ha sacado últimamente a relucir en uno de esos famosos libros que, como «Los hijos de Sánchez», han mostrado al desnudo una de las tantas caras negativas de Hispanoamérica. Pero, ¿quién que... no tiene una faceta negativa? Y, «¿quién que no es romántico?» y ha sentido algo indefinido, a las sombras de las viejas

murallas de San Juan, oyendo el rumor del mar, contemplando deterioradas tumbas con nombres de héroes hispanos o banderas independentistas y viendo una losa gris, sencilla y solitaria, herida por un nombre: Pedro Salinas. Y una fecha. Nada más. Bueno, sí, desde allá hasta acá el océano; el mismo que desafiaron las carabelas descubridoras, el mismo que vencieran Barberán y Collar, el mismo que cruzaron otros que, como Pedro Salinas, desembarcaron en las orillas de Hispanoamérica para morir. Está bien que se interponga el océano, pero nada más. Porque el océano se puede salvar; pero que no se interponga también el silencio, el olvido entre nosotros y ellos.

Hispanoamérica nos manda de continuo el mensaje de sus problemas, de sus angustias, de sus avances, de sus conquistas, pero también llega desde allá el mensaje cargado de nostalgia de los que se fueron, por las buenas o por las malas, para quedar allí, de los que como Salinas —y la imagen es de Foxá— tienen la cuna en España y la tumba en América. Por eso Hispanoamérica es el continente de la nostalgia, más que el continente de la tristeza que decía Keyserling.

Cuando hace cincuenta años Pedro Salinas llegaba a la tranquila y provinciana Universidad sevillana, de seguro que nadie en ella había oído hablar del movimiento de reforma universitario iniciado en Argentina. Su manifiesto abordaba una situación semejante a la actual, aunque ahora se da a escala mundial, y demandaba cosas que ahora también se piden. Se pedía entonces: designación de las autoridades académicas por profesores, alumnos y postgraduados; representación de estudiantes en los cursos colegiados de las Facultades y Universidades; docencia libre; libre asistencia a clases; modernización de los sistemas pedagógicos; solidaridad continental despertando la conciencia hispanoamericana frente al peligro norteamericano..., etc. Mientras, Salinas daba sus clases y celebraba sus tertulias en la fonda de San Sebastián, después creo Hotel Biarritz. Allí vivía y hasta allí llegaban los poetas de entonces, jóvenes muchos de ellos, entre otros Villalón, a quien Salinas gustaba oír hablar y contar... Detrás de la iglesia de Santa Ana había entonces una tasca o bar, donde iba Pedro Salinas y donde su formación lingüística se con-

movía ante el letrero de un zapatero remendón que decía: «Zepone parche invencible»...

Por entonces también «Platero» se echaba a caminar desde Moguer por todos los campos del mundo, llevando un mensaje de riqueza lingüística, nada revolucionario, cuajado de lirismo, paz, luminosidad... único, por obra y gracia, de aquel poeta («vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro»...) que cabalgaba en «la blandura gris de «Platero», hasta llegar a Puerto Rico. Donde, como Salinas, también moriría. Pero Juan Ramón, con Zenobia, tiene su tumba bajo el cielo azul moguerense, arropada por la blancura donde nació.

Si Salinas yace frágil, confundido en un mar de monumentos y lápidas, exigiendo un guía para llegar hasta él, Juan Ramón, en cambio, ha sido situado en una tumba pétreo, que se impone al minúsculo y descuidado cementerio y no exige indagar para saber de su emplazamiento. Sin embargo, un chiquillo sucio, rubio, de doce años, se me acercó la última vez —no ha mucho— que estuve allí con ánimo de servirme de guía. Era el hijo del sepulturero. Sólo sabía que el muerto era un poeta, que venían a visitar su tumba extranjeros y puertorriqueños, y nada más. Ni siquiera sabía leer, por lo que desconocía a «Platero y yo».

Trotaba «Platero» cuando Salinas entraba en nuestra pacífica Universidad, después de estar tres años como lector de español en la Sorbona... Esa Sorbona que, cincuenta años más tarde, se ha estremecido por un movimiento universitario, cuyas tangencias con el hispanoamericano son sorprendente, como el mismo «Le Monde» ha reconocido, y que también vale la pena recordar. Y sacar consecuencias. Una fundamental: que haya menos pobres de cultura, menos niños que no puedan leer «Platero y yo».

## EL PRIMER PRESIDENTE DE CUBA ELIMINADO DE CLASE EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Hoy estamos ya acostumbrados al sensacionalismo de algunas publicaciones, a los titulares equívocos y engañosos, pero fue a finales del siglo XIX, a raíz de la guerra entre España y Estados Unidos, cuando nació la prensa «amarilla» o sensacionalista. En el último decenio de la centuria, la prensa periódica sufrió una gran transformación. Aunque el periodismo «amarillo» existía ya, sobre todo en el «The Herald», fue hacia 1890 cuando se hizo más general el formato del diario moderno, con grandes titulares y cuando surgió el deseo de convertirlo todo en noticia sensacional, desde un asesinato a las cotizaciones de Bolsa. Lo que sucedía en Cuba, y lo que sobre Cuba venían «soñando» los norteamericanos desde la época de Jefferson, iba a proporcionar abundante material a esta prensa. Gracias a aquel fenómeno antillano, como escribe Stanley G. Payne, la prensa norteamericana pudo desarrollar «la primera campaña masiva de propaganda en la historia moderna basada en supuestas atrocidades del enemigo». El enemigo, aclaremos, éramos los españoles. La campaña fue secundada por toda la prensa «amarilla» norteamericana, que desconocía, como afirma el autor citado, que existía «por lo menos tantas pruebas de atrocidades cometidas por los rebeldes cubanos como por los militares españoles en estos años. Pero los delitos de los cubanos atraían poco la atención internacional. La mayoría de los incidentes demostrados contra los que se quejaban los insurrectos parecen haber sido cometidos por los auxiliares cubanos de las tropas españolas». Por otro lado no debían de escandaliz-

zar tanto, ni ser tan inhumanos, puesto como muy bien recoge Weyler en sus memorias, los ingleses en el Transvaal y los norteamericanos en Filipinas, copiaron casi coetáneamente, y los perfeccionaron, tales sistemas que —y esto es lo peor— aún más perfeccionados y con casi cien años de avance cultural, se siguen practicando por países que criticaron nuestras «reconcentraciones» en Cuba y hoy diezman fríamente a una población civil y crean «pueblos fortificados» e intentan imponer sistemas de gobierno a otros países, o luchan turbiamente en la oscuridad por intereses económicos, mientras las gentes se desangran de hambre y en guerras civiles y unas organizaciones mundiales sólo sirven para representar «El gran teatro del mundo».

Entre tanto sucedían estas cosas en la «Perla de las Antillas», nuestros antepasados seguían yendo a los toros, impávidos ante los soldados vestidos del «milrayas» que venían con malaria y convertidos en mendigos, y llamando chulescamente a los norteamericanos «tocineros de Chicago». Estos, mientras, lanzaban su prensa cínica, procurando conmover el idealismo del pueblo norteamericano siempre sensible ante los países extranjeros que sufren opresión o no gozan de las bendiciones de la libertad, y buscando una mayor tirada. Porque eso era lo que fundamentalmente pretendía la prensa, en tanto que los hombres de negocios influyentes e interesados ansiaban otras cosas. Todo esto se proyectó sobre el «negativo» comportamiento de España en Cuba y, sobre todo, lo que se concentró fueron unos barcos y tropas deseosas de actuar sobre Cuba y Puerto Rico, viejas frutas apetecidas y necesarias de poseer para asegurar el bajo vientre norteamericano y controlar el futuro canal de Panamá. ¡Ah! También se lanzaron los barcos sobre Filipinas que estaban, y están, muy lejos del Caribe o Mediterráneo norteamericano. Y así pudimos los españoles hablar de «los últimos de Filipinas», componer canciones y coplas alusivas, pedir «responsabilidades», y enriquecer nuestro lenguaje con aquello de «Más se perdió en la guerra de Cuba». ¡Y tanto, porque no sabéis lo bella que es Cuba!

Sin querer queriendo nos hemos desviado, algo apasionadamente, de nuestro objetivo que era, simplemente, pedir discul-

pas por el título sensacionalista o engañoso de estos renglones escritos con la memoria llena por el recuerdo de lo que pasó en Cuba, sintiendo en el corazón lo que fue la pérdida de Cuba, y contemplando ante los ojos un impreso del curso académico 1856-57 en el que un catedrático hispalense elimina a un alumno de su clase. Un comentario a este documento, conservado con todo un expediente, en el archivo universitario era y es lo que pretendíamos, pero la sangre nos hierve al leer, por ejemplo, en alguna historia de Estados Unidos, que en Cuba no había público, en el sentido anglosajón, educado e idóneo para la autonomía; pero había harta gente de ese infortunado tipo de suramericano que se dedica, como cosa natural, a la agitación política y a la insurrección. Por otra parte, el gobierno ejercido por España era «inepto, débil y venal». Procuraremos que la sangre nos vuelva a su estado normal —nada de ebullición— condición necesaria en un historiador y digamos ya quién era el alumno expulsado, qué había sucedido en clase y qué aconteció cuarenta años más tarde.

El alumno escribe con caligrafía amplia y clara según consta en escrito que eleva al Capitán General de Cuba el 31 de julio de 1856, estando en La Habana, manifestándole que «trata de continuar sus estudios en la Península y con tal motivo acompaña el título de bachiller en Filosofía y la certificación del primer curso de Derecho». Nos el «Rector et Regalis Universitas Habanensis Divi Ayeronimi...», etc., seguimos leyendo en otro documento redactado en latín macarrónico, y en el cual se certifica que el solicitante es «natum in Bayamo oppido Dioecesis Sancti Jacobi ad Cuba...», etc. Resulta gracioso este latín tropical que termina con un «Habana die decima nona mensis Julii anni Domini Millessimi...». ¿Para qué seguir si sabemos ya el año? Va a parecer esto una papeleta de examen de Preuniversitario. El alumno ha obtenido sobresaliente en primer año de Jurisprudencia el 7 de septiembre de 1855. No hay duda. Lo certifica con caligrafía similar, pomposa e impresionante, un Secretario de la Universidad Literaria de La Habana.

Usando muchos (igual que ahora) «con el debido respeto», «suplicando», «es gracia que espera alcanzar», pólizas y cer-

tificados, el jovencito cubano se vino de La Habana a Sevilla dejando sin duda enterrado su corazón en la isla. Pero no se olvidó de traer una maleta llena de ilusiones y una vida de veinticuatro años de la que comenzó a dejar jirones de ella en la calle Cuna número 63. Porque vivir es ir dejando trozos donde vivimos, es ir entregando parte de nuestro ser a quienes conocemos, es irnos hipotecando en lo que hacemos... Vivir es muchas cosas. Lo cierto es que era el 30 de septiembre, al tiempo de Sevilla escaparse del verano, cuando el cubanito hijo de Andrés y Candelaria (¿de origen canario?) solicitaba matricularse en la Facultad de Jurisprudencia Hispalense. Como tutor figura Pedro Sánchez. Se matriculó. ¿Fue a clase? ¿No fue porque se enamoró de alguna sevillana? No, dijimos que había dejado enterrado el corazón en la isla. ¿Qué le pasó? A los cuatro meses del curso 1856-57 el bayamense había cumplido las dos terceras partes de faltas que toleraba el Reglamento, según comunicaba un catedrático al Rector. Reglamento con mayúscula para darle más fuerza al hecho. El catedrático no hacía sino cumplir con lo prevenido en el artículo 224 del citado Reglamento. Otra vez con mayúscula. Mayúscula era la falta del cubanito, que no debió darse por aludido porque siete días más tarde era borrado públicamente de la lista de clase «por haber cumplido el número de faltas de asistencia que señala el Reglamento». ¡Y dale con el Reglamento! Quienes lo redactaron no sabían que iban a empujar a un hombre a ser presidente de Cuba.

En junio de 1857 el estudiante cubano pedía la devolución de sus documentos pues pensaba «marchar cuanto antes a su país». «A su país» dice ya aquel hombre de veinticinco años que regresa listo a desenterrar su corazón y ponerlo al servicio de una causa patriótica. Los documentos los pidió el 16 de junio y, misterios de la burocracia, a los cuatro días se los entregaban. Frustrado su objetivo de ser abogado en Sevilla no sabemos por qué razones, aquel cubanito se quedó en solo maestro de escuela y alcanzó a ser «uno de los factores visibles, admirados y reverenciados de la leyenda revolucionaria cubana». Como se lee en cierta historia, «compañero de Céspedes, patriota abnegadísimo, presidente de la República en armas... preso en el cas-

tillo de Figueras, peregrino tenaz que juró no volver a pisar el suelo sagrado de la patria mientras no se viese libre de sus opresores, solitario ilustre del «Central Vallery», sucesor de Martí, en la Delegación del gran partido revolucionario cubano...», dotado de una tosecilla que usaba cuando quería no hablar, usando y abusando del «hijito» al tratar a las gentes hasta ganarlas, tenaz, algo de goma, etc., fue también un hombre de contradicciones. Porque siendo gran patriota independentista llegó a defender la anexión de Cuba a Estados Unidos, y en cierta ocasión de su mandato solicitó la intervención de los norteamericanos alegando que prefería antes una dependencia política que un país arruinado por periódicas guerras civiles. El tuvo que ceder en arriendo la base de Guantánamo y aceptar la Enmienda Platt añadida como lastre coercitivo o puesta como corsé ortopédico a la Constitución cubana. Pero entonces ya no tenía veinticinco años, sino setenta y uno. Seguía llamándose Tomás Estrada Palma, como cuando arribó a Sevilla, a vivir unos capítulos de su vida, que Dios escribió derecho con renglones torcidos, y de los cuales sólo sabemos hoy que habitó en la calle Cuna, se matriculó en Derecho, no fue a clases y fue eliminado de ellas porque así lo disponía un Reglamento.

## LA PASTORA PASEA POR TRIANA

Un cohete cruzó el espacio y destrozó el atardecer, explotando violentamente; como si su estallar fuera una orden, las campanas de la torre enhiesta desde su base mudéjar hasta el chapitel del siglo xvii, pasando por el Renacimiento, se dedicaron frenéticamente a golpear la paz vespertina. Dentro del templo, la hermandad se puso en movimiento, y en el exterior los músicos aprestaron sus instrumentos y la gente se agitó expectante. La Divina Pastora iba a salir de la iglesia de Santa Ana, donde desde mayo, su mes, llevaba esperando para esta salida, que hacía, finalmente, en un septiembre ya caduco y amenazado de otoño. Una cruz de guía de madera dorada con espejitos, como una labor limeña virreinal; unos estandartes, unos bamboleantes ciriales; los consabidos fieles o hermanos, nerviosos, con su medalla colgante, investidos de ese carisma autoritario ordenador, con que dotan las procesiones a ciertos hombres; unos niños vestidos de pastoras y pastores, con sus cayados y dos o tres ovejas auténticas mayores que ellos; unos padres solícitos, que lo mismo lucen a su hijo con el trajecito de costalero que de flamenco, que de nazareno o con los colores de su club; la banda de música de Salteras; un párroco atento a leer en su breviario gracias a la vela que una devota mujer le acerca y ajeno al jaleo externo; un forofo que grita ¡Viva la Divina Pastora!; unos chiquillos que se asoman por los huecos de la torre y dan voces a sus amigos en la plaza; unos novios amartelados ajenos al cosmos en torno; una mujer embarazada defendiendo su «otra vida»... Todo como en una película que de pronto se

parara y las figuras quedasen fijas aguardando seguir su movimiento, todo, repito, se ha detenido al aparecer el paso en el umbral del templo.

La liturgia, el arte, la sabiduría andaluza se han conjugado para lograr del momento una obra clásica, con canon. La gente ha dejado de respirar. El paso comienza su jadeo, esa especie de respiración agonizante con que hace su difícil salida por todas las puertas de los templos sevillanos. ¿Roza? ¿No roza? El granado auténtico que da sombra a la Divina Pastora se mece brindando el movimiento que la Señora, por estar en este caso sentada, no puede ofrecernos. El jadeo sigue subrayado por el arrastrar de las alpagatas de los costaleros, que rascan el suelo. ¿Lo rascan o lo acarician? Al fin todo el paso está fuera... La gente se lanza a respirar y a aplaudir, y la banda ataca con bríos los compases del himno nacional. La tarde, también detenida un momento, se decide a decir adiós por las esquinas, pero aún envía la suficiente luz para que veamos a la Divina Pastora. Parece un retrato de lady Hamilton pintado por Reynolds, o a la emperatriz Eugenia con su pamea. En la mano lleva un clavel y titilantes pulseras ruidosas de medallas o monedas de oro. En el pecho le brillan piedras preciosas y collares. Su manto abriga maternalmente un cordero, que lleva en su hocico otro clavel, y en primer término se adivina, perdido entre el bosque de flores, un Niño Jesús pastor, que cuida de un pequeño cordero tan perdido como él.

El barrio, el mismo barrio que ha acompañado a la Señora en su regreso tras su peregrinar la noche del Jueves Santo, vuelve ahora a verla y acompañarla en esta otra advocación, nada dolorosa, sino llena de bucolismo y humanidad. No es la pastora de la Finojosa del marqués de Santillana, sino una gran señora del XVIII —como María Antonieta y sus damas en el pequeño Triánón—, que se ha vestido de pastora sin lograr disimular la realeza que debajo se encierra. En nuestro caso, «divinidad»; divinidad, realeza, humildad, belleza, etc., que al pueblo le entusiasma. Y expresa ese entusiasmo con unos aplausos y con unos vivas estentóreos, propios de toda civilización solar, al aire libre, que ama el espectáculo y el «darse como espectáculo»;



que le encanta lo que goza mediante los sentidos; que ama ese «arrebato sin objeto» que decía Valle Inclán refiriéndose a la danza andaluza; que le encanta la vivencia sensorial; que hace de la existencia una profunda contemplación o «autocontemplación morosa de la vida», llena de profunda filosofía.

La Señora vestida de Divina Pastora sale por Triana a dar este paseo septembrino que debió dar en mayo, cuando el campo ha madrugado ya de flores primaverales. Pero el tiempo, sin flores, es similar. El pueblo, con esa arcaica filosofía que le lleva a montar un paso como ninguna otra raza puede hacerlo, que le permite «desencajonar» el paso por la boca del templo mediante una obra de pericia y arte, es el mismo que sabe escoger el momento consciente de lo decisivo del clima en su manera de ser... porque es una «civilización solar, al aire libre, en la que la cháchara y el ocio se presentan como claves significativas». El ocio y la contemplación reflexiva, sensualizada, que le lleva a una disposición vital, única. El andaluz, en efecto, seguro y satisfecho de esa actitud, enamorado de la hermosura y de la gracia —que ve en la Divina Pastora u otra advocación— no alcanza a comprender (y hace bien) que se pueda ser de otra manera a como él es. Incluso no piensa que antes que él hubieron otros que fueron como él. Porque como estas jovencitas que miran con arrobó a la Divina Pastora, o aquella que inmediatamente después de salir la Señora ha entrado en el templo en traje de novia a depositar su ramo de flores ante otra advocación mariana, ha habido otras mujeres y hombres que sintieron lo mismo. Mujeres que fueron hasta el altar donde está la Virgen de la Victoria, de Juan Sebastián Elcano, el que dio la primera vuelta al mundo, y propinaron una patada «al negro» para lograr novio y pronto matrimonio. El «negro» es nada menos que un esclavo que Nicoloso Pisano (el de la portada de Santa Paula, el Alcázar, monasterio de Tentudía, etc.) inmortalizó por cariño de su dueño en un espléndido azulejo lleno de desconchados por culpa de estas apasionadas o precipitadas mocitas trianeras... que lo mismo se identifican con la Señora del dolor y recorren una madrugada la mitad de Sevilla tras un Hijo muerto, que ahora se identifican con esa otra pastoril Señora, que parece escapada de

un cuadro de Watteau, pero que de donde realmente ha escapado es de un templo gótico único por la belleza e historia que encierra. Las esencias ancestrales de Triana y de Sevilla están aquí, aunque ya con el incienso no se mezclen las preces de rudos marinos que habían marchado a destrozarse los misterios del Atlántico, ni las promesas de los que se embarcaban en la aventura de una navegación problemática náutica y mercantilmente, ni el yodo marino que el río —cuando era río— subía y bajaba con el vaivén de sus mareas desde la orilla del mar...

Nada de esto sucede ya, pero el templo ha recobrado su antigua belleza y esplendor, aunque tal vez alguna beata se haya molestado porque a su advocación favorita la han cambiado de sitio o la pila bautismal le pille más lejos de la puerta de entrada...; más eso no es nada con todo lo que le han descubierto a ella, a la beata, y al barrio, que sigue su vida contemplativa y reflexiva en la plazuela de Santa Ana, rincón sevillano cien por cien, esperando que regrese la Pastora Divina.

## EL RIO Y SAN EXPEDITO

Yo no recuerdo en qué fecha los vikingos («hombres de la bahía») se establecieron en Normandía para dar lugar a la existencia de una región que no es natural, sino un conjunto humano e histórico. Sé, en cambio, la razón de su arribo desde Escandinavia. Tampoco sé ahora cuándo los vikingos, convertidos en normandos, remontaron el Sena o el Guadalquivir y atacaron a París y a Sevilla. Pero sé por qué lo hicieron. Menos puedo indicar a quien me lo pregunte cuándo Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, invadió Inglaterra y se convirtió en rey de ella, ni cuándo Eduardo III de Inglaterra desembarcó en Normandía. Pero conozco el problema político que ambos hechos plantearon. Asimismo, creo que pudiera equivocarme al señalar la fecha en que el normando Juan de Bethencourth arriba a las Islas Canarias e inicia la conquista de éstas; pero estoy al tanto de los motivos que se han enumerado para explicar su acción y las consecuencias que para Castilla y para Sevilla tuvo ello, al prestar el normando vasallaje al rey castellano, y al pedirle ayuda para realizar la anexión del archipiélago atlántico, que finalmente se haría desde la capital bética. Ni siquiera, asomándonos a la historia de nuestros días, domino el año exacto del famoso desembarco de Normandía que decidió una guerra. Ni lo sé ni me importa en este instante. El saber universitario, se dice, consiste en ignorarlo todo, pero saber dónde están las cosas. Yo lo que conozco ahora mismo es una técnica y el título de algunas obras que me resolverían el problema de erudición o de fechas. La historia no son fechas, ni batallas, ni gue-

rros, santos y políticos. No es sólo eso; es algo más. Más importante resulta en los ejemplos puestos conocer los móviles que explican el abandono de Escandinavia por los vikingos; adonde llegaron (Islandia, Groenlandia, América, Rusia, Grecia, Galicia, Sevilla, Sicilia...) y las consecuencias de ese arribo y posible conquista.

Si visitando el Algarve portugués exclamamos de inmediato: estas chimeneas son como las de Lanzarote; o si visitando Lanzarote oímos llamar «jable» a la arena del mar y en seguida decimos: esto suena al vocablo francés «sable», lo mismo nos sucede cuando entramos en el Museo de Normandía, en Caen, y vemos la «Coiffe de Granville» o tocado de las mujeres en este puerto de mar que es idéntico al tocado que actualmente se ponen en Lanzarote las mujeres solteras. Es decir, que se nos plantea entonces saber quiénes y cuándo llevaron las chimeneas, el vocablo y el tocado. ¿Vocablo y tocado datan del principios del xv? ¿O es obra de una posterior emigración, dado que los normandos son pescadores de altura que han descendido hasta los bancos pesqueros de Canarias?

Algo similar puede acontecer cuando en Bayeux repasamos el famoso tapiz de más de 70 metros de largo, bordado en plena Edad Media, y donde se recogen escenas del desembarco y conquista de Inglaterra en 1066. En tal caso, o cuando pensamos en la invasión opuesta de Eduardo III en 1346, no podemos menos de evocar la invasión aliada de 1944, cuando en Arromanches-les-Bains éstos establecieron un fabuloso puerto artificial, cuyos restos aún flotan, e iniciaron el previo desembarco a lo que se llamó la batalla de Normandía. Viendo en el pequeño museo que para turistas se ha establecido en la misma playa o pueblo de Arromanches, con banderas, condecoraciones, maquetas, fotos, objetos, diagramas y hasta películas, tenemos forzosamente que repasar la tapicería de la cercana Bayeux, recogiendo otra invasión o desembarco, a la inversa, y en donde barcos, hombres, animales de las fábulas de Esopo, escenas de un gran naturalismo, etc., se mezclan en una sorprendente y expresiva película-documental medieval. Más expresiva esta tapicería, tal vez, que el documental de Arromanches. Y uno vuelve a caer

en la cuenta del valor que tienen los viajes, manera antigua que se tuvo para adquirir el saber —Heródoto— y que el alemán Alejandro de Humboldt resucitó junto con el hábito de escribir sobre experiencias, recuerdos y meditaciones propias.

Pero los viajes tienen otros valores. Muchos. Otro más es el facilitarnos elementos de comparación y perspectiva para examinar con ponderación el medio en que vivimos. Podríamos hacerlo a nivel nacional, pero no es el caso de ahora. El caso de ahora ha surgido de una lectura y de un recorrer tierras de donde hace muchos años zarparon unos hombres audaces que atacaron a Sevilla e iniciaron la conquista de las Canarias. Aquellos hechos bien lejanos se hermanan, sin embargo, con hechos actuales, porque al recorrer el país normando el pensamiento, de manera vaga, se nos escapa hasta Sevilla. Vaga al principio, luego ya de forma concreta, cuando en Caen, ciudad de torres y río, al visitar la llamada «Abbaye aux Dames», nos topamos con un San Expedito rodeado de plaquitas de mármol con una fecha y un expresivo «Merci» grabados. San Expedito es el santo de las cosas imposibles. Y de cosas que parecen imposibles estaba yo pensando tras leer un artículo agudo y sensible de Aquilino Duque.

Debe dar la impresión que lo que estamos escribiendo no tiene sentido ni va a conducir a parte alguna. No. Tiene una meta. Quien lo escribe lo sabe, y el lector también, si aguarda un momento. Unos hechos históricos nos han conducido a una Sevilla ya desaparecida; una lectura, un urbanismo y una devoción nos han conducido a la Sevilla actual. El urbanismo se reduce a lo citado: río y torres. Son infinitas las ciudades con ríos y torres o colinas. Sin duda han querido tener una torre o una colina para empinarse y mirarse al río. Para algo son femeninas las ciudades. Londres, París, Colonia, Florencia, Roma, Lisboa, Nueva York... Si no tienen una o unas torres, poseen unos rascacielos o unas colinas. Y a veces, sin casi río y sin casi torre, se inventan el río o lo miman y hacen proyectos de rescacielos, como Madrid. Sevilla no. A Sevilla le han salido unos «enamoradores» que no quieren que la ciudad se mire al río. Y no es por celos. Porque celo viene del verbo celo, celas, celare..., que

significa guardar. ¿Saben acaso estos que no quieren al río lo que ello significaría? Sólo en la literatura, por ejemplo. Sin duda, que lo ignoran. De un tachón habría que borrar centenares de cosas que carecerían de sentido sin el río. Los que sueñan con asesinar al río —lo están estrangulando lentamente— lo hacen porque —se dice— es un problema. Pero hablar de un «problema del río» es plantear un falso problema (como el de la calle de San Fernando). Y ya sabemos lo que originan los falsos problemas: falsas soluciones. Resulta penoso que ante este tema, u otros, quienes tengan que actuar y responder lo hagan a lo peor con el silencio, uno de los males nacionales. El otro es la envidia. El silencio es táctica nacional practicada por individuos o colegas frente a individuos o colegas y por instituciones cuya misión es el bien común de todos.

Desde donde estoy —lejos de Sevilla en el espacio— quiero exhibir una vez más, como Aquilino Duque desde Roma, mi sevillanidad. Entendiendo por tal una vocación, un conocimiento, un amor, un orgullo, una misión, una necesidad de hacer Sevilla. De hacerla más, y no de deshacerla. Sevillanidad es acción común y contemplación común. Sevillanidad es la emoción diaria ante el mismo paisaje: la ciudad, que no queremos maltratar ni malvender. Aquilino Duque pide al director general de Bellas Artes que interponga su amistad e influencia para que las aguas del Guadaquivir vuelvan a su cauce. Por mi parte, y desde Normandía, yo se lo pido a San Expedito, santo con el que me he encontrado casualmente cuando pensaba en Sevilla y en los normandos que la depredaron hace centenares de años. No repitamos aquello, San Expedito bendito, mediador de cosas imposibles.

Aceptemos, no queda ya más remedio, la destrucción del centro de la ciudad, que ha hecho, como dice Borges de Buenos Aires, que Sevilla sea ya sólo amistad en la esquina de barrio y nostalgia de esa amistad en las calles del centro. Pero no aceptemos el asesinato del río.

## LA SEVILLA QUE HAY QUE SALVAR: EL INSTITUTO HISPANO-CUBANO \*

Tomándola de Italia (idea de un colaborador mío), me atrevo a sugerir al director de A B C la creación en su periódico de una sección, compuesta sobre todo con fotos y ligeros comentarios, que llevase el título de «La Sevilla que hay que salvar». Como apoyo a esta propuesta quiero traer ante el lector las voces de hombres que hablaron hace un cuarto de siglo. El lector hará sus comentarios y sacará sus consecuencias. Incluso, si quiere, puede firmar el artículo. Al fin y al cabo poco es mío de él. Situémonos. Es el 26 de junio de 1944. Hace algo de calor. Seis personas están reunidas para celebrar un acto necrológico en memoria del último presidente del Instituto Hispano-Cubano. Toma la palabra un eminente catedrático e historiador y dice: «Aunque notorio, debe consignarse en esta ocasión que el benemérito cubano don Rafael González Abreu había hecho de esta noble tierra, cargada de historia, su segunda patria. En ella contaba con dos amigos entrañables..., amistad que brotó en las aulas universitarias sevillanas, que duró desde entonces toda la vida y fue el germen de la idea, luego convertida en hecho. Por ellos, en conversaciones de años con Abreu, nació el pensamiento de crear en Sevilla una institución americanista.»

Los presentes, hay entre ellos una señorita, asienten levemente con la cabeza y con rostros evocadores. Aunque hace calor, allí dentro no se nota mucho. La voz del orador prosigue y termina. Concluye diciendo... Pero, no, por favor, oigamos al orador que le sigue.

El otro orador promete de entrada realizar «el ferviente deseo de publicar una biografía de don Rafael González Abreu, y como capítulo de ella, la historia del Instituto Hispano-Cubano». ¿Se escribió? No importa, sigamos prestándole atención:

---

\* Publicado en el «ABC» el 18-XI-1969.

«Cuando Cuba logró su independencia, Rafael se marchó a su patria, a Santa Clara, para reconstruir el cuantioso patrimonio heredado de sus padres, desastrosamente aniquilado durante la guerra de separación. Con esfuerzo inteligente e incansable, durante veinte años, reconstruyó su gran fortuna, y poco después de finalizar la anterior guerra europea enajenó gran parte de sus bienes de Cuba y trasladó su residencia a Sevilla. No por eso renunció a su originaria nacionalidad. Rafael profesaba un amor entrañable a la tierra que lo vio nacer; adoptó desde el primer momento la nacionalidad cubana y la conservó hasta su muerte, en cuya fecha era agregado a la Embajada de Cuba en España. Pero, junto con el cariño a su patria, campeaba en su alma el hondo afecto a Sevilla, donde habían transcurrido los años más felices de su juventud, donde vivían aún algunos de sus antiguos amigos».

La evocación encoge el corazón de los oyentes. Cuba, «Cubita la bella», está todavía ahí, a la vuelta de la esquina. Apenas hace setenta años que la perdimos. A más de uno la imaginación se le va río abajo, con carabelas y galeones... Pero la historia del orador prosigue, y atrae, porque es la historia de un hombre y de una institución modelos, de un amigo y de una obra ejemplares. La voz, como en «off», dice: «Un día de aquellos años que siguieron a su regreso volvió a visitar el antiguo convento de Los Remedios, y resurgió en su espíritu el entusiasmo por la joya admirable del arte colonial; pero en su alma despertó una gran indignación al ver convertida la joya en una casa de vecindad, en un «corral», como se dice por aquí.

Inmediatamente, y sin reparar en precio, compró el edificio, y, tras largos forcejeos, expulsó de él a todos sus ocupantes y destruyó inmediatamente las viviendas. Y, bajo la dirección de un ilustre arquitecto, restauró el edificio, devolviéndole su primitiva belleza, y le agregó hierros artísticos antiguos, y decoró la hornacina de la puerta principal con el busto de Fray Bartolomé de las Casas, y lo alhajó con espléndido mobiliario y con cuadros y esculturas. El convento fue declarado monumento histórico-nacional; don Alfonso XIII confirió a Rafael el título de vizconde de Los Remedios; como reconocimiento de la restauración y de otros espléndidos donativos (la calle que lleva su nombre, la portada de la iglesia de Santa Catalina, la fuente monumental del barrio



de Santa Cruz, la sala de los Abreus del Museo de Pinturas), el Ayuntamiento nombró a Rafael hijo predilecto de Sevilla, y, a instancias suyas, denominó plaza de Cuba a la inmediata al convento de Los Remedios, y grabó en un muro de éste la inscripción de la hazaña más grande de los siglos: la expedición de Magallanes.»

Hay una especie de suspense. ¿Ha terminado ya? No. Es que el orador tiene necesidad de sorber un poco de agua y secarse el sudor de la frente. Luego, satisfecho del silencio y atención de sus compañeros, prosigue: «Ya está salvada la joya; pero ¿qué haremos con ella? ¿Se reducirá su destino a servir de lugar de visita a los turistas? ¿No se corre el riesgo de que, en el transcurso de los años, cuando cambien las circunstancias, vuelva a convertirse, con uno u otro pretexto, en un lugar de viviendas o en un salón de baile?, (se) dio la solución: «el único medio de salvar el edificio consiste en destinarlo a fines puramente científicos; es seguro que la Universidad no se transformará nunca en una casa de vecinos. Vamos a erigir un Instituto consagrado a la investigación de la historia de América, y lo instalaremos en Los Remedios». La idea entusiasmó a Rafael: la fundación se denominaría Instituto Hispano-Cubano, cuyo nombre fundía sus amores a España y a su tierra natal. Y emprendimos denodadamente la ingente empresa. Primero, como tanteo, creamos una Asociación con el nombre que utiliza hoy la fundación. Los socios éramos los tres y unos cuantos familiares (de Pepe y míos...). Poco después disolvimos la asociación y formalizamos, en 1928, la primera escritura de la fundación, ante don Diego Angulo. Dos años más tarde otorgamos la vigente, el 12 de octubre, en conmemoración del Descubrimiento, y en mi domicilio oficial y en mi casa, como obsequio y recompensa a mis entusiasmos y a mis esfuerzos. Y la fundación mejoró por días y empezó a escalar la senda que la condujo a su apogeo... Mientras viviera don Rafael, únicamente los tres otorgantes de la escritura fundacional constituiríamos el Patronato. Para después, Rafael confiaba en que la ejecución de su voluntad quedaría cariñosamente, religiosamente defendida por sus compañeros de la antigua peña juvenil, y los familiares de alguno que había fallecido ya; a ellos agregó dos o tres amigos más de sus últimos tiempos. Y tras madura reflexión

agregamos también algunos sabios maestros de la disciplina histórica, que iluminarían con su consejo los acuerdos patronales; pero sin que, en ningún caso, pudieran torcer los caminos, acertados o equivocados, que había de recorrer el Instituto, según los deseos del fundador.

Tan decidido estaba éste a mantenerlos, que rechazó resueltamente las sugerencias de una eminente personalidad de renombre universal, cuyos libros se leen en diez idiomas, las cuales tendían a desviar sus planes por rumbos diferentes. Yo tuve la fortuna de interpretar sus propósitos y precisarlos y perfilarlos, a su satisfacción, en los términos con que aparecen en la exposición que elevé al Patronato el 1942, con ocasión de una tentativa de publicación de libros.

Como garantía contra presuntos riesgos, la fundación podría transferirse en casos extremos a la Universidad de La Habana.»

El orador señala que durante el gobierno Berenguer logró que la fundación fuera reconocida oficialmente, y sus estatutos aprobados por aquel gobierno. ¿Os acordáis del general Dámaso Berenguer? Era el jefe de la Casa Militar de Alfonso XIII, que ocupó el puesto de Primo de Rivera. «Impasible y calculador», según un autor, llegó al gobierno sin ninguna idea, según dijo a los periodistas el 23 de enero de 1930. ¡Cómo corre y pasa el tiempo! Pero estábamos en junio de 1944. Volvamos a la cáncula sevillana porque el orador está a punto de terminar. Habla:

«La Fundación emprendió brillantemente su camino. A los pocos meses de nacer, tuvimos la suerte de que el Gobierno, penetrado de la trascendencia y de los altos fines y del acierto en la actuación del Instituto Hispano-Cubano, nos concediera una subvención importante con la que atendíamos al sueldo del director técnico y aún sobraba para la adquisición de libros y para publicaciones. Y poco después, pensando también en el Instituto, o por sugerencia de algunos de sus patronos, el Gobierno creó el Centro de Estudios de Historia de América, como una nueva Facultad universitaria, con todos los atributos de las demás. Sólo podían cursar sus estudios los que poseyeran el título de Bachiller; el centro confería los de doctor en Historia de América. Salvo el rector de la Universidad, todos los demás miembros del consejo directivo del centro pertenecían a nuestra Fundación, co-

mo patronos o como colaboradores técnicos; en Los Remedios se explicaban las clases, cuyos alumnos, o al menos la mayoría, estaban dotados con becas del Estado.

Y con acertada visión del porvenir, el centro acometió una empresa, totalmente nueva, que había de lograr grandes repercusiones. De igual suerte que las naciones filiales de España llamaban a su seno a ilustres investigadores peninsulares, retribuyéndolos con esplendidez, el Centro Sevillano de Historia de América correspondió a tan hidalgo proceder, invitando a los más destacados escritores extranjeros de la historia del Nuevo Mundo, para que explicaran, en nuestra casa social, cursos breves de su especialidad, abonándoles, al efecto, su trabajo y los gastos de desplazamiento. Y bajo estas bóvedas que nos cobijan resonaron las voces magistrales de Rómulo D. Carbia, profesor de Buenos Aires, fallecido poco ha; de A. S. Aiton, profesor de la Universidad de Michigan; de C. H. Haring, profesor de la Universidad de Harvard; de Jorge Basadre, peruano; de Jaime Cortezao, portugués; de Carlos Pereyra, mejicano; de Otto Quelle, del Instituto Ibero-Americano de Berlín; de Rafael García Granados, profesor de la Universidad de Méjico.

Y, como era natural, los expedicionarios regresaban a sus lares haciéndose lenguas de la caballeridad, del espíritu científico, del interés fervoroso por la investigación, de los españoles, y del amor que a sus naciones filiales profesaba la España inmortal, y los nombres de España, y de Sevilla, y del Centro de Estudios Americanistas, y del Instituto Hispano-Cubano, recorrieron con aplausos dilatadas regiones del planeta. Y España escaló en los sectores de la ciencia histórica americana un lugar que tal vez nunca había ocupado, y el Instituto Hispano-Cubano conquistó el respeto y la adhesión de sus similares y de los centros científicos de todos los países, y trabó relaciones y mantuvo correspondencia y cambio de libros con todos los centros (o con los principales, al menos).»

El orador termina con tono triste:

«Don Rafael se nos fue para siempre en los primeros días de abril de 1933. Y después de su muerte el Instituto alcanzó su máxima exaltación, cuando se celebró el XXVI Congreso Internacional de Americanistas en octubre de 1935. Entonces, nuestro

Instituto actuó por medio de sus delegados en la organización y en la dirección del Congreso; y en nuestra casa de Los Remedios se expusieron las vitrinas con las últimas publicaciones de los centros científicos de todos los países, entre las cuales ocuparon lugar preferente, por su valía y su cantidad, las del Instituto Hispano-Cubano; alguna de ellas conquistó la más alta notoriedad en la gran Prensa del Nuevo Continente. En los salones de nuestra casa se celebraron las Juntas de las secciones del Congreso, a cuyos trabajos colaboraron, con valiosas aportaciones, algunos de nuestros colaboradores técnicos; en un té en el hotel Madrid, ofrecido por nuestra Fundación, confraternizamos con investigadores y estudiosos y con ilustres personalidades de Europa y América.»

¿Queréis saber todo lo que el Instituto hizo? Pues leed en la revista «Tierra Firme» número 3 (1935) un trabajo de J. M. Ost Capdequí titulado «Sevilla y la moderna historiografía hispanoamericana». Después de leerlo y escuchar a los oradores de 1944 vale la pena —me pregunto— decir que el Instituto no funciona casi desde entonces, que está cerrado, que se hunde ruinoso, que le corroe la lepra por fuera, desafiando toda ordenanza municipal, que tiene sin distribuir la edición del testamento de Hernando Colón, que no cumple los fines para los que se creó, que agoniza como un mendigo, pese a poseer nueve casas en la calle Betis, dos en calle Gravina, una en la Campana, una en calle Castilla, una en plaza de la Encarnación, una en la calle Oriente, una en la calle Cuna, una en la calle Santa Lucía, y, otra, igualmente, en Santa María de Gracia. Yo creo que no vale la pena —la inmensa pena de 25 años perdidos— de comentar y añadir nada. Tan sólo vale la pena, volverle a conceder la palabra al primer orador para escuchar el final de su intervención:

«Cuando hace pocos días yo contemplaba desde la Torre del Oro el edificio de la Virgen de los Remedios, que se alzaba ante mi vista en la otra orilla del río, pensé, al apreciar la blanca y artística mole, que aquel edificio era un símbolo perenne de las empresas ultramarinas, y soñé que estaba destinado, con el Instituto que cobijaba, a fijar sus cimientos espirituales en la lejanía de los siglos con aspiración segura de lo eterno. Pido a Dios que este sueño de un momento sea una tangible realidad.»

## LA CIUDAD DESARBOLADA

Yo no sé si el español es esencialmente un pueblo arboricida, un pueblo de pastores y carboneros. Habría que repasar la temática de su literatura y su pintura y su folklore. Entendiendo por folklore lo que el pueblo sabe, piensa, siente y expresa. Aparentemente su culto al árbol se produce cuando éste es fuente de riqueza. Yo creo que el español no ama a los árboles, como tampoco, en general, ama a los animales, pese a la actual proliferación molesta de perros, que sólo obedece a un momentáneo «snobismo» papanatil y a un mimetismo de gentes vulnerables a los anuncios.

Algo de este poco afecto que teníamos a los árboles debieron saberlo las autoridades de nuestra niñez que establecieron la «Fiesta del Arbol» para que los niños de las escuelas fuéramos en romería a plantar unos arbolitos. Entre paréntesis, diremos que los *romeros* se llamaron así porque iban a Roma, y no porque arrancasen romero.

Si antaño no hubo mucho cariño por el árbol, menos parece haberlo ahora en que la especulación del suelo, la prisa, el descuido y la carencia de civismo, liquidan los que van quedando. El hombre moderno no quiere saber nada del remanso de una plaza ni de la bondad tonificante y belleza de un bosque, al estar, como está alienado, con la babélica y demencial construcción de bloques, y con la venta y destrucción del paisaje. El hombre actual tiene premura por llegar a donde sea, y exige autopistas en las que no puede ni debe alzarse la estética —por peligro, se dice— de un árbol. El hombre moderno, atosigado por la jungla urbana, que él mismo se ha construido, tiene que huir al campo y al mar, donde deja su rastro de basura e incendios como una horda primitiva.

Un notable poeta, que fue catedrático de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, en un es-

pléndido ensayo, en que defiende el valor de la correspondencia epistolar, se refiere a nuestra época como la de la Edad de la Lata, por aquello de que todo se nos está dando enlatado. Escribe humorísticamente cómo «se va desterrando poco a poco ese resabio de Edad Media, o quién sabe si todavía más antiguo, de saborear frutas y zumos frescos y en su natural estado, y las personas civilizadas van aleccionando a los contumaces y a los retrasados con su ejemplo de vivir del bote, es decir, de disfrutar los frutos como es debido, en sus latas».

Alguien, uno de esos alguien-genio que se adelantan a su tiempo gracias a una ley, una idea o un invento, ha propuesto, según Pedro Salinas, nuestro poeta-catedrático, un plan grandioso para talar sistemáticamente todos los árboles. Pero no imaginemos que las ciudades quedarían como un barco que navega desarbolado. En su lugar se alzarían plantaciones de postes de cemento con brazos a manera de ramas. De las más bajas penderían centenares de latas, rotuladas y de colores, con frutas y zumos.

El mismo tronco nos podría facilitar sombra, zumos, melocotones, plátanos, manzanas, albrichigos, brevas, guindas, uvas y nísperos. Por supuesto que este dar no sería desinteresado, como hace el lucero vespertino con su luz, al decir de Aleixandre, sino que sería un toma a cambio de un daca. Más generosos eran unos troncos o postes que en el siglo pasado había situado la municipalidad sevillana en los jardines del Cristina con unas mechas encendidas para que los viandantes encendiesen sus cigarros. Las cerillas y los encendedores acabaron con esta curiosa costumbre que más de un viajero extranjero recoge en sus libros. Estos otros troncos modernos pudieran ser tan pintorescos como los del siglo XIX, pero no tan desprendidos, ya que cada uno contaría con una ranura, según frutas y zumos disponibles, por donde echar una moneda, que haría caer el bote elegido. Sería un «hermoso acto de madurez mecánica, automática, que no requiere las largas esperas del árbol natural hasta que el fruto caiga por su peso. Todas las ramas se hallarían a media altura, lo que evitaría esos esfuerzos y divagaciones, como la poesía gongorina, de andarse por las ramas».

Y si alguien pensase que en este notable plantío se priva al paisaje del follaje, perfumes y melodías pajariles, ha hecho mal,

porque el proyecto no termina aquí. El arbolado de cemento llevaría su hojarasca y flores de plástico, con lo cual se suprimen las molestias del riego y, de paso, los cantos y elucubraciones de los poetas y filósofos, que consideran siempre la fugacidad de la hoja —o de la rosa— el símbolo de la vida humana. Con esto el hombre adquiriría más optimismo vital, una visión menos sombría y contingente de su vida. Por lo que se refiere a olores y cantos de ruiseñores, el artificio es más sencillo: pomos de perfumes procedentes de laboratorios que embalsaman el ambiente no sólo en primavera; y música de hilo musical o de cintas grabadas que hagan las veces de volátiles trinadores tan dados a organizar una descompasada algarabía al amanecer y atardecer.

No creemos que haya un romántico retrógrado e idólatra del pasado, que ponga reparos a este grandioso y futurista proyecto.

Al escribir o afirmar que somos un pueblo de carboneros y pastores lo hacíamos pensando en que el carbonero quema el arbolado, y a que se le achaca a la mesta la aridez de parte del paisaje español. Ahora caemos en la cuenta que eso de «carboneros y pastores» suena a meseta o mesetil, algo que implica orfandad de árboles. Y de España se nos enseñó en geografía infantil que era una gran meseta, y se nos enseñó en historia de juventud que había tenido «una visión mesetil» de su destino. Pues bien, no seamos más una meseta desértica, no tengamos más visión mesetil, repoblemos el país con árboles de cemento y mecánicos. Mantengamos orgullosos la divisa de ser diferentes; continuemos siendo el país de lo imprevisto para que nos sigan invadiendo millones de turistas. Ya en el siglo pasado les llamaba a muchos forasteros la atención la aridez de nuestras tierras. Y en esta centuria les atrae nuestro sol. No les privemos del sol, talemos y quememos todos nuestros bosques, pero, al mismo tiempo, repoblemos lo que decidamos dejar con estos maravillosos árboles que dan sombra, frutas, zumos y música a base de monedas, que es una manera más de aumentar nuestras divisas a costa del turismo. Establezcamos el «Día del Arbol Caído» para que nuestros hijos tengan también la oportunidad de hacer un poco de leña, ahora que vamos a dejar de ser un país de carboneros. No nos andemos por las ramas.

## CERNUDA Y SEVILLA

Antonio Machado, Pedro Salinas, Luis Cernuda. Tres poetas que pasearon por Sevilla su sensibilidad, que en ella concibieron o a ella dedicaron páginas antológicas, y que ahora yacen lejos de la ciudad que hicieron suya y amaron. A lo largo de veinte años hemos podido, por fin, completar un peregrinar que nos llevó del sencillo lugar donde reposa Machado, en Colliure, a la tumba de Cernuda, en Méjico, pasando por el viejo cementerio puertorroqueño que guardá los restos de Salinas. Produce cierto escalofrío reflexionar sobre estos tres destinos cuando evocamos sus vidas, leemos sus versos e imaginamos lo que ellos debieron de sentir con respecto a la ciudad donde nacieron o vivieron amándola. De los tres, ha sido Cernuda quien mejor supo captar esencias sevillanas en su libro «Ocnos». A través de sus poemas en prosa, la urbe, que jamás se cita por su nombre, se deja transitar y aprehender en primavera, en verano, en otoño, por patios, calles y callejas, en compases, en barrios, en atardeceres y nocturnos o a través de especiales visitas a la Catedral, al barrio de Santa Cruz o a la cripta de la iglesia de la Universidad... Ni la Semana Santa ni la Feria distraen para nada la atención del poeta, que en el «esplendor del mediodía estival», y desde San Juan de Aznalfarache, contempla a «la ciudad a distancia», surgiendo sobre la dilatada vega de tierra con tonos cálidos, enmedio de sembrados y junto a un río tranquilo y ancho. La ciudad, con la aérea silueta de sus edificios, presididos por la Giralda, «esbelta como una palmera morena». Del río brotaban los velas y jarcias de los barcos, mientras que el sol intentaba enterrar en él sus rayos. Un río

«verde y misterioso», que copiaba al cielo, a las acacias y al declive arenoso de las márgenes. Un río con aguas lisas, «como un espejo enamorado» de la imagen urbana, a la que, de pronto, podía anegar, la dejaba a oscuras y convertía en una isla, porque el cielo, sobre todo en noviembre y febrero, se desataba en furiosas lluvias que inundaban el dédalo callejero.

En verano, el poeta-niño iba a la Catedral, o a un barrio popular, o a un vivero, o a Triana, todo transido de «aire inusitado». Por las calles matinales y entoldadas unas o descubiertas otras, se dejaba entrever o ver un «cielo radiante, cuyo igual no encontraría después en parte alguna». La urdimbre de las calles, con aire medieval o de zoco, exhibía en algunas zonas tiendas como las de la plaza del Pan, que parecían «covachas abiertas en el muro de la iglesia», con un silencio solitario y enlutado, viejo, pulcro y una mujer de «blancura lunar», con peineta y abanico. En las aceras, sentados, se veían a los gallegos provistos de cuerdas y baúles, esperando a sus clientes en tanto llegaba la Semana Santa, en que harían de costaleros. De este ambiente parecía escaparse un aroma de sándalo o de ámbar, «como un dejo rezagado». Otro olor, con gracia y color, era el de los puestos de frutas dominadas por la rotundidad de la sandía; o el que difundían los dulces (dátiles, alfajores, yemas, turrón), que era un «olor almendrado y meloso de relente oriental». Estampa, que no olor, atrayente para el poeta, era la del magnolio del barrio de Santa Cruz, imagen para él de la vida. Porque el poeta anhelaba, como aquel árbol del barrio antiguo y estrecho, vivir apartadamente, florecer sin testigos y consumirse en su propio ardor dando flores puras.

Sobre todo esto; sobre las naves armoniosas; sobre el altar mayor, como una catarata y una «confusión de oros»; sobre los seis de «faz murillesca»; sobre los patios anchurosos, de vela de lona, de fresca penumbra y palmera verde, fina y solitaria; sobre los pregones de primavera, que eran como «un grito un poco velado» (la voz); sobre los pregones de verano, que parecían «un fulgor súbito de luz escarla» (el cante, la melodía); sobre los pregones de otoño, roncós, como un recuerdo y un eco; sobre los infinitos atardeceres contemplados desde la azotea; sobre el remanso de las noches estivales únicas; sobre la tumba de

Bécquer o el recuerdo de José María Izquierdo; sobre los viejos patios universitarios de limoneros, adelfas y una fuente susurrante...; sobre todo, y entre todo, flotaba «un aire limpio y como no respirado por otros todavía, trayendo consigo también algo de aquella misma sensación de lo inusitado, de la sorpresa...», que constituía y constituye uno de los goces de Sevilla. Y dentro de ese aire, y con ese aire, el anhelo de eternidad, el anhelo porque las horas quedasen inmóviles, en suspenso... Ese anhelo que atosiga a todo hombre, sobre todo en esta ciudad, más hecha para vivir que para morir.

## MEMORIAS DE UN SEISE

El antiguo seise ha vuelto a emocionarse al escuchar el bronco, fresco y límpido sonido de las campanas que anuncian el Corpus. En su interior han reverdecido viejas sensaciones. Se ha visto, una vez más, intentando coger todo el aire de Sevilla en la mañana aún adormilada o en la tarde perezosa antes de entrar en el templo catedralicio. Ha gozado otra vez de la multiplicada admiración de amigos, familiares y extraños que lo veían desfilar. Y casi se ha puesto nervioso, consciente de representar una tradición que viene discurriendo a través de ellos —los seises— desde varios siglos. Nervioso por eso y por la tremenda responsabilidad de cantar y bailar ante el Santísimo y las máximas autoridades de la Iglesia y de la ciudad, el viejo seise no ha percibido eso: que es un viejo seise, cuya alma puede volverse a enfundar con el traje blanco, rojo o azul que su cuerpo, en cambio, estallaría.

La remembranza del ex seise lo mismo la puede realizar un sacerdote, que un comisionista, que un delineante, que un organista, que un tenor, que un oficinista, que un empleado de ferretería o que un músico de un moderno conjunto. Todos fueron seises, pero el destino los ha encaminado hacia diversos rumbos y menesteres. Algunos han quedado vinculados al mundo de su infancia, a las sombras de la Catedral, y en contacto con algún que otro compañero; otros se mueven en ambientes muy distintos y sin relación alguna con el lejano medio donde fueron felices. Porque todos los seises lo han sido. Todos, sin excepción, volverían a ser seises... con matices. Es decir, alguno no tendría inconveniente siempre que las vivencias fueran las de su infancia y la institu-

ción discurriera como entonces. Ello quiere decir que hay diferencias al correr del tiempo. Pero no diferencias marcadas por cincuenta o cien años, no. Y es que hasta esta tradición bella, mágica, diferente, no se ha visto libre de cierta evolución, como no se han visto libres los juegos de los niños.

Al viejo seise no le agrada la rigidez actual del baile, ni la presencia de la orquesta en lugar del armonium, y siente cierta frustración cuando comprueba que los seises de ahora no bailan la figura calado de ocho con dos eses. Ni, por supuesto, le encanta que seises y escolanía formen un sólo grupo. En su época él era seise y los otros eran escolanos. Él era seise, con morada en el colegio de San Miguel, desde cuyo recatado ambiente salía al bullicio de la avenida, camino de las umbrosas naves catedralicias, donde su pequeñez física se acrecentaba cuando le era permitido tocarse ante Dios, en medio de un embriagador incienso amontonado ante la perfecta belleza del altar mayor. Él era un seise que, cual abeja, iba recogiendo en sus ojos y oídos las alabanzas de las gentes. Era un seise capaz de liarse a naranjazos con los escolanos en el Patio de los Naranjos e imponer hasta en esto su superioridad si fuera preciso, porque para algo él y sus compañeros iban junto a la Custodia. Hoy ya no; hoy son iguales. Escolanía y seises viven en la misma casa y de la primera salen los segundos por su edad y por su voz.

Todavía se acuerda el seise cuando su madre lo llevó para que le hicieran la prueba de su voz y oído. Tiene también muy presente el día del terremoto y la alegre desbandada del colegio; y la tarde en que a un compañero se le soltó el cordón de la portañuela mientras bailaba, y cuando a él se le trabó el sombrero en un botón de la casaca y estuvo sin poder tocarse un buen rato. Fue un momento tan difícil como cuando se cayó y quedó sentado sobre —¿era un bonete?— que le resultó duro. Las seises del colegio de San Miguel poseen un rico anecdotario, donde no falta la picaresca, que va desde la «fugona» del coro a la función en que los músicos marchaban por un lado y ellos por otro. Aquel seise de hace unos veinte años no temía equivocarse tanto como los posteriores. Estos no conciben el error. Cuando evocan su pasado inmediatamente les viene a la memoria la inquietud, casi ob-



sesión, por no acertar en los pasos. Su gran preocupación consistía en la disciplina, el orden, la exactitud. Como los que le precedieron, experimentan nerviosismo minutos antes del baile, gozan cuando se visten y la señora encargada —especie de «camarera de seises»— les da los últimos toques y desfilan orgulloosamente con el cuerpo y el alma llenos de satisfacción. Pero están más atentos al director, cuya severidad no admite picaresca alguna o error desde que el aire se llena de la introducción, el estribillo y la copla. En el subconsciente de todos, da lo mismo que fueran puntas (los más altos), segundos o trancas (los dos pequeños), tiple primero o tiple segundo, revolotean las letras de las canciones: «Altísimo Señor», «La uva y el trigo», «Cual mariposa», «Yo tengo amores».

Todos ellos, al pasarle revista a aquella breve etapa de su vida, no olvidan el orgullo propio ante los compañeros del barrio, ni el de sus madres, que invitaban las octavas del Corpus y de la Inmaculada a los vecinos y familiares a que fueran a ver bailar «a su niño». No se consideraban distintos a los demás muchachos, pero sí privilegiados, recuerda el viejo seise, que ahora se ha puesto a hablar con un desconocido de aquellos días. Y lo ha hecho en la sacristía de una iglesia, en una oficina, en una placita recoleta, detrás de un mostrador, con una guitarra electrónica a la bandolera o tocando un armónium, mientras el patio todo se llenaba de vocalizaciones infantiles...

El antiguo seise se ha sonreído pensando en un traspies, en una vuelta mal dada, en doña Pepa... El moderno seise se ha puesto serio, imaginando que podía hacer el ridículo. Y los dos se han esponjado de satisfacción como cuando las gentes les rodeaban y hacían preguntas o fotos y sus madres los señalaba: «Aquel, el pequeñito, ese es mi niño.» Pensando en esto, al seise, maduro o viejo, le corroen las ganas de no haberse ido nunca, de bailar siempre, haciendo eterno aquel presente ya pasado.

## CAMINOS ONUBENSES

## LA RABIDA, UNIVERSITARIA HISPANOAMERICANA

Siempre que se escribe de La Rábida resulta, al parecer, ineludible hablar del «estilo rabideño», de las tardes de Fuentepiña, del mirador de los frailes, de los atardeceres malvas juanramonianos, del claustro mudéjar, y de la sala del Padre Marchena convertida en aula universitaria. No cabe duda que todo eso y el verde de los pinos, y el gobernador Alonso, y los mosquitos, y el sabor del agua de la ría, y los esteros, y las nuevas construcciones y la cercanía de la Gulf definen, concretan o matizan la geografía rabideña frente por frente a la de la Punta del Sebo cuyo paisaje ha sido «industrializado». La descripción o pintura del «hábitat» rabideño se hace difícil. Pintura literaria quiero decir, porque la que nace del pincel tiene en el escenario un modelo ideal como han demostrado los distintos artistas de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla que, durante años, se han mezclado con los universitarios y han vivido estéticamente el paisaje llevándose lo aprehendido en unos lienzos que luego se exponían en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Hay un paisaje interno rabideño, universitario, «sui generis». Y hay otros paisajes. Cada personaje que allí mora siente y vive uno distinto. Es un paisaje íntimo, anímico, diluido en ingredientes sensoriales: olor de pinos, jazmines y damas de noche; olor de mar; ruido de motoras lejanas; algarabía de voces juveniles; silencios de siesta y de horas vespertinas; rojos y malvas indefinidos del crepúsculo; azules rutilantes del mar y del cielo: verdes diversos... La amistad, el descanso, la meditación, la confianza y el paseo cuentan con los elementos necesarios para su

desarrollo y práctica. Desde el explosivo amanecer, rutilante de sol, que hace más azul a los azules y que incita a la extraversión y a las ganas de vivir, hasta el atardecer silencioso ideal para la introversión, para la confidencia y para la ensoñación. Y es que Dios está enredado en las copas de los pinos, diluido en el agua de la ría, flotando en el aire como en el Génesis, y escondido en los claustros.

Es, pues, el paisaje, y la luz, y el olor, y el color y la espiritualidad flotante los que dictan una manera de ser, de comportarse. No se puede ser de otra manera en La Rábida. A veces dan ganas de gritar, de correr o de andar de puntillas, mudo, afanoso también por identificarse con el ambiente.

Si a lo enumerado añadimos el Monasterio y todo el peso de la Historia, con mayúscula, de América que comenzó aquí, tendremos la clave de una esencia rabideña. Se puede soñar a ser santo paseando por los claustros del Monasterio, como se puede soñar a ser descubridor y conquistador imaginando, desde las galerías de la Universidad, carabelas sobre la ría.

Todo esto, y más, perciben los muchachos que año tras año desfilan por las aulas rabideñas para beber esa introducción a un mundo —América— que ni siquiera presentían. Al hilo de esas clases sobre el Nuevo Mundo, y al contacto con los americanistas de España y del extranjero, nacieron vocaciones y querencias americanas. Dije muchachos, pero debo también añadir muchachas. Porque la humanidad universitaria rabideña tiene dos caras como una moneda, separadas y todo por su canto... El canto de la moneda. Una cara tiene la fisonomía del Curso masculino; la otra posee el rostro del Curso femenino.

Casi nos atreveríamos a decir que el americanismo español cultivado tras nuestra guerra, entra ahora en una segunda etapa. Una nueva generación de estudiosos han arribado al campo de la Historia de América ensanchándolo y pidiendo un puesto en él con futuro. América se ha acercado más a nuestra retina, a nuestro corazón y a nuestra inteligencia. Hoy vamos y venimos de uno a otro continente con máxima facilidad, encontrando amigos por doquier. En parte han sido La Rábida, y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que también cumple sus veinticinco

años, quienes han sembrado este rosario cordial por el mapa americano. La contribución historiográfica española en estos veinticinco años ha sido casi tan cuantiosa como la hecha en todo un siglo anterior y esto no puede escamotearse, como no puede escamotearse la América actual en la historia mundial. A la comprensión de esta América es a la que debemos contribuir desentrañando su pasado y dándolo a conocer.

## EL AJUAR DEL GUERRERO

No pudo escogerse un nombre mejor, *Cabezo de la Joya*, en Huelva, para encontrar la joya arqueológica del siglo VIII antes de J. C., constituida por el carro y todo el ajuar de un guerrero. Una vez más, esta rica y bastante desconocida región que es hoy la provincia de Huelva, a la cual tan sentimentalmente estamos unidos, subraya su valor arqueológico y, por ende, su papel en una historia descubridora que va de *íberos*, posibles circunnavegadores de Africa, a los marinos andaluces compañeros de Colón, debeladores de un nuevo mundo que cambió la concepción geográfica que el hombre tenía del ecúmene o tierra habitada.

La riqueza y variedad de la provincia onubense no es preciso resaltarlas ahora: minera, agrícola y pesquera. Esta tierra, arrinconada en un vértice de nuestra patria, ofrece paisajes de playas y montañas con rico y puro folklore. Huelva es esto y otras cosas que ignoramos y que nos permite llamarle la cenicienta de España. Pero este desconocimiento, que implica misterio, la hace más sugestiva, más atractiva. Y este interés tan insospechado en su paisaje, a flor de tierra y al alcance de nuestros ojos, es mucho más cautivador, por así decirlo, que ese otro mundo subterráneo objeto de la arqueología que las aguas de la ría del Tinto y del Odiel, los cabezos, minas y montículos guardan avaramente muchas veces por culpa de los hombres, que no han querido conquistarlo porque la tierra es como una mujer, que exige para el logro de su conquista, para el dominio de *su misterio*, un esfuerzo, un interés, una campaña.

De vez en cuando el nombre de Huelva ha saltado a la actualidad, ha sido una noticia momentánea por mor de su aporte histórico; que si Saltés y Tartessos, que si Argantonio, que si Tarsis, que si las minas romanas, que si las espadas y los cascos de la ría, que si los marinos descubridores... Estos y La Rábida-Palos de la Frontera han acaparado casi toda la curiosidad por la historia de la provincia, y nosotros, que a ello nos dedicamos, no vamos a recortarle méritos a este gran y trascendental papel onubense. Pero antes de que esa hora del siglo XVI sonara, hora que marcó la llegada a un Nuevo Mundo, mucho antes, la región fue factor decisivo en los descubrimientos, en la transmisión de culturas y en el comercio de la antigüedad. Cádiz, gran Marsella de entonces, estaba muy cerca, pero también estaban las tierras andaluzas del Coto de Doñana, la desembocadura del Guadiana y del Guadalquivir, las minas, los caminos marinos y terrestres rumbo a Galicia y a las famosas islas Casitérides, de donde venía el estaño.

Cuando en el *Libro de los Reyes* leemos: «No había nada de plata, no se le hacía caso alguno de esto en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones...». Cuando leemos esto, repito, o aquello otro de «Josafat construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro...», la imaginación, tal vez sin base científica, navega de Punt y Ofir en un misterioso Oriente a Tiro-Sidón y a nuestras tierras de Andalucía, escenario de esa Atlántida, o ese Eldorado de la antigüedad que fue Tartessos.

Un Tartessos que pudo ser más un mito literario que una realidad geográfica; pero esto es aventura arriesgada de un profano que, impresionado por el ajuar del guerrero encontrado recientemente en Huelva, desea señalar lo que ya se sabe: que las relaciones entre las zonas del sur andaluz y el Oriente fueron muy intensas en la antigüedad. La tumba del Cabezo de la Joya, que reclama, que grita como nunca, un museo digno para la gran riqueza arqueológica de Huelva, es una prueba de lo que venimos diciendo. Nada similar, después del tesoro del Carambolo, se había encontrado. Allí, en el Cabezo de la Joya, se ha descubierto un



carro de procedencia oriental con una cabina semicircular, con unos ejes terminados en cabezas de panteras impresionantemente labradas. Faltan, lógicamente, las maderas; pero no están ausentes las chapas de bronce, el atalaje precioso de los caballos, así como multitud de alfarería oriental importada vía Cádiz y cerámica indígena, un alabastrón para perfumes, un timaterio o candelero, un brasero, un jarro de bronce tartésico con cuello en forma de flor de loto, armas del tipo de las encontradas en las rías onubenses, un espejo único que ya se había visto o entrevisto reproducido en estelas y una caja de marfil muy bella, con esquinas de bronce y plata, aún no abierta. ¿Qué contendrá esta arqueta de marfil?

Nuestra incapacidad científica nos autoriza a pensar que allí adentro se pueden guardar joyas y también el secreto del guerrero. Un secreto que tiene que relacionar al héroe onubense enterrado hace veintiocho siglos con la mujer, joven sin duda, también onubense, que yacía cerca y de la cual sólo nos permite imaginar su figura el broche y los clavitos de plata de un fajín o cinturón que abrazó una cintura que tal vez el guerrero de Huelva había conquistado, porque, como alguien ha escrito, «la guerra se hizo para el hombre, y la mujer para el reposo del guerrero». Casi sería mejor que esos hombres meritorios que han realizado semejante descubrimiento, no abriesen nunca la caja de marfil y nos permitieran a los profanos soñar su contenido, porque ¡qué terrible desilusión si la caja de marfil estuviera vacía!

## LA SIERRA DE HUELVA DEL REINO DE SEVILLA

Pues sí que llega usted tarde, amigo, me dirá más de uno. Y es verdad; pero no he llegado tarde, sino que he debido llegar antes. Mas como puede haber más de uno en la misma situación que yo, me apresuro a notificarle a ese «uno» mis impresiones sobre las serranías onubenses. Yo nunca había pasado más allá de Aracena, la metrópoli centro y feria de la Sierra; pero a veces se nos ocurre hacer miles de viajes por esta geografía hispana que tan poco conocemos y entonces descubrimos algo y sentimos vergüenza. Tengo que reconocer que hace ya muchos años, un hombre, que en sus comienzos había sido médico en Fuenteheridos, y a quien me unían profundos lazos espirituales, me había recomendado más de una vez visitar la Sierra de Huelva. Este hombre se llamaba Antonio Ruiz López y hasta pocos días antes de morir estuvimos organizando ese viaje nunca realizado. Sin embargo, otro hombre, el profesor José María Luzón, fue el encargado de hacer realidad aquel consejo que el doctor Ruiz López, mi suegro, me había dado más de una vez. Hace unos dos o tres años José María Luzón me llevó por fin más allá de Aracena, y fue entonces cuando descubrí la incomparable Serranía onubense.

Nosotros, que a lo mejor hemos estado en exóticos y lejanos países, a lo peor no conocemos el menudo pueblecito lleno de interés de nuestra provincia o de la provincia de al lado. Interés centrado en un paisaje, en un castillo, en un folklore, en una gastronomía, o en un arte guardado en una humilde iglesia. La Sierra de Huelva, tan cerca de Sevilla y tan lejos de Huelva, guarda muchas sorpresas para muchas gentes. No en balde alguna Univer-

sidad norteamericana ha tenido más de un año a determinados estudiosos suyos realizando investigaciones sobre el terreno. Porque ahora resulta que muchos fenómenos culturales hispanoamericanos que se creían de raigambre indígena tienen su raíz en España, varios en esta Sierra de Huelva. Serranía, repito, que el hombre de las tierras bajas y llanas de cara al mar desconoce atraído por éste, y que otros —el sevillano— no frecuenta porque siempre le pesa la carretera de vueltas y revueltas un tanto torturante. Pero el regalo que al final del camino hay, bien vale la pena de someterse a su tobogán. Pasemos por alto Araceña, con sus grutas, su castillo restaurado, su nueva y bella plaza, su cerámica artesana obra de artistas... sigamos hacia Cortegana, Zufre, Aroche, Almonaster, Marines, Cortelazor, Alajar, Fuenteheridos...; encinas, chopos, olivos, amapolas, retamas amarillas, jaras de flores blancas, flores de lobo... Y una paz que sólo la perturba los pájaros y el ruido de la rivera al moverse entre los chopos. Una rivera donde navegan unos barbos mansos, que no se asustan y que se dejan atrapar con cestos. El paisaje, con un cielo límpido, apenas ensuciado por una ligera nube blanca recuerda al paisaje de Toscana, aunque faltan los cipreses y las vides. Al intentar hablar de algunos de los pueblos mencionados, nos embarga una duda porque, ¿a cuál vamos a referirnos? Todos son hermosos. En todos y por todos transita una paz que casi se puede palpar. En todos viven unas gentes muy amables; todos cuentan con unas calles perfectamente adoquinadas. En cada uno de ellos hay casas de una arquitectura popular modelo; si en uno prima las chacinas puestas a secar o colgadas en esos techos de madera de encina, en otros nos llama la atención su cerámica artesana, en aquel de más allá nos entusiasma sus fiestas folklóricas de mayo con resabios paganos, en este otro nos atrae el rumor y la abundancia del agua, o en el de más acá nos puede atraer la riqueza de sus árboles frutales y el triunfo estallante del verde que le rodea. Cualquiera de los pueblos de la Sierra merece un madrigal y merece un elogio. No podemos, pues, tener preferencias; todos son iguales, todos tienen sus valores, todos tienen sus bellezas, todos tienen sus méritos. Puede, sin embargo, que encontremos en algunos de ellos algo inesperado, algo único. Única es la vista

desde la Peña de Arias Montano. Tras visitar la Virgen chiquita abrumada por tantos exvotos y joyas, nuestros pasos pueden encaminarse hacia la especie de espadaña con campanas que deben de servir para convocar a todo el paisaje cuando hay fiesta en torno a la Virgen. Junto a la espadaña grande, blanca, se alza el monolito que Arias Montano ordenó levantar para testimonio o como recuerdo de la visita que Felipe II realizó a aquel lugar. Sin duda que el monarca, con retina hecha al paisaje castellano, debió sentir admiración al enfrentarse con el pueblo de Alajar, arrodillado a sus pies, y detrás del pueblo hacia la infinitud del mar las colinas y montes donde se esconden los pueblos y donde se adivina como una especie de cicatriz rojiza, las minas de Río Tinto. Dejando la Peña de Arias Montano y sin atrevernos a beber en el borbotón central de la fuente por aquello de que quien bebe de ella se vuelve invertido, descendemos hacia Alajar buscando la abandonada aldea de El Calabazino donde nos dicen vive una colonia de *hippies*, pero antes de meternos por la amplia vereda empedrada que entre encinas nos va a llevar a la fantasmagórica aldea, hagamos algunas consideraciones de cierto interés. Hemos mencionado un chorro de agua que según la creencia popular quien se atreva a beber de él se verá convertido en homosexual. Cierto. Tan cierto como la creencia sobre otra fuente existente en la Sierra relativa a que quien beba de ella en la «mala hora» se verá afectado por una desgracia. Nadie sabe, por supuesto, cuál es la mala hora de la fuente.

Dejando a la izquierda Alajar, un amplio camino empedrado que discurre entre una frondosa arboleda nos lleva hacia la abandonada aldea de El Calabazino, dominada por un templo cuyo altar mayor preside un cuadro con la Santísima Trinidad, advocación que parece repetirse por esta zona. La aldea es, en efecto, un pueblo abandonado, un pueblo abandonado hace tiempo. No obstante, se percibe algún que otro latido, síntoma de vida, hay alguna casa donde se escuchan unas gallinas o unos cerdos. En otras donde entramos libremente adivinamos un lecho de paja con unos aperos de labranza, pero por lado alguno se ve a un ser humano, salvo a los campesinos y algunas campesinas que procedentes del bosque se dirigen, cruzando por la aldea, hacia

el cercano Alajar. De pronto, en nuestro deambular, nos topamos con una mujer sentada en el quicio de una puerta. Está gozando del último sol de la tarde, y dentro de su regazo cuatro pequeños gatos gozan también del sol. La mujer toda morena, de pelo enormemente negro, un tanto enmarañado, tiene una mirada que no parece normal y una voz suave, infantil. La saludamos y nos contesta sin moverse y diciéndonos que no sabe nada. ¿Cuál ha sido nuestra pregunta? Le hemos preguntado si sabía dónde estaban los *hippies*. Como una respuesta viva a nuestra interrogación, de la casucha sale un hombre con una gran barba y cabellera blanca. Su mirada tampoco es muy normal. Si la mujer es morena, el hombre es más bien rubio o ha debido serlo, por lo menos su tez sonrosada denota una blancura que está bien lejos de la morenez gitana de la mujer. Enseguida pensamos que se trata de un matrimonio, pero ellos nos aclaran que no, que forman un «rebujito decente». Inmediatamente sabemos quien es el hombre: es un hombre llamado Luis Martín, que procede de Alajar, y que se ha refugiado allí en el pueblo olvidado y abandonado con aquella mujer. El diálogo entre el individuo y nosotros es un diálogo de locura, no por nosotros, sino por las respuestas de aquel viejo de más de sesenta años. La gente dice que está loco, pero debe ser una locura como la de don Quijote, porque rezuma una agudeza e inteligencia que nos maravilla. El nos explica por qué no trabaja, él nos critica porque preguntamos tanto, él nos razona su manera de vivir, él nos da a entender cuáles son sus relaciones con la mujer, él nos dice si come o si no come, si pasa frío o si no pasa frío, él nos muestra los palilleros que hace con el corcho del bosque, él nos da su opinión sobre la gente del pueblo, en fin, él, *hippy* de Alajar, nos dice que no sabe nada de los otros *hippies*, que la prensa de la capital del país ha aireado en un reportaje. No obstante, nosotros sabemos que junto a la casa que ocupa esta insólita o extraña pareja hay otra casa que fue la comprada por esos famosos *hippies*, esos otros *hippies* que son, según las noticias que nos han dado, universitarios catalanes, entre los cuales había dos chicas y un muchacho estudiante de medicina. De vez en cuando han aparecido por la aldea, han vivido en ella, han bajado a Alajar dejando tras sí unos olores molestos, cierto desagrado por par-

te del pueblo que no les gustaba verles lavar sus cacharos de comida en la fuente, y unas interrogaciones en torno a su parasitismo. Pero no han pasado de ahí. Tal como vinieron se fueron, cualquier día volverán de nuevo a la casucha que compraron por cinco mil pesetas. No saben estos *hippies*, los catalanes, y la pareja extraña, vecinos suyos, que muy cerca vive también retirado, en una casa aislada, el hombre que fue secretario del primer presidente de la República Española, es decir, el secretario de don Niceto Alcalá Zamora. El *hippy* nativo, Luis Martín, me parece que sí está enterado, aunque contesta con una evasiva y diciéndome que él no quiere saber nada con personas extrañas que hacen velorios a perros muertos. Pero no me concreta, no me dice ciertamente a quién se refiere. Con un tanto de pena tenemos que abandonar el paisaje y a sus habitantes; decimos que con un tanto de pena porque el diálogo con el hombre era muy interesante. Nuestros pasos nos llevan a Alajar y de Alajar a Fuenteherido, pasando por Cortelazor. En Cortelazor tenemos tiempo de enfrentarnos con el misterio y la sorpresa de unas tumbas algáricas del siglo V o VII a. C. Toda esta zona está llena de sorpresas arqueológicas. En Cortelazor, Roma está muy presente en cualquier cortijo que se permite el lujo de tener una columna de mármol para atar a las bestias; y no sólo Roma, sino los pueblos anteriores a Roma, y anteriores a los pueblos anteriores a los romanos. Porque en la Sierra de Cortelazor las tumbas algáricas están por así decirlo, sembradas, exigiendo un estudio y una excavación sistemática por parte de los arqueólogos. La Universidad de Sevilla, en este aspecto, tiene la palabra, y yo estoy seguro que el alcalde de Cortelazor, hombre amable y amante de su pueblo, le agradecería muchísimo a estos estudiosos que fijasen su atención en la zona que, además de tener el tesoro entrañable (en sus entrañas) de unas riquezas arqueológicas muy viejas, brinda un paisaje de una belleza única, ideal para cualquier veraneo. Pero como uno no puede ser parcial en estas apreciaciones, tiene también que decir algo de Fuenteheridos, porque Fuenteheridos es un pueblo único, como lo es Cortegana con su castillo de bolsillo, precioso, y sus fiestas folklóricas; como lo es Sta. Eulalia con su folklore puro, y como lo son todos los pueblos sin intentar establecer ninguna

relación ni preferencia; más como en nuestra última visita hemos descubierto a Fuenteheridos estamos obligados a hablar de él, ya que las sensaciones sobre él son más frescas y recientes de las que tenemos, por ejemplo, de la inigualable plaza y Ayuntamiento de Zufre, de la paz de los Marines, de la altiyez de Aroche:

«Aroche está amurallado,  
Cortegana no lo está.  
Quiero vivir en Aroche  
por mayor seguridad.»

Fuenteheridos es «rumor de agua» que canta. Aquí el agua no llora, como tópicamente cantó Manuel Machado con relación a Granada. Aquí el agua canta, aquí el agua habla. Canta y habla con una lentitud, con una frescura, con un reposo infinito. En Fuenteheridos encontramos una paz, un remanso, una terapéutica hecha de tarde y silencio que hoy el hombre de la ciudad, sobre todo, busca por todas partes.

Estamos como los antiguos buscando velloncinos de oro, buscando fuentes de la eterna juventud, buscando eldorados, buscando montañas de la plata, buscando ciudades encantadas..., buscando, en una palabra, el sosiego y la tranquilidad que la vida nerviosa moderna nos ha robado. Y al indagar en torno a estas ansias y necesidades vitales, no nos damos cuenta que tal vez ellas estén detrás de una cualquiera de las curvas de esa carretera que lleva de Sevilla a la Sierra de Huelva. Por eso decía que vale la pena someterse a la tortura de la carretera si sabemos que al final de ella o detrás de cualquiera de una de sus curvas podemos encontrar uno de estos mitos antiguos personificados ahora en uno de estos pueblos serranos.

## MUÑECAS Y FREGONAS

A un historiador le es casi imposible evitar la evocación del pretérito al vivir el presente. Este, como alguien ha escrito, es el pasado al desrealizarse. El hoy no existe sin el ayer. Lo que hoy se se comprende mejor sabiendo lo que fuimos ayer o anteayer. Lo que no puede o no deber hacer el historiador son elucubraciones con lo «que pudo haber sido y no fue», letra de canción *camp* como ahora hay que decir para que le entiendan a uno ciertos sectores. Sin embargo, resulta interesante pensar a veces en lo que «pudo haber sido». ¿Qué hubiera sucedido con España, por ejemplo, si los Napoleón siguen en ella? ¿Y si no hubiéramos descubierto al Nuevo Mundo? ¿Y si Portugal y España hubieran seguido unidas? ¿Y si el duque de Medinasidonia y el marqués de Ayamonte consuman la independencia de Andalucía? Todo esto, aunque no lo parezca, son interrogaciones un tanto calenturientas, fácil de plantear por quien cruzando el Guadiana —río que divide y une— contempla la riada de portugueses que marchan felices a sus casas pertrechados de enormes muñecas y «fregonas» nada cervantinas, es decir, nada «ilustres». Los portugueses tienen auténtica debilidad por esas muñecas grandotas, desmayadas, rubias... Las podéis ver en los grandes puertos canarios alineadas esperando la llegada del «Santa María» u otro barco lusitano. Y las podéis ver, llevadas en amorosos y apresurados brazos, yendo de Ayamonte a Villa Real de Santo Antonio. A cambio, los españoles regresan con café y alfombras, y un indudable aire de superioridad, porque nos cuesta trabajo reconocer —aunque lo palpemos como Santo Tomás— que la ciudad

de la margen derecha está más limpia, está más urbanizada, tiene más flores, cuenta con mejores playas. No, nos resistimos y hacemos el tópico chiste de «son seis millones de gallegos rebeldes con bandera propia».

Aunque unos vayan por la derecha con muñecas y «fregonas» hablando portugués, y otros vayan por la izquierda portando alfombras, café y hablando español, sus puntos comunes, de unión, son más que los que les desunen. Y, sin embargo, las mutuas ignorancias son admirables. Tal vez más las del español hacia el portugués que las de éste hacia el español.

Esta humanidad que antaño estuvo unida bajo una sola corona tiene por lo que al sur se refiere un futuro que quizá camine por las mismas vías. Estamos pensando en el turismo, en la «industria sin chimeneas». El sur lusitano ciertamente es más pobre que el español, pero su costa ofrece unas parecidas posibilidades de desarrollo y cuenta con una similar belleza. Recónditas playas, típicos pueblos, bellas ciudades como Tavira, Lagos, Faro y Portimão se enhebran a lo largo de una ruta cuya jornada final es el portento geológico y geográfico de Sagres y San Vicente, espolón de Europa desde donde se ven los barcos pasar camino del estrecho como en una maqueta.

El diverso litoral español —costa desde el Guadalquivir al Cabo de San Vicente— es un poliedro, con diversas expresiones. A la izquierda del Tinto-Odiel, industrias, playas y una posible carretera costera que lleve al santuario espiritual del Rocío, al santuario físico de Doñana y a la milenaria y siempre joven Cádiz. A la derecha del Tinto-Odiel, las tentaciones doradas y verdes de Punta Umbría, Portil, Rompido, Antilla, Redondela, Isla Cristina, Isla Canela... hasta conectar con Portugal.

Detrás de todo esto, en Portugal hay un *hinterland* pobre, que es un inconveniente para abastecer a una población turística masiva, aunque cuenta con algo decisivo que falta en el sector onubense: un aeropuerto. Porque si a Huelva le interesa el turismo extranjero debe pensar en sus comunicaciones, entre más directas mejor. La ruta Sevilla (aeropuerto más cercano) a Huelva, hoy por hoy, es algo de lo más lamentable que se puede experimentar en nuestro país e incomprensible cuando se sabe que al ex-

tremo de esa ruta se encuentra el más positivo polo de desarrollo de España. Toda industria exige eso que llaman infraestructura, de las que nos hablan de continuo, y entre las cuales están las comunicaciones, que, sin embargo, en el caso onubense parece como si se hubieran olvidado.

Envolviendo a todo este mundo real, existente; se encuentra el misterio arqueológico y lejano de Tartesso, el Cabezo de la Joya, el embrujo de la audacia y aventura marinera simbolizada en Sagres, centro de acción del Infante Don Enrique y todo su «plan de los descubrimientos» y La Rábida, salida y llegada del viaje más trascendental de la historia.

Pero, ¿a cuenta de qué ha surgido todo esto? A cuenta de unas mujeres cargadas con muñecas y «fregonas» producto de la industria española, que Portugal compensa con la artesanía de sus alfombras y el aroma y sabor del café de su imperio, aquel imperio que bautizó el Infante navegador... A cuenta de esto y de las consideraciones sobre ¿qué hubiera sucedido si Portugal sigue unida a España? ¿Qué hubiera pasado si el duque de Medinasidonia y el marqués de Ayamonte consolidan con su «traición» a Felipe V la independencia de Andalucía? Que cada cual piense lo que quiera. Desgraciadamente Portugal se separó y por suerte, al año —1641— fracasó el intento de don Gaspar de Guzmán y Sandoval, noveno duque de Medinasidonia y decimotercer conde de Niebla, y don Francisco Antonio de Guzmán y Zúñiga, sexto marqués de Ayamonte. Doña Luisa de Guzmán, hermana del duque de Medinasidonia, se había casado con Juan IV, representante de la casa de Braganza, que fue la elevada al trono de Portugal, cuando en 1640 este país se separó de España. Ambos nobles, duque y marqués, como dice Domínguez Ortiz, aupados por «su poco seso y la falta absoluta de patriotismo, tan poco en armonía con los gloriosos apellidos que ostentaban, el espectáculo del encumbramiento a reina de doña Luisa de Guzmán, las excitaciones que probablemente recibieron de ella, la ambición de repetir en Andalucía la jugada del de Braganza, sin reparar en las fundamentales diferencias entre un antiguo reino malcontento —Portugal— y una región españolísima» —Andalucía— y tal vez con promesas de colaboración extranjera, se metieron en una intriga de

la cual salieron malparados. La corte, enterada, reaccionó rápida; el duque, dudoso, consultó a varios nobles andaluces que se negaron a secundar su traición y le aconsejaron que implorase el perdón real. El hubiera preferido huir a Portugal. Pero acabó yéndose a Madrid y echándose a los pies de Felipe IV, al que confesó todo, «haciendo recaer, con poca gallardía, la culpa mayor en el marqués de Ayamonte», negando que jamás hubiera tenido el propósito de proclamarse rey de Andalucía... El marqués, que no fue por su voluntad a la corte, sino obligado, recibió peor trato, pero achacó la iniciativa al duque, aunque él le advirtió que no le seducía convertir Andalucía en un reino, sino en una república... Dos insensatos, no cabe la menor duda. Mas, dos insensatos que mientras cruzamos el Guadiana nos permiten fantasear sobre la posible unidad de las tierras peninsulares o del sur peninsular. Si esa unidad política antaño fracasó, hoy puede ser realidad en otra unidad expresada en el fomento del turismo, que exige autopistas, aeropuertos, puentes, hoteles, urbanizaciones para poner en condiciones las tierras desconocidas, pero sin par del arco que va del Guadalquivir a San Vicente; de Tartessos al Cabo Sagrado de los tiempos antiguos. La unidad de los hombres está ya hecha, aunque sea a base de muñecas, fregonas, alfombras y café.

## PUNTA UMBRIA, AYER

Punta Umbría ayer es la Punta Umbría de la década de los cincuenta y sesenta. Una Punta Umbría más cercana a la de anteaayer que a la de hoy, porque apenas en el término de diez años la hermosa localidad ha sufrido más transformaciones que en medio siglo. Hasta 1950 la playa puntaumbreña quedaba clavada en la retina del visitante como un paisaje con mucha arena, unos sombrajos típicos, unos chalets de madera «ingleses», unos caminos de tablas, unas «casas de salud», la iglesia, el torreón y «el pueblo de pescadores». La localidad era como una isla rodeada de mar y pinos y extendida entre la Canaleta y la casa del ingeniero forestal por un lado, y por el otro el pueblo y la playa o zona de veraneantes, con una delimitación o separación con aquél más marcada que actualmente. A la isla, como a todas las islas, se llegaba por mar, usando «la canoa». El onubense capitidisminuye siempre sus sistemas de transporte o los metamorfea y así habla de la «canoa» por un lado y del «tranvía» o «la camioneta» por otro cuando se refiere a los autobuses.

La canoa y su arribada eran medios y ocasiones de gran actividad social. La canoa se llevaba a todos los profesionales cargados de carteras y de encargos. El trayecto de una hora servía para comentar, charlar, leer o presumir de últimas adquisiciones. Aún recuerdo yo la exhibición de transistores o la maquinita de afeitar eléctrica de pilas con la que el nuevo rico hacía algunos alardes y demostraba estar «avant la page» en aquel caminar hacia el progreso... El retorno de la canoa era otra delicia; como lo era su atraque presenciado por curiosos y los que iban a reci-

bir al familiar y a recoger los bártulos transportados desde diversos puntos de la geografía local o nacional. No hace mucho, en la Isla de Gorée (Senegal) pude volver a contemplar este espectáculo ya perdido en Punta Umbría.

Intimidación, familiaridad, conocimiento, seguridad, limpieza, silencio eran notas de ayer. Cualquier extraño se hacía notar de inmediato. Como el único cordón umbilical con el mundo lo constituía la canoa, todo era controlable y cualquier casa podía dejarse abierta que nada faltaba.

Sobre el conglomerado humano general se destacaban unos tipos por sus funciones: don Lorenzo «el cura»; Pepe Figueroa, alcalde pedáneo y farmacéutico; don Emilio, el médico; Vides, «el cartero»; Rafael «el de los burros»; Pascasio «el de las Canoas»; Rosario «la de la fonda»; el guarda forestal, y el «ingeniero»... He aquí las fuerzas vivas, con la Benemérita, de hace unos veinte años. Al igual que se tiene o tenía un médico de cabecera, cada familia contaba con su albañil, su guardesa, su fontanero, su panadero...

La vida económica se manifestaba en la Lonja, en dos o tres tiendas de las que aún queda «La Mezquita» y, sobre todo, en el mundillo con aires de zoco del mercado. Era infame, hay que reconocerlo. La pomposamente llamada entonces «Calle Ancha» la ocupaban en parte los puestos de los agricultores que venían de los contornos a ofrecer sus productos en unos tenderetes que les servían también de habitáculo; allí dormían durante la noche, bajo los gigantescos eucaliptos que protegían a la farmacia, el mercado y la fonda «La Aurora». En torno al mercado, como siempre sucede, o en torno al muelle turístico o de pescadores, se alzaban los cafés que siguen vigentes aunque su familia se ha multiplicado. En el sector industrial, aparte de la actividad naval, lo más notable, por necesaria, radicaba en la «Fábrica de Gaseosas», allá por El Cerrito, adonde también se iba a comprar hielo. El sector servicios, entendiéndolo por ello electricidad, comercio, transportes, comunicación pública y servicios profesionales, era el más notable como corresponde a una vida de descanso o turística. Aquí era donde jugaban su papel esas figuras populares, conocidas por todos y que hemos citado. Alguien cuyo nombre no re-

cuerdo ahora mismo cobraba los recibos de la Sevillana de Electricidad que había que ir a pagar a una habitación situada detrás del cuartel de la Guardia Civil, en un transformador. En el sector transportes la «flota» de Pascasio con nombres decimonónicos llevaba y traía a todo el mundo. El pizarrón en la plaza y unos impresos repartidos a principio de temporada anunciaban las salidas de la «Angela Marisa», «La Belleza de Alicante», la «Dolores», el «Juanito», el «Rápido», el «Chimbitito»... Cuando llegó el «Rápido» se batió un record, pues se logró hacer la travesía en 45 minutos... Una vez en tierra todo dependía de Rafael. Tenía su estacionamiento a la izquierda del embarcadero. Los sumisos y humildes burros aguardaban bajo la canícula como los taxis esperan ahora junto al nuevo mercado. Lentos, sin agobios, desandaban los vericuetos de las callejas silenciosas cargados de camas, colchones, neveras, mesas... o llevando el agua potable para su venta por las calles. Agua que se traía de Huelva en un lanchón-aljibe. No había prisas. Ni la tenían Rafael ni sus burros, ni Vides, cartero pseudoficial. Si Vides no portaba la carta esperada había que ir a buscar «al puesto de Antonio» que estaba en la plaza. La otra relación con el exterior se hacía a través del teléfono. Fue el teléfono otro instrumento para desarrollar la vida social y para poner a prueba la paciencia de los veraneantes. Cuando llegaba el «aviso de conferencia» se trasladaba el convocado al locutorio, sito en el Ayuntamiento, y allí con otros «pacientes», aguardaba el feliz momento. Mientras, se podía leer, conversar, o ver pasar las canoas por la ría.

En el mismo edificio, donde aún sigue, estaban las oficinas de la administración pública o Alcaldía Pedánea, dependiente del Ayuntamiento de Cartaya. Pepe Figueroa fue el pionero y quien abrió la lista de los mandatarios a los que Punta Umbría debe lo que es hoy... Dentro de los servicios profesionales, la figura más importante era la del médico, don Emilio. Todavía en 1958 se le llevaban los enfermos en caballería a la consulta, mientras que él hacía sus visitas profesionales montado también en maja bestia.

Un subsector hoy clave en la economía del país es el turismo: el turismo con todos los servicios anejos de hoteles, centros

comerciales, locales nocturnos, agencias de viaje, sistemas viales, etcétera. Por aquel entonces el turista contaba con la fonda «La Esperanza» de Rosario, el «Hostal Extremeño», «La Aurora», «La Higuera», «La Casa de María Mandao» y alguna otra pensión o casa que no nos viene al magín. Rosario representaba todo un carácter o personaje y su fonda, donde vivimos varios veranos (en el «palomar») de lo más conocido junto con el Hostal Extremeño. Hasta ella llegaba con nitidez la música nocturna del «Chimpún», local para bailar donde hoy está el cine San Fernando. Más allá, ya dentro del pueblo de pescadores, había otro local de bailes que algunos llamaban despectivamente «Chachapoga».

Como audaz excursión se planeaba llegar hasta la Laguna del Portil. En burros o caminando se aprovechaba la marea baja para alcanzar lo que se consideraba un inédito y paradisíaco paisaje. Y bien que lo era. Casi tanto como Punta Umbría a la que de pronto un buen día y por esa ruta del Portil le llegó la invasión que rompió con su enclaustramiento. Muchas cosas mejoraron, otras empeoraron. El pueblo, el auténtico pueblo de Punta Umbría —no el transitorio del verano— hizo notables avances en muchos aspectos. La zona veraniega, agigantada como nadie lo podía imaginar, rompió las vallas que le separaban del lugar, se entremezcló con él, se dilató, subió hasta las alturas y le dio más nobleza a sus construcciones con intenciones de prolongar su utilidad. La casa de madera, la frágil «casa de salud» con sus sillas de anea, dejó el sitio al suntuoso chalet al que llegó el agua corriente y el alcantarillado haciendo pasar a la prehistoria losaljibes, pozos y motores, fuentes de continuos quebraderos de cabeza. El mismo silencio invernal que solía posarse sobre «la zona de los veraneantes» huyó, pues las casas tuvieron un uso también en esta época. La hormigonera, los coches y los televisores acabaron con el sueño de bella durmiente de Punta Umbría y la empujaron hacia otra etapa de su existencia que es el hoy tan problemático como el ayer, quizá con menos personalidad, más vulgar, pero ancho de esperanzas y futuros.

## OLORES Y SONIDOS DEL VERANO

Hay seres totalmente insensibles al sonido, al ruido, al olor, al color... a cualquiera de las sensaciones que nuestros sentidos nos transmiten. Como hay seres más impresionables por el tacto o gusto que por el olor o el sonido. Como hay quienes vinculan un olor o una música o todo un proceso de evocaciones y recuerdos e, incluso, necesitan de ellos como estimulantes. Lo mismo que existen seres con estas diversas cualidades, hay lugares o épocas dotados para ese ser de un sonido o de un olor especial. Sé de quien considera que cada país posee un olor *sui géneris*, y creo que no va descaminado (España huele a aceite frito). En cuanto a las épocas, no cabe duda que se ven matizadas por sonidos (a veces ruidos), colores, sabores y olores. Dejemos por ahora el color y el sabor, para centrarnos en el olor y el sonido. La estación en que vivimos es una época para el explosivo y regocijante goce de la vida. Se dice que en primavera es cuando la naturaleza revienta vivificante y vivificadora. Y es cierto. La botánica, sobre todo, se despereza y alza triunfante en ese lapsus. Los seres animales también acusan en su sangre un soterrado y enervante ritmo. Pero es en el verano, amplio, claro y sonoro cuando el hombre, sobre todo, da riendas sueltas al goce de vivir. Un deleite muy de acuerdo con esta época antropocéntrica —nuevo Renacimiento— donde Dios (o lo espiritual) figura algo arrinconado, y un acusado panteísmo y hedonismo invaden la existencia y acosa al individuo desde todos los medios audiovisuales que él ha inventado. El hombre quiere retozar, anhela gozar de la naturaleza, liberar instintos, darle gusto al cuerpo. Al hombre se



le incita de continuo a ello con una propaganda que ofrece atractivos placeres a través de una comida, de una bebida o de una máquina. Y el hombre, obediente, sumiso y despersonalizado, sigue ese alienante bombardeo propagandístico y busca en la ciudad las mil maneras inéditas para embriagarse. Pero la ciudad le acogota, la ciudad no le facilita viejos y olvidados encantos, más puros, menos sofisticados, con los que la Humanidad sueña desde que salió del Paraíso. Y es la vuelta a él. La vuelta a un paraíso, que puede ser el abandono de la falsía diaria, de la hipocresía, de la prisa, de la contaminación... Se huye hacia el campo, hacia la sierra, hacia el mar, cuyas virginales esencias, sin embargo, han sido en muchos sitios pisoteadas ya por esta civilización del ruido, del plástico y de la mediocridad que hemos creado y llevamos a todas partes.

Decíamos que el hombre, no satisfecho y atosigado, escapa de la ciudad, buscando quizá algo tan simple como encontrarse consigo mismo, o la oportunidad para leer con sosiego unos libros coleccionados a lo largo del año, o la ocasión de abandonar convencionales atuendos y convencionales fórmulas sociales, o el momento de reencontrar sonidos y olores olvidados. Puede que quede atrás el grave latir del reloj hogareño, el tañer de las campanas del templo o convento cercanos, las voces cotidianas de unos amigos entrañables, pero también se abandona el sobresaltador sonar del teléfono o la contaminada atmósfera, tensa de ruidos. Sensaciones, las primeras, agradables, cuya pérdida será compensada por el olor del mar, el de los pinos, el de la hierba quemada, el de la tierra recién mojada, el de la jara y tomillo, el de las frutas frescas, el de los mercados multicolores y multiolores, el de las sardinas asadas o el de la habitación umbrosa y fresca para dormir la siesta. Al lado de estos amables y estimulantes olores, encontramos los no menos deleitosos sonidos —no ruidos— que brotan del mar en perpetuo murmullo, del pájaro familiar que nos acompaña o del silvestre, de los corros de niños que juegan al atardecer, del pregonero o vendedor, del cartero que trae la prensa o la carta-conversación amical, del chorro de agua que se desploma al amanecer o al atardecer sobre las plantas agradecidas, de la escoba tempranera que barre el patio, de la hoguera consumida

por un fuego crepitante y misterioso... Son sonidos y ruidos nítidos, diferenciados, con propia personalidad, que asumimos y absorbemos por todos los poros del alma. Como telón de fondo de ellos, prosigue el run-rún de un avión, el arrastrarse de unos zuecos femeninos, el claxon nervioso de un conductor, el grito ululante de una mujer que llama a su hijo, el rumor humano de la muchedumbre congregada en la playa o la plaza, o las intermitentes voces, cantos, crujir de máquinas y sonoros ladrillos de una obra cercana... Son ruidos que están ahí; a veces ni los percibimos, son parte de la naturaleza que nos envuelve. Ni molestan, ni nos fustigan los nervios, ni nos agradan ni nos desagradan. Son ruidos y sonidos un tanto neutros. Todo lo contrario del perro de fanfarrón ladrar, de la moto agresiva, del tocadiscos aplebeyado, de la televisión desafiante, del transistor vulgar, de la guitarra estridente, de la «fiesta» nocturna juvenil machacona, del altavoz parroquial desmadrado, del motor de coche desconsiderado, que no respetan la hora del descanso y sosiego, como si quienes produjeran tales molestos ruidos hicieran la competencia en egoísmo e inteligencia al mosquito traicionero, alevoso e inoportuno del verano.

## EL CAMINO HACIA LA PLAYA

La vereda que va de la carretera a la playa es invariablemente la misma. Bueno, no siempre. Hay una de losetas de cemento, cómoda y amplia. Hay otra de madera, como los antiguos caminos callejeros que cada vecino ponía en su fachada durante la temporada. Y hay otra de simple arena que constantemente discurre por los mismos lugares. A esa es a la que he querido referirme. Discurre, primero, bajo los pinos y en sentido ascendente. Al llegar a un cerrito, los pinos, cansados o temerosos del mar, se han quedado atrás y únicamente jaras, tomillos, retamas y pinos enanos o achaparrados custodian el vericuetto que divaga y se oculta entre esta botánica. Traspuesta la colina, inicia un descenso más rápido y despejado de malezas hacia la orilla del océano. Todo está callado. Apenas se nota la vida. Sólo una lagartija corre asustada, desorientada y en silencio, o aparece veloz un pájaro bullanguero que tal vez anidaba. Sobre la arena del sendero cruzan las femeninas huellas dejadas por las gaviotas. Tras pasar una vaguada, la ruta salva otra línea de dunas y deja a sus espaldas unos torpes escarabajos negros y se derrama en el mar.

La travesía ha sido noble. La andamos y desandamos diariamente «soñando caminos» y pensando ¿quién lo hace durante el invierno? Y pensando también que «dos puntas tiene el camino», como dice la criolla canción. ¿Dónde comienza? ¿Va desde el mar hacia la carretera o desde la carretera hacia el mar? ¿Dónde nace? ¿Dónde desemboca? Sin duda, desagua en el mar, porque el sendero es como un río, aunque en su origen carezca de la limpidez de éstos.

En el nacimiento, bajo los pinos, hay rastros de nuestra civilización. Desaprensivos han dejado cajas de madera y de cartón. En torno yacen viejos y recientes restos de comida y muestras de incivismo: latas de conserva, envases de plástico, botellas sádicamente rotas... ¿Desde dónde ha venido quien ha traído estas cajas? Pudo desplegar un menor esfuerzo quemándolas o entregándolas al basurero. Pudo hasta disfrutar con el misterio de unas llamas. En lugar de eso ha preferido deshonrar al bosque y entorpecer el futuro disfrute de la naturaleza a otros ciudadanos que quizá, para no ser menos, acrecentaran el testimonio de plástico, cristal y chatarra.

Pienso que huyendo de esto es por lo que el camino sube airoso en busca de la primera fila de dunas hasta descolgarse detrás de la última que le separaba del litoral. Lo que no sabía él era que allí también le aguardaba un cementerio de detritus verde. Porque desde hace días el agua trae en suspensión algas. Eran leves telas y largas hilachas que se enredaban en los brazos y pies, produciendo una desagradable impresión. Repentinamente —las algas eran culpables—, el agua, siempre inocente, se tornaba en receptáculo de misterios. Se había hecho la noche en ella. (Lo que se siente y no se ve o no se sabe lo que es, se torna desagradable.)

Ha habido un momento en que la irrupción ha sido masiva. El aire está preñado de olor «algamarino». A lo lejos, la orla litoral del océano luce oscura y como espesa. Son las algas las que dan esta pesadez al agua. Son las algas que se van depositando en la orilla. Vistas de cerca, unas poseen un verde clorofila y son como trozos de tela plástica. Son más de plástico que el plástico, y es que nunca la imaginación supera a la naturaleza. Otras exhiben un color verde oscuro o de vino tinto. (Suponemos que el color *burdeos* se debe al vino de tal región, en cuyo caso bien pudimos acuñar el color *rioja*.) Viendo a estas algas, ya mustias y secas, recordamos las pelucas y pelos teñidos de algunos señores. Y también el escalpelo de los indios americanos. Quizás estén emboscados algunos de ellos, subidos a los pinos, avizores y listos para caer sobre la primera tribu o caravana de blancos que acampen en el bosque y se dediquen a ultrajarlo y a ensuciarlo con transistores, cartones y envases de todo tipo... Soñamos infantilmente. Y ello

es culpa del camino, de los matorrales, de la arboleda, del océano, escenarios de robinsones y de buenos salvajes respetuosos con la naturaleza, al revés que esta horda moderna. Preferimos seguir con el poeta soñando caminos...

## DEL HOMBRE-RELOJ Y DE OTROS HOMBRES

En la masa apelmazada y despersonalizada playera resalta repentinamente un tipo. O lo resaltamos nosotros en nuestra indagación inquisitiva y curiosa. Puede ser un hombre o una mujer. Puede siluetearse por algo positivo o por algo negativo. Nos impresiona por unas características o por unas costumbres. Es el caso del hombre-reloj, del corredor, del solitario, del mirón.

El hombre-reloj. Este año aún no ha pasado frente a nuestro puesto. Otras veces, a hora fija, lo veía desfilar hacia la derecha. Era bajo, proclive a la gordura, de piel blanca que iba enrojeciendo con los días. Caminaba una tanto rápido. Al principio llevaba una camisa blanca. Cuando el reloj marcaba las dos de la tarde solía retornar pasando hacia la izquierda. Era puntual como una golondrina en sus emigraciones. Por el momento, falta a la cita anual. ¿Dónde estará? Estudiando, leyendo, cuidando a su madre. Tal vez venga en agosto. Me gustaría contemplarle acercándose desde el confín de la orilla, definiéndose cada vez más, quedar nítido en nuestra vertical (¿horizontal?), levantar la mano arrojándonos un amable adiós e irse achicando hacia la derecha, de donde volverá a surgir, como en un teatro, anunciando, sin decirlo, que es hora de abandonar la playa.

El corredor. No es el mismo siempre. Hoy viste un pantalón bermejo con dibujos blancos y luce barba. (Los barbudos bañándose resultan un tanto anacrónicos). Desde mi observatorio, su cabeza de pelo rizado y rostro barbado me recuerda a la testa marmórea de no sé qué emperador romano que está en el Museo Vaticano. Rítmicamente, el atleta desfila ajeno a todos, dejando

la marca de sus zancadas en la pizarra de la arena, que dentro de un hora el mar borrar . Otras veces son tres o cinco los corredores los que pasan exhibiendo una seriedad impresionante. Pero a mí el que me llama la atención es el trotador aislado, descendiente de aquel soldado de Maratón que murió tras anunciar la victoria.

El solitario. Los hay equívocos. Sospechosos. Su ambigüedad queda proclamada en su andar, en el color del ceñido y breve «monobikini», en su brillante bronceado, en su peinado. Va dándose como espectáculo, con una coquetona bolsa a la bandolera y unas rutilantes y aerodinámicas gafas oscuras. El guiño insinuante de su bañador blanco se pierde en la lejanía. La playa ha sido para él como una pasarela de desfiles. Nada más regocijante que contemplar el encuentro de dos de estos solitarios provocantes y provocadores.

Hay solitarios buscadores de soledades, no de ligues, admiraciones o perplejidades. Desertan de la muchedumbre, del bullicio y de la presunción. Llegan con su esterilla y se rinden al sol. Leen algo que quisiéramos saber. Meditan, caminan. De una estaca clavada al suelo pende su camisa normal diciendo adioses con desmayo. Se levanta y se unta el cuerpo con crema. Se asolea. Anda leyendo. Entra en el agua y, con deleite, bracea rítmicamente. Sale. Vuelve a pasear con un sombrero puesto. Así un día y otro día. Puntualmente recoge sus bártulos y se marcha. Sigue la hora mediante un transistor. Al sonar la 2,30 oye «el parte», acercándose el aparatito al oído. Después es cuando recoge metódicamente sus cachivaches para irse. Casi en ese momento sale de la lejanía el solitario del bañador blanco, frívolo, equívoco, y, aparentemente, peligroso en su desafío o pavoneo. Seguro que no lee «Corydon», de A. Gide.

El mirón. Es otro tipo de solitario expresado también en dos especímenes. Est  el mirón desvergonzado, urbano o de pueblo, que deambula por la playa solo o en manada, haciendo inventario de las bellezas femeninas y saque ndolas luego con los bulldozer de sus ojos. Si son catetos suelen actuar en pareja o en grupos; tampoco es raro que vayan vestidos, descalzos con los zapatos en la mano, los pantalones arremangados ( tienen mangas los pan-

talones?) y en camiseta. Sus cuellos y brazos desde el codo a las manos lucen enlutados, en contraste con su piel lechosa. Algunos miran con cierto pudor, pero miran, descubriendo líneas y curvas que no imaginaban o que sólo habían visto en revistas y películas.

El otro mirón, animal solitario, se muestra en dos modelos. Ambas especies recurren al disimulo y al camuflaje. Uno mira de lejos, con prismáticos que compró en Alemania o le trajeron de Canarias, acercando cuerpos o aprovechando el descuido de quien se ampara en la lejanía. El otro acecha apostado detrás de una barca, caseta o duna. Es como un lobo merodeando un gallinero. Normalmente, es un anormal, un maníaco sexual, de mirada seca y pérdida. Saborea su alimento a escondidas. Hay que temerle.

## LECTURA BAJO LA SOMBRILLA

Sombrajos, toldos y sombrillas deparan amparo contra el implacable y redondo sol. Sombrajos anárquicos y desgarrados, toldos enlistados y un tanto municipales, y sombrillas personales y de colorines. Siempre, en los primeros días del verano alguna familia o alguna pareja de enamorados levanta una enramada o choza con restos que arrinconó el mar. Bidones, negras maderas, cajas, cartones y ramajos se conjugan como piezas de un mecano. Y así surge el cobertizo. Quienes lo levantaron lo dejan, tras usarlo, para próximas visitas o para el disfrute de otros. A veces permanecen solitarios, sin que nadie se atreva a arrogarse su sombra pensando que tienen algún dueño. Muchas historias nacen al amparo de estos habitáculos inciertos y mudos. Su aire a lo Daniel Defoe o Julio Verne atrae a las mentes infantiles que se meten dentro de estas precarias cabañas y las convierten en escenarios de improvisados y fantásticos entretenimientos. Pero son las parejas de amartelados las que más gozan protegidos por esta intimidad agujereada. Cuando se quedan solos toman un aire siniestro de crimen. Al atardecer su silueta se recorta amenazadora, perdiendo la atracción que poseía en la rutilante mañana.

Los toldos son como casetas de feria sin paredes alzadas a la orilla del mar. La lona rayada a listas de su techo sugiere ese parecido, que acentúa la vida que bajo él se realiza. Los hay gregarios, muy transitados, donde entran y salen variados tipos humanos que no le tienen mucho apego a la sombra que el toldo les brinda. Para ellos éste es sólo un punto de partida y de recalada cuando hay que marcharse. Los hay municipales, que se

alquilan y, por lo mismo, quienes los disfrutan llevan hasta ellos un distinto comportamiento. Y los hay familiares, donde siempre se congregan una, dos o tres familias unidas por la sangre o la amistad. Allí se comenta, se critica, se cuentan chistes, se lee el periódico, se hace punto, se amamantan infantes, se vigila a los niños, se dormita, se otea... Algunos días se lleva la comida (gazpacho, tortilla, bictec empanado) y se improvisa un picadillo. Por las tardes yacen desolados, como una radiografía de la caseta mañanera, o sirven para que una pandilla de muchachos instintivamente (ya no luce el sol) se cobije en uno a contarse cuentos o a jugar.

La sombrilla es como una flor que sólo se abre en verano. A lo largo del año permanece callada, dócil, encogida. Con los primeros calores se abre pródiga y nos regala —sin pedir nada a cambio— su breve sombra. Son alegres. Cuando nos alejamos de ellas para pasear o meternos en el agua agitan sus flequillos blancos como un saludo. Cuando regresamos siguen allí, donde siempre, amparando nuestras pertenencias y delimitando celosamente una zona circular oscura para nuestros cuerpos sedientos de sombra. Las sombrillas son delicadas, como las rosas. Si no se les deja en un ambiente ideal pueden oxidarse y sus pistilos o estambres hieren a los pétalos y los rompen. Con los años se hacen gruñonas, se resisten a abrirse, demuestran un molesto egoísmo y hay que prescindir de ellas como de una flor ajada.

La sombra de la sombrilla, sin lo torvo del sombrero y sin la algarabía del toldo, es ideal para la lectura. Bajo ella se está muy a gusto. Se sienten ganas de no irse nunca, de abrir al infinito las luminosas mañanas, de quedarse atado al azul y chapoteo del mar. La sombrilla, como una isla en la playa, nos facilita el necesario aislamiento para una sabrosa lectura. Es preciso que no impere el levante o haya viento. Si se impone el levante el aire se duerme y un bochorno y sopor se adueña del ambiente. El sol pierde brillantez y su luz se diluye en una neblina que dota al paisaje de un aire grisáceo, invernal. Hasta el mismo mar se aquietta y lanza cansadas olas. La sombra de la sombrilla es menos sombra. Todo es opaco. Nuestros pensamientos son tardos; nos «pesa la cabeza», tenemos la «cabeza pesada». Hierne el sol sin

el sedante de la brisa marina; duele la piel; suda el cuerpo. Las olas se doblan lentísimamente y se desmoronan con ruido para dejar paso a un silencio más largo en el que aflora el tac-tac de una motora lejana e invisible. No se puede leer.

Si se desata el viento, tampoco se puede leer. La sombrilla flaquea. La arena se clava como alfilerazos en el cuerpo. Las hojas del libro son agitadas furiosamente. Las olas crecen y el rumor marino se convierte en rugido amenazador. Los únicos seres que no sienten el viento son las gaviotas; su desplazamiento sigue siendo tan cansino y silencioso como siempre. Se remontan verticalmente en breve vuelo y vuelven a caer sobre la arena. Corren con pasitos cortos y nuevamente se elevan y se despliegan oteando. Definitivamente alzan el vuelo y, rasante sobre el oleaje, caminan contra el brisote liberado. Es lo único que éste no puede torcer: el rumbo de la gaviota.

Pero estos días de levante o de viento son pocos; en general, se puede cada día gozar de uno de los más sencillos y reconfortadores placeres de la playa: la lectura bajo la sombrilla. Lectura sosegada, deleitosa, del libro que adquirimos para este momento. ¿Por qué para este momento? Porque la vida actual, la que consciente y voluntariamente nos hemos montado, no nos brinda estos ratos tranquilos —sin ruidos ni premuras— que una buena lectura exige.

Leo, precisamente, un libro de un poeta que todos debemos conocer para saborear más la lectura. Leo «El Defensor», de Pedro Salinas. Su estilo, su sintaxis, su rico vocabulario, sus ideas y hasta su fino humor multiplica el disfrute del verano. Nos dice el poeta que ciertamente el tiempo es el gran protagonista de la tragedia moderna, pero que no debemos nunca aducir falta de tiempo para justificar nuestra ausencia de lecturas, nuestra chupucería como mal lector, o nuestra afición a leer obras resumidas. No hay que hacer las cosas para salir del paso, para cumplir, para acabar, sino que hay que gozar de la satisfacción de la obra bien hecha. Por eso una lectura debe realizarse bien, sin que nos angustie el anhelo de no poder leerlo todo. Más vale seleccionar, leer poco, bueno y bien, en un ambiente adecuado. Y volver a los libros que nos gusten. Aquí en la playa, donde todo el tiempo

es nuestro, es posible observar estas reglas o liturgias de la lectura saboreada casi táctil y gustosamente, que nos regala sueños, ideas, palabras... Porque este poeta-catedrático que explicó en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, nos facilita todo ello y nosotros vamos anotando ideas, gozando de la prosa y gustando de desconocidas palabras como *trulla*, *bureo*, *sabidor*, *azacarnarse*, *herramental*, *arduidad*, *escatimoso*, *querulosamente*, *perspicuidad*, *serviciarias*, *nuncupatorias*, *zahondarse*, *adunar*, *beneficente*, *arregostados*, *sintientes*, *mansueta*, *embolismático*, *posológica*, *sendereándole*, *paremia*... Palabras, viejas y nuevas palabras, poéticas palabras, que la brisa parece querer llevarse enamoras de ellas en tanto que ellas se aferran al texto que más tarde, otro día y en otro sitio, al repasarlas nos evocarán esta mañana en que un poeta consoló nuestra angustia de lector empedernido y voraz diciéndonos que hay que ser lector y no «leedor», que hay que leer menos y mejor.



## ESPECTACULO VERANIEGO A ORILLAS DEL MAR

Termina julio. Desde ayer, coches que iban o venían con bártulos pregonaban sus estertores. Para unos significaba el final de unas vacaciones; para otros el comienzo. Ajetreo de maletas y corazones que decía Antonio Machado. Seres humanos que parecían consubstanciales con el paisaje han desaparecido con él. Los que continúan sienten su ausencia. Aunque no hubiesen hablado con ellos los consideraban como compañeros. Había como una secreta complicidad en el goce descanso vacacional. Sin saber nada de sus vidas, sin intervenir en sus conversaciones y juegos diarios, ellos participaban, *estaban*, en las vidas de los que se quedan un poco más solos por el momento. Sin ellos la playa pierde algo de intimidad, se torna hostil, da la sensación que ha sido invadida.

Otros, fofos y blancos, han sustituido a los que se han marchado. Arriban llenos de fogosidad, hambrientos de sol, agresivos hacia el mar. Montan sus toldos, hacen florecer sus sombrillas, inflan sus colchonetas, conectan sus transistores, exploran toda la playa descubriendo maravillosos tesoros líticos y calcáreos. Marcan fuertemente sus huellas en la arena, que llenan de grandes barcos, castillos y nombres. Quieren en un día, en una mañana, en unas horas, aprehender todo el sol del verano. Y acaban metamorfoseándose en San Lorenzo-cangrejos.

Los que están, los que no se han ido, adoptan una actitud de observación con respecto a los «nuevos» a los que miran inquisitivamente y con reticencia. Hasta que no pasen unos días los asimilan a los «domingueros» o «fiesteros», esa fauna un tanto ram-

plona y tosca que allana en días señalados lo que el veraneante estable considera egoísticamente su *hábitat* o patrimonio. Con el transcurrir de los días los que *estaban* y los *nuevos* tienen un similar color y una idéntica conciencia sobre el ambiente playero. Han integrado tácitamente una comunidad espiritual. Comunidad que a veces desemboca en una amistad que se mantendrá un año y otro año a base de unas postales navideñas y de estos encuentros anuales al borde del mar. Pero, y es lo curioso, estos veraneantes que arriban puntualmente en los primeros días de julio o de agosto son, a su vez, unos intrusos —por así decirlo— o unos invasores de los dominios que, de siempre, ha usufructuado el pueblo. El pueblo, de ocho mil moradores, se convierte en una ciudad de treinta mil que a duras penas soporta unas infraestructuras primitivas. Sobre ellas conviven, con relativa ósmosis, dos conglomerados humanos. No sabemos qué pensarán de estos habitantes esporádicos los habitantes fijos, los que nunca abandonan el poblado, los que le dotan de alma y de personalidad a lo largo de todo el año. Sería interesante estudiar en todos sus aspectos y con todas sus consecuencias (económicas, religiosas, etc.) esta dicotomía urbana y sociológica. Por el momento anotamos una: pese a los miles de personas que llenan la zona de verano, no se aprecia ninguna actividad cultural.

Volvamos al planteamiento inicial: una población vertical, fija, muy vinculada al mar; una población flotante, que arriba en oleadas y se considera también algo dueña del esceptario; y una masa invasora que irrumpe en determinadas fechas. Esta masa, a medida que pasan los años, crece. Es bueno que todo el mundo pueda disfrutar del verano. Y más bueno sería que todo el mundo estuviera dotado del necesario civismo para poder ejercer esos goces sin molestar a sus conciudadanos.

La presencia del conglomerado dominguero o fiestero cambia por completo la fisonomía playera. La familiaridad o intimidad queda hecha trizas. Los «invasores» no se dan cuenta de nada de ello. De autobuses, furgonetas y coches irrumpen cargados con tiendas, sombrillas, estacas, mantas, toldos, mesas y sillas plegables, neveras portátiles, canastos, piporros o búscaros, garrafas, sandías, melones, botellas, balones, cubos, rastrillos, redes, mo-

tos, bicicletas, cochecitos de niños... El montaje de un circo no tiene nada que envidiar al montaje y disposición y uso de todos estos artilugios. Pudiera pensarse que va a filmarse una escena de torneo medieval o a documentarse la vida en un campamento de tuaregs. Prima la vistosidad, lo heterogéneo. Por lo general los dueños y habitantes de este poblado es gente cerúlea que denotan un anhelo de posesionarse del mar similar al de los sucios y polvorientos castellanos que en el siglo XIII se descolgaron sobre la fértil y tentadora vega del Guadalquivir. Desde que acampan comen y beben. No cesarán nunca de hacerlo. Toman el sol pánicamente, ajenos a sus dramáticos y nocturnas consecuencias; inflan colchones y grandes neumáticos negros con fruición; juegan con los balones alocadamente; se hacen el amor «lagartamente».

Si la marea está baja, los rastrillos y redes son usados de inmediato para coger coquinas o almejas. Todos los improvisados pescadores se mueven de un lado para otro y peinan la arena con los rastrillos. Desde lejos semejan que están entretenidos en un baile moderno. Hunden las piernas y mueven las caderas de un lado a otro, en tanto que levantan los brazos. La única música es la del mar, que no guarda el mismo ritmo que los danzantes-pescadores. El oleaje rompe contra los pies, que se entierran más profundamente; cuando se retiran se ve de pronto un agujerito que echa aire. El pie se posa fuerte, gira de un lado a otro como un tornillo y la almeja brota... Otros, los de tierra adentro, lo primero que hacen es desarrollar una intensa búsqueda de tesoros marítimos. Actúan como mendigos, como colilleros que van llenando sus manos y sombreros o bolsas de caracolas pequeñas, de conchas, de vieiras, de piedras con caprichosas formas. A veces encuentran una bola de cristal blanco o verde desprendida de la red de un barco. Las personas mayores seguro que buscan conchas-jaboneras, o conchas-ceniceros o conchas de extraños colores. Si el explorador es un niño su tesoro es más fantástico y numeroso. En su improvisado recipiente va arrojando decenas de cosas que más tarde lavará en un charco tibio deleitándose con las irisaciones alucinantes que cada pieza produce dentro del agua llena de sol. A lo largo del día jugará con ellas para, al final, dejarlas abandonadas o hacer una selección que se llevará a su casa. La concha,

la caracola, la bola de cristal, forman un tesoro para evocar más tarde este disfrute, para escuchar rumores salados o para soñar periplos. No es la primera vez que las conchas se constituyen en piezas de valor. Lo fueron en los viajes de los portugueses por Africa y de los españoles por el Pacífico, que a base de ellas traficaron con los ingenuos indígenas, tan infantiles como estos niños deslumbrados por las tonalidades misteriosas de ellas.

Agotados de jugar, de retozar o de indagar, se enfrentan con el agua, con el mar. El mar es inmenso, masculino, con voz potente; el agua es abarcable, femenina, sin voz. El agua es lo que está en torno a los cuerpos. Limpida, transparente, sin casi olor. En el fondo, todo tembloroso, se ven miríadas de piedrecitas multicolores y el sol convertido en una tela metálica de luz. El bañista poco a poco va dejando que el agua le cubra y haga cosquillas. Siente frío a la altura de las rodillas, vuelve a sentirlo más intensamente cuando le tapa la cintura... Sigue el chapuzón. Pero antes se santigua. Como en un rito antiguo y ancestral se ha hecho una crucecita en la frente o se ha santiguado. Es el viejo temor al mar, patria de ahogados. Todo lo que inspira cierto respeto supersticioso origina este gesto mecánico. El bañista antes ha querido trazar el salvaguardador signo. Lo mismo acontecía en los viajes; pero el ser humano se ha acostumbrado al coche y al avión y no se santigua, o si lo hace lo realiza furtivamente. Antiguamente un viaje en coche era una aventura, de ahí la necesidad de encomendarse a San Rafael y San Cristóbal; hoy —que es un mayor riesgo y aventura que antaño— se ha perdido la costumbre. Lo mismo ha sucedido con el avión. Al imponerse como sistema de viaje, los pasajeros guardaban un silencio anormal, de almas encogidas, pensantes en un más allá inmediato. Y se santiguaban. Ahora esto casi se ha esfumado; el viajero lee impávido, charla con el vecino, examina sus papeles, mira por la ventanilla o se reconcentra en sus problemas e ideas en tanto que el avión pone en juego su máximo esfuerzo para volar. Sin embargo, frente al mar, el gesto perdura y es que el mar no admite confianzas.

A mediodía, cuando la canícula aprieta, se produce una sangría de gente. A media tarde abandonan otros el escenario. Y con

la caída del sol viene lo retirada cansina de los que más han querido estrujar al día. Detrás queda el silencio humano. Y la huella humana. El espectáculo ha terminado.

CAMINOS AMERICANOS

## SEIS SEGUNDOS EN DALLAS

Así, «Six seconds in Dallas», se titula el libro de Josiah Thompson. Libro de tintas aún frescas, que se amontona casi a la entrada de «Brentano's» o «Rizzoli», librerías de la Quinta Avenida en Nueva York. Junto a ellos, otros títulos de la ya amplia bibliografía kennediana. El libro en cuestión, un tanto periodístico, tiene el atractivo ingrediente de unas fotos inéditas y de una serie de dibujos imaginando, suponiendo, lo sucedido en los famosos seis segundos fatídicos del 22 de noviembre de 1963. Dos para cada bala. Pero, ¿y si fueron más de tres las balas? Entonces, no hay duda, existió más de un tirador. A eso se encamina el libro citado, usando por vez primera dos películas y fotos no empleadas o conocidas por la Comisión Warren.

¿Hemos de suponer que el público adquiere y lee con avidez la obra de Thompson? Nada de eso. La gente pasa de largo y se entretiene con otra literatura. ¿Está cancelado el caso Kennedy? No y sí.

Del frío y gris Nueva York de este 25 de noviembre demos un salto al Dallas del 22, 21 ó 20. Un Dallas tibio, con buen sol. Una ciudad millonaria por doble motivo, que de lejos parece a Nueva York por sus rascacielos y que de cerca también la imita en sus zonas pobladas por negros y mejicanos. Mejicanos y negros que viven en pésimas condiciones en la zona Oeste. Aquí los mejicanos son los puertorriqueños de Nueva York. Quien haya creído en unos EE. UU. en technicolor, de anuncios de Coca-Cola o de fotos de la revista «Life», se engaña. Porque en Norteamérica hay pobres, muy pobres, no sólo en la zona de los Apalaches,

sino en cualquiera de sus ciudades, apretadas por un cinturón que impresiona. Más en unas que en otras. Y más en unas que en otras, la involucración de este problema económico-cultural con el racial. Y éste, a su vez, más tenso en unos Estados que en otros.

En Dallas no hay historiografía sobre Kennedy; ni una postal con el lugar donde lo asesinaron. Está ausente esa postal que, morbosamente, buscamos para enviar a nuestros amigos. En Dallas no hay ni ganas de hablar de lo que pasó en noviembre de 1963. Aquello es cosa ida, pasada a la historia. La gente rehúye el tema y evidencia a veces pocas simpatías por la política de J. F. Kennedy. A lo más que llegan es a lamentar que el suceso de 1963 ocurriera allí. Y nada más. Ahora lo que importa es la guerra del Vietnam. Pero Dallas no puede evitar que en ella esté el escenario del crimen: la calle Houston, con casas sólo a su lado derecho, y a la izquierda, unas pérgolas y un estanque de donde cuelgan y se desprenden unos inocentes surtidores; el fatídico Texas School Book, de ladrillos rojos, solo y aislado, cerrándole el paso a la calle Houston, y la Elmo, en ángulo obtuso con la anterior, hacia la izquierda y en declive, para deslizarse bajo un puente ferroviario. El lugar no es nada siniestro. Lo tenebroso de él, y está algo lejos, es el edificio del Antiguo Tribunal, en la calle Houston, imitando un castillo de Drácula o de cuentos infantiles. Las encinas plantadas casi frente al depósito de libros, los chorros de los surtidores, el poco tráfico de las calles, evidencian una zona carente de ese ritmo agobiante del tráfico del país. Los norteamericanos vienen al lugar por curiosidad más o menos morbosa o por sentimentalismo. Señalan la famosa ventana, se colocan en la puerta del depósito de libros y se hacen retratar; toman películas y leen la placa recordatoria, no en la casa, ni en la calle Elmo, sino en la Houston, al final del estanque donde se alza una pérgola en forma de arco; allí, un murete bajo el mármol negro sostiene dos placas de bronce, una con el plano del escenario, la otra con la noticia de lo acontecido el 22 de noviembre de 1963.

Hay una corona de claveles blancos. Y los Caballeros de Colón despliegan sus capas, sus banderas, sus bicornios y sus dis-

cursos para ofrendar otra corona cuando voy por segunda vez a visitar el lugar. Y vuelvo a sorprenderme del sitio. Ni expreso se hubiera montado un lugar semejante para una cacería más sencilla y fácil. El sexto piso no resulta alto. La ventana del rincón famoso está cercana al suelo, por así decirlo. El tirador tiene a su víctima a mano, de frente primero, por la espalda después. ¿Cómo nadie miró? ¿Cómo nadie supuso que era aquel edificio aislado un reducto ideal para un atentado? Inconcebible. Y, por si fuera poco, los setos de la derecha, el puente... para otro tirador impune.

John F. Kennedy, XXXVI presidente de los Estados Unidos de América, ha quedado atrás en Dallas. No era un buen administrador, me dicen; carecía de experiencia política, no conocía la política interna, no lograba que le aprobasen un «bill»... Lo que importa ahora es la guerra del Vietnam. Yo me muevo en ambiente universitario y aquí el problema es trágico. Porque los muchachos saben que un suspenso, un no alcanzar el nivel académico que se les ha fijado, significa la movilización, si están en edad militar. La guerra resulta que es impopular en las Universidades; por esto y porque no encuentran justificación para ella. Pero, ¿cuánta razón hubo en anteriores guerras de los Estados Unidos? Con Canadá en 1812... Con Méjico en 1848... Con España en 1898... Las dos guerras mundiales... Los universitarios estiman que no hay razón para permanecer en el Vietnam; consideran que la mayoría del pueblo vietnamita no ha decidido la presencia americana. Es por eso por lo que demuestran aversión a la política exterior del actual presidente y por lo que, sin duda, han hecho circular el chiste de: «Ahora que te necesitamos, Oswald, ¿dónde estás?» Cruel, pero certero reflejo de un sentir. Hay quien en este sentir lleva más lejos la cosa y anhela una derrota para su patria. Esta derrota sería como una especie de 98 norteamericano, capaz, tal vez, de conmover al país. Un país que no vibró suficientemente cuando en seis segundos liquidó a su XXXVI presidente en Dallas, Texas.

## NAVIDAD EN PUERTO RICO

América, para quien recién llega a ella, tiene algo de especial. En primer lugar falla nuestra escala de valores dimensionales; luego nos asaltan olores especiales, sonidos nuevos, etc. Hasta el tiempo, las horas, parecen más largas en el trópico. Todo amalgamado con algo familiar, porque no nos sentimos extraños pese a las novedades. En el Caribe la tierra ofrece un olor «sui generis», como lo brindan las calles por obra del lechón asado o de las frutas tropicales que decoran cualquier esquina. En Puerto Rico todas estas sensaciones se enriquecen con el canto del *coquí*, sapo-pájaro nocturno. Sapo, porque lo es y bien feo; pájaro, porque su sonido parece emitido por tal.

Este algo especial de América se dilata si nuestro arribo se realiza por el trópico y en Navidad. Para el europeo hace bastante calor, un calor pegajoso, que se puede aprehender con las manos. No hay nieve ni frío. Ni los «aguinaldos» o villancicos tienen esa alegría dulce de los nuestros. Los campanilleros se llaman «truyás» y son algo así como las comparsas o murgas gaditanas. Por todo ello, y sin remedio, tenemos que hacer abstracción de la fiesta navideña. Pero para el indígena sí que es Navidad: están las «truyas» alegrando las calles, están las vacaciones más amplias que en Europa, está el desajuste de horarios de trabajos por culpa de las parrandas y están los regalos. Porque Santa Claus —democrático y republicano— se va imponiendo en Puerto Rico como una forma más de penetración norteamericana, no sin resistencia de los Reyes Magos, que vemos a tamaño gigante en un «belén» levantado por el Ayuntamiento junto al castillo de San Cristóbal, o a

la entrada de la Fortaleza (Palacio de Santa Catalina) residencia del Gobernador insular. Claro que aquí frente al nacimiento, se ha levantado un árbol nórdico que para ambientar han decorado con maracas, «güiros», tiples y frutas tropicales.

Dentro de este palacio, el más bello palacio isabelino alzado por España en América, lo mismo veremos el dormitorio donde reposaron los Kennedy, que el reloj de pie parado a las 4,30 por el golpe de ira que le dio el último gobernador español queriendo señalar el postrero minuto de nuestra historia en Puerto Rico.

Reyes Magos y Santa Claus, Belén y árbol, dormitorio de los Kennedy y reloj sin latidos son como símbolos de una dicotomía y disyuntiva histórico-política de esta isla que se sabe «colonia modelo» y, acomplejada, desea ser parte de la Unión norteamericana en los ideales del Partido Nuevo Progresista que desplazó al Partido Popular Democrático monopolizador del poder durante veintiocho años. Más, por otro lado están los que defienden la independencia, conscientes de que Puerto Rico es cada vez menos de los puertorriqueños, los que reparten postales navideñas por las calles en que se ven a los Reyes Magos en sus camellos y enarbolando pistolas persiguiendo a Santa Claus; los estudiantes que han quemado el centro militar en la Universidad y se niegan a ir a morir al Vietnam bajo una bandera que no es la suya y recibir, si mueren, un cheque de diez mil dólares; los humillados por no tener moneda propia, sellos, aduanas y no poder concertar empréstitos o tratados con otros países u organismos internacionales; los que se irritan por que las trece bases militares y navales ocupan un alto porcentaje de tierras cultivables; los que creen que Puerto Rico no es una «vitrina de la democracia para Hispanoamérica», sino una «factoría y pontón estratégico»; los que estiman que la metrópoli les aísla y asfixia y su capital inversionista saca unos intereses que no invierte en la isla; los que gritan que los colonos norteamericanos se alzaron contra la Gran Bretaña porque —entre otras cosas— se les imponían unos tributos sin estar representados en el Parlamento y se les obligaba a exportar en barcos ingleses, tal como hoy sucede con los puertorriqueños; los que saben que la isla «produce lo que no consume y consume lo que no produce» y adolece de un déficit en su ba-

lanza de pagos; los que rechazan el colonialismo sindical; los que saben que el 20 por 100 de las familias más adineradas reciben el 57 por 100 del ingreso nacional (1963), así que es falso el que el ingreso «per cápita» sea de 1.000 dólares; los que defienden la pureza del idioma español y manifiestan que no van camino de ser un pueblo bilingüe sino «mediolingüe»; los que creen que Puerto Rico no interesa como «Estado» a Norteamérica, sino como base estratégica y como mercado de absorción (el segundo en América después del Canadá y el quinto en el mundo); aquellos a los que le duele el papel de cierto clero separatista en España y anexionista en Puerto Rico; los que ven como los nuevos ricos, la prensa dominada, la clase media mimética de la «cultura norteamericana» y los comerciantes españoles, son proclives al anexionismo, al igual que los 30.000 cubanos acogidos y dueños ya de pingües negocios; los que achacan a Estados Unidos y a la política de «Manos al cinturón» (industrialización), el monocultivo, el éxodo del campesino a las ciudades y a Nueva York con la natural secuela de vida infrahumana, drogas, crímenes y prostitución muy bien reflejado todo por Oscar Lewis en su obra «La vida»; los que echan en cara al Partido Popular Democrático la situación actual, porque fue un partido al servicio de los intereses norteamericanos, que cambió su primigenia ideología, y que ha traído la acentuación de la dependencia económica de Norteamérica, ha hecho entrega del patrimonio nacional y ha acelerado el proceso asimilista que el nuevo Partido gobernante ha seguido a más velocidad..., etc.

Esto, los que piensan escriben y dicen todo esto, son los menos: Es una minoría culta de intelectuales que defiende las viejas esencias hispánicas, el señorío, que ha restaurado el viejo San Juan; que ha creado Museos; que ha rescatado las fortificaciones en poder del ejército, que ha revitalizado viejas artesanías, que ha originado una abundante e importante historiografía histórica, que departe —no todos— sus enseñanzas en la Universidad y que creen que su isla no es una tierra «de macacos», ni «tuntum de pasa y grifería», ni un Estado (¿de qué?) Libre (¿de quién?) Asociado (¿a quién?), sino la «suprema creación en el arte de la mitología política». Estos son, repetimos, los menos, aunque junto

a ellos esté parte del estudiantado y algunos independentistas extremistas vinculados a Castro o asimilados a él por sus enemigos.

El pueblo, la masa de jíbaros o campesinos y el proletariado obrero, sin educación política adecuada, se moverá por el esófago. Y ese pueblo bueno que lo mismo sigue a Mita, profetisa por cuya boca, dicen sus miles de seguidores, habla en Puerto Rico el Espíritu Santo, también puede seguir al actual gobernador, Luis A. Ferrer, de origen catalán, por cuyo voz la isla oyó el último doce de octubre afirmaciones como éstas: «Deseamos ser parte de Estados Unidos para siempre», «podemos demostrar, cómo un pueblo esencialmente latino puede al mismo tiempo ser eficientemente norteamericano», «Nuestra Nación, Estados Unidos. Nuestra Patria, Puerto Rico»... Antes, el 4 de julio, con motivo de la independencia de Estados Unidos, había afirmado que una «abrumadora mayoría de puertorriqueños desea conservar su ciudadanía norteamericana». Lo que no dijo es que ella les fue impuesta y lo que tampoco dijo fue el gran complejo de tutelaje que aplasta al alma insular y que, sin embargo, se evidenciaba en las veintisiete veces que citó la palabra *libertad* en un discurso de minutos (1969).

Este es el dilema borinqueño, ser o no ser. ¿Y Estados Unidos qué dice a todo ello? Sin duda, que no tendrá inconveniente en dar la libertad a los boricuas si la piden, aunque le debe interesar más mantener la situación actual. Ya que el anexionismo, el meter la aislada estrella boricua entre el medio centenar de la Unión, deben los norteamericanos sopesarlo mucho, porque ello implica incorporar un estado que no forma parte de la estructura continental, que tiene una personalidad cultural y etnológica (no es Hawai) y que puede ser un «ghetto» lingüístico, étnico y cultural dentro de la Federación, «ghetto» difícil de asimilar.

El dilema se nos queda atrás, pues hemos de partir. También se quedan atrás el viejo San Juan, con remembranzas de Cádiz y de Las Palmas de Gran Canaria, y las imponentes fortificaciones, y la mezcla de anuncios donde hermanos viven un «New York Store» y un «Almacenes la Giralda», y los letreros en inglés y en arcaico español (hale, vire, parada), y las bandas de acero alegrando los vestíbulos de los hoteles, donde indolentes millona-

rios norteamericanos y rubias bellezas se tuestan al sol del trópico, se adormilan a la sombra de los cocoteros y van de un agujero a otro del campo de golf en cochecitos eléctricos sin saber nada de lo que pasa y se cuece en torno; en torno pasa y se cuece «La Vida».

## FIN DE AÑO EN HAITI

Sonó un cañonazo justo a las doce de la noche. Fue, al mismo tiempo, como un beso suave al año 1969 que se moría, y un beso febril al año 1970 que nacía. El cielo, la luna (*Mawou*, en el rito vodouista) y las estrellas lucían con esa tremenda limpidez del trópico, mucho más nítidas y fuertes que las débiles y escasas luces de Puerto Príncipe, extendida a nuestros pies. Sólo el Campo de Marte, en medio de la ciudad, y el blanco y gigantesco palacio presidencial, lucían iluminados y rutilantes, vigilando con su luz —las tinieblas producen miedo—, el sueño de *Papá Doc*, como familiarmente llama el pueblo haitiano a su «president a vie», François Duvalier. Desde nuestro mirador —«Villa Manrese», antigua residencia de los Padres Jesuitas, expulsados por Duvalier, la capital haitiana yacía llena de misterio, penumbras y atractivos desconocidos. Pero en miles de sitios se bailaba y se hacía alardes de esa «joie de vivre» que caracteriza al haitiano dentro de su miseria. Empujados por aquel misterio de la noche tibia y caribeña africana, salimos de paseo y nos topamos con una veintena de personas bañándose en una fuente. Era preciso inventar otra mitología de ninfas negras para hablar de aquella escena y otras que a diario se ve a orillas de los ríos, espejo de desnudas bellezas. Era ya más de las dos de la madrugada y aquellos haitianos, parte de la oscuridad misma, se nos hacían presentes por las risas y chapoteos. Todo era extraño en la noche. Como lo eran, además de rítmicas y vistosas, en la mañana estallante de luz, las mujeres descendiendo de las montañas —de Kenscoff, por ejemplo—, cargadas de bateas en las cabezas llenas de frutas y hor-

talizas o con decenas de cestos, cuya masa casi ocupaba el ancho de la carretera. Exótica, extraña, agradable, pintoresca (faltan adjetivos) lo era la chiquillería curiosa, pedigüña y sonriente; lo era la amabilidad de Luis Lamothe y Ebner Beauchereau, director y subdirector de un Instituto llamado, nada menos, que «Lope de Vega»; lo eran las calles llenas de de baches; lo era la existencia de sólo dos restaurantes, el *Rond Point* y *Le Carillon*; lo eran las mujeres en cuclillas vendiendo montoncitos de maíz, de café, de carbón, de cacao, de cocos, de aguacates, etc.; lo era la gente cocinando en cualquier lugar; lo eran los hombres haciendo trajes, zapatos, ataúdes bajo los soportales; lo eran las casas de madera y zinc; lo era..., lo era todo.

Salir de Puerto Príncipe es un problema; las montañas le circundan, empujándola hacia un mar más azul que el Mediterráneo, cerrado al fondo por la Isla de Gonave. Las carreteras son malas o inexistentes y por eso nos quedamos sin ver Cap Haitienne y la Citadelle elevada, con «Sans Souci», por Henri Christophe, rey negro a perpetuidad, que vetó a su pueblo el lujo de la pereza y el descanso prolongado, al igual que otros dictadores modernos han prohibido en las Antillas el uso de la hamaca. La Citadelle quedó, pues, inédita, igual que Sans-Souci, cuyo saqueo describió Alejo Carpentier en su magistral novela «El reino de este mundo». Pero Puerto Príncipe bien vale una misa. ¡Y qué misa! Fue una misa con tambores, que nos ofrecieron los padres canadienses oblatos, que ahora ocupan «Villa Manrese». El canto, el tam-tam y el ritmo o contoneo, presidió el sacrificio en la Comunidad de Sainte Marie, que, al final, como traca sorpresa, desmanteló el altar —no había imagen alguna, ni del Crucificado, para evitar supersticiones, según me dijeron—, y en el estrado nos ofreció varios números de puro folklore haitiano inolvidable. Amanecía.

Haití, el país más aislado de América, que culturalmente depende de Francia y económicamente de Estados Unidos, aunque hace siete años que no recibe ayuda, es el número más exótico, junto con el del altiplano andino, que podemos contemplar en ese gran ballet que es Hispanoamérica. Su historia ha sido un carrusel de sangre, con estas etapas: la Revolución francesa (los

negros dijeron que también ellos, aunque esclavos, tenían derecho a la *égalité, fraternité e égalité*), Toussaint Louverture, el Napoleón Negro que se enfrentó al Napoleón Blanco, la Independencia en 1803, de Dessalines a Boyer, de Boyer a 1915, la ocupación norteamericana (1915) y del militarismo a la dictadura vitalicia actual. Leed, de Graham Green, «Los comediantes», y sabréis algo de este mundo, donde el *voduo, vodú o voodoo*, idea de lo sobrenatural y del Todopoderoso, es para turistas en Puerto Príncipe, pero se practica en los campos; donde el sisal, la caña y el cacao son las bases económicas de un país superpoblado (cinco millones), montañoso, árido y erosionado; donde el nivel cultural lo refleja el 95 por 100 de analfabetos; donde impera un régimen vitalicio, cuyo representante ha optado por suprimir la Academia Militar y ascender a ignorantes soldados para evitar la formación de una oficialidad culta y ambiciosa; donde la pugna mulatos-negros es una constante histórica; donde se aprecia no sólo dos países en función del pigmento, sino en función de la condición social, económica y cultural. Porque hay un Haití rural, ignorante, pasivo en las luchas políticas, ajeno a lo que sucede en la capital, reacio a transformaciones, autobastándose, lastrado por el analfabetismo y enfermedades endémicas; y hay otro Haití urbano, el de la minoría selecta de profesionales e intelectuales —muchos de ellos en exilio—, contendientes de continuo en el campo político. Uno es el pueblo; el otro es el ejército, la burocracia y los intelectuales. Sobre todos ellos se alza *Papá Doc*, como un brujo, inaccesible —no asistió el primero de enero al Tedeum de la Catedral, en que se conmemora la fecha de la independencia—, que sabe que tiene su apoyo, no en las baterías antiaéreas y tanque que «adornan» el jardín del Palacio, sino en la Guardia Nacional y en los *tontons macutes*, especie de policía o guardia de civiles armados, que surgen ante cualquier amago de peligro para el mandatario.

Ni que decir que sobre este país, como sobre otros más del Caribe (Antillas y América Central), la sombra del hambre se muestra rampante. La culpable parece ser en algunos casos el azúcar. El azúcar esclavizó al hombre y a la tierra. Latifundio (no en Haití), esclavitud, monocultivo, superpoblación y hambre son



vocablos amargos que suelen ir unidos a la dulce palabra *azúcar*. En efecto, la población antillana, como la centroamericana, reduce su dieta a tubérculos feculentos (yuca, arroz, mandioca, judías, plátanos o guineos), bebe mucho alcohol y se priva de la carne, leche, huevos, pescado y verduras u hortalizas. Así no ingiere las proteínas necesarias. Y eso es padecer hambre. Y eso —semejante régimen— origina en el hombre apatía, desgana en el trabajo, y le acarrea enfermedades como el bocio, pelagra, beriberi, tuberculosis, raquitismo, ceguera y escorbuto.

Irse, partir, marchar, son verbos a veces difíciles de practicar. Pero eso es la vida; un continuo marchar. Por eso cuando llega la hora de irse nos vamos con pena. La bondad de ébano haitiana nos ha conmovido, como el cañonazo que señaló el paso de 1969 a 1970, y que hubiéramos querido —aquel momento— fijar con un alfiler como quien fija una bella mariposa disecada. Pero...; siempre también hay *peros* en la vida. Nuestro *pero* ahora es una especie de estrambote final, para apuntar que bajo la alegría del vivir, bajo la bondad haitiana, corre soterrada una inmensa problemática (pobreza, superpoblación, falta de espacio vital), que algún día, como en 1801, puede estallar igual que una hoguera violenta y extenderse hacia el Este, especie de tierra prometida, intentando hacer realidad el viejo ideal haitiano: *un solo pueblo, en una sola isla*.

## REYES MAGOS EN SANTO DOMINGO

En la Navidad de 1493, como tres Reyes Magos, tocaron las tres carabelas colombinas en la costa norte dominicana. Era la llegada de los dioses esperados, pero los dioses demostraron bien pronto ser hombres capaces de entusiasmarse y disputar por una india. Cuatrocientos setenta años más tarde los descendientes de aquellos dioses-hombres y de aquellas indias siguen esperando a los Magos con el regalo-panacea para sus males.

Si en Puerto Rico hallamos al Rey Mago blanco, y en Haití al negro, aquí, en Santo Domingo, encontramos al mulato, mestizo o amarillo porque para algo América es el continente de las tres razas. Y vimos a los tres Reyes desfilar por la calle del Conde —¡qué nombre tan español para una cabalgata real— más al son del «merengue», canción nacional dominicana, que al ritmo bamboleante de unos camellos que nunca existieron en el Nuevo Mundo y que, según el padre José Acosta, nunca se pudieron reproducir.

Si Puerto Rico nos proporcionó una bofetada de norteamericanidad, y Haití un ramalazo de Africa, Santo Domingo nos trae brisas de España, ya que para algo fue la *Hispaniola*, la pequeña España de América. De Santo Domingo —de su alcázar— dijo Agustín de Foxá que era «una gota de Edad Media en el Caribe». Y lo es. Basta con andar por la calle del Conde, de la Merced, de las Damas, de Bellini... y entrar en la catedral con su capilla de los Bastidas y su Virgen de la Antigua, en la Casa del Cordón; en las ruinas de San Francisco, de donde han desaparecido los restos de Alonso de Ojeda en la última «revolución» y en cuyo

nicho lo que vimos fue una caja de Coca-Cola; en los Dominicos, con una maravillosa capilla del Rosario con los signos del zodiaco en el techo y un sol que podía ser de oro; en las ruinas del Hospital de San Nicolás; en Regina Angelorum, cuyas monjitas nos ofrecieron dulces (yo diría que virreinales como los de doña Isabel Gutiérrez del Arroyo en Puerto Rico) y refrescos; en el Alcázar desde donde es fácil imaginar carabelas meciéndose sobre el Ozama que lame su jardín y damas —aquellas sevillanas que llevó doña María de Toledo— paseando su melancolía o coquetería con futuros conquistadores de ellas o de otros mundos... Pero apenas hay tiempo para ver tantas cosas, para confirmar unos estudios teóricos; para ampliar conocimientos. Porque si un Rey Mago nos ha traído un programa de visitas artísticas, otro nos ha traído un programa de bailes, recepción en la Dirección de Turismo, baño en una playa como la de Bocachica que sólo se ve en las películas, recepción en el Teatro Agua y Luz... Y el otro Rey Mago, más serio y académico que el anterior (creo que fue Gaspar) también nos ha dejado otro programa: recepción en la Embajada de España copia de la mansión que vimos en «Lo que el Viento se llevó», mesa redonda en la Universidad privada «Pedro Henríquez Ureña» nuestra anfitriona, visita a Santiago de los Caballeros donde fuimos recibidos por su gobernadora, visita al campus y edificios de la Universidad «Madre y Maestra» dependiente del episcopado, misa con el presidente Dr. Joaquín Balaguer en su capilla privada, entrevista en la Televisión en el programa directo «Enfoque»... No había manera de rehuir la gentileza y amabilidad de los universitarios dominicanos empeñados en hacer realidad todos estos programas. Y lo lograron.

No obstante, el vértigo, el parche de la tambora, el ruido del «güiro», y la alegría del «merengue» no impidieron que palpásemos la situación política tensa. Docenas de partidos políticos han afeado la ciudad con miles de lemas que van desde los que pregonan la «Falange Justicialista» a los que defienden a Wessin, o a Lora, o «postulan» la reelección de Balaguer. Tras aquel carnaval de lemas, prédicas y campañas, la sombra de Rafael Leónidas Trujillo cobra realidad con la súbita muerte de su primogénito y heredero Ramfis, que para muchos constituyó un trágico

regalo. Alguien suspiró, sin duda, más ampliamente en la República Dominicana. Y otros quedaron perplejos. Porque la Era de Trujillo no ha terminado. Se inició en 1930, gracias a una crisis económica y otra política de donde brotó el futuro «Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva», que hasta el momento había sido electricista, capataz de hacienda y miembro de la Guardia Nacional integrada por los norteamericanos durante la ocupación, y en cuyas filas se formó militarmente. Dueño del poder militar se hizo con el político y económico. Fue amo y señor, capataz del país. Lo que va del siglo xx lo llena Trujillo hoy por hoy, difícil será sacarlo de la historia, y difícil no tener que recurrir siempre como referencia a *antes* y *después* de Trujillo al hacer historia. Una historia que comenzó con la euforia del virreinato colombino imitador de las galas europeas, pero que luego se apagó por culpa del brillo aurífero continental y se convirtió en una historia de luchas, de agonía. Lucha contra las invasiones marítimas y contra las penurias, lucha, después de Riswick y Basilea (se reconoce a Francia Haití y se le cede la zona Este) contra las invasiones terrestres, pues los haitianos, herederos de Francia en la zona Oeste, quieren hacer realidad la unificación... Vuelta a ser de España, la llamada «Patria Boba»; ocupación haitiana durante unos veinte años (1822-44); la Fundación de la República (1844-1861); nueva anexión a España (1861-65); La Restauración..., etc.... De todo este complicado entramado de etapas y fechas sacamos varias conclusiones interesantes: primero, que este país, como Panamá, celebra su Independencia no de España, sino de otro país americano; segundo, que su vida ha sido una constante lucha contra la falta de población; tercero, que también como constante histórica se ha dado en su devenir el temor a las invasiones, personificadas en la última centuria en los intentos de conquista haitianos, lo cual le llevó a solicitar el protectorado de varios países que han izado su bandera en la «Fortaleza» donde mismo vivió el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. Pese a tantas banderas, en el corazón de los dominicanos sólo se yergue una, bien clavada en el fuerte nacionalismo, comprensible por el temor al vecino. Cosa que también nos explica el fuerte ejercicio necesario para mantener una frontera cerrada a

piedra y lodo. Pero ahora mismo, en este instante, el problema no es el de la penetración haitiana, violenta o pacífica, sino el futuro político. ¿Se presenta Balaguer a la reelección? Cuando escuchamos misa con él y la gente le saludó, tan familiarmente que algunos le ponían la mano sobre el hombro y otros le entregaban cartas, una mujer se detuvo más de lo necesario diciéndole algo hasta que un ayudante civil la arrancó cortés, pero con firmeza. Al poco rato tuve ocasión de hablar con la mujer y le pregunté qué le decía al Presidente con tanta insistencia, y me contestó: «le pedía juguetes para los niños pobres de Jayna y que dé al pueblo dominicano como regalo de Reyes su presentación a la reelección». Pero el pueblo, otro pueblo distinto al de esta mujer, no quiere la reelección, teme los continuismos, tiene miedo a que se repitan épocas pasadas. Es por ello que Lora, el vicepresidente y el alcalde de Santo Domingo se han separado del partido Reformista de Balaguer y se han puesto frente a éste, creyendo frustradas sus ilusiones políticas si Balaguer sigue. Estos son los políticos, pero el ejército, ¿qué dice? *That is the question*. Ahí está la clave.

Cuando los Reyes Magos han terminado de pasar, la tregua política observada en atención a las fiestas se rompe y la normalidad regresa y se expresa en crímenes, desapariciones, allanamiento de moradas, tiroteos... Pero de esto yo no me entero o no sé casi nada, porque en ese momento yo estoy —acaba de amanecer— admirando, contemplando una escena en el vestíbulo de la Embajada de España. Los Reyes Magos, que en América también vienen de Oriente, aunque ese *Oriente* es Occidente, han depositado en la embajada sus regalos para Ana, Leticia, Gabriel, Juan Diego y Pedrito... Y el embajador, Gabriel Martínez de Mata, humilde ante los presentes de los embajadores reales, se entretiene en abrir paquetes con su alborozados hijos que la embajadora, sencilla, distinguida y humana, contempla dejando ir por sus ojos todo el cariño de una madre. Para mí fue, es, imborrable la escena, quizá la más grabada que se me ha quedado en este último calidoscopio antillano. Quise ser Rey Mago (rey mago, con minúscula) y en silencio puse entre los discos, bolígrafos, cuadernos, juguetes, prismáticos, traje haitiano, etc...., el regalo

de mi gratitud, admiración y afecto (incienso, mirra y oro) para el matrimonio Martínez de Mata, ejemplo de diplomáticos españoles muy entendedores de este mundo de Hispanoamérica que aún sigue esperando sus Reyes Magos.

## TRISTEZA, ALEGRIA Y NOSTALGIA EN HISPANOAMERICA

Alguien escribió, y se ha repetido mucho luego, que América era el continente de la tristeza. Ese alguien, pensador germano, debió sentir la tristeza del mundo andino y generalizó. ¿Tristeza o peso telúrico, que determina toda una biología? La geografía en América es algo tremendo; se ha dicho que allí el hombre es aún más geográfico que histórico, y en multitud de novelas arquetipo se observa que el ambiente, la geografía («La Vorágine», por ejemplo) es el principal personaje, seguido por la trama y los seres humanos.

Otros han dicho que Hispanoamérica es un carnaval de alegría, un «relajo» tal como conciben, o concebían, los cubanos este vocablo. No se equivocan quienes afirman esta feria de la alegría si están pensando en la geografía hispanoamericana teñida de negro.

Otros, finalmente, han escrito que América es el continente de la nostalgia; nostalgia de tener la cuna en España y la sepultura en América.

Al otro lado del mar de los Caribes, en las alturas, donde el aire es puro, planea la realeza del cóndor, vive el «íschu» o hierba del páramo, y viven fundamentalmente quechuas y aymaraes, sus quenas y tambores suspiran tristeza. Es un mundo donde la alegría, inconsciente, se logra a base de chicha o licor de maíz fermentado.

El indio antillano, alegre y despreocupado, sin saber lo que era

el trabajo, ni lo mío y lo tuyo, bailador de areytos, e inventor de la indolente hamaca, enriqueció su alegría con el folklore del pueblo más desgraciado de la tierra: el negro. Y desde entonces, siglo XVI, el ritmo afroantillano, afrobrasileño o afrocaribeño, comenzó a conmover a todas las Antillas y parte del continente. Yo creo que hasta la misma geografía insular, a veces volcánica y dislocada, se movió siguiendo estos sonos que arrastran a cualquiera. Las rumbas, el tamborito, el merengue, o el calipso dictan y marcan la epilepsia caribeña lo mismo en lo pagano que en lo religioso.

Del ron a la chicha, del negro al indio, del mulato al mestizo, de las islas a la tierra firme, del merengue a la marinerita, circula la alegría y tristeza de América y, sobre todo, la nostalgia. La nostalgia que nos traen estos cantos y bailes al evocarnos el folklore de la patria lejana. De la patria donde se nació y de donde, por los imprevistos giros de la historia (que hacen los hombres), hubo que salir tal vez sin querer sintiendo el alma apuñalada por la vieja frase latina: «Nec patriam nec vitam retinere potuit». Son muchos los Ulises españoles de América que nunca más volverán a Itaca-España. Son muchos los caminos de la nostalgia y, además, no sólo la siente el que vive fuera de la patria, sino el que llega de visita y se encuentra con compatriotas vivos o muertos. El contacto con un exiliado en América es una experiencia única para un hombre como yo, que pertenece a la «generación silenciosa». Es decir, a la que no hizo la guerra y tampoco ha pesado en la política y andaduras del país en los últimos treinta años. Más tremenda aún debe ser esta experiencia para un muchacho de veinte años, que contempla como a un Lázaro cualquiera —y pongo un ejemplo reciente— al último gobernador de una provincia republicana. ¿De qué podemos hablar el viejo desterrado, yo y el muchacho? De nada. Sí, del amor a la patria, merecedora muchas veces de la también vieja frase latina: «Ingrata patria, no guardarás mis huesos».

Imposible para mí describir este encuentro con hombres importantes hace cuarenta años en nuestro país y ahora —muchos de ellos— fantasmas como aquéllos que Las Casas dice que andaban por las ruinas de la Isabela, primera ciudad fundada por

los españoles en América. En tal caso, la última ciudad ha sido ésta, la de los exiliados, extendida del Río Bravo a la Patagonia y con capital en cada corazón de sus habitantes.

Hay tres sitios en América, de los que conozco, donde he sentido algo que no es nostalgia, ni tristeza, sino algo indefinido e indefinible para cuya descripción estoy huérfano de adjetivos: ante el monumento a los muertos en la explosión del acorazado norteamericano Maine en el cementerio nacional de Arlington, hecho con piezas del mismo, porque es el monumento funerario a nuestro imperio; ante el museo-biblioteca «Juan Ramón Jiménez», en la Universidad de Puerto Rico; y ante la tumba de Pedro Salinas en la misma isla boricua.

Los silencios o miradas son más expresivos que la palabra o la escritura. Pero ahora estamos escribiendo y debemos hacer un esfuerzo para hablar de ese algo indefinible sentido ante un «platero» de felpa que Juan Ramón acarició o ante una lápida gris que sólo reza «Pedro Salinas 1892-1951». Ya en la biblioteca-museo Juan Ramón buscamos afanosos alguna referencia como ayuda en nuestro afán por fijar los sentimientos. Nos volvimos a todas partes: allí estaba un óleo desde donde Zenobia nos miraba con ojos nórdicos, otro donde Juan Ramón nos observaba con mirada penetrante; allí estaban la fugacidad del Premio Nobel dentro de una vitrina, unas amarillentas fotos, las ediciones de «Platero y yo» en multitud de lenguas, una vieja gramola tatuada de Z por el mismo poeta... Nada nos servía. Sólo coadyuvaban a aumentar nuestro desamparo y dolor cordial. En el corazón, quiero decir. Casi en el otro extremo de la ciudad, sin amables señoritas que nos expliquen, sin aire acondicionado y sin luces de neón, está Pedro Salinas. Las viejas murallas de San Juan, ogro de piratas, le cobijan y, con «La Perla», barrio infame-pintoresco, le ocultan la visión de «el contemplado» como el poeta llamó y cantó al mar de Puerto Rico. También aquí, entre tantos muertos, nos sentimos desamparados para expresar nuestra tristeza-nostalgia. Todo en torno canta lo contingente, lo pasajero del acontecer... Sin embargo, nos resistimos empujados por la luz de la mañana, por el olor del mar, por la juventud en torno que

nos acompaña. Nos revelamos y casi con rabia hacemos pasar por nuestra mente y corazón los versos de otro poeta:

«Y pensar que después que yo muera  
aún surgirán mañanas luminosas  
que bajo un cielo azul, la primavera  
indiferente a mi mansión postrera  
encarnará en la seda de las rosas.  
Y pensar que no pueda en mi egoísmo  
llevarme al sol ni al cielo...»

Sí, tendremos que irnos, dejando todo este mundo, pero España en América, es decir, Hispanoamérica, formada por los de ayer, por los de hoy y los de mañana, permanecerá. Y este convencimiento que me llega como lenitivo ante el desamparo que siento junto a la tumba de Salinas, me lo confirma una leyenda que campea en un mapa de España colocado en la tumba de otro español que allí descansa: *«España ni se acaba ni se va. Es la entraña de una voz que si se apagara en los hombres seguiría hablando en las piedras. Cuando no pueda ser otra cosa, piedra será España en nuestros propios cuerpos bajo esta tierra.»*

## LA VIOLENCIA EN AMERICA

*Los Comediantes* es una novela de Graham Greene desarrollada en la Haití de François Duvalier. Su régimen sirve de fondo a la trama de esta obra en cuyas páginas finales podemos leer: «el sacerdote era un hombre joven... dijo un sermón breve acerca de unas palabras de Santo Tomás el Apóstol: "Acudamos a Jerusalém y muramos con El". El sacerdote dijo: "la Iglesia está en el mundo, es parte del dolor en el mundo, y aunque Cristo condenó al discípulo que arrancó la oreja del servidor del Sumo sacerdote, nuestros corazones se conmueven por quienes son impulsados a la violencia por el sufrimiento de los demás. La Iglesia condena la violencia, pero condena la indiferencia con más energía. La violencia puede ser la expresión del amor. La indiferencia, jamás. La una es la imperfección de la caridad, la otra, la perfección del egoísmo. En los días de temor, duda y confusión, la sencillez y la lealtad de un apóstol abogaron por una solución política. Estaba equivocado, pero prefiero equivocarme con Santo Tomás que acertar con los indiferentes y los cobardes. *Acudamos a Jerusalem y muramos con El*».

Estas palabras que el autor inglés pone en boca de un sacerdote, bien pudieran haber sido pronunciadas por Camilo Torres, otro sacerdote que dejó de serlo para predicar y practicar la violencia en Colombia, uno de los países de Hispanoamérica más lacerados por este fenómeno nada nuevo en la historia del Nuevo Mundo. Fenómeno llamado con mucha razón «locura sangrienta». Para unos la violencia es toda acción anormal, no pacífica, que lleva consigo la destrucción; para otros, constituye la expre-

sión extrema de defensa del espíritu de individualismo; hay quienes la consideran como una revolución manifestada materialmente para lograr el cambio del sistema de vida socioeconómico imperante; y hay quienes la suponen como un acto de fuerza para derribar a un régimen político o un instrumento destinado a satisfacer viejos odios partidistas. Engels, Lenin, Nietzsche, y otros, como George Sorel teórico del fenómeno, lo han estudiado ampliamente. Monseñor Helder Cámara, del Brasil, ha dicho que «La violencia está engendrada en los países del Tercer Mundo por la injusticia que produce la miseria, contra esta violencia de la injusticia se alza la violencia revolucionaria, que toma las armas contra la primera violencia y el poder desencadena, a su vez, la tercera violencia, que es la más dura, porque el poderoso impone sin piedad la razón de la fuerza». Monseñor Cámara ha defendido la violencia pacífica... «la presión moral y libertadora».

La violencia como vemos la ejercen en primer lugar los grupos en el poder para su conservación y mantenimiento; y el gobernado que intenta contrarrestar la violencia oficial con la contraviolencia. Esta es la que se convierte en subversión, una de cuyas manifestaciones es la guerrilla. Los oprimidos quieren cambiar a quienes les gobiernan o la forma de gobierno, pero como no lo pueden realizar ejerciendo un derecho, toman la vía anormal de la subversión.

Hasta ahora se consideraba que la violencia —y Herder Cámara lo ha dicho— era un fenómeno de países en vías de desarrollo. La afirmación venía respaldada por lo que está sucediendo en Hispanoamérica donde claramente la violencia está determinada por una realidad socio-económico-política que se desea destruir. Pero hete aquí que el Canadá sin dictadura, nada inmóvil en su estructuras, nada subdesarrollado, ha sufrido también la violencia con un sistema —agrupaciones terroristas, rapto y asesinato— que se creía propio del mundo hispanoamericano. Tampoco Estados Unidos está libre de la violencia, obra de los blancos racistas, de los Muslims, de los Panteras Negras o del Poder Negro. Violencia se practica en Norteamérica con el negro cuyo delito está en el color de su piel y que no es tratado como persona; violencia se practica con los puertorriqueños, marginados, donde

por mimetismo con los Panteras han surgido los activos Jóvenes Señores que pregonan el «Quema muchacho, quema»; violencia se ejerce sobre los chicanos (mejicano-norteamericanos) suspendidos, como los indios y los boricuas, entre dos culturas, desgarrados entre la asimilación y el aislamiento étnico, ignorando si hay un lugar intermedio aceptable para ellos en esa sociedad norteamericana que les rechaza y que como les rechaza, se ha encontrado con su reacción (Boinas Verdes); una reacción que pregona el orgullo de su pigmento y de su personalidad cultural. Violencia se practica también sobre los indios miserables encerrados en sus reservas y desposeídos de sus tierras. Todos estos grupos minoritarios se alzan para lograr mejoras políticas, culturales, económicas y sociales proclamando su orgullo étnico-cultural y practicando en esa proclamación la violencia. Violencia que no falta tampoco en el marco de las Antillas Menores, aunque aquí es más un estado de ánimo, que se relaciona con el continente al compartir una mística que pone de relieve el orgullo racial.

En el resto del Nuevo Mundo, en América Hispana, la violencia tiene un fondo común que un guerrillero ya muerto explicó y definió como «Violencia es la prepotencia de la United Fruit Co.; el que un campesino de cada tres se muera virtualmente de hambre, que las mujeres del pueblo a causa de la miseria y del paro forzoso se vean empujadas a la prostitución por los mismos que después la ultrajarán. Violencia es, también, el hecho de que los pobres no puedan aprender a leer ni escribir, y que la prensa, de modo continuado, intente hacer digerir sus mentiras a la desprevenida masa de electores, sorprendiéndoles y estafándoles en su ingenuidad».

Un rompecabezas de siglas, muchas veces sangrientas, FAR, FLN, FVP, MIR, VOP, VPR, CAL, FAR, MR13, MANO, etc., cubren el cuerpo de América en ese su peregrinar hacia la libertad y la autodeterminación política y económica que es lo que en último extremo muchos buscan y desean. La actitud es hamletiana, ser o no ser, y la interrogante en nuestra América a la que hemos de acercarnos para comprender su problemática desprovistos de ropajes caducos y retóricos es crucial. Hemos de aproximarnos al hecho hispanoamericano cargados de conocimientos, de com-

prensión, de amor y dispuestos a la colaboración. Porque ahí, en Hispanoamérica, tan similar hoy por hoy, a nosotros está una de nuestras más trascendentales dimensiones y una de nuestras tareas futuras a realizar no con mentalidad ni con métodos del siglo XVI o XVIII, sino a llevar a cabo de igual a igual, de hermano a hermana. *Acudamos a Hispanoamérica y vivamos con ella.*



## EL CACIQUE TUPAC AMARU

«Cacique» es una palabra indígena antillana, que el español adoptó muy tempranamente, junto con «canaoa», «huracán» y «hamaca». En Suramérica, concretamente en el Perú, el equivalente es la voz «curaca»; sin embargo, cacique la suplantó y adquirió una universalidad similar a la de «pronunciamiento», nacida en el XIX, cuando los dictadores hispanos proliferaron en esta entrañable geografía nuestra. Elucubrando en torno a «pronunciamientos» y «caciques» se pudiera montar toda una teoría o interpretación del siglo XIX español. José Gabriel Túpac Amaru no era, en el virreinato peruano del XVIII, como esos caciques del XIX peninsular; era Túpac Amaru un funcionario cuyos servicios permitía a las autoridades españolas gobernar con más eficacia a los indígenas. «Caciques» o «curacas» indios, junto con los «corregidores» blancos, cuidaban del gobierno. Estos últimos practicaban la justicia, extirpaban abusos, remediaban deficiencias, recaudaban los tributos... El corregidor era un freno para los excesos del cacique. Pero el cargo se ponía con harta frecuencia en pública subasta y al puesto llegaban personas que procuraban embolsarse pronto lo pagado por él. Caciques y corregidores muchas veces extorsionaron a los indios... hasta que en 1780 el cacique Túpac Amaru se rebeló contra el corregidor Antonio de Arriaga.

Túpac Amaru procedía en línea directa del último inca o emperador ajusticiado por el virrey Francisco de Toledo. El cacique tenía cuarenta años y era segundo hijo legítimo de otro cacique. El cacique tenía trescientas bestias y practicaba la arriería. El cacique era alto, grueso, de ojos negros y penetrantes, nariz agui-

leña, pelo largo (símbolo de distinción en la nobleza autóctona), piel clara para ser indio y oscura para ser blanco. El cacique vestía con esmero y pulcritud. El cacique hablaba perfectamente español y quechua. El cacique, es decir, Túpac Amaru, era muy religioso y sentía un gran respeto por la ley. Pero el cacique repudiaba vivamente la mala autoridad y las injusticias, y por eso se sublevó. Se sublevó contra los que conculcaban las «Leyes de Indias» y atropellaban a los indígenas, como el corregidor Antonio de Arriaga, prontamente ahorcado por los rebeldes, vestido con una «mortaja de San Francisco». Sería «por hacelle honra», como dijo Las Casas de la cacica Anacaona, ahorcada por los españoles en la isla La Española, hoy República Dominicana-Haití.

El cacique fue vencido, y, a su vez, ajusticiado en el Cuzco, que significa «ombligo» en lengua quechua. Allí, en la plaza del «ombligo», protegida por soportales y unas impresionantes fachadas de catedral y templos, fue llevado Túpac Amaru el 18 de mayo de 1781. Primero se le cortó la lengua; luego se le tiró al suelo, cara al entoldado cielo andino, tan cercano y tan lejano. Cuatro caballos montados por cuatro mestizos se acercaron y a sus cinchas fueron atadas las cuatro extremidades del cacique Túpac Amaru. Las cuatro monturas se alejaron hacia los cuatro puntos cardinales, en tanto que el cacique se debatía «en el aire, remediando a una araña gigante». En el mismo momento se desató un ventarrón y aguacero, que dispersó a la morbosa muchedumbre. Hubo que cortarle la cabeza al poderoso reo y luego se le descuartizó y quemó. Un río turbulento se llevó sus cenizas camino de un mar muy, muy lejano. Desde entonces, en Suramérica un rebelde fue un «tupamaru». España acababa de añadir un ingrediente más a los que forman la leyenda negra sobre su obra en América.

Hoy, 28 de julio de 1971, Perú celebra su fiesta de la Independencia. El Gobierno actual, de militares nacionalistas, ha enaltecido la figura de Túpac Amaru, cuyo nombre una organización antigubernamental uruguaya ha hecho mundialmente famoso. La independencia del Perú fue obra del argentino José de San Martín y del venezolano Simón Bolívar. Quizá por eso, y retrocediendo en la cronología, se ha visto en Túpac Amaru un antecedente de la in-

dependencia política, y por ello su figura ha cobrado relieve y ha merecido ser colgada en las escuelas. El V Congreso de Historia de América, que el día 30 comienza en Lima, tendrá como tema difícil de lidiar, sin duda, a la figura de Túpac Amaru, «Che» Guevara del siglo XVIII.

Apenas ha transcurrido un año que en esa misma Lima, y en un Congreso internacional de americanistas, notables figuras —el francés Marcel Bataillon uno de ellos— pidieron la formación de un comité o comisión que estudiase el «genocidio» practicado por España en América. A la misma hora, en Méjico, otro francés, Premio Nobel, afirmaba rotunda e impávidamente que Hernán Cortés fue el primero en practicar la guerra bacteriológica. El peso de la leyenda negra es tan grande y nuestra desidia tan pesada, que casi nadie se alzó para rebatir estas actitudes. Similares, sin duda (ojalá nos equivoquemos) a las que se escucharán en Lima dentro de poco.

Si así sucediera sería hora de ver la conveniencia de estudiar y formar comisiones y hacer denuncias sobre hechos de nuestros días. No de antaño, donde el sentido ético o la falta de preparación cultural, la lejanía, etc., podían facilitar ciertos fenómenos, sino de estos días en que no está muy claro la desaparición de los indígenas de la amazonía brasileña; estos días en que se diezma con napalm a mujeres y niños inocentes; estos días en que un pueblo como el palestino ve negado su derecho a «un lugar bajo el sol»; estos días en que mueren de hambre millones de seres en Africa o la India; estos días en que negros, puertorriqueños y mejicanos sufren una marginación inhumana en el país inventor de la democracia moderna; estos días en que un proceso como el de Nuremberg ha sido una farsa y otro cubano ha sido llevado como espectáculo circense a un estadio; estos días en que se conducen al paredón a personas sin juicios previos; estos días en que los habitantes de Indochina y Argelia eran liquidados por reclamar su independencia; estos días en que los belgas se fueron del Congo dejando una hoguera y una guerra civil; estos días en que Suráfrica practica una discriminación abominable... Estos días —de ahora mismo— o aquellos días, de no ha mucho, en que los argentinos y chilenos organizaron cacerías de indios; los

holandeses prohibían hablar su lengua a los indígenas de Insulin-  
dia; los británicos introducían en China a la fuerza el opio degra-  
dante; los norteamericanos montaban la quema de brujas de Sa-  
lem... ¿Para qué seguir? Tenemos muy mala memoria, no somos  
nada «chauvinistas» y cuando lo somos es para defender o pro-  
pagar una España panderetil-folklórica.

Mejor sería enorgullecerse de haber engendrado uno, dos, tres  
Túpac Amaru, inútil ingrediente para esa leyenda que cuenta a  
Felipe II, la Inquisición y la colonización de América como ele-  
mentos claves. Porque ese es el gran mérito de España en su  
obra americana; no haber diezmado al indio como lo hizo el bri-  
tánico en Norteamérica, practicando el lema «el mejor indio es  
el indio muerto»; haber originado un nuevo mundo biológica y  
culturalmente hablando, y haber llevado una cultura que permi-  
tió, precisamente, dar vida a los Túpac Amaru, San Martín, O'Hig-  
gins, Bolívar, Sucre o Martí, creadores de nuevas patrias.



## LIMA EN JULIO

El 28 de julio es la fecha en que el Perú celebra su emancipación política de España; fiesta que este año (1971) ha revestido un especial carácter por cumplirse los 150 años de aquella efemérides del XIX. La nación, dirigida por un Gobierno de militares nacionalistas, ha vivido horas patrióticas que han sido como la salsa del V Congreso Internacional de Historia de América, en el cual la figura del cacique Túpac Amaru ha sido la «vedette». Se ha inaugurado un gran monumento a los próceres de la Independencia —cuatro— entre los que figura Túpac Amaru; se han lanzado libros de poemas en su honor; se han publicado biografías oportunistas y de urgencia inflamatorias; se ha lanzado un disco con el título «Canto coral a Túpac Amaru»; se han vendido boinas con el retrato del famoso cacique; en los escaparates se han visto retratos y bustos, «souvenirs»... De este fervor se han aprovechado muchos para hacer sensacionales declaraciones, para presentar a los dos «descendientes» del cacique... Hay quienes no han dudado en manifestar a la prensa que Túpac Amaru fue «el precursor de la emancipación continental»; que «se le puede considerar como el libertador del negro antes que Lincoln», «que buscó la socialización de los medios de producción», «que buscó el cambio de las estructuras de su tiempo»... Hay quien se ha atrevido a mezclar a Túpac Amaru con Fidel Castro y Mao, y a comparar a su mujer —Micaela Bastidas— con Juana de Arco... Sin hacer mucho caso de este florilegio de quincallería, hemos, sin embargo, de detenernos a considerar lo que yace en el subconsciente de quienes hacen y dicen todas estas cosas en función de una masa no muy formada.

Lima, bajo la «garúa» o llovizna ligera que cae de un cielo plumizo, luce aún en sus casas más humildes la enseña rojiblanca nacional como prueba de la alegría oficial que se vive: se ha resucitado a un caudillo, a un guerrillero que se quiere entroncar con la «revolución» nacionalista en marcha. Y, en efecto, el país parece encaminado por los caminos de una auténtica revolución. Las Fuerzas Armadas son las rectoras de este proceso, llevado mediante tecnócratas y cauces autoritarios. Se aspira a una transformación estructural que permita el total desarrollo, cuya base sea la industrialización intensiva y planificada de la economía nacional. Para lograr esta meta se ha asegurado el control de la explotación de los recursos naturales; se ha reafirmado la soberanía sobre las aguas jurisdiccionales hasta una distancia de doscientas millas de la costa, a fin de proteger la riqueza ictícola; se han establecido relaciones con los países del Este buscando nuevos mercados; se han sentado las bases para acelerar la integración subregional andina, y, finalmente, se ha hecho frente a la intromisión norteamericana. Interiormente se ha reformado el poder judicial, dictado nuevos estatutos de libertad de prensa, publicada la ley de Bancos (restringe la participación del capital extranjero), reorganizado los Ministerios, creándose algunos nuevos; promulgado nuevos Códigos sobre aguas, realizado la reforma agraria... Los militares afirman que no son los ocupantes de su patria, ni los aliados de la oligarquía como lo han sido otras veces. Cuando el presidente Velasco Alvarado —que no tiene la garra ni el carisma de su antecesor Belaunde Terry— nos decía en la Universidad de San Marcos que su revolución no era marxista (la primera vez que lo afirmaba), yo estaba pensando en los inditos que alguien con arte de magia blanca ha traído de la sierra y presentado como descendientes de Túpac Amaru, cuyo hijo Fernando murió en España, sin querer ser curado de hipocondría... Aquellos dos inditos estaban allí, en la Universidad, mientras fuera una menguada masa humana agitaba banderitas con los colores del arco iris (bandera del Tahuantisuyo o Imperio Inca) y gritaba ¡¡Viva Velasco Túpac Amaru III!! Un Velasco que tosiendo de continuo, con voz que se enronquece a medida que habla, nos decía o manifestaba al país cuál era la postura del Go-

bierno con respecto de la Universidad y cuál debía ser el papel de ésta en el proceso revolucionario. Con sinceridad, reconocía que se habían equivocado en la primera ley universitaria o de enseñanza dictada y que se iba a promulgar otra en la cual los alumnos tendrían más participación en los destinos del «alma mater». La revolución sigue su camino, prosigue el presidente. Y yo, mientras, pensaba en el chiste limeño que corre entonces: «Se va a suprimir la letra A del diccionario, debido a la falta de arroz, aceite y azúcar», tres productos básicos, pero que ahora, como el pescado y la carne, se hacen difíciles de lograr tan abundantemente como antes.

Mas estas necesidades y fallos no significan nada y son notas propias de toda «revolución» en sus inicios. La colectivización de los fundos o haciendas ha hecho que el obrero quiera imitar al dueño y trabaje ahora menos considerándose propietario. Los capitales han huido. La construcción se ha paralizado, temiendo una nacionalización. Pero, insistimos, tal vez sean notas de un primer momento que se superará y que el movimiento de los militares peruanos sea a la larga una auténtica «*Revolución*». Y escribimos el vocablo con mayúscula conscientes de su desprestigio. Democracia y revolución son palabras muy usadas y muy traicionadas en Hispanoamérica, donde el lenguaje político es casi el coloquial y el que pone de moda giros y frases como los de «alienación cultural», «imperialismo», «independencia económica», «grandes familias», etc. Sin embargo, por lo que al Perú se refiere, no cabe la menor duda que algo ha comenzado y algo ha terminado fuera de esta hojarasca patrioterica en torno a Túpac Amaru. Tal vez el Club Nacional no siga siendo lo que es; quizá al hipódromo no vayan las «grandes familias»; tal vez se haga una total «revolución blanca», sin que los restos de Pizarro se estremezcan en su tumba y horrible capilla de azulejos venecianos en la Catedral... Quizá —¡quién sabe!— Pizarro tenga que descabalgarse de su corcel semioculto en la plaza de Armas, junto al palacio presidencial y prestarle el caballo a Túpac Amaru.

Viviendo y pensando en todo esto me he metido en la iglesia de la Merced, donde un Cristo de la Sentencia en óleo y figura exhibe esta cuarteta estremecedora:

«Al verme así no te asombre.  
Pues es mi amor tan sin par  
que aquí me he puesto a pensar  
si hay más que hacer por el hombre».

Sí, claro. Lo que yo no sé es si ese «más que hacer» es el nacionalismo actual, el comunismo o marxismo, el testimonio evangélico de muchos sacerdotes tachados de «politizados», el quehacer de los que desean acabar con la marginalización que afecta al campesino junto con la injusticia, el anhelo por erradicar la desigualdad en la distribución de los bienes materiales y espirituales... O todo eso, y más, junto. Mi divagar y paseo me lleva a la iglesia de Jesús María —una capillita de San José limeña— y allí me tropiezo con otro Jesús de la Sentencia (como el de San Esteban) que luce un tremendo pareado:

«De estos azotes y afrentas  
me darás estrecha cuenta».

Creo que esto lo podrá decir el indígena de América cuando tome conciencia de sí. Cuando compruebe que en 150 años de vida republicana sólo ha sido carne de cañón, votos o materia para la demagogia fácil que inculpa a un régimen anterior —el hispano— su situación actual. Si no es que antes los hombres que le gobiernan se deciden a «hacer más por el hombre». Porque hombre es el indio, el mestizo, el negro y el blanco. Todos, no sólo unos pocos.

MAS VALE PERDER UN MINUTO EN LA VIDA,  
QUE LA VIDA EN UN MINUTO

Espiritualmente el viaje comenzó mal. El mecanismo técnico-burocrático había funcionado perfectamente, mas, de repente, como un «sombrajo» abatido por el viento se me derrumbó. Mientras realizaba los trámites de un vuelo aéreo que, bárbaramente denominamos «chequear», observaba a una señora que, nerviosamente, se acercaba y alejaba de los futuros pasajeros a Lima. Era una mujer de pelo muy negro, conjunto chaqueta-pantalón morado claro, gafas oscuras, delgada, tal vez de unos cincuenta años, con un anillo de oro en el meñique que lucía un escudo nobiliario. Todo lo comprobé, cuando se me acercó y con un tremendo acento peruano (¿arequipeño?) me preguntó si iba al Perú. Sí, le respondí. ¿Quiere usted llevarme algo? Con un sí débil, lleno de reservas, le contesté afirmativamente y ella, dándose rápida cuenta de mis dudas, se apresuró a aclararme que se trataba de una carta abierta y un documento anejo. Carta que la señora sacó de un sobre muy manoseado, nerviosamente manoseado, y se empeñó en leerme. Noté que estaba redactado en una escritura infernal. Le rogué que no siguiera leyéndome aquella carta estrujada más que doblada. Pero la señora tiene necesidad de hablar, quiere hablar, anhela contarme su problema, desea que me empape de su angustia y la comprenda hondamente. Y, nerviosa, con un nerviosismo que destroza su dulce habla peruana, me cuenta una historia que me desencuaderna espiritualmente.

Aquella mujer es la madre de una chica estudiante de veinti-

tres años que dirigiéndose con un amigo en un «Alfa-Romeo» de Faro a Sevilla se han estrellado en el límite de esta provincia con Huelva. Aquel viaje relámpago para visitar Sevilla ha quedado truncado, junto con dos vidas, una luminosa mañana no lejana aún donde Huelva termina y Sevilla comienza o donde Sevilla termina y Huelva comienza. Todo depende desde donde miremos el discurrir de esa mala carretera que une a las dos capitales andaluzas. Una carretera densa de tráfico pesado y ligero, pero lacrada de baches, badenes, señales semiocultas por altos hierbajos y estrecheces por donde puede escaparse la vida de los conductores que, veloces y tal vez ignorantes del estado de la ruta, juegan a comerse el horizonte, el paisaje y los kilómetros hasta que todo se les atraganta violentamente y los mata como a estos dos jóvenes extranjeros.

Mi viaje, sin esperarlo, se me ha tornado sombrío en cuestión de minutos. Mañana, de madre a padre, debo entregar a un hombre unos papeles de parte de una mujer que en su desgracia tiene aún tiempo para piropear a la gente de nuestra tierra por lo bien que la han tratado subrayándome las atenciones que con ella han tenido aunque se encuentra desesperada porque necesita determinados documentos para el cobro de unos seguros... ¿Por qué a mí, precisamente, me ha tocado esto? Yo que, bien temprano, por la mañana pasé a buena velocidad por ese lugar donde dos vidas se pararon repentinamente plétoras de juventud e ilusiones en un «Alfa-Romeo» que fue alfa y omega... Dos vidas colgadas en el paisaje de esta tierra nuestra por culpa de la velocidad y tal vez de otros factores.

Mi lectura de viaje iba a ser un librito de Salazar Bondy titulado «Lima la horrible», adjetivo este último que se me ha puesto a danzar en la mente mientras vuelo soñando con llegar a Lima, la ciudad del río *Rimac* (río que llora quiere decir en quechua), y entregar este mensaje urgente, de dolor, que me quema. Curiosidad y morbosidad me impelen a leer la xerocopia del documento escrito a máquina y firmado por un juez de Instrucción de un gran pueblo onubense. Leo: «al colisionar con el pretil del poste que limita la provincia de Sevilla con la de Huelva en cuyo accidente resultaron muertos el conductor y la usuaria señorita...

de veintitres años de edad, soltera, estudiante, natural de Lima (Perú) y circunstancialmente vecina de Faro (Portugal).

Según se desprende de las actuaciones la aludida señorita falleció en Sevilla, y adonde fue trasladada el día... de 1971 a consecuencia de anemia aguda por hemorragia interna por rotura hepática... y para que conste... expido y firmo el presente que hago entrega a la madre».

Yo, a mi vez, deberé entregarle la copia del documento al padre a quien llamaré tan pronto llegue por teléfono y quien vendrá a recogerlo cuando yo no esté en el hotel. Será para mí sólo una voz. Mejor. Pero yo acuerdo con él llevarme a España los papeles que ha de remitir a su esposa. Sin embargo, los días transcurren y nadie aparece. En diez días de novedades y quehaceres he tenido tiempo de olvidarme de todo, así que cuando en mi última noche en Lima me entregan en la recepción del hotel un mensaje con un nombre y un teléfono, nada me dice el nombre y como es tarde, estoy cansado, y debo levantarme a las cinco de la mañana para salir rumbo a La Paz (Bolivia), opto por no llamar al desconocido.

El aeropuerto de La Paz se llama «El Alto», está en pleno altiplano, cerca de los 4.000 metros, señoreado por las cumbres nevadas del Illimani y el Huaina-Potosí. Cuando se baja del avión, el cuerpo se pone a temblar como electrizado, la cabeza parece querer estallar y hay quien vomita. Es preciso caminar con lentitud. Es el «soroche» o mal de altura. La Paz no está lejos y se extiende en un amplio y grandioso anfiteatro a un nivel inferior que el aeropuerto. Desde arriba es fascinante el espectáculo de las miles y miles de casitas de adobe y techos de zinc que suben de la hondonada hasta la altura altiplánica. La carretera baja dejando a ambos lados esas casitas a cuyas puertas se ven indios y cholos, cholos e indias con sus típicos sombreros paceños y los «aguayos» o refajos de tela donde portan al niño o «guagua» a la espalda. Son índitas o cholitas bajas, que lucen más gordas de lo que son porque se ponen hasta catorce faldas de distintos colores. La riqueza se expresa por el número de faldas. La carretera sigue sinuosa, bajando, y en una de sus curvas, por sorpresa, nos ofrece sobre un pedestal el macabro espectáculo de un coche totalmente

aplastado, donde alguien ha perdido la vida. Mi compañero de taxi, un hombre casi blanco de Santa Cruz de la Sierra (Oriente) locuaz y simpático me dice señalando a la fúnebre advertencia: «Más vale perder un minuto en la vida, que la vida en un minuto». Y es entonces, para mi rabia, cuando recuerdo que el hombre que anoche me ha llamado por teléfono y rogado que lo llamase era el padre de la chica peruana muerta en el límite de la provincia de Huelva. Pero ya es tarde y estoy muy lejos de Lima...

## EL MENSAJE DE RODO

Nadie en el Hotel des Palmes, de Palermo (Italia), sabía quién era aquel hombre cuyo «exterior de sí mismo parecía en él cosa de otro». Alto, ensimismado, largos bigotes, gafas, barba crecida, descuidado, ropa raída, con un hombro más alto que otro, sucio... Nadie adivinaba quién era, pero todos presentían que tras aquella «cosa larga, flaca y descolorida», tras aquel «cuerpo tendiendo a salirse por el cuello, como atraído por la atención que concentraba en los lentes toda su figura de miope resfriado», se parapetaba un ser nada corriente. En efecto. Solo, lejos de su patria, peregrinando por vez primera y última por la Europa cuya cultura-madre siempre veneró se moría, aquejado de terribles sufrimientos el 1 de mayo de 1917 aquel personaje singular. Se llamaba José Enrique Rodó Piñeiro. Rodó, nuestro Rodó (de americanos y españoles), hijo de un comerciante catalán; nacido en Montevideo, la ciudad fundada por un puñado de familias canarias en el XVIII, el 15 de julio de 1871, y que bien se podía haber muerto en 1900, con veintinueve años, tras publicar «Ariel». Su trascendencia estaba ya entonces fijada. No hacía falta que escribiese «Liberalismo y Jacobismo», «Motivos de Proteo» o «El mirador de Próspero». Bastaba con «Ariel».

Cien años después de su nacimiento, setenta años más tarde de la publicación de «Ariel», Rodó cobra una vigencia que admira y no podemos pasar por alto. Es la misma actualidad del movimiento universitario de Córdoba (Argentina) de 1918, que tal vez deba algo a Rodó. Americanismo, tradición. España, Estados Uni-

dos... Temas que desbordan la brevedad de nuestros renglones, pero que son las facetas que, como americanista, y por considerarlas más actuales, nos importa subrayar en esta conmemoración. Quede para otros el análisis de Rodó y el modernismo, Rodó y la Generación del 900, Rodó pensador, crítico, ensayista, político, profesor de Universidad... Quede eso, insisto, para otros, atraídos como estamos por el Rodó profeta, gran mensajero, fiel a la tradición.

En 1896 lanza ya su gran ideario americanista, con base en la raíz hispánica, culto a la tradición, respeto a la originalidad y repudio a la influencia anglosajona. Desde entonces hasta su muerte, se consagrará a madurar y desarrollar este ideario, cuyo objetivo es el «acercamiento intelectual y moral de los pueblos de la América Española». Como medios señala el arte y la literatura; como autores, a las generaciones jóvenes. El problema de América es para Rodó cultural, un problema continental al cual llega a través del nacional (Uruguay) y el regional (Río de la Plata). Como Bello, Sarmiento, Zorrilla San Martín o José Martí, Rodó quiso darle vida a una conciencia americana en «Ariel» y «El mirador de Próspero». Su americanismo, su sentido de la americanidad, quedó diáfananamente expuesto en estas obras. A Rodó le preocupa las raíces de la cultura americana y su futuro. Ama, por eso, al pasado literario, a la cultura colonial, a la originalidad. Desea llevar a cabo la gran crítica de la Literatura hispanoamericana, difundir la cultura continental, dar a conocer a América, una América culta y unida («una sola y gran patria literaria»). El «americanismo» de Rodó no es como el de muchos intelectuales de ahora y anteaer, acomplejados, que reniegan del pasado. Rodó sabe que no se puede cortar con el pretérito, porque lo que hoy somos se explica por lo que ayer fuimos. Rodó rinde culto a la tradición y adelantándose a muchos, exige el compromiso social literario, a la par que denuncia la influencia moral norteamericana y pone en manos de la juventud —¡él, que tenía veintinueve años!— la iniciativa innovadora porque, dice, «yo creo que América necesita grandemente de su juventud».

América, la Hispanoamérica lesionada por el caciquismo, el problema indígena, el utilitarismo, la inmadurez artística (males

que él reconoce), la concibe como «una grande e impercedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el Golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur». De esta visión —un tanto bolivariana, de Bolívar—, no excluye a España, ya que ella representa a la tradición con su raza y su lengua. Rodó denuncia el error de los hombres que realizaron la independencia política y rechazaron junto con el dominio político español el pasado histórico que constituía los cimientos de las nuevas nacionalidades. Fue, apuntamos nosotros, el fallo de los liberales del XIX, atentos a ponerse un vestido que no les iba, les quedaba holgado, no estaba hecho a su medida, preocupados por coger un tren que acabaron perdiendo. Rodó acepta la herencia de España, concibiendo a ésta como algo vivo, palpitante, siempre unida a Hispanoamérica. Ama a España y une el esplendor de América al milagro de la futura grandeza de España. España es en su concepción la matriz cultural, la tradición; una tradición nada fosilizada y reverenciadora de antiguallas, sino algo vivo, en función del futuro, continuidad, apoyo de una originalidad, lo mejor del pasado que diría Ramiro de Maeztu.

Por eso repudia el mimetismo, la «nordomanía», la imitación externa, el culto al pragmatismo. Hoy diríamos materialismo o tecnología o sociedad de consumo. Rodó pone a Estados Unidos como ejemplo de lo nefasto del utilitarismo, advierte a Hispanoamérica del peligro que supone ser excesivamente imitadora del «Caliban» norteamericano, y subraya su hispanoamericanismo como muralla a la penetración moral sajona, evidenciando su fe en la herencia hispánica. Tal es el mensaje de José Enrique Rodó a la juventud de América, cuando tenía él veintinueve años y que un día de mayo europeo, teniendo cuarenta y seis años, se vino a morir al solar del Viejo Mundo lacerado por una tremenda guerra, pero siempre dispuesto a renacer de sus cenizas como la vieja y mitológica ave.

Tras él quedaba su mensaje, que él mismo sintetizó cuando un amigo le pidió que le redactara en las páginas de «Ariel» el resumen de la obra: «Necesidad de que cada generación entre a la vida activa con un programa propio. Belleza moral de la ju-

ventud; su papel en la vida de las sociedades. Los pueblos más fuertes y gloriosos son los que reúnen las condiciones propias de la juventud. Ejemplo de Grecia. Necesidad de la *fe de la vida*. No debe confundirse esta fe con un optimismo cándido. América necesita de su juventud». Tal el resumen del libro I de «Ariel», del que hoy nos importa también el V: «Los Estados Unidos como representantes de espíritu utilitario y de la democracia mal entendida. La imitación de su ejemplo; peligros e inconvenientes de esa imitación. Los pueblos no deben renunciar en ningún caso a la originalidad de su carácter para convertirse en imitadores serviles... Aspiración de Estados Unidos a la hegemonía de la civilización contemporánea. Vanidad de esa aspiración. Relación entre los bienes materiales o positivos y los bienes intelectuales y morales. Resumen: la civilización norteamericana no puede servir de tipo o modelo único».



## CURAÇAO, CORAZON

Cuando Ojeda, Vespuccio y compañeros recalaron en la isla hace casi quinientos años encontraron unos huesos tremendos que les hizo imaginar unos habitantes enormes por lo que llamaron a Curaçao Isla de los Gigantes. Hoy, llana y cactácea, los gigantes supuestos se han hecho realidad en las chimeneas que las refinerías lanzan al cielo plomizo para ensuciar el aire del Caribe. Hace calor. Y cuando uno transita por el paisaje insular piensa, como siempre, en las Antillas, que las moradas rurales de tejados rojos a cuatro aguas, deben ser un horno. Son viviendas similares a otras de la misma región, pero muy distintas a las que veremos ya en el corazón de la capital Willemstad. Aquí se alzan edificios pintados con colores que son toda una lección de modernidad, y con unas fachadas-frontones que hemos visto en los Países Bajos, y que trasplantados al trópico resultan tan extraordinarios como el gótico-británico de Jamaica. Salvo esta arquitectura, las banderas, algún letrero (*Niet parkeren*) y los nombres de las calles, nada externamente nos hace suponer que estemos en un territorio holandés. Ni siquiera la «Wilhelmina Konigin der Nederlanden Rostrium» (estatua de la reina Guillermina) que nos contempla desde su pedestal y otros monumentos y placas que miran hacia la bahía logran desterrar ese aire hispano-portugués de Curaçao. La gente es morena, negra, mulata con alguna salpicadura rubia. La gente habla español o papiamento con cadencia lusitana. Los letreros comerciales nos acosan en la Madurostraat u otra calle con sus leyendas hispánicas: «Casa Amarilla», «Dos Vecinos», «Casa la Moda», «El Globo», «El Ideal», «El Nuevo Oriente», «El Pa-

raíso», «Almacenes la Ganga», «Panadería el Gallo Cojo», «Restaurante el Chico o Buena Vista», «Hotel Begonia», «Hotel San Marco»... «Casa Cohen», «Casa Jacobo», «Bon Ton»... La música que dejan escapar las radios es venezolana y las voces de la humanidad tropical-curazoleña nos engaña trayéndonos ramalazos lusitanos: ¿Bo a lubida algo? (¿Ha olvidado algo?).

Idéntica mescolanza se observa en los letreros que hay en los escaparates de las tiendas con objetos orientales, cerámicas o joyas (Aki ta cumpra oro bieuw). Deambular es una delicia en este multicolor, multilingüista y multiracial mundo holandés, negro, venezolano y judío. La sinagoga es arquitectónicamente portuguesa; y el doctor en leyes Da Costa Gómez, mulato, defensor del pueblo, con barbita y chaqueta cruzada, convertido en estatua con cierto aire de Lenin, es también portugués. Judío portugués. Bolívar y Briones estatuarios son hispánicos; y venezolanos son los hombres que andan en comercios, por las calles o vendiendo la variopinta fruta y verdura tropical desde sus barcos. Es un mercado abigarrado, como en Cartagena de Indias, en que los compradores pasean por el muelle y observan y regatean las mercancías traídas de Puerto Cabello en barcos cuyas velas y toldos brindan sombra y hacen del malecón un zoco tropical.

Antiguas casas, testigos de un viejo esplendor naviero, se alzan en la calle Scharlooweg. Algunas familias toman el fresco en el exterior y se abanicán sin mucha energía, como las hermanas Hilda y Bibí Chumaceiro. Son blancas de piel y pelo. De origen sefardita. Son como personajes de una obra teatral inglesa. Atraídos por su amabilidad hemos de entrar en su casa. Y lo que iba a ser una pregunta sobre una dirección y una respuesta se convierte en una agradable tertulia sazónada con whisky y sabrosos comentarios. Viven solas, con algunos criados de color que vislumbramos. Han tenido vinculaciones con Cuba y conocen a Sevilla cuya Macarena no olvidan. Sabemos de sus vidas; comentamos la novelística de Uslar Pietri; hablamos de economía, sociedad y política local. Criticamos la tensión racial desatada desde hace pocos años, el papel de los holandeses y el posible futuro de Curaçao-Aruba («Venezuela debe mantenerse alerta ante el destino de Curaçao», dijo el presidente Caldera). De examinadas pasan a examinadoras,

y las hermanas Chumaceiro, que no imaginaban una tarde de conversación con una ecuatoriana, un húngaro y un español, se esmeran y disfrutan hondamente al igual que sus inesperados visitantes.

La tarde caribeña se viene rápida sobre el barrio «Scharloo» y no queremos, ni conviene, divagar con la oscuridad. Hemos de saludar en la catedral a un padre dominico conocido. Queda atrás el adiós dulce y antiguo de las hermanas Chumaceiro, que vuelven a sentarse en sus mecedoras de la sala de estar y comedor amparadas en un mundo de otra época (muebles, cornucopias, cerámicas, fotos, un cuadro con un molino) donde sólo irrumpe la modernidad de la televisión y el colorido de una espléndida adelfa que hay en el fondo del patio y que ellas llaman «France Bloen».

El amigo dominico no está. A cambio, disfrutamos de una boda entre una mulatita y un muchacho de tez blanca. El cortejo de señoritas va todo vestido de verde. Hay «smokings» con señales de ser aquilados apretando cuerpos negros y mulatos. El cura holandés habla en papiamento y los novios sonrían blancamente ante el acoso de los fotógrafos y de los amigos. Otro pigmento, otra sociología, llena el hotel Intercontinental Curaçao anexo a las murallas desde donde se divisa una nocturna panorámica ideal sobre la bahía de Santa Ana y el famoso puente de barcas. El hotel carece de personalidad. Su interior lo mismo está en Miami, en Panamá o en Puerto Rico. Norteamericanos ociosos llenan el «drug store», «book Shop», «Barber Shop», oficinas de «exchange» y «rent car» y el salón de juego, estropeado con las luminosas y escandalosas máquinas tragaperras, ante las que se alinean los clientes embobados como en un muro de lamentaciones.

Nada de este barullo y ruido tiene que ver con la gente que hemos visto en la iglesia. Los del hotel, extranjeros invasores, y los de la iglesia, nativos estantes, mezclados todos originan la estampa heterogénea de las calles en sus horas activas. Pero en la dulcedumbre mañanera, las callejas de Willemstad están casi desiertas porque los turistas duermen su borrachera o cansancio y sólo unos nativos se encaminan a sus labores diarias.

El puente «Emma bruig» (de barcas) se desliza suavemente como una puerta, y sigilosamente entra el trasatlántico italiano «Enrico C» y el «Queen Ana María» de bandera griega. Algunos pasajeros, aún adormilados, se asoman a la borda para ver las fachadas holandesas de las casas y hacerse la ilusión que están en Amsterdam. Unos «boy-scouts» negritos con ropa caqui, verde y roja, se concentran y saludan a los gigantes del mar que casi se pueden tocar con la mano. Cerca de ellos un indicador de rutas, orgullosamente enhiesto a la misma entrada del puente, semeja señalar el tráfico de tierra y mar. Los barcos han pasado silenciosamente; el puente se cierra silenciosamente y el poste indicador sigue silenciosamente indicándonos: *Otrabanda* 0,4, *Westpunt* 41, *Caravasbaai* 10, *Río Canario* 8... Curação fue de España hasta 1634.

CAMINOS VIAJEROS

## COLON Y DON QUIJOTE ASTRONAUTA

La proeza técnica y humana de los científicos norteamericanos llegando a la Luna ha permitido, una vez más, resucitar a Cristóbal Colón, cuyos restos se discuten dónde están. No han faltado comparaciones de la gesta hispana con la proeza norteamericana. Nuevos Colón y nuevos Pinzón y Niños han saltado a las primeras páginas de todas las revistas del mundo.

Hay muchas diferencias entre los navegantes de finales del siglo xv y los astronautas de mediados del siglo xx. Colón y quienes les acompañaron fueron los Von Braun, los Armstrong, etcétera, de entonces. Autores y realizadores del «plan Indias». Un plan apoyado en errores que sólo pretendía alcanzar un camino nuevo y más corto —a levante por poniente— hacia la India gangética, y que, inesperadamente, proporcionó el hallazgo de un continente desconocido. Algo así como si los astronautas actuales en su carrera hacia Marte encontraron, de pronto, un insospechado y habitado planeta. Habría que reestructurar todas las concepciones geográficas imperantes. Tal como sucedió en 1492. Los hombres del 12 de Octubre fueron, insistimos, autores del plan —navegar hacia el Oeste para llegar al Este por una vía más corta— y directores de las máquinas —nao y carabelas—, a bordo de las cuales realizaron su aventura en total desconexión con el mundo que dejaban atrás, y sin saber cómo era —o imaginándolo falsamente— el mundo que iban a encontrar. Los hombres de la Luna no han sido autores del plan y cálculos del viaje, perfectamente montado, ni casi conductores de su nave, sino mera pieza de un plan y unas máquinas que otros hombres idearon y fabricaron, y que, a muchos kilómetros de distancia, otros con-

trolaban y dirigían. Los descubridores de América construyeron sus barcos, los dirigieron, actuaron desde su voluntad haciendo realidad propios proyectos, y dejaron un relato bello y expresivo de su proeza. No faltó el humanismo. Todo esto ha estado ausente en los hombres de la Luna, meras piezas de un mecanismo. Sólo cabe comparación en el valor. Un valor humano, con miedo, en los marinos descubridores; un valor frío, científico, en los astronautas. Un valor apoyado en Dios y en las advocaciones de entonces (Guadalupe, la Cinta, Santa Clara de Moguer), de los descubridores; un valor apoyado en la NASA, Houston y en la fe en las máquinas, de los astronautas.

La lejanía de los siglos nos permite hoy valorar con acierto la trascendencia del viaje de 1492 y los que le siguieron en años sucesivos. Nace entonces el capitalismo y la Edad Moderna; los centros comerciales pasan del Mediterráneo al Atlántico..., etc. La falta de perspectiva nos impide aún apreciar con exactitud las consecuencias de los actuales viajes espaciales, que bien pudieran semejarse a aquellos otros de la antigüedad, siglos XII, XIII y XIV, que permitieron a fenicios, griegos, romanos, genoveses, mallorquines, lusitanos y castellanos presentir y tantear algo que los marinos del XIV y XV debelarían totalmente. Puede ser el arribo actual a la Luna como la llegada a los archipiélagos atlánticos. ¿Por qué no? Uno de esos archipiélagos, el de las Islas Canarias, fue la última base en la proyección colombina, y hoy es base de observación en los lanzamientos espaciales.

Los hispanos en esta era de indagación del Cosmo deben ser algo más que espectadores. Porque en las exploraciones espaciales hemos tenido nuestra parte activa, no faltando, como en tantas cosas (submarino, helicóptero) un precedente español. Quien no lo crea que vaya al Quijote. En esta obra hay un no sé que de concepción geográfica colombina cuando la Dolorida manifiesta que «desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más o menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete.» Candaya nos trae recuerdos del Catay, y esas 3.227 leguas, ni una más ni una menos, son hermanas de las tajantes 750 leguas que un genovés, situado en el extremo conocido de ellas, y siendo tan

sólo un Cristóbal Colón cualquiera, fijaba como separación de otro extremo donde, si se situaba, pasaba a convertirse en Almirante de la Mar Océana. Cristóbal Colón en el punto cero, y don Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Océana, en la legua 750. Todo sin previo ascenso escalafonal, tan sólo a base de recorrer la distancia... y encontrar algo, claro...

En la historia de las 3.227 leguas del Quijote, según sabemos, andaba por medio el sabio Merlín, una especie de Von Braun de entonces, que había construido el proyectil espacial de la época: un caballo de madera sin más mando complicado que una clavija.

Colón abrió una etapa de la historia de los descubrimientos geográficos, que se está cerrando en nuestros días con las conquistas espaciales, pero que ya «Clavileño» predudió como un antecedente. También Colón tuvo los suyos. No lo olvidemos. Y, repetimos, este instante de astronautas diversos, contó con unos predecesores como el gran Pierres, el Gagarin de aquellos instantes, que montado en el bólido (Clavileño), obra de Merlín, dejó «embobados a cuantos desde la tierra le miraban». El proyectil-caballo merliniano era como los modernos «Caravelles» en cuanto a estabilidad, pues su piloto podía llevar «una taza de agua sin que se le derramase gota». Mucho más seguro y cómodo que las modernas cápsulas. Y aunque fuera un caballo, o nombre de tal tuviese, no hay que ponerlo en la línea o familia de los Pegaso, Bucéfalo, Brilladoro, Bayarte, Frontino y etc., que cita la historia de los équidos famosos. Nuestro «Clavileño» pertenece a la familia de los proyectiles Atlas o Apolo. Y el jinete que lo montó no es un caballero cualquiera, sino el primer astronauta, el astronauta español que, como los de hoy, tuvo que aguardar el momento propicio para partir y sentir «que la tar-danza fatigaba ya».

Sin duda han sido muchos los Sanchos que en este minuto de la historia han dudado espiritualmente, e internamente se han negado a subir con los astronautas a bordo, porque han temido perder su ínsula. Pero creo que han sido más los Quijotes que, como nuestro primer astronauta, «sin más altercar» han subido al bólido y han partido raudos, ganando el espacio, y oyen-

do desde todas las estaciones de control voces como las que los héroes actuales oyeron: «¡Dios te guía, valeroso caballero!»...

«¡Ya váis por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!»

El mundo, empequeñecido a los pies. El infinito, delante, más hermoso que nunca. Tan bello, que daba ganas de quedarse allí. Las nubes, de un color desconocido, recordando las pompas de jabón de la infancia. Porque ante tanta grandeza, el hombre empequeñece y se hace niño. Como niño se hizo Sancho al ver la constelación de «Las Cabrillas» y evocó su infancia de cabrerillo y volvió a desear jugar con los trotones animales. Y lo hizo. Porque aquel bólido era más perfecto que los actuales; aquél se paraba mientras Sancho jugaba en un prado del cielo con las cabrillas.

Todo viaje, para ser viaje, necesita un final. Tenía final aquellas 750 leguas de 1492, y lo tuvo el de nuestro primer astronauta. Los astronautas actuales ponen en juego unos cohetes para retornar a la Tierra, igual que nuestro astronauta. Pero mientras ahora se cae en el amoroso mar, Don Quijote de la Mancha, que tal es el nombre del primer astronauta español, caía «en el suelo medio chamuscado», por obra también de unos cohetes. Más, para uno y para otros, para Colón, don Quijote y Armstrong, el mismo premio al final dado por todos los hombres del mundo, el pergamino airoso pendiente de la lanza clavada en este pequeño mundo. Y en el pergamino, con letras de oro, esta leyenda:

«El ínclito Caballero don Quijote Colón Armstrong feneció y acabó la aventura... con sólo intentarla».

## DESCUBRIENDO ISLAS: TABARCA

Todos los hombres, desde Ulises a Don Quijote, han soñado con islas. Los griegos fueron los primeros soñadores porque para algo habían nacido entre islas. Y por eso, puestos a inventar una concepción del mundo, lo idearon como una gran ínsula rodeada por el mar Océano. Cuando su mundo insular les fue estrecho, la diáspora navegadora y poético-filosófica helénica se proyectó sobre otras islas que se situaron hacia donde se esconde el sol cada día. El atardecer, el ocaso, el crepúsculo, es como un símbolo o representación diaria que la naturaleza nos hace de una etapa de nuestra vida y por eso el hombre siempre mira sugestionado hacia él dejando ir fácilmente a su imaginación para situar hacia aquel rumbo un paraíso, una tierra de bienaventuranza, donde prolongar la existencia. Las Islas de los Bienaventurados, las Islas Hespérides, constituyeron en la antigüedad ese hábitat feliz que Homero, Hesíodo y otros cantaron y que Platón eternizó con su Atlántida. Fue el mundo feliz de entonces, buscado y no hallado como lo fue la Utopía de Campanella y Tomás Moro más tarde, o el mundo feliz de Aldous Huxley de nuestro tiempo.

De aquellas islas del Egeo griego, base de esta fantasía poético-filosófico-geográfica, una, cansada de vivir gregariamente —en archipiélago, quiero decir —se separó un día de sus compañeras y se echó a navegar hacia el oeste, siguiendo el caminar del sol. Iba hacia el océano, en busca de sus hermanas felices. Atraídas por ellas como si fueran gemelas de la isla Magnética de Ibn Batuta y errante como la San Borondón medieval llegó hasta las



costas de Alicante cuyo clima le pareció de bienaventuranza. Engañada y cansada ancló frente a Santa Pola. Y allí quedó varada, a medio camino aún de su destino.

Ajenos a la leyenda de su historia, piratas berbericos la convirtieron en su morada y fue molesta plataforma para ataques al continente. Nadie sabía su nombre que se había quedado prendido o disuelto en las aguas del Egeo. Pero bautizar o poner motes es cosa fácil en las tierras levantinas, y mientras unos cristianamente la llamaron «Isla de San Pedro y San Pablo», otros la denominaron «Isla Plana». Y así fue envejeciendo como un barco sin latidos. Hasta que la historia marcó la hora de Carlos III, el rey que llegó a todos los rincones de las España construyendo, repoblando y reformando. Fue Carlos III quien la fortificó y defendió con unas murallas, y quien la repobló con genoveses cautivos por el rey de Argel en la isla Tabarka, y quien la bautizó con el nombre de «Nueva Tabarca». Parodi, Chacopino, Ruso y muchos más apellidos españolizados de aquellos genoveses, parientes de aquel inventor de islas que fue Cristóbal Colón, se encargaron desde la época de «el amo» Carlos III en prolongar la historia de la isla de Tabarca, olvidada ya de su progenie helénica. Desde entonces hasta nuestros días.

Nada hay más semejante a una cárcel que una isla, pero los habitantes de Tabarca han procurado liberarse del complejo y herencia lanzándose al mar latino y atlántico que antaño transitaron otros genoveses desveladores de mundos. Pero en la isla el tiempo se ha parado y si bien es cierto que Carlos III fue el rey que hizo, entre otras cosas, las aceras en España y el templo, las fortificaciones y las casas en Tabarca, no ha tenido continuadores en ésta. Porque allí donde no ha mucho se conservaban unas interesantes costumbres religiosas muy especiales, no existe el agua corriente, ni el alcantarillado ni casi la luz. Cosas imprescindibles en este mundo de hoy cuyo afán de confort tal vez se exprese muy bien en las llamadas zonas turísticas, de veraneo o descanso, de las cuales la costa continental frente a Tabarca es un ejemplo.

A la vuelta de la ola, por así decirlo, flota Tabarca con sus murallas leprosas, sus bóvedas y corredores silenciosos, sus casas

derruidas, sus playas vírgenes, sus habitantes sencillos que luchan contra el mar libres de cercas antiguas, pero cercados por la muralla de la indiferencia actual... Tabarca pudiera ser esa isla que también hoy, como antaño, busca el hombre ahíto de ruidos, contaminaciones atmosféricas y explosiones demográficas. En Tabarca es posible a-islar-se, si a ella no llega la plaga de bloques y rascacielos, plausibles expresiones de una arquitectura actual que soluciona problemas espaciales cuando los hay, pero que en ocasiones e innecesariamente destrozan el paisaje y vomitan masas humanas en contados kilómetros que una especulación sobrevaloró, tornando «espesa y municipal» a la sociedad. Si se quisiera, Tabarca pudiera ser esa isla soñada para prolongar la vida. Su descubrimiento en un mar imposible de descubrir puede traerle a sus habitantes lo que se merecen en su marginación indigna. ¿Quién puede hacer esto? Tabarca depende del Ayuntamiento de Alicante. Es un dato a tener en cuenta si nos atrevemos a glosar al dictador mejicano Porfirio Díaz y decir: «Tabarca, tan cerca de Dios y tan lejos de Alicante».

## VALENCIA, HERMANA DE SEVILLA

Estamos en la ermita que se alza en la montañeta de los Santos de la Piedra y vamos «a hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero», porque cuando vemos y vivimos algo interesante sentimos el compromiso, la necesidad de expresarlo. La montañeta es como una Peñíscola en medio de la Albufera. En torno reposa la llanura del arroz con sus miles de cuadros más o menos rutilantes en esta hora del atardecer. Los montes lejanos y el litoral mediterráneo con los pinos del Saler ponen límite al paisaje, cuya luminosidad se apaga a medida que el sol se derrumba. Hombres curvados plantan arroz o cogen anguilas para que alguien, tal vez en «Les Graelles», tome el sabroso «all i pebre»; otros hombres, allá en las compuertas que gradúan la salida y entrada del agua, pescan unas lisas que, insólitamente, lo mismo viven en el agua dulce que en la salada. Todavía más allá de esta «albuhaira» o pequeño mar interior se extiende la huerta del naranjo y pueblos como Liria, Burriana, Villarreal o Godelleta, que cultivan lo extraordinario a su manera. Liria, venerando una pluma del Arcángel San Gabriel; Burriana, codeando su torre con la Eiffel y la del Parlamento Británico en los recuerdos que vende; Villarreal, alineando también a su Pascual Bailón con la Virgen de Lourdes y la de Fátima; y Godelleta, recitando ufana: «Reliquias de Pedro y Pablo —en esta iglesia tenemos—. En Godelleta y en Roma —estas maravillas vemos...».

Cuesta trabajo desprenderse de esta atalaya, de este mirador extraordinario que señorea espejos declinantes donde hom-

bres (arroceros, pescadores y huertanos), animales (patos, anguilas y lisas), plantas (arroz y naranjos), viviendas (casitas y barracas ya en agonía), caminos y canales transidos de barcas planas con velas triangulares, van desapareciendo a medida que el sol, estrangulado por unas nubes, entierra sus postreros estremecimientos en los espejos de la Albufera convertidos en cementerios de luz. En tanto, nacen las luces artificiales de Valencia.

En esta ciudad, convertida al cristianismo diez años antes que Sevilla (1238), se puede vivir una jornada insólita cada jueves del año. Lejos de la Valencia ruidosa y con olor a pólvora y azahar de las Fallas; lejos de la urbe cantada en canción con letra que tal vez no compuso un valenciano; lejos del tópico «sol y naranjas»; lejos del museo de *Ninots*; lejos del también tópico del valenciano áspero; lejos de la Valencia de la paella; lejos de la ciudad y región de Blasco Ibáñez, recibido en olor de multitudes y hoy insólitamente olvidado... y más cercano a la Valencia de Fustel, a la Valencia del «arroz con fresols y nabs», a la Valencia de Jaime I o San Juan de Ribera, uno puede transitar por esta gran urbe gozando de una tradición que corre viva, pero subterránea, al igual que los canales de la Albufera.

A las nueve de la mañana de un día cualquiera, pero lo hacemos en jueves, podemos ver cómo se despierta y monta la inusitada Plaza Redonda, un mercado, zoco o alcaicería circular a cuyos tenderetes accedemos por diversas puertas, como si penetrásemos en una plaza de toros. Es minúscula, pero abigarrada. En torno discurren callejas de aire medieval o moruno, que pueden llamarse «Zapatería de los niños», «Subida del toledano» o «Milagro del Cocadoret». Milagro realizado por San Vicente Ferrer, que, para enterarnos en qué consistió, nos dedicamos a interrogar a los viandantes con un resultado negativo hasta que, por fin, una señora nos explica cuál fue el milagro del pañuelo, obrado en esta ciudad, que insólitamente tiene como patrón de ella a San Vicente Mártir, y como patrón de la región a San Vicente Ferrer. Uno de estos dos Vicentes ha dado su nombre a miles de valencianos, lo mismo que ha prestado el suyo a miles de valencianas la Virgen Desamparados. Así, sin el *de los*, reza el

cartel indicador que nos conduce a su cercana basílica, donde hoy jueves, un gigantesco tapiz de flores apoyado contra la pared testimonia la adoración a la Virgen, en cuyo templo los fieles están oyendo dos misas a la par: una, cara a un gigantesco cuadro, y otra, detrás de éste —en el camerino—, ante la auténtica efigie que baja, como avergonzada y humilde, su rostro moreno y alargado.

A las diez de la mañana, la cita es con el sevillano Juan de Ribera, arzobispo, virrey, capitán general..., en su Real Colegio e Iglesia del Corpus Christi. A esa hora, cada jueves, la ceremonia religiosa es como un día del Corpus y tal como el santo lo ordenó: «Item queremos, que las Completas que se han de decir todos los dichos jueves, se digan con toda pausa, música y solemnidad, como si fuese el mismo día del Corpus Christi, guardando en todo, y por todo la forma que dejamos introducida, y observada» (*Constituciones*. Capilla XXXII, 5). Por que el Patriarca sigue gobernando en su Colegio como Mañara sigue gobernando en la Caridad. Todo el Colegio es extraordinario; sus doce —creo— colegiales, su claustro, su riquísimo archivo, en especial los documentos notariales; su pinacoteca, guardadora de primitivos, Grecos y Divino Morales; su biblioteca, donde se nos antoja ver la «Historia de las Indias» (1552), de López de Gomara, y se comprueba que ha desaparecido...; su sala de mapas, con un Plancius de 1592 que clama por una restauración y mejor conservación; sus azulejos, hermanos de tantos otros sevillanos; su iglesia barroca, desde donde se escapa la tromba musical de un órgano enfurecido que acompaña a la misa, «ofrecimiento de ramos» y la reserva. Toda la liturgia de encender unas velas, todo el sobrecogimiento de las desbordadas notas del órgano, todo el antiguo encanto del latín recitado o cantado, toda la humildad y ritmo de unas genuflexiones, toda la gracia aérea y enervante del incienso gastado con generosidad y toda la intimidad de unos pocos fieles, se conjugan para hacernos casi creer que estamos descubriendo los ritos de una nueva religión. Pero no; son las viejas fórmulas rituales que el sevillano Juan de Ribera dejó implantadas, y desde finales del xvi y principios del xvii se vienen practicando cada jueves. Cuando los sacerdo-

tes hacen el «ofrecimiento», lo deben realizar con doce jarras de plata, llenas de espigas de trigo, símbolo de las doce tribus de Israel y del cambio del sacrificio cruento al incruento. Las jarras —hoy son seis— quedan alineadas sobre el altar. Detrás permanece la custodia con el Santísimo y encima un cuadro de Ribalta representando la última cena. Seguidamente, cuatro de los sacerdotes, con sendos incensarios, despliegan su homenaje, simbolizando de acuerdo con la liturgia celestial del Apocalipsis que la Eucaristía une al Antiguo Testamento con el Cielo. Hay un momento en que el órgano cambia su furia por un delgado hilo de sonidos, en tanto que un sacerdote casi susurrante repite con insistencia y sin inclinarse «Alabado sea el Santísimo Sacramento». Sus compañeros, en cambio, se arrodillan y hacen continuas genuflexiones. Al final, cuando cae una cortinita blanca ocultando la custodia, el órgano vuelve a expresarse triunfal, mientras que los sacerdotes se retiran como vencidos... El viernes, y a la misma hora, otra ceremonia insólita —el canto del Miserere— permite ver cómo el cuadro de Ribalta, de unos 5 por 2,5 metros, desciende y desaparece...

Son ya casi las once de la mañana; dentro de una hora actuará el Tribunal de las Aguas junto a la puerta gótica y catedralicia del Palau. La Catedral ahora mismo ofrece algo difícil de contemplar, algo realmente insólito: la mitad de su interior se exhibe con su arquitectura gótica, descarnada de los adimentos o recubrimientos neoclásicos con que en el XVIII la desfiguraron. La otra mitad sigue con esos añadidos que hábiles artesanos van arrancando cuidadosamente. Pero lo más insólito de la catedral valenciana se encuentra en una capilla gótica, de inmensa bóveda y paredes adornadas con cadenas traídas como botín del puerto de Marsella. Minúsculo en la grandiosidad de la capilla, bajo un chapitel de piedra y dentro de una urna de cristal, se exhibe nada menos que la taza del Santo Cáliz usado por Jesús en su última cena. Varios Papas lo usaron también, y San Lorenzo lo envió a Huesca, de donde, a través de los reyes Martín el Humano (1399) y Juan II de Aragón, llegó a Valencia. Uno se resiste a creerlo. Después de lo de la pluma del arcángel, después de tantos «lignum crucis» y espinas de la corona..., uno,



repito, no se atreve a creer que aquella copa de ágata o cornerina sea donde los labios de Jesús se posaron una noche casi hace dos mil años. ¿Será? Los expertos dicen que es de la época. Oro, perlas y piedras preciosas se han usado para montarla en un pie lujoso, que quizá sea el que a primera vista nos impele a rechazar la autenticidad del cáliz, porque llevamos la idea de una copa humilde, muy humilde, distante también de ese Santo Grial ampuloso de Ricardo Wagner. La emoción no es intensa. Tampoco lo es ante un trozo de la cruz o una espina de la corona puesta a Jesús. ¿Por qué? Si insólitas son las reliquias, más insólitos son nuestros sentimientos encontrados que arrastramos fuera del templo y llevamos hasta disiparlos ante la puerta del Palau, donde extranjeros, campesinos estentóreos en su hablar, chiquillas que mascan chicles y hacen repugnantes globos rosáceos con ellos, parejas de enamorados..., etc., esperan en torno a una verja de hierro pintada de verde, que aísla a ocho sillones marrones de cuero, con clavos y escudo dorado de Valencia, donde se lee «cequia» de Mestalla, Favara, Mislata, Rovella... Llega un viejecito pequeño, con blusón y pañuelo negro al cuello, gorra azul de galones dorados y una especie de lanza-garfio (usada para limpiar las acequias), donde se lee «Tribunal de las Aguas de Valencia». En la cercana «Casa Vestuario» están los síndicos de las ocho acequias tratando ya de los asuntos que van a despachar públicamente y poniéndose su blusa negra. A las doce en punto el viejecito alguacil, que ha limpiado levemente el polvo de los sillones y ha charlado con el público explicándole particularidades del tribunal, ordena abrir paso a éste, que llega y se sienta muy seriamente. En medio el que preside, aún más serio. Son como campesinos de Zuloaga. El alguacil comienza a llamar: «¡Denunciados de la acequia de...!» Cuando comparece alguno lo hace en compañía del guarda que hizo la denuncia y que ahora expone al síndico correspondiente las razones de la acusación. Siempre hablando en valenciano, salvo el demandado que puede expresarse en castellano. El acusado se defiende, pero el trámite es rápido y la sentencia cae sin apelación por boca del presidente. Así desde hace más de mil años. A la sombra de un tímpano gótico donde una virgen se muestra rodeada de siete

ángeles que tocan instrumentos musicales del medievo y donde un octavo exhibe los muñones de sus brazos rotos y silenciosos... Silencio roto, repentinamente, por una «traqueta» cuyo motivo ignoro y que apenas asusta a unas palomas blancas sin duda insólitamente acostumbradas a estas manifestaciones piro-técnicas. Humo y gente se disuelven, y el tribunal, vuelto a la «Casa Vestuario», cambia impresiones mientras que uno de ellos, el más joven, muy amable, accede a explicarme todo lo que de-seo saber.

Como no hay tiempo que perder, la conversación puede pro-seguir en la cercana lonja, con un comerciante, intermediario o huertano. La Lonja de Mercaderes y el Consulado es un edificio gótico flamígero, noble, con airosos ventanales, gárgolas, es-cudos y retorcidas columnas. Se terminó en 1498. Y hemos de suponer que desde entonces todo sucede de manera parecida. Haciendo abstracción de los trajes actuales y de un altavoz que llama a alguien, el ambiente debe reflejar el de siglos pasados cuando la seda era lo que interesaba. Ahora lo que importa son los granos. Hombres que hablan valenciano, de pie o sentados en mesitas que ostenta un nombre, examinan, tratan y contratan diversos cereales cuyas muestras se exhiben. Los viernes, día fuerte, suele pagarse lo comprado en la semana anterior. Es algo insólito esta variante de la mañanera calle Sierpes sevillana, en esta época de computadoras y cibernética.

Al lado de esta gracia arquitectónica gótica y curioso mercado, se alza el barroco templo de San Juan del Mercado o Santos Juanes y el barroquismo o el abigarramiento de gentes y pro-ductos del Mercado Central, cobijado en una arquitectura de torre Eiffel con adornos de cerámica. Algo así como el mercado del Barranco de Sevilla. Tanto el barroco del templo de los Santos Juanes, restaurado, como el del Mercado son ejemplo de la exuberancia de la huerta y los hombres de Valencia. Esa Va-lencia de donde salió, en el siglo XVIII, Juan Bautista Muñoz, el valenciano autor de la primera historia científica de América, y que decidió que la Casa Lonja sevillana sería la sede del único archivo continental que existe en el mundo: el Archivo de In-dias. Y ya que en nuestro paseo y evocación ha surgido América,

queda aún tiempo en la mañana para entrar en el cercano Museo Paleontológico formado con especies americanas que van desde la momia encogida y reducida de un viejo de Tiahuanaco, hasta un gigantesco esqueleto de «*Megatherium Americanum*». Mientras contemplo su descomunal armadura experimento un escalofrío viendo a un hombrecillo enano, visitante como yo, cuya cabeza apenas sobrepasa de mi cintura. ¿Cómo verá al megaterio? ¿Seré yo para él un megaterio o lo que el megaterio es para mí? Dejando atrás al enano, al gigante esqueleto y a la duda, volvemos a salir a la calle y nuevamente palpamos cierto aire rural que evoca a Sevilla. Y es que el campo está muy cerca; la huerta penetra en la ciudad, como la campiña andaluza entra en Sevilla con consecuencias sociales, económicas y culturales evidentes. Hay una indudable hermandad entre ambas ciudades dotadas de un río que ha sido flagelo y que ahora tiene dos cauces. La Albufera y las marismas arroceras establecen una ligazón entre estas poblaciones vigiladas por el Micalet (masculino) y la Torre del Oro (femenino), de notable parentesco; les une su culto a la Virgen; les semeja la rivalidad pueblerina en torno a dos hermandades (Sevilla), o en torno a dos bandas de música (Valencia); les iguala su universalidad dando a Roma dos emperadores (Sevilla) o dos Papas (Valencia). En Sevilla un valenciano creó el Archivo de Indias; en Valencia un sevillano fundó el Colegio del Patriarca donde cada sábado, al igual que en el xvi, se sigue practicando un especial culto a la Virgen de la Antigua, hoy perdido en Sevilla. Ambas ciudades se han visto honradas con una idéntica estatua de Mío Cid Campeador, que en Sevilla se ha reducido a «El Caballo»; con olvido de los donadores y hasta del significado, en tanto que Valencia con mejor memoria ha hecho constar su gratitud en una calle que lleva el nombre del matrimonio donador: los Hutington. En cambio, Sevilla, dueña también de una industria ceramista ancestral, ha sido más generosa a la hora de honrar a sus santas patronas, pues ha dado una calle a Santa Justa y otra a Santa Rufina, mientras que Valencia (Manises) ha preferido mantener unidas las que juntas vivieron y sufrieron cárcel y el martirio.

Dejando atrás Manises, podemos volver de nuevo a la Albu-

fera a seguir charlando, porque tenemos que «hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero». Podemos seguir hablando de Sevilla, «la ciudad más esbelta» como la cantó Miguel Hernández, y de Valencia, donde según el árabe poeta Alguacaxi, hubo «Siempre nobleza et alegría solar en que todos los moros folgaban et avian placer».

## VELARDE... Y DAOIZ

En la Historia Universal y en la de España hay una serie de nombres que siempre van hermanados a otro. El simple enunciado de uno arrastra al otro: Héctor y Aquiles, César y Pompeyo... Don Quijote y Sancho, Jorje Juan y Antonio de Ulloa, Barberán y Collar, Daoiz y Velarde... Luis Daoiz, un sevillano, y Pedro Velarde, un santanderino. Enunciados siempre en este orden por una más fácil pronunciación, pero siendo Velarde el primero en haber caído en el goyesco Madrid de 1808. Los dos héroes nacieron en los extremos de la Patria y se citaron en su centro para alcanzar la muerte y la gloria. Juntos siguen reposando en ese centro político del país, en tanto que sus estatuas se alzan en Santander y Sevilla en dos gestos muy diferentes, pues mientras el sevillano Daoiz se yergue apaciblemente, el santanderino Velarde se alza en son bélico. Pero este son beligerante se disuelve en su casona —la casa donde nació—, perfectamente conservada en Muriedas y convertida en Museo Etnográfico. No podemos decir lo mismo de la casa de Daoiz, de la cual muchos ni siquiera saben dónde estuvo. Sí, *estuvo*, y no creo que haya pasado mucho tiempo de ello.

Cuando andamos de un lado a otro vamos cargando el alma de paisajes. Paisajes que se retratan en nuestra retina, pero en ella mueren tan pronto cerramos los ojos o nos alejamos. Pero pueden quedar en el alma, que se va enriqueciendo con ellos. Eso, en parte, es también nuestra vida: un continuo ir recibiendo sensaciones que enriquecen a nuestra personalidad. El paisaje del Sur peninsular que llena casi por completo nuestra alma

queda ahora mismo lejano. Es un paisaje ya agostado por un verano sentenciado de otoño, al contrario de este otro paisaje norteño de un verde que nunca se despinta. Un verde donde montañas, ríos, praderas, casas de tejas rojas y mansas vacas nos reconfortan blanda y húmedamente; con la misma blandura y humedad de unos ojos vacunos. Sobre el entramado verde de la orografía el caserío de la Montaña se sitúa disperso, concentrado o relajado. Sus casas, que a partir del siglo xvi comienzan a tener dos pisos, exhiben al exterior un balcón corrido de madera (solana), cuya filiación con los famosos balcones canarios llevados al Nuevo Mundo es indudable. Verdes muchos de ellos, de madera que en el xvii puede ser sustituida por el hierro, estos balcones del norte peninsular son hermanos de los que vemos en Vegueta (Las Palmas), Tenerife, La Palma, Lanzarote, San Juan de Puerto Rico o Cartagena de Indias. La casa donde nació el artillero Pedro Velarde no tiene balconada, pero por seguir hablando de América podemos indicar que en su jardín se alza una capilla —traída como muestra etnográfica para el Museo— que bien puede ser una capilla-posa mejicana. Y aquí acaba toda relación con el Nuevo Mundo, porque el resto del edificio, dignamente conservado, responde a la tradicional casa de piedra y madera adornada con gran escudo. Un fondo musical *ad hoc* acompaña al visitante, que puede contemplar muestras de la evolución histórica de la provincia y ejemplares de su cultura popular. Del héroe del Dos de Mayo son pocas las cosas que se conservan, y algunas son reproducciones de originales guardados en el Museo del Ejército. Mas no importa; ahí está la casa de Velarde, mimada por la Diputación Provincial santanderina, que ha sabido darle un positivo destino, en tanto que otras casas de héroes similares desaparecieron por ignorancia, dejadez o incuria. Pensamos en esto mientras repasamos un libro que fue de Pedro Velarde y que se titula: «Regimiento 1.º y 2.º del Real Cuerpo de Artillería para los dominios de Indias y Canarias» (Madrid, 1808). Con él una reproducción de la cama donde nació, su uniforme, su espada, un grabado con el solemne traslado de los cuerpos de los héroes a San Isidro el Real, pieles de osos, cerámica de Talavera y Triana, el escudo familiar... Maravilla la

devoción que el héroe demuestra una capital, que, con sus 150.000 habitantes, ofrece en actividades culturales, comercio, cosmopolitismo, vida universitaria, etc., algo que otras ciudades con mucha más población son incapaces de mostrar. Sin embargo, el ruralismo de la provincia prima por doquier. Su paisaje huele a hierba, y también a humo de chimeneas. Y es que no hay que olvidar que aquí en Santander, se hunde la cueva de Altamira con unas de las más sorprendentes y arcaicas pinturas que el hombre ha trazado y se eleva la Torre del Merino (Santillana) a pocos metros de distancia en la que se exhiben pinturas de los artistas españoles de última hora, donde no podía faltar el grancanario Manolo Millares, que acaba de morir.

No sé quién nos llevó a Santillana del Mar a ver pinturas viejas y nuevas, o a contemplar pornográficos e indecentes capiteles de una colegiata singular, o a deambular por las callejas que siguen como en la época de la serranilla del marqués. Tampoco sé quién nos llevó a Muriedas a ver la casona-museo de Velarde. Y menos quién nos condujo a San Vicente de la Barquera y Comillas, lugares todos donde vamos encontrando piezas sueltas de ese gran paisaje canario-andaluz que llena nuestra vida.

En San Vicente de la Barquera, por encima de una ría levemente rizada, cruzada por un puente de más de veinticinco ojos muy abiertos, donde se posan barcos rojos, azules, blancos, verdes, de todos los colores, y donde las gaviotas pasean civilizadamente por un banco de arena, se alzan los clásicos soportales, los balcones verdes y una iglesia en la que, recostado, leyendo un libro y con un perro a sus pies, como el Doncel de Sigüenza, nos espera el inquisidor Antonio de Corro, muerto en 1556 en Sevilla, a cuya Catedral dejó diez escudos de oro y otros más a la capilla de Nuestra Señora de la Antigua. Otros cien ducados los dedicó al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, la extremeña, la que el cronista Luis Peraza indica que es el origen de la mejicana. Inevitablemente la relación tenemos que establecerla entre las cosas que nos preocupan, en tanto que el inquisidor Corro, que ya no causa pavor a nadie, lejos de la Sevilla que le vio ejercer su cargo, se recuesta renacentístamente por obra, al parecer, de Juan Bautista Vázquez. Es una opinión de

alguien que transcribió la cartela del mausoleo. Pero si Juan Bautista Vázquez no fue el autor de esta estatua yacente, sí que fue Martínez Montañés, Alonso Cano, Ruiz Gijón, etc., los que manejan la gubia para crear parte de la riqueza iconográfica que se conserva en el palacio del marqués de Comillas. Puede causarnos sorpresa saber que un inmenso frontal de plata de la Colegiata de Santillana del Mar y grandes platos son de origen mejicano, pero más sorpresa nos causa un San Lorenzo de Torrigiano, una Dolorosa de Leoni, un San Pedro de Alcántara de Mena, un Santo Domingo de Guzmán de Salzillo, una Dolorosa y un *Ecce Homo* de Ruiz Gijón, un San Ignacio de Alonso Cano... y un San Estanislao de Kostka, un San Juan Evangelista, un San Juan Bautista y otro santo más que no recuerdo de Martínez Montañés. Es asombrosa esta presencia extraordinaria en un palacio donde también hay cosas de Filipinas que huelen a tabacos de una Compañía vieja y a aires marinos de una Compañía Traslántica, surcadora de rumbos oceánicos por obra de un marqués de Comillas. Un marqués que al lado de este palacio de dudoso gótico hizo que Gaudí levantara un palacete llamado «El Capricho» y allí en frente dio terrenos a la Compañía de Jesús para que construyera su famosa Universidad Pontificia, un tanto tétrica en esta hora vespertina. Tétrica por la hora, por cierto aire de abandono y soledad, por cierto olor a mausoleo con tantos retratos de obispos, arzobispos o cardenales... No sé quién es cada uno, pero sí que allí se formaron, demostración del poder espiritual que ha tenido la Universidad Pontificia de Comillas antaño. Involuntariamente recordamos a Pérez de Ayala y su novela «A.M.D.G.», que a su vez nos traslada al Puerto de Santa María y a la prosa de Rafael Alberti en su «Arboleda perdida»... Cuando está ya acabando la noche son muchos los personajes que nos acompañan: el hombre de Altamira, el artillero Pedro Velarde, el inquisidor Corro, el marqués de Comillas, Ignacio de Loyola... El paisaje blando y muelle se ha complicado y huimos de él.

## VIENTO DEL ESTE

Una vez más la patria se ha quedado atrás geográficamente, en la memoria y sensaciones. Nuestra avidez ocular e intelectual se ha volcado ahora sobre la Europa del Este. Libando, como una abeja, hemos ido de Praga a Varsovia, de la capital polaca a Moscú, de la actual capital mascovita a la antigua San Petersburgo, hoy Leningrado; vuelta a la ciudad del Kremlin y regreso a la patria vía Budapest. Praga, sin primavera, algo triste y oscura, nos recibió luciendo aún las heridas de la metralla en el rostro del Museo Nacional, vigilante de la famosa Plaza de San Wenceslao, donde el monumento a éste domina la pendiente urbana de la «plaza», por la que discurre una gran multitud de gente socializada, en la que no faltan melencidos y *hippies*, y se contempla pornografía en publicaciones y espectáculos que sorprenden a quien tiene una idea de severidad y rigidez de los países socialistas. Y es para extrañar, porque es el único de ellos donde esto se aprecia. Praga, afectada de una igualdad monótona y vulgar en escaparates y atuendos; Praga, paralizada en algo —¿ocupación rusa, que no se advierte, pero que se sabe?—; Praga, bella en su barroco jesuítico y en su Plaza Mayor transida de Edad Media; Praga, inolvidable en su barrio antiguo, al otro lado del río, coronado por el castillo; Praga, corroída por un tremendo mercado negro; Praga, con un río donde puentes, torres y palacios se miran asombrados, preguntándose si la ciudad ha sido alguna vez capital centroeuropea, espejo de Roma en sus basílicas y de Viena o París en sus palacios...

Apenas a una hora de distancia en avión se extiende Varsovia, amplia y llana, con un río que no hace las veces de espejo,

pero que es un río-río, y no un estanque. Su limpieza, su aire europeo, occidental, sus generosas avenidas y espacios abiertos o parques llaman la atención. Una atención que se multiplica al saber que todo es nuevo, que la voluntad de unos hombres ha sido capaz de rehacer por completo la ciudad, destrozada por designio de un telegrama fatídico: «Hay que destruir Varsovia». Inmensos parques —como en todo el Este— son el tatuaje y los pulmones de una urbe liberada de la especulación del suelo. Una ciudad más alegre, más limpia, más a la moda de Occidente (coches y trajes), más luminosa espiritualmente que Praga, donde curas y monjas circulan por las calles o actúan en las iglesias llenas de gentes oyendo misa en latín y de espaldas. No se ven colas, aunque no falta el mercado negro de divisas, que, con la Casa de la Cultura, ejemplo de colosalismo arquitectónico ruso de los años 50, nos dice que algo extraño afecta al ser polaco. También nos lo proclama el retumbante sonar del paso de ganso de tres militares (como en el mausoleo de Lenin, en la Plaza Roja de Moscú), que pasan frente a nuestro hotel y se dirigen a hacer el relevo de guardia en el monumento al soldado desconocido. Un monumento decorado con nombres de batallas famosas, donde no faltan Madrid, Guadalajara y el Ebro... El corazón de Chopin en la iglesia de la Santa Cruz, y la vieja Varsovia, perfectamente reedificada, con una plaza que evoca a la de Bruselas, nos dicen adiós y se quedan atrás.

Cada vez más nos adentramos hacia donde nace el sol, como Marco Polo, el Colón de Asia. Pero con una o varias diferencias: que Marco Polo vivió muchos años en la clausurada China del siglo XIII, para escribir luego un libro que sus contemporáneos estimaron fantástico, y nosotros, tras una superficial visita, nos atrevemos a escribir unos artículos —y hasta un libro— que tal vez pretenden ser dogmáticos o definitorios, sin caer en la cuenta que para calar en el alma y ser de un pueblo es necesario conocer su historia; es preciso vivir años en él, identificarse con él. Inútil teorizar o intentar definirlo basándose en experiencias turísticas, en conversaciones con guías adoctrinados y en vivencias negativas en hoteles donde sólo habitan extranjeros.

Hemos llegado a Moscú, a Rusia, una de las tantas repúblicas de la URSS. Un pueblo que inició hace cincuenta años una gran revolución económica y social, que ha sufrido varias guerras, con pérdidas de muchos millones de hombres, que alberga un conjunto de repúblicas muy distintas entre sí, no puede ser explicado mediante un transitar limitado en espacio y tiempo. Ni Moscú ni Leningrado son Rusia, y Rusia no es la URSS. Esta está constituida por muchas repúblicas federadas (que se pueden independizar) y autónomas (no se pueden independizar, por ser su población minoritaria), con más de un centenar de lenguas. La URSS es un continente que hemos entrevisto por el agujero de la llave, palpando a veces fallos del sistema, pero sin dejar de considerar el pasado socio-económico del país y algunos logros positivos, entre los que está uno clave: el haber servido de catalizador para que, por temor o por lo que sea, se hagan cambios en otros países.

Un turista puede apreciar de inmediato que faltan periódicos occidentales; que hay más camiones que coches, y éstos son viejos; que hay colas hasta para tomar café o entrar en un restaurante; que las calles están muy limpias; que no hay propiedad privada; que falta el estímulo en los empleados, al ser el negocio del Estado; que los escaparates son la entronización del mal gusto; que el servicio de taxis es malo; que los transportes colectivos son muy buenos; que no hay cobradores en tales servicios, pues el público mismo paga, toma el ticket y lo inutiliza; que el servicio en los hoteles es deficiente; que no se percibe refinamiento o artesanía en las obras; que sólo funciona una iglesia católica; que el sentimiento religioso está latente, aunque sólo personas viejas frecuentan los templos ortodoxos; que los museos están llenos de gente del pueblo; que hay muchas librerías y pocos bares; que los libros y discos son muy baratos; que un catedrático gana cuatrocientos cincuenta rublos, un chófer doscientos y un camarero ciento veinte (el rublo vale un poco más que el dólar); que unos zapatos cuestan dos mil ochocientas pesetas y un kilo de tomates cincuenta; que la enseñanza y los libros para ella son gratis, estando los alumnos obligados a devolver los textos para que los usen otros o a pagar su importe si los han destrozado;

que todo el mundo trabaja, existiendo un llamado «Tribunal de Camaradería», que, entre otras cosas, puede castigar al vago con la deportación y el trabajo forzoso; que las casas son todas más o menos iguales, sin alardes de lujos, y más bien pequeñas; que el alquiler de ellas es mínimo, sirviendo para abonar los gastos generales; que el público se amontona en las tiendas ante unos zapatos italianos o unos trajes o bisutería franceses; que las mujeres llevan casi todas pañuelos a la cabeza; que los tranvías, ascensores, puestos de celadores en museos o camareras en hoteles están ocupados por mujeres; que las mujeres barren las ciudades; que las camareras del hotel desean comprarle las prendas interiores o las gafas a las clientes occidentales; que Leningrado es una de las ciudades más hermosas del mundo; que el Museo Ermitage es único por su contenido; que en los museos no se venden postales ni diapositivas con reproducciones; que en el Museo Pusckin de Moscú hay un Niño Jesús de Zurbarán y una cabeza de monja muerta de Goya, dignos de un robo; que los famosos almacenes Goum, frente al Kremlin, en la misma Plaza Roja, es lo más parecido que hay al Gran Bazar de Estambul; que la Plaza Roja recibe su nombre por el color de los muros, y no por razones políticas; que la Catedral de San Basilio y las situadas dentro de los muros del Kremlin son sendas joyas arquitectónicas; que el tesoro del Kremlin es algo de las Mil y una Noches... Todo esto, y más cosas, son ciertas, pero no dicen nada. O dicen mucho. Aquí se ha logrado implantar, no cabe duda, un igualitarismo que tal vez ha logrado desterrar la envidia. Aquí se ha logrado generalizar la enseñanza y cubrirles a todos el mínimo de sus necesidades (habitación, trabajo y comida). No se percibe aparato policíaco. Sin embargo, hay un severo control y la movilidad dentro del mismo país no es fácil. Un país que acaba de ser abierto al turista, como cuando los frailes franciscanos del XIII y los comerciantes italianos abrieron China a la curiosidad europea, no está preparado para ser país de turistas; de ahí que las «Recepciones» de los hoteles no se hablan lenguas occidentales, sean pocos los albergues para extranjeros, el servicio nos parezca maleducado y se llegue al colmo de que en un hotel con tres mil camas sólo funcionen dos de los

seis ascensores... Y algo que sorprende, y ahora el Estado ya lo reconoce y se hace eco la prensa: hay problema de alcoholismo, se ven borrachos por las calles. También la reforma de la enseñanza, con las famosas carreras de tres años, se está discutiendo ahora.

Por no sé qué razón —deficiencias hoteleras, aplastante urbanismo, monotonía reinante, prejuicios—, al final deseamos irnos. Nos sentimos como oprimidos, incómodos. Llegar a Budapest, no ver colas; contemplar cafés con terrazas; ver la multitud variopinta llenando las calles, infringiendo las normas del tráfico; poder entrar en un restaurante y ser atendido por camareros amables; leer un periódico occidental; deleitarse mirando escaparates con cosas bellas, ver mujeres hermosas en minifaldas, etc., es como liberarse de algo. ¿De qué? Es como respirar profundamente. Se vuelve a ser romántico y se deja que los ensueños se los lleve el Danubio, saturado de viejos refinamientos y revuelto con violines que suenan por doquier —para turistas, por supuesto—, haciendo agradable la vida. Hungría es un país socialista; no falta la estrella roja en los edificios públicos, pero es otra cosa. Como otra cosa es Polonia. Aquí hemos de decirle adiós al Este —menos Este—, a orillas de un Danubio nada azul, donde quieren reflejarse el gótico del Parlamento, mimético del británico; el clásico de la Catedral de San Esteban, mimética de San Pedro de Roma y San Pablo de Londres; el Palacio Real, huérfano de monarquías y valsés; el Bastión de los Pescadores, con una vista sobre Buda y sobre Pest irrepetible; la Plaza de los Héroeos, con los reyes húngaros, contén de la horda asiática antaño; el Museo de Bellas Artes, con Grecos, Velázquez, Ribera, etc., y el monumento a la victoria, agresivo y hostil, alzado por los rusos en el promontorio o colina más alta como un símbolo de dominio... Budapest también se queda atrás y la Isla de Margarita parece que se la lleva el Danubio sin tener que sufrir ese triple control de pasaportes que experimenta quien se va. Porque Hungría es una jaula de oro.

Cuando lejos, en Zurich o Milán, subimos a un avión de Iberia, nos encontramos más cómodos y felices. Ya estamos en la patria. La azafata gentil nos trae la prensa nacional, con unas noticias y un olor de tinta que parecen diferentes. Con placer lee-

mos: le roban el reloj a un bombero, Portugal deja de importar muñecas de Alicante, alarmante subida de precios en Burgos, sueñan las campanas de la Giralda por culpa de los ratones... No cabe duda, hemos llegado a España, donde, como decía don Juan Valera en el siglo pasado, no pasa nunca nada. Ni siquiera el avión se mueve con ese trepidar molesto de los reactores rusos... Dormitamos.



## DESDE ALEMANIA, SIN AMOR

Las tierras de Westfalia han quedado al Norte y con ellas parte de la historia de España: Rheda, con un castillo sin príncipe, desahuciado por los tiempos y obligado a alquilarlo a la novísima Universidad de Bielefeld; Wiedenbrück, con unas casas del siglo xvi tatuadas de hermosas leyendas en latín; Münster, bella, nostálgica y medieval, cargada de melancolía para un español que evoca allí el fin de la Guerra de los Treinta Años y el principio de la decadencia española por obra de unos políticos dotados de «visión mesetil», que diría mi compañero y amigo V. Palacio Atard. Pero, repito, todo ha quedado atrás, hasta el insólito tanque británico que apareció por una calleja medieval recordándonos otra guerra de hace veinticinco años. Y al quedar atrás este escenario nos hemos trasladado rápidamente, mediante una autopista que nos hace sonreír pensando en nuestros modestos trozos de tales o sonrojar recordando el itinerario de baches que llevan de Sevilla a Huelva. Mas no critiquemos, porque, como decía Gracián, «afuera son mejores los españoles».

La nueva zona que nos acoge es la trepidante, moderna e industrial de Colonia y Düsseldorf, donde miles y miles de españoles descendientes de aquellos súbditos que un emperador de Alemania y de las Españas paseó por todos los caminos de Europa encuadrados en tercios insolentemente triunfantes son hoy músculos de fábricas, alineados junto a turcos, griegos e italianos, muy alejados de aquellos otros hombres que todo lo toleraban y «sólo no toleraban que les hablaran alto».

Vamos a reunirnos con un grupo de ellos, que en la «misión española» oirán la misa dominical. Los quioscos callejeros van

deshojando ante nuestros atónitos ojos títulos e ilustraciones de revistas que se llaman «Konkret», «Adam und Eva», «Sexy», «Er», «Sex Palette», «Frigor», «Pardom», «Woche Ende» («Fin de Semana»), «St. Pauli Nachrichten» («Noticias de San Pablo»), «St. Pauli Zeitung»... San Pablo es el barrio de la prostitución de Hamburgo, muy famoso en esta Europa pujante económicamente, pero frustrada. Porque frustración del hombre —de algunos hombres— significa toda esta literatura de venta libre, mientras el Gobierno discute si se tolera o no la pornografía. Literatura llena de horripilantes anuncios y propuestas irrepetibles o nauseabundas hasta en una conversación íntima de amigos. Semeja que todo se quiere prostituir y no respetar: al hombre, imagen de Dios, tratándola bestialmente; al niño, en esa televisión de desnudos descontrolada y en esos «poster» donde los Siete Enanitos o el Príncipe Encantado violan a Blanca Nieves o a la Cenicienta; a la religión católica, en ese otro «poster» de Pablo VI con cara demoníaca enarbolando una píldora...

La misa en la «misión española» puede ser un sedante o lenitivo para este asco y tristeza que sentimos al pasear nuestro asombro por unas calles bellas, salpicadas de lujosos escaparates, limpias al máximo de basura física, adornadas con inmensos macetones de flores multicolores y extrañas. El sacerdote es joven. El sacerdote deja ver por el hueco de la casulla un jersey de cuello alto de color azul que hace juego con el color de sus ojos; es como un símbolo —casulla y jersey— del tránsito o crisis que vivimos. El sacerdote se apoya con un codo en el atril al hablar. El sacerdote se dirige a los fieles llamándoles «mis queridos amigos». El sacerdote dice que no importa que Cristo no haya resucitado físicamente, que lo que importa es su resurrección espiritual... El sacerdote dice simplemente: «Recemos ahora juntos la oración del Padrenuestro.» El sacerdote habla y actúa campechanamente, no hay «misterio», no hay «liturgia». El sacerdote habla de Pablo y Pedro, robándoles el «San», y no creo que lo haga por lo de la revista citada. El sacerdote termina rápido, poniéndose su chaqueta y convirtiéndose en uno más. Todos salen dejando en las gradas del altar un hermoso cirio pascual y cuatro espléndidos tulipanes. Yo también me voy con algunos

de los fieles emigrados españoles, que nada tienen que ver con ramplonas, vulgares y taquilleras películas hechas sobre ellos. Entramos en el «Kolping Haus» y hablamos —está presente una maestra— del problema educacional que presentan los niños españoles en Alemania en los distintos tipos de escuelas que hay y de los recientemente nombrados inspectores de Enseñanza Media que vendrán de España y que pueden eliminar a más de un maestro (piensan) al comprobar que no enseñan, por falta de tiempo, educación política, o por otras razones. Seguimos dejando atrás cosas, personas y escenarios, y por eso voy al «Staedt Kunstmuseum», donde hay una espléndida exposición de grabados de Alberto Durero, y me detengo con delectación en uno titulado «Christus in der vortholle» («La resurrección de Cristo o Cristo en los infiernos»). Está fechado en 1510. ¿Tiene esto algo que ver con los «poster» y revistas entrevistas, con la grandeza española declinante en Westfalia o con el cura español, sus palabras y sus fieles emigrantes descendientes de unos hombres que formaron los tercios de Flandes, que pasearon por Europa una arrogancia y valor proverbial?

## DESDE ITALIA, CON AMOR

El detenido cacheo-registro que el viajero sufre correctamente en los aeropuertos de Düsseldorf y Zurich nada tienen que ver con las ingenuas y alegres cajitas musicales que momentos antes ha contemplado y oído en la «Free Shop» del aeropuerto. Pero sirve para que, repentinamente, se acuerden que Zurich es un aeropuerto peligroso, testigo de espectaculares atentados y secuestros. Y sirve también para explicarse la razón por la cual esta Suiza pacífica, que guarda en su estómago las mayores riquezas o cuentas corrientes del mundo, inventora del reloj de cuco en centenares de años de democracia al decir de un autor, se vea obligada a mantener oscuros «jeeps» cargados de soldados coloridamente camuflados y agresivamente pertrechados en torno a los aviones y en torretas que delimitan el campo, en tanto que la «polizei» se pasea en sus coches de faros giratorios. Contemplando todo esto, el agradable canto de las jaulas con pájaros mecánicos y de las cajitas de músicas enmudecen en nuestro ánimo y oídos, que pronto el ruido de unos poderosos motores invaden, alejan y sitúan sobre los Alpes en cuestión de minutos. No hay ya distancias en kilómetros, sino en dólares. La velocidad se hace cada vez mayor. Apenas tiene uno tiempo de evocar la hazaña de Anibal cruzando los Alpes en elefantes, cuando ya estamos en Milán. Un Milán febril y fabril. La Milán de las novelas policíacas de Scerbanenco, lamentablemente muerto. La Milán de la Scala, del Duomo, de la Ambrosiana, de la Cena de Leonardo da Vinci. La Milán cuyos rótulos callejeros son una lección de cultura digna de imitar: «Via Vitruvio. Arquitecto. Si-

glo I a. C.» Y así aparecen todos los nombres, señalando la profesión (político, patriota, historiador, físico, novelista) y la cronología de la persona honrada. A tomarlo como ejemplo, me digo, pensando en nuestros cementerios de rótulos que casi nadie sabe a quién esconden. Sin remedio hemos de admirar a los italianos por esto y por otras cosas. A los italianos dotados de un poderoso sentido de la belleza, del canon estético, del respeto a los valores históricos. No es nada fácil pintar una casa en Roma; ni derribar un «palazzo», ni cortar un árbol. Con mimo se cuida todo, porque se tiene conciencia del valor de una herencia, y nadie quiere ser un iconoclasta o arboricida o cómplice en especulaciones de suelos cuando no hay problemas de expansión. Sin embargo, y aunque siga siendo verdad el dicho popular «Por Roma sufres, por Nápoles lloras, por Venecia suspiras y en Florencia quieres ser sepultado»... Florencia, precisamente Florencia, se ve amenazada de sufrir un infarto urbano a causa de la congestión rodada. El Ayuntamiento no se atreve aún —en medio están los comerciantes— a dar el edicto espedido suprimiendo todo tráfico motorizado por el corazón histórico y artístico de la ciudad, señoreado por el campanario de Giotto.

A Florencia, como Sevilla y otras ciudades, se le está haciendo muy difícil sustraerse al nerviosismo, e inquietud de la mareante circulación, que destroza los nervios de conductores y peatones. La ciudad pequeña, hecha a la medida del hombre, se va esfumando; su pintoresquismo, su familiaridad, va siendo arrasada por la turbonada de eso que llaman progreso y que muchas veces es falta de planificación, de visión futura, de previsión o consecuencia de bastardos intereses que van dejando en el alma de la gente el poso de unos años no muy lejanos y que todavía se expresan en rincones, aquí y allá, en lugares por donde el tiempo parece no haber pasado, donde el pretérito semeja estar colgado, donde no se conoce el bullicio e impera la paz, la quietud y el silencio. Son estos oasis como regalos para el ánimo malttratado y maltrecho, para el alma sobresaltada e inquieta, donde nos agradaría quedarnos a descansar indefinidamente. Son, por ejemplo, los Compases de Santa Clara, Santa Paula, las Teresas,

determinadas misas dominicales nada «municipales y espesas», las penumbras refrescantes física y espiritualmente de algunas iglesias sevillanas... Son los atardeceres en las colinas florentinas con sus villas y el río Arno —río, no charco—, reflejando un dorado indefinible, obra, semeja, de los artesanos que en el Ponte Vecchio siguen trabajando el oro como hace centenares de años lo hacían sus antepasados. Es la paz que pendula en los talleres de cuero en la Piazza de Santa Croce, en cuya iglesia está la tumba de Miguel Angel, entre los artesanos que hacen maravillas con el alabastro y la madera. O la paz de las mañanas templadas en «piazzas» y por el «lungarno» (a lo largo del río Arno), libre todavía de harapientos y parasitarios *hippies* y «capelloni», que aún duermen, permitiéndonos una dicha que pronto irrumpirán ellos, los coches, los jóvenes suicidas conductores de ruidosas motos y la «marabunta» de turistas que, guía en ristre, van de San Giovanni y el Duomo a los Uffizi y Piazza de la Signoria, al Ponte Vecchio o al Museo Pitti. La ciudad se hace muy pronto incómoda y la torre de Giotto, como la Giralda, más que reina y señora sugiere un monumento a la Florencia o la Sevilla de otra época. A la Sevilla que ya Antonio Machado evocó:

¡Oh maravilla,  
Sevilla sin sevillanos,  
la gran Sevilla!  
Dadme una Sevilla vieja  
donde se dormía el tiempo,  
en palacios con jardines,  
bajo un azul de convento.  
Salud, oh sonrisa clara  
del sol en el limonero  
de mi rincón de Sevilla.  
¡Oh alegre como un pandero,  
luna redonda y beata  
sobre el tapial de mi huerto!  
Sevilla y su verde orilla,  
sin toreros ni gitanos,  
Sevilla sin sevillanos,  
¡Oh maravilla!

## ¿DOVE ESTA DANTE?

Los historiadores tienen una enorme y peligrosa facilidad para pasar de una época a la otra aplicando, a veces, criterios actuales a tiempos pasados. Es una similar facilidad a la de los arqueólogos, que les permite barajar centenares de miles de años en sus cronologías, adelantando o retrasando fenómenos culturales ante cualquier nuevo hallazgo. No tiene nada de extraño que comencemos hablando del Felipe II rubio, de ojos azules, bien parecido, obra tal vez de Tiziano, y de Isabel Clara Eugenia, vestida de monja, gobernadora de los Países Bajos, obra de Rubens, colgados ambos cuadros en el palacio Pitti de Florencia, y pasemos a definir a esta ciudad como cuna artística del Renacimiento, donde o nacieron o vivieron y trabajaron, y hasta murieron, hombre como Filippo Lippi, Fra Angélico, Benozzo Gozzoli, Ghirlandagio, Brunelleschi, Savoranola, Maquiavelo, Toscanelli, Verrazzano, Vespuccio, Miguel Angel, Dante y otros tantos artistas integradores de una impresionante teoría que en una cena de esta noche del «mayo florentino» se une al *Franciacorta*, *Verduzzo* (vinos blancos), *Closterleiter*, *Terlaner*, *Malvasier* (claretes), *Chianti Vignamaggio*, *Cabernet*, *Barbaresco* (tintos) y, para terminar, un *Commanderic St. John* de Chipre, que acompaña al extraño dulce de postre. Mi amigo Federico Melis, máximo especialista italiano en economía medieval, sabe muy bien lo que se hace y por ello antes de regar con estos vinos el «Crostini a la romana», la «Frittata de cipolla con piselli al prioscuitto» y el «Petto di pollo ripieno arrosto», no sólo nos ha mostrado su biblioteca y ficheros con miles y miles de fichas sobre historia económica,

sino su «Biblioteca vinícola», donde figuran todos los vinos de Italia y casi los de todo el mundo, en unas botellas cubiertas de un polvo venerable y tentador.

Con semejante noche, tibia y con luna, lícita para cualquier cosa; con semejante anfitrión, ejemplo del saber y de la amistad; con semejantes manjares y vinos que facilitan la comunicación y destierran lo artificioso, nada de extraño tiene que hablemos de Felipe II, de Florencia, de trabajos en ejecución y, al final —como postre—, de Dante, cita obligada en Florencia para la elucubración científica o para el chiste.

Italia ha sabido con habilidad sembrar el mundo de estatuas de Colón y de Dante (Sevilla no ha sido capaz de elevarle un monumento al sevillano universal fray Bartolomé de las Casas). La «dantitis» italiana nació en Florencia, su patria, como la Venus de Boticelli o el Renacimiento, y se ha expandido por muchas ciudades del mundo para satisfacción de Florencia. De esta Florencia aristocrática, terrateniente, industrial, modista o decadente en sus familias que se llaman Antinori, Frescobaldi, Ginori o Pucci; Florencia del olivo, la vid y el ciprés, con agricultura especializada; Florencia industrial o artesana del cuero, la madera, el mármol, onix o alabastro; Florencia orfebre; Florencia congestionada de tráfico y turistas; Florencia tentadora en sus escaparates, museos, iglesias, conciertos; Florencia de estudiantes rebeldes y curas contestatarios que en Isolotto dirigen una comunidad católica al margen de toda autoridad o jerarquía; Florencia en el incomparable paisaje de la Toscana, invariable desde el XVIII, declarado de «interés panorámico», por lo que es intocable; Florencia sin rascacielos, como todas las ciudades históricas italianas, por razones que no es preciso explicar, pero sí lamentar que no se haga lo mismo en otros países con ciudades parecidas; Florencia del café Paszkowski, donde se reúne parte de la intelectualidad; Florencia de las prostitutas de Piazza Santa María Novella y Vía Tuernabuoni y de los invertidos del parque la Cascine; Florencia de la institución de la «Misericordia», donde unos hombres de profesiones liberales, casi vestidos como los nazarenos sevillanos, montan guardia para salir desinteresadamente, como samaritanos, en sus modernas ambulancias hacia donde

los llamen; Florencia del «alluvione» de 1966, que no ha hecho nada para evitar la repetición de la catástrofe; Florencia, sede sin duda de una de las mayores concentraciones del mundo de «capelloni» (melenudos); Florencia, dudosa sobre qué hacer con la estatua de Dante, retirada hace unos dos años de la Piazza de Santa Croce por fea...

Los florentinos, que tienen un gran sentido del humor, parecido al de los sevillanos, viendo a Dante en la citada plaza rodeado de coches por todas partes, lo apodaron el «posteggiatore» (el cuidador de coches). Era una irreverencia, pero el mote desapareció con la estatua, y ahora, tras largas discusiones en la prensa, no se sabe qué hacer con ella. La cuestión, dicen mis amigos italianos, entre un vino y otro, se puede resolver de dos maneras: o suprimiendo los coches de la plaza o enviando a Dante a la calle «Malcontenti», antes llamada de la «Justicia». Como no comprendo el chiste que adivino hay tras lo dicho, se me aclara que en la calle «Malcontenti» está el hospicio para ancianos... De este modo, los florentinos no podrán continuar preguntándole jocosamente a Dante el «posteggiatore»: *¿Dante, que fai?* Y éste contestando: *«Guardo la machine»* («Guardo los coches»).

(Todo esto ha sido escrito en el aeropuerto de Florencia, sufriendo lo que son las epidémicas huelgas en Italia, puesto que una habida en el aeropuerto de Roma nos ha impuesto un retraso de tres horas en la salida y nos ha hecho perder dos conexiones con España desde Milán... ¿Dove está Dante? ¿En el cielo, en el infierno o en el purgatorio? No lo sé, pero todo esto me parece una divina tragicomedia.)

## SIN TROMPETAS NI TAMBORES

Dicen, y es verdad, que en primavera los «marronniers» o castaños lucen en París con un verde especial; dicen, y es verdad, que algunos taxistas llevan con ellos un perro policía; dicen, y también es verdad, que desde el Puente Nuevo es un placer contemplar el Verde Galán y a los *hippies* de lejos que tocan la guitarra al borde del Sena; dicen, y sigue siendo verdad, que París bien vale una misa. Es decir, que París continúa poseyendo ese encanto singular que la mantiene como indiscutible meca europea, pese a la revuelta universitaria del mayo famoso, pese a la torre o rescacielos de Montparnasse que rivaliza en altura con la torre Eiffel, pese a la política de Pompidou que no es del gusto de muchos franceses, pese al tradicional malhumor de los taxistas, pese al enojo de las *bonnes* españolas molestas con razón por una película que falsea la realidad de nuestras emigrantes, y pese a los portugueses que rumian añoranzas mientras arreglan aceras o derriban un viejo edificio. Derribado, por supuesto, no para alzar un macrolocal comercial en el centro de la urbe. Y si esto no es también cierto, que el incrédulo se dé una vuelta por la «Bellè Epine», un conglomerado comercial a imitación de los norteamericanos sito en las afueras de la ciudad, con música ambiental de fondo, buen estacionamiento, y toda clase de comercios, restaurantes, cines... El que no desee meterse en la balumba de las galerías Lafayette, Printemps, Louvre o Bon Marché puede encaminarse a otros núcleos donde los grandes almacenes y comercios tienen sucursales y donde el comprador se mueve en un clima desahogado, agradable, sin

el agobio de la muchedumbre compacta y la preocupación del atasco o congestión del tráfico. Pero París no es sólo esto; París no es sólo las «sexy-shops» que se han multiplicado últimamente, ni los «drug-stores» que reinan hasta en los Campos Elíseos, ni las librerías del Barrio Latino donde van los españoles a comprar el último libro de Rafael Calvo Serer por 38,80 francos (468 pesetas por 252 páginas) o las ediciones de Ruedo Ibérico, ni los cines de escandalosas y pornográficas películas, o los «folies» y «lidos» santuarios también para un alto porcentaje de celtibéricos que llegan a la capital de Francia. París es algo más en estos días primaverales y siempre. Es buen teatro; es el ballet ruso del Bolchoi, actuando en el Palacio de los Deportes ante miles de espectadores que aplaudían con calor determinados cuadros modernos que los rusos pusieron en escena como réplica a la TV, que les achacó estar anticuados y encadenados a lo clásico. París es eso y sus innumerables exposiciones, como la que ahora se exhibe en la Orangerie sobre Van Goh, y es también, como lo es tradicionalmente, el milagro verde de los jardines de Luxemburgo, la selvaticidad del bosque de Bolonia, la grandiosidad de Notre Dame, el Panteón, la Concordia, San Sulpicio, la Santa Capilla o la Magdalena, y el recuerdo perenne de los Inválidos y el Arco del Triunfo, y las callejas íntimas, retorcidas, donde un anticuario nos ofrece una carta original de Marcel Proust o la partitura manuscrita de un músico famoso, y es también el encanto umbrío de sus iglesias como St. Severin, St. Germain-des-Prés, St. Germain-L'Auxerrois o Saint Julien le Pauvre, que nos atrae con su atractivo y exótico rito melquita desplegado con toda pompa en la misa dominical de las once... Aquí, precisamente, tuve una sensación en este París siempre viejo, continuamente nuevo y por siempre apetitoso para un «gourmet» que no sólo vuelve a la ciudad para citarse en el Louvre con las alas de la Victoria de Samotracia, el busto de la Venus de Milo o la sonrisa de Mona Lisa. Que vuelve, digo, también para saborear el encanto de la cocina francesa, indeclinable en su puesto, a pesar de las industrializaciones y modernidades que vaticinan la desaparición del arte culinario donde estos fenómenos se dan. Esa cocina gala continúa; prosigue en el «canard a l'orange», la «bou-

llaibaisse» a la marsellesa, el «confit de faysan», el «coq au vin», las «coquilles Sant Jacques sautes», el «agneau de lait au grattine jurassien», los vinos y los centenares de quesos que convierten a esa cocina en algo inolvidable hasta espiritualmente. No digamos físicamente; aún me huelen los dedos del «Boulette d'Avesnes», semejante en su olor repugnante a ese «queso sudado» de la sierra de Huelva, pero de exquisito sabor.

Con ser apetitosos los platos citados no han sido para mí esta vez los platos fuertes. Otros han sido ellos. El primero lo probé en la Universidad de Nanterre (París X, como ahora se llama); el segundo, en Saint Julien le Pauvre. Nanterre, desde 1968, no es lo de antes. Parte de sus veintitantos mil estudiantes deambulan por unos pasillos, escaleras, servicios y ascensores empapelados y pintados (a veces hasta el suelo y el techo), mediante letreros y «slogans» que pueden rezar «Chacum pour soi, la revolution pour tous». En cualquier parte, un grupo de alumnos desvincijados, deteriorados, cochambrosos diría yo, reparten panfletos pidiendo la libertad de un líder político checo o la «unité pour la defense de la mutuelle», o pasean sosteniendo una bandera roja y solicitando un óbolo para no sé qué causa. El aspecto externo de la Universidad es realmente sobrecogedor. Y sorprendente internamente cuando uno se entera que las asignaturas se llaman ahora «unidades de valor», los seminarios «ateliers» y los exámenes escritos «devoirs sur table»... Entrando para presenciar uno de estos «deberes sobre la mesa» pude ver en la puerta del aula a una chica joven en cucullas y drogada. Deseando aumentar mi asombro, mis colegas franceses se ofrecieron a llevarme a Censier, otro centro universitario donde hasta el aire —decían— olía mal. Pero cuando llegamos una mañana bien temprano nos encontramos a la masa estudiantil, variopinta y equívoca que en parte integra a la juventud universitaria en algunos centros, aglomerada ante un cartel que comunicaba el cierre del centro ¡por razones higiénicas! Hasta en las paredes del exterior había alusiones al jefe del Estado español, porque España, como Rusia e Israel —alguien lo ha dicho—, es un país que siempre apasiona al extranjero. Cualquier hecho de nuestra vida nacional moviliza voluntades, da vida a opiniones, pasiones



y origina un torrente de bibliografía; este torrente historiográfico que los españoles van a comprar al otro lado de la frontera, al mismo tiempo que ven películas que saben no pasarán por las pantallas nacionales. Yo, para no ser menos, he cumplido con el rito o costumbre, y tras comprar esos libros me he ido a ver el *Decameron*, de Fellini, una gran película, cinematográficamente hablando, donde algunas escenas alcanzan una realidad o crudeza molesta. Fue después de ver este filme cuando quise entrar en la cercana iglesia de Saint Julien le Pauvre, y cuál no sería nuestra sorpresa escuchar en el silencio y paz vespertinas las risas, voces y susurros de una pareja que se hacía el amor como si estuvieran en un prado. Los largos cabellos de él eran peinados por ella, que, sumergida en un total histerismo, reía y murmuraba, se movía y acariciaba, facilitándonos a nosotros la imagen de una pesadilla, porque la escena se desarrollaba frente, a dos metros de distancia, del tabernáculo donde estaba la Eucaristía. Al fondo de la nave derecha. Como creía seguir contemplando una escena del «Decamerón», le rogué a mi amigo Charles Minguet, catedrático en Nanterre, que le preguntase al hombre qué les sucedía. Con muchos esfuerzos accedió mi colega, y recibió como respuesta: «Está borracha». ¿Borracha o drogada? me comentó Minguet, mientras nos alejábamos de lo que podía ser una inconsciencia, un rito o un desafío.

Cuando me senté a redactar este manojito de experiencias no supe cómo titularlas, y fue entonces cuando de nuevo mi amigo Charles Minguet me contó una vieja anécdota por mí ignorada. Resulta que cierto autor dio fin a un libro y, al final, ignoraba qué título darle. Preocupado, consultó a un compañero. Este le preguntó: ¿Tratas de trompetas en la obra? No. ¿Y de tambores? Tampoco. Pues entonces, le dijo, titúlalo «Sin trompetas ni tambores».

## EL BARON DE MUNCHAUSEN Y LOS REYES MAGOS

Yo admiro a una serie de personas a las cuales no sólo siempre le suceden cosas en los viajes, sino que, además, saben narrarlas más tarde de tal manera que uno, testigo de lo contado, no lo reconoce. Y es que a nosotros nos falta esa capacidad que ya reconoce poseer el famoso Barón de Munchausen que le permitía dar a conocer según su criterio las vivencias viajeras. Por eso, y como decía el citado Barón, «dado que existen ciertos propensos a hacer afirmaciones que quizá superan cuanto es rigurosamente cierto, pudiera ocurrir que algunos de los que me escuchan alimentaran dudas sobre la autenticidad de mi relato» yo garantizo que nada ha sido invención y en nada se exagera. Además, y seguimos con el Barón, «un viajero tiene pleno derecho a contar sus aventuras adornándolas a su modo, y sería francamente descortés negarle el respeto y la consideración que merece».

No hace mucho estuvimos en Alemania, desde Frankfurt a Colonia, pasando por Bonn, Hamburgo, Berlín y Heidelberg. La patria del Barón, como casi todos los lugares, es un mundo ideal para el viajero propenso a hacer posteriormente afirmaciones que superen la verosimilitud y, por lo mismo, capaz de originar dudas en quienes escuchen su relato.

De entrada, describir el aeropuerto de Frankfurt con empleados en bicicletas por sus galerías, pasillos rodantes y establecimientos con lo más nauseabundo y deprimente del mundo, constituye toda una novedad para el latino o el súbdito de país en vías de desarrollo. Novedad que apenas queda paliada por la sencillez provinciana de Bonn que no rima con el rico emporio político-

económico del país cuya capitalidad ostenta. Puestos a contar cosas que podrían estar en la misma línea de los relatos del Barón de Munchausen diremos que el Rector de la Universidad de Bonn, un teólogo con rostro y melena de cuadro primitivo, nos aseguraba que el comenzar el curso académico en enero era un chiste y que la masividad del alumno no sólo ocasionaba el bajo nivel intelectual del estudiante, la falta de aulas (ellos no sufrían eso), laboratorios y clínicas, la improvisación del profesorado, sino también una serie de trastornos psíquicos. Con respecto al profesor improvisado, sin suficiente preparación ni experiencia que, a su vez ocasiona malos alumnos, nos decía gráficamente que el hecho era igual a si en el ejército por falta de generales se convirtieran en tales a los soldados. En cuanto a los desequilibrios nerviosos éstos, paradójicamente, se agudizaban en la personalidad del estudiante sumergido en la gran masa. El alumno alemán, tradicionalmente se guarda entre sí un gran respeto, tratándose incluso unos a otros de usted; la falta de comunicación habitual desarrollada en medio de multitudes anónimas o desconocidas agudizan ciertos procesos y los alumnos que sufren esto se transforman en magníficos seres anárquicos durante las agitaciones. La experiencia universitaria de Bonn, mucho más larga y anecdótica, por supuesto, se enriqueció con las de otras ciudades.

Hamburgo deslumbra al viajero por su puerto donde unas pocas casas viejas, supervivientes de la última guerra europea, ofrecen una estampa de lo que fue gran emporio comercial de la Hansa. Hamburgo deslumbra por su mundialmente conocido barrio de St. Pauli y su calle Reeperbahn con aire de Las Vegas donde los «Erotic Centers» exhiben a sus jóvenes mujeres como quien ofrece ganado. Hamburgo llama también la atención por sus centros universitarios; y llama la atención porque su Facultad de Medicina práctica el «numerus clausus» no admitiendo más allá de dos centenares de estudiantes, y porque el Instituto Iberoamericano conserva anejo una Biblioteca sobre temas mejicanos única, dueña de ediciones príncipes (obras de Fray Bartolomé de Las Casas, por ejemplo) de incalculable valor.

Otro Instituto, el Iberoamericano de Berlín, en medio de

un parque y jardín inmensos y con una fabulosa biblioteca americana puede demandar la atención de quien se interese por la Historia de América. Lo mismo que la iglesia conmemorativa del Emperador Guillermo parcialmente derruida a causa de los bombardeos en medio de una arquitectura modernísima como es el centro de Berlín o la zona de «Berlín año 2.000» pueden acaparar la curiosidad del turista o estudioso. Pero quien peregrina de Universidad en Universidad sobre todo, no puede menos de sentirse perplejo al comparar la del Berlín Occidental con la del Berlín Oriental. Llegar hasta éste no es problemático. Basta con montarse en el metro y pasar una de las más curiosas aduanas o fronteras del mundo. Las diferencias entre los dos Berlín con ser grandes no lo son tanto como para pensar que se está en otro país distinto. No olvidemos que cada uno de los Berlín constituyen el escaparate de cada Alemania. Pero lo que sí son mundos diversos son las dos Universidades. El Instituto Latinoamericano, llamado del «Che Guevara» de la Alemania Occidental, está gobernado por los alumnos y es refugio de un profesorado especialmente marxista. No hay que dejarse llevar por el aspecto cochambroso de algún profesor, ni por el alumnado sucio, peludo y arrugado, ni por la proliferación de letreros y carteles. Pero son síntomas que habría que analizar más hondamente. Como habría que averiguar el porqué en la Universidad «Alejandro Humboldt» del Berlín comunista hay un severo control de carnets a su entrada, no se ve a ningún profesor que no ofrezca un exterior de acuerdo con su dignidad, ni abundan los alumnos desaliñados, y sólo divisamos dos carteles (uno contra Dayan y otro en favor de Chile). Son fenómenos que llaman la atención, no cabe duda.

Como admira y apenas también el deterioro, no sólo externo de la tradicional Universidad de Heidelberg, sino su destrucción interna. Al igual que en todas partes el profesorado pierde un precioso tiempo en una y otra reunión, largas e interminables, bizantinas e inútiles, para discutir nimiedades o luchar contra los representantes de los alumnos que solicitan lo que el Barón de Munchhausen no hubiera nunca soñado.

La romántica Heidelberg, donde tantas notables personalida-

des sentaron cátedra o vivieron, no practica ya ninguna de sus tradicionales fiestas universitarias. En el castillo, alumnos, profesores y alumnas no bailan ya en el gigantesco barril. La presencia de fuerzas norteamericanas ha afectado a la ciudad invadida por miles de *hippies* de todo el mundo atareados en menesteres sobradamente conocidos. La Universidad, horriblemente sucia de letreros y carteles, se resiente en sus estructuras internas como en toda Alemania. Unos y otras, en todas partes, discuten los cambios de planes de estudios. Se considera inservible la vieja conferencia magistral (a la que entra cualquier alumno) y se revisa el sistema de proseminarios y seminarios que, tal vez convenga cambiar por programas o cursos al estilo español. Es un ejemplo.

Colonia, como Bonn, ofrece externamente un aspecto universitario más reconfortante, aunque la problemática es la misma. En Colonia dicen que fueron enterradas las Once Mil Vírgenes y en su catedral se venera en soberbio sarcófago los restos de los Tres Reyes Magos. Excavaciones y estudios modernos han demostrado lo infundado de todo esto, pero en el escudo de la ciudad se mantienen los símbolos que lo atestiguan. La gente de Colonia sigue creyendo que en su catedral yacen los magos que adoraron a Jesús Niño. Lo mismo que los niños continúan soñando con ellos al nacer cada año.

Cuando el alumno alemán concluye, vamos a decir, su bachillerato solicita de una Oficina Central ingresar en la Universidad. Esta oficina de acuerdo con el «curriculum» del alumno y las posibilidades de cada centro superior remite a aquel a uno o a otro. Y el alumno tiene que aceptar este destino o aguardar a que haya plaza. Luego, cuando termine sus estudios universitarios, sufrirá el examen de Estado en un centro y por profesores ajenos a la Universidad. Esta sólo le ha certificado que ha cursado tales y tales proseminarios y seminarios. Si a todos estos inconvenientes u obstáculos se añadiera el comenzar el curso en enero. ¿Qué pasaría? Los Reyes Magos no serían los culpables de este regalo que le acaban de dejar a los universitarios españoles sin haberlo pedido. Y si ellos fueran los responsables quizá más de uno se atreviese en Colonia a aventar sus cenizas, aunque sean falsas.

## EL CONOCIMIENTO DE ESPAÑA

Durante un reciente viaje a un país europeo hemos tenido ocasión de leer el libro «La historia de España vista por los extranjeros» y de comentar con hombres representantes de casi todas las nacionalidades del Viejo Mundo los sucesos últimos de España y la reacción que ellos estaban originando. De ambas experiencias han surgido unas consideraciones que llenan este capítulo. La obra, firmada por el catedrático de la Universidad de Granada, José Cepeda Adán, constituye un apretado análisis, expositivo y crítico, de las principales contribuciones que los extranjeros han realizado a la historiografía española. Los nombres de Braudel, Chaunu, Vilar, Elliot, Lynch, Hamilton, Lapeyre, Barrassar, Salomón, Bataillon, Brandi, Merriman, Sarrailh, Herr, Carr, Payne, Thomas y tantos otros, constituyen una pléyade de historiadores cuyas obras no se pueden soslayar ni en el estudio ni en la consulta. Son todos ellos firmas que integran ese sorprendente cuadro de lo que se llama hispanismo o «afición al estudio de la lengua y literatura españolas y de las cosas de España». En nuestro caso, «las cosas de España» es nada menos que su historia. Si sorprendente resulta esta atracción que España ha ejercido, motivando múltiples y notables investigaciones y publicaciones de todos los aspectos de su vida, no menos sorprendente es para los extranjeros la falta de curiosidad del español por la historia foránea. El historiador español, sumergido en las aguas del devenir nacional o parapetado detrás de las murallas de ésta, apenas se ha asomado a indagar la historia o cualquier otro aspecto de los demás pueblos europeos, y cuando lo ha hecho —caso

de Madariaga— ha resultado un ejemplar peregrino. Nosotros, que tenemos en nuestras Universidades nada menos que «cate-dráticos de Historia Universal», estamos faltos de especialistas en historias nacionales europeas. Esto, según criterio extranjero que compartimos, constituye una rémora y limitación del profesor e historiador español. Porque sólo conociendo a fondo la vida de las demás nacionalidades y realizando investigaciones sobre ellas (lo cual implica dominio del idioma) estaremos en condiciones de interpretar mejor nuestra propia vida histórica. La nómina de autores extranjeros que Cepeda Adán examina, siendo antológi-ca, resulta admirable, elocuente y aleccionadora. Sorpresa que se acrecienta cuando comprobados similares contribuciones. Y que no se alegue que la razón de la curiosidad forastera radica en la amplitud de nuestro pasado, en la riqueza de nuestros archivos, en la condición de «diferente» de nuestro devenir, en una mal-sana o positiva curiosidad extranjera, o en un agotamiento de las investigaciones en las propias historias que obliga al estudioso no español a volcarse en campos ajenos. Nada de esto es cierto o válido. La historia de Francia, por ejemplo, que parece de las más estudiadas e interpretadas, se ha visto enriquecida en los últimos años con aportaciones de autores británicos.

Nos encontramos, pues, con un viejo y continuo interés por nuestra vida nacional sin correspondencia hispana. Ahora bien, este conocimiento de España es obra, claro, de una minoría, y destinado casi, casi, a otra minoría. La masa, en el más am- plio sentido de la palabra, persiste en un saber de nuestro país que nos parece triple. Persiste aún un conocimiento «histó- rico-tendencioso», nacido a principios del siglo xvi. Ya enton- ces un autor alemán —Münzer— y otro italiano —Guicciardi- ni— sembraron la idea de un español cruel, fanático, codicioso, falso, orgulloso, déspota, etc. Las intervenciones bélicas de Car- los I en Italia (saqueo de Prato y de Roma) y la política de Felipe II con Inglaterra y los Países Bajos acentúan estas ne- gras tintas y ensanchan la imagen de un español depredador, intransigente, lujurioso, fanfarrón, etc., que como tal se com- porta en los campos de Europa y de América, extorsionando a los indígenas según testimonio del dominico fray Bartolomé de

las Casas. Las campañas políticas desatadas en Flandes y los «Tratados» lascasianos («Brevísima relación...», sobre todo) de 1552 actúan como arietes contra el prestigio de España en hábil y aprovechada maniobra. Es fácil comprobar cómo múltiples extranjeros lo que tienen presente de la historia de España —o lo único que saben— es lo referido a las intransigencias de la Inquisición, los despotismos de Felipe II. o la mala conducta de los conquistadores de América. A estos clichés reducen la vida española sin aceptar paliativos, ni atenuantes ni explicaciones. Menos, por supuesto, se les ocurre establecer comparaciones. Para ellos, los españoles satánicos, avaros, lujuriosos y oscurantistas del siglo XVI son los padres o abuelos de los no menos oscurantistas, crueles e intransigentes españoles de la actualidad.

Existe otro conocimiento que denominamos «romántico-idealista», nacido en el siglo XIX. Los extranjeros que entonces entraron en España, viajeros la mayoría de las veces, legaron a la posteridad una visión de España en la que entran el bandolero, el pícaro, el mendigo, el posadero, el torero, la maja, el inquisidor, el gitano, la bailaora... Una España exótica, de malos caminos y peores posadas, de guitarra y pandereta, de ignorancia y pereza, apresada en las páginas de relatos que sirvieron como guías con una vigencia que aún es posible rastrear en muchos visitantes. Los libros de Byron, Irving, Davillier, Dumas, Gautier, Ticknor, Borrow, Ford, Amicis, Teste y centenares más de autores, ofrecieron, con más o menos acierto, una España «ad hoc» para espíritus románticos, ávidos de novedades o de cosas imprevistas y diferentes. Más de un turista actual llega todavía a España en pos de este país insólito y exótico, fuente de fuertes sensaciones. Este romanticismo ha tenido una segunda parte a raíz de la guerra civil española. Fue aquella una contienda de todo el mundo, donde muchos extranjeros vinieron a luchar en una pugna de «buenos y malos». Todo dependía del bando en que se militara. Los supervivientes de aquella guerra o sus descendientes y los que comulgan espiritualmente con uno de los bandos, continúan evocando de modo idealizado lo que fue o pudo ser aquella lucha. Y en la conciencia sucia de unos y de otros

aprieta la idea de que por su acción u omisión ganaron o perdieron tales o cuales, y viven como si el tiempo se hubiera detenido hace cuarenta años.

Más recientemente, obra del turismo, ha surgido otro conocimiento de España; es el que denominados «litoral-epidérmico». Quienes han invadido España en estos últimos años buscando sol y bajos precios, cargados tal vez con los dos anteriores conocimientos, han podido ponerse en contacto previamente con los serios estudios de sus historiadores y, por supuesto, han podido llegar a la entraña física y espiritual del país para saber cómo son realmente sus tierras y sus hombres. Desgraciadamente, estos millones de visitantes no leen a sus historiadores hispanistas, ni han transitado los caminos internos del cuerpo y alma de España, salvo notables excepciones. Se han limitado a deambular o sestear en playas, discotecas, «boites», «boutiques», «nigh-clubs», «snack-bar» y «self-services». Intencionadamente hemos colocado esta retahíla de palabras extranjeras para denotar que el extranjero visitante con harta frecuencia se mueve en ambientes similares a los de su país de origen, y sólo conoce de España su sol, sus burros, sus camellos, sus naranjas, sus plátanos, sus «latin-lovers» (de alguna manera hay que llamarlos) y sus precios. Lógicamente, a estos millones de visitantes no podemos exigirles otra imagen del país que la frívola, litoral o periférica de las playas y «campings».

Sintetizando, nos parece, pues, que el conocimiento o desconocimiento de España viene dado por esa triple dimensión: histórico-tendenciosa, romántico-idealizada y epidérmico-litoral. Pero también nosotros poseemos imágenes falsas o distorsionadas de los no españoles (y hasta de los españoles de otras regiones) que conviene corregir. Baltasar Gracián en su obra «El criticón» alude a la «codicia» del francés, a la «falacia» del italiano, a la «gula» del alemán, a la «inconstancia» del inglés, a la «simplicidad» del polaco, a la «astucia» del ruso, a la «infidelidad» del griego, a la «cobardía» del chino, a la «temeridad» del japonés, etcétera, atribuyéndole a los pueblos lo que se llama «un carácter nacional» único. Como si cada nación tuviera un carácter dominante.

Nos parece, por lo consignado hasta el momento, que un mutuo y mejor conocimiento —como sucede entre las personas— ayudaría bastante a solventar tantas incomprensiones, equívocos y errores. Importa el conocimiento que de España se tiene fuera y el conocimiento que España posee de fuera.

## CAMINOS INFANTILES

## UN CABALLO JUNTO AL MAR

Hoy los niños no estaban y por eso la playa lucía más solitaria y triste. Se oía el aire entre los pinos y las jaras, se oía al mar como cada día, pero en el aire y en la voz del mar ya no estaban colgadas las risas y gritos de los dos hermanos jugando. Durante días los niños —ella y él— han montado una inmensa feria de ilusiones a base del mar, la arena y los restos que forman ese heterogéneo cementerio de la orilla del océano. Ya nada queda de sus carreras ni de sus risas y gritos como si el mar se los hubiera llevado. Pero como un testimonio de su afán de eternidad allí recostada y divagante entre las dunas doradas quedaba toda una ciudad: casas, avenidas de árboles, puentes, carreteras, animales... Viéndola, resucitando la vida que la imaginación de los niños hizo transcurrir por ella, se sentía algo similar a lo que se experimenta cuando se contemplan las ruinas de un pueblo antiguo que los hombres hicieron pensando que iba a durar siempre. También los niños han debido dejarla, soñando con encontrarla el próximo año si vuelven desde su ciudad. Bajo el techo límpido y tranquilo del mediodía —según Paul Valery— con «el mar, el mar, sin cesar empezando...» me he abandonado por un momento al soñar, porque «soñar es saber», y me he sentido niño. El mar con su blando vaivén acunaba mi ensueño yendo desde la infancia a la consideración de nuestra infinita pequeñez física e infinita grandeza espiritual. Todo por culpa de los niños y su muerto mensaje.

Desde mi atalaya los he estado viendo durante todas sus vacaciones más cortas que las mías. Yo estaba allí cuando ellos lle-

garon; yo estaba aquí cuando se fueron. Aparecieron con sus padres que eligieron aquel lugar un tanto solitario para tener más mar, más sol, más yodo, más soledad. Y los niños se sintieron dueños del universo y dieron rienda suelta a su fantasía. El mar tenía que ser para ellos algo infinito, inmenso, inacabable; las dunas, un desierto inconmensurable; los restos marinos, la guardarropea de un gigantesco teatro de donde se pueden sacar centenares de objetos, trajes y personalidades; el cielo, un techo de paz; los pinos y matorrales, un bosque misterioso. Su espacio de acción no tenía límites, como su imaginación, aunque algunas veces otros actores entraran en él y recortasen su *habitat* de juegos.

Primero, antes que ellos, fueron unos novios. Llegaron una mañana de julio y casi la gastaron toda en construir un sombrero. Se amaron, se fueron y volvieron para desaparecer definitivamente dejando los cuatro postes de su sombra que otros aprovecharon. Otros eran, deducía yo, gentes de campo, pertrechadas de mantas, garrafas, bolsos, talegas, melones, sandías y una blancura enlutada en los brazos, rostros y cuellos. Montado el ventorrillo, ellos lo primero que hacían era beber. Beber ceremoniosamente. Ellas, blancuzcas y gordas, en bañador o con trajes, se metían en el mar haciendo gorgoritos y arrumacos como si se tratase de la primera caricia o beso del varón. Ellos, una vez cobrada fuerza con el vino, se iban a jugar con ellas, más impúdicas que en bikini con sus trajes mojados y pegados al cuerpo... Como si se tratase de un rito bautismal se echaban agua por la cabeza, el pecho, las axilas, antes del chapuzón. Luego, mientras ellas preparaban la comida, ellos paseaban su piel sombreada a rayas por la orilla del mar saqueando con la vista a todas las venus ozonizadas paseantes o varadas...

Otras veces el espacio vital de los niños lo acortaban otras familias con niños. Estos, unos a otros se miraban con recelo, sin atreverse a entrar en contacto. Al final, tácitamente, quedaba hecho el pacto sobre las esferas de acción. Terminaban ignoriéndose.

Nunca faltó el señor-reloj. Diariamente, puntual, como un

avión de línea sobre una vertical, pasaba dando su paseo. Cruzaba a la una de la tarde y regresaba a las dos.

Buscando intimidad, se aposentaba a veces alguna pareja de enamorados. Conjugan sus verbos, se creían estar solos, y se iban.

Después de los domingos y días festivos, quienes atropellaban el espacio de los niños no eran seres humanos, sino el «incivismo» de las personas egoístas que dejaban la playa mancillada con botellas rotas, latas vacías, cáscaras de frutas y restos de hogueras. A veces el mar, como compensación, les ofreció a los niños hermanos el regalo mañanero e insólito de una barca blanca herida de muerte.

Hoy no hay nadie. Sigue el mar fiel a su cita diaria, llegando y yéndose en continuo coqueteo, algo melancólico, porque los niños no le golpearán en su lomo como otros días. Sigue el cielo, siempre azul, ponderado y sereno. Entre el mar y el cielo continúa el ruido rítmico de unos barcos y el silencioso de unas gaviotas y balandros. Al otro lado del mar, y bajo el cielo, continúan la arena y los pinos. La arena virgen, limpia, rizada por la caricia del viento; y la arena bastarda, prostituida por los hombres y el mar, que la han llenado de detritus. Los pinos también permanecen dando su sombra generosa, a cambio, tal vez, de una «cuchillada traperera» de un inconsciente...

Los niños no están. Hoy no hay nadie. Sólo yo y Helena. Helena y el mar. En silencio desparramamos nuestros ojos por «la ciudad de los niños».

No hace falta que nos lo digamos, estamos pensando lo mismo. Pocas cosas encogen más al corazón que un juguete huérfano del cariño de un niño. Podemos concebir a un niño solo; sabemos que en él potencialmente hay miles de posibilidades con relación a un mañana, sabemos que él con la grandiosa fábrica de su imaginación puede construir juguetes reales e irreales. El niño no necesita del juguete para existir, pero el juguete sí que necesita del niño. No tiene razón de ser un juguete sin un niño que le dé vida y vuelque en él el universo de su fantasía. Por eso aquella «ciudad» sin los niños que la alzaron sembraba una ciu-

dad fantasma, una ciudad abandonada precipitadamente por sus habitantes. Carecía de latidos, de razón de ser, estaba muerta.

De pronto, entre las jaras y hierbas, descubrimos un caballo. Estaba hecho de una caña reseca; sus crines eran tiras multicolores de un T.B.O.; su cabeza, un trozo de corcho; sus ojos y boca, unas conchas blancas; su nariz un tapón; sus orejas, bien enhiestas, unas balbas... En un agujerito del corcho había un rollo de papel. Parece un mensaje. Lo es. Con dolor, dejando atrás días intensamente felices (como el mar, el cielo y el sol nos suele hacer), los niños han querido expresar una última quimera. Dice así: «Quien encuentre este caballo, que lo cuide bien, pues le tengo mucho cariño. Se llama «Relámpago» y en un agujerito que tiene al lado de la boca se le pone un pitillo, pues le gusta fumar. Está hecho con todo el cariño del mundo, y si se monta sobre él verá qué bien corre.

«Relámpago» es el mejor, el más fuerte y veloz, y sólo lo monto yo. Gana todas las carreras... Domingo, 5-9-71». Y firma Mónica, que, desprovista de afeites femeninos para ocultar una edad, nos la confiesa entre paréntesis (13 años), junto con su hermano, Ernesto. Se han expresado como una sola persona, prueba de su identificación y tratan de usted, evidencia de su educación, a quien encuentre su caballo junto al mar...

Dulce caballo, trotón, que ha llevado sobre su lomo más el alma que los cuerpos de dos niños y que ahora yace desamparado, esperando que el verano cierre sus puertas y las abra el otoño cuajado de melancolía.

Quizá alguien, con la misma falta de educación cívica con que trata al pinar y a la playa, maltrate a «Relámpago» y acabe destrozándolo, y con él el sueño sin vallas de dos niños. El caballo ha adivinado mi pensamiento. Su cara casi tiene una expresión humana. «Un momento... —le digo—, vengo a estar con tu muerte. Nada ha pasado. Ya los niños y las niñas son hombres y mujeres. La ruina acabó su obra sobre nosotros... y sobre su desierto estamos en pie, dueños de la mejor riqueza: la de nuestro corazón». (*Platero y yo.*)

## NIÑOS SIN JUGUETES

Prisa y temor, sobre un campo de falta de fe, es como el escudo del hombre actual. Prisa que le lleva a hacer de cada minuto seis; temor que le impele a vivir intensamente y rendir culto al materialismo. Su sensibilidad se endurece; ya no le conmueve una guerra más o una guerra menos, un terremoto más o un terremoto menos, una sequía más o una inundación menos, una epidemia más o una epidemia menos, dos muertos o tres millones de muertos. Casi lo mismo le impresionan tres jóvenes muertos sobre la blanca nieve, cercanos al cielo azul, que tres mil asiáticos, medio podridos, en el fondo de una ciénaga, donde lo único blanco fue un posible arroz que engañaría a su hambre. Nuestras fibras ligeramente se turban por la crueldad de una guerra político-religiosa o por la injusticia de miles y miles de seres empujados fuera de su territorio... Por lejanas —lejanas en el espacio, no en el conocimiento—, apenas nos estremecen estas tragedias, como si fueran cosa de otro mundo y no de este mundo nuestro que sigue dando vueltas atolondradamente.

Estos días navideños de luces de colores, de regalos, de bombardeos con felicitaciones más o menos sentidas, de lujosos escaparates, de insolentes precios, se acelera el ritmo de muchas vidas que fingen querer gastarse con la fuerza, ruido, rapidez y precio de una botella de champán caro. Todo el mundo parece ser cómplice de una alegría que no es general, de una felicidad que no todos comparten, de una abundancia que no todos disfrutan, de una inconsciencia que no todos padecen. Porque hay quienes tienen un hueco en su alma y en su mente para pensar en lo falso de

las apariencias y, sobre todo, en los que viven sin bombillas de colores, sin burbujas estrepitosas, sin pecaminosas abundancias. No me refiero a los que se acuerdan para hacer de la caridad un negocio, una actividad social, un motivo publicitario o un reclamo, como si con la miseria y penas de los «ex hombres», de los degradados y afligidos, se pudiera traficar. A los que hagan eso hay que recordarles que la caridad consiste en dar lo nuestro, a su tiempo, en la debida cantidad y en silencio. Teniendo siempre en cuenta que la «verdadera caridad no es dar al necesitado, sino evitar que el necesitado exista». Caridad no es sólo *dar*, sino *reconocer*. Reconocer, por ejemplo, que hay miles de niños sin juguetes en estos días de regalos y Reyes.

No tendrán juguetes los que murieron la noche de Reyes; los atormentados por la guerra; los lacerados por la pobreza; los subnormales y los que no nacieron.

No tendrán juguetes, no podrán jugar nunca, aquellos que llegaron antes de tiempo; cuyas vidas atardecieron temprano; los que se durmieron tal vez la misma noche de Reyes soñando con los camellos, se quedaron callados al oír el canto de los ángeles, cerraron sus ojos ante el resplandor de la estrella. Esos no tendrán juguetes, pero dejaron sus zapatos puestos para que sus padres y hermanos los llenaran de lágrimas y tristezas.

No tendrán juguetes los acorralados por la guerra, los que corren por llegar y no saben dónde, los que caminan sin saber su camino, con el miedo a cuestras que se les escapa a través de unos «ojos boquiabiertos». Estos niños, escoltados por vidas derribadas y ruidos de aviones asesinos, no tendrán para la suya el fondo musical de un tiovivo, sino el de unas máquinas fabricadas por inhumanas y apocalípticas industrias.

Tampoco tendrán juguetes los hambrientos, los pobres, los de las barrigas hinchadas y piernas flacas, sobre cuyas cabezas no se agita la brisa de una caricia. Estos niños, de ojos también abisalmente abiertos, como una acusación hacia esa sociedad que gasta por gastar, tampoco tendrán juguetes. Enhietos —grandeza y miseria— en su «majestad de harapos» o tirados sin poderse mover ya porque han sido heridos por la miseria física procedente de la esterilidad de las almas y la dureza de muchos

otros corazones, estos tampoco tendrán juguetes, y quizá carecerán de un espacio bajo el aire, aunque son dueños de una voz con la que podrían apedrear nuestro egoísmo. Voz que realmente no necesitan, pues les bastaría mirarnos con el dolor agrupado en la cuenca de sus ojos.

No tendrán juguetes los que no llegarán nunca; los que nacieron a medias; los que ocultamos con nuestro silencio; los que tapamos con nuestra mentira, los olvidados, en parte..., los subnormales. Esos niños privados del mundo de los sueños, con una mente en perpetua noche, los que nunca escribieron una carta a los Reyes, tampoco tendrán juguetes. No los tuvieron, porque no podían coleccionar ilusiones, y quizá por eso nunca supieron que eran desgraciados.

Todos estos niños *fuleron*, supieron algo de la vida, *llegaron*, pero también están los que no llegaron nunca, los que fueron arrancados de la placenta materna, los no consultados, los asesinados por anti-madres que no quisieron saber «la gran hora del parto, la más rotunda hora», que dijo Miguel Hernández; los sin voz, sin ojos, sin oídos; los que no encontraron un nido en el vientre de su madre; los que se sentían venir y no llegaron; los incubados en madres que mataron el mañana; los que fueron flores que nunca se abrieron, porque unas manos truncaron su vuelo; los hijos de madres que no quisieron seguir teniendo la vida; los que se desparramaron porque sus anti-madres rompieron el cántaro de la maternidad; los hijos de mujeres que no quisieron ser madres o de madres que no querían prolongar su maternidad; los abortados, ya que no les dejaron descender a la vida porque sus anti-madres no creyeron que sus hijos pudieran ser los salvadores del futuro, que desterraran la injusticia y la miseria del mañana. Esos murieron el antedía y no tuvieron juguetes.

Sin embargo, estamos seguros que cuando suene la hora final habrá también una resurrección de juguetes para estos niños que nunca los tuvieron porque murieron, porque fueron pobres, porque no podían saber lo que era un juguete, o porque no los dejaron nacer... Muchos, pensando en esos niños, al revés de lo que dijo el poeta, tendrán ansias de arrancarse de cuajo el corazón y

ponerlo dentro de un zapato. Otros, atolondrados e inconscientes, tendrán tal vez un castigo por haber cerrado con déficit de amor el balance de su vida.

## LOS NIÑOS LOCOS \*

Acabo de ver la película «El pequeño salvaje» y dentro de mí ha quedado el aullido del niño-animal y la mirada del niño-ser humano subiendo por la escalera en compañía del doctor que le acariciaba. Una vez en la calle, expuesto en el escaparate de una librería, he visto de nuevo el tema de la película recogido en un libro, cuya portada exhibe al niño salvaje con un simple blusón y al doctor que, como un Pygmalion, se empeña en convertirlo en un ser racional... La sensación o las sensaciones que he tenido han sido muy fuertes y ellas, junto con esta lluvia persistente que nos golpea, sin duda, han sido culpables de mi pesadilla.

Me he acostado y cuando lo he hecho llovía por obra de unas nubes torvas. Lo he hecho cansado, cayendo en un sueño profundo físicamente, pero inquieto espiritualmente porque una tremenda pesadilla me ha estado atormentando durante él. La casita de campo donde el niño salvaje vivía con el doctor y su ama de llaves la he visto en mi sueño convertida en un viejo e inmenso edificio, de largos corredores como claustros, en cuyos patios crecían plátanos del Líbano y en torno al cual se veía un campo de fútbol inservible por el barro y una piscina vacía, pese a la lluvia, rodeada de altos hierbajos. La figura del doctor era sustituida en mi sueño por las imágenes de hombres-vigilantes uniformados que abrían y cerraban continuamente puertas a mi paso. El niño salvaje lo vi primeramente apostado en una columna de un patio, contemplando como hipnotizado y sonriente el caer es-

---

\* Este, y el siguiente capítulo, fueron escritos a raíz de dos visitas realizadas al centro psiquiátrico sevillano de Miraflores en 1971.

tallando en un charco de unas gotas de agua...; luego, se convirtió en dos, tres, cuatro... quince niños. Le llamaban «los profundos». Varios de aquellos niños estaban con unos simples ropones, algo viejos, sentados en unos sillones-retretes de color gris, atados los pies y las manos con cuerdas o cintas de persianas. Daban aullidos dantescoamente, se retorcían, parecían pedirnos dramáticamente que los liberásemos. Quise huir, como ante un cuadro del Bosco, y uno de los niños me agarró del brazo fuertemente, con cariño animal. Y me agarró el corazón con unos ojos negros, enormes, imposibles que pertenecieran a un niño anormal. En la pesadilla, me debatí, quise soltar al niño, y la mujer-vigilante que estaba a mi lado me dijo que no podía hacerlo, que entonces aquellos niños se comerían sus excrementos, devorarían sus ropas y hasta las hierbas del campo... Yo me debatía, y los niños también, enseñando algunos sus vergüenzas de hombres. Quise de nuevo huir y me tropecé con una figura de niño, a pintar por Velázquez, como el Tonto de Coria, que tenía veintidós años... Grité, y en lugar de la señora Guerin acudieron unas mujeres locas que hacían toda la limpieza del edificio, que atendían a aquellos niños anormales sin dulzura, violentamente, metiéndoles la cuchara casi hasta la garganta al darles de comer y recibiendo por esta tarea veinticinco pesetas al mes.

Al fin logré huir, tropecé con una mesa y tiré miles de papeles donde se leía «esquizofrenia paranoide», «esquizofrenia catatónica», «epilepsia esquizofrénica»... Corriendo (creo que corría), pasé por una sala donde un hombre se me acercó y me dijo que era pensionista de tercera. Miré en torno y la visión era digna de Sartre o de Kafka; también podía haberla pintado Van Gogh. Metidos en una mínima habitación había varias decenas de hombres, como encajonados, mirándome con curiosidad y esperanza. Era para volverse loco. No sé si aquellos hombres lo estaban. Fuera, en una de las galerías con asientos donde caía el agua de un techo con goteras, un hombre joven se paseaba mecánicamente de un extremo a otro dando la sensación de que jamás pararía. Yo tampoco podía detenerme, y continué huyendo de aquellos hombres que no tenían una sala de estar, que no contaban con una sala de visitas para recibir a sus familiares, para

caer entre otros hombres, menos tranquilos, llamados «los excitados», que se agrupaban, con dos vigilantes dentro de un mínimo espacio. Eran doce, como los doce apóstoles, pero les faltaba un Jesús bueno. Tenían cuatro celdas con tres camas cada una, dotadas de gruesas cerraduras y unas mirillas de barrotes. Tenían también un patio, pero como llovía sólo uno, audaz y loco, se atrevía a pasearse como un león encerrado de un extremo a otro de aquel patio desolado y acibrillado por la lluvia. Sus compañeros me dijeron que hacía cierto tiempo había estado desnudo.

No sé si he leído o también lo soñé que en un manicomio, en circunstancias similares a aquellas en las cuales yo me encontraba en mi sueño, uno de los enfermos mató a uno de los vigilantes e hirió a otros. También leí y soñé que, por error, habían metido en aquella misma sala de «los excitados» a un hombre cuerdo y había terminado loco. No era para menos. Médicos y vigilantes necesitan mucha vocación y coraje para ejercer su tarea y no tiene nada de extraño que, como en la novela rusa «El enfermo de la sala núm. 6», el médico acabe sintiéndose también indispuerto y se meta en la cama con el paciente. Pero aquí es imposible quedarse: un enfermo se empeña en demostrarme que está normal y la visión del hombre a medio vestir paseando bajo el agua me tortura y tengo que continuar huyendo. Toda la pesadilla es un correr por este amplio y abandonado edificio, de ambiente mágico y maléfico, oyendo puertas que se abren y se cierran, dejando atrás la queja de un médico que me grita que no puede recetar ciertas cosas porque no las hay en la farmacia, intentando esquivar el mirar insistente de personas bien vestidas o desaharrapadas, que, con las manos en los bolsillos, de pie, o tiradas en el suelo, holgazanean en lugar de estar dedicadas a trabajos, entretenimientos o distracciones. Al pasar por otra sala de hombres más «tranquilos» un individuo viejo me cuenta la hazaña por la cual lo tienen encerrado allí: no quiso matar una pulga y en otra ocasión, al querer matar a un semejante en el monte, la bala dio la vuelta y sin querer mató a un pájaro a su espalda... Por eso está allí. Miro alrededor y veo a un pájaro en una jaula, del cual cuida un recluido. Está como él, pero no le ha tocado la bala del enfermo «tranquilo» que, con sus compañeros hospitalizados



o en observación, permanecen también de pie en una sala-comedor mejor acondicionada que la de los hombres que vi por primera vez en mis sueños. Aquí se entra fácilmente, pero se sale con dificultad, me dice uno de los individuos viendo mi agonía por salir. Salgo, y en una mezcla ya de sueño y realidad, voy a parar a la «escuela de niños anormales», donde un grupo de señoras y señoritas samaritanas dan de comer a estos seres que nada saben de los griegos y su concepto de la locura tenida por divina; pero divino es el papel de estas mujeres anónimas y el de los llamados «padrinos» (universitarios, seminaristas, etc.), que cada domingo van a charlar con los enfermos solitarios, que ni familias tienen, porque se han olvidado de ellos totalmente. Olvido imperdonable, que se pudiera paliar acomodando como se merecen a estos seres, vistiéndolos, facilitándoles suficiente personal para su cuidado, proporcionándoles una terapéutica moderna, etc. Al fin encuentro la salida. Han transcurrido casi dos horas; el niño que miraba el gotear del agua sigue sonriente contemplándolo, sin moverse. Al fondo queda el aullido de sus compañeros atados y la dulzura de unas monjas que, como ángeles invisibles, me han guiado en este torturante laberinto de mi pesadilla por un mundo alucinado y alucinante. Cuando salgo del edificio compruebo que la lluvia continúa machacando al campo. Lluve: «llueve sobre la tarde, y sobre mi vida entera», como cantó el poeta.

## LOS OLVIDADOS

Una visita realizada a un manicomio y la lectura de un escrito de principios del siglo XIX titulada «Píldora III», me ha inspirado este conjunto de reflexiones que vienen a completar a las anteriores.

Al hablar de «los olvidados», lo hago pensando en ese mundo de hombres, mujeres y niños, sobre todo los niños, que viven encerrados en los establecimientos psiquiátricos. El que yo conozco, más que un establecimiento psiquiátrico, me atrevería a decir que es una cárcel, una especie de vía muerta donde se mete un tren que no tendrá nunca un destino positivo. Muchos seres humanos, cerca de 1.500, viven encerrados, sin que la sociedad sepa nada o casi nada de ellos. Y esto es lamentable, porque nuestra sociedad tan sensible a muchos problemas de tipo general, como son los que plantea el cáncer o la poliomielitis, sin embargo no ha reaccionado como debiera ante una cuestión que en cualquier momento nos puede afectar, máxime en este mundo de prisa y torbellino donde al cáncer y al infarto se añade la tremenda y terrible enfermedad de la demencia. Yo sé que en este mundo nuestro son tantos los problemas diarios, que la gente tiene bastante con los suyos; pero mi optimismo en la solidaridad humana, en la generosidad de nuestros semejantes, me impele a tocar una vez más el tema de los enfermos mentales. Por favor, querido lector, si tienes prisa detente un momento y sin que yo pretenda aumentar o llenar las alforjas de tus cuitas ni distraerte de tus ocupaciones, procura enterarte de la impresionante y cruel realidad de estos necesitados.

Miraflores— así se llama el manicomio— es un nombre muy bonito, pero allí adentro no se ven muchas flores. Detrás de sus torvos muros más que flores lo que hay es un jardín clandestino de seres humanos, por así decirlo, un tanto sórdido y miserable que exige nuestra atención. Al decir nuestra me refiero a la oficial y a la particular. Miraflores es un centro antiguo que no reúne las condiciones necesarias para albergar ni atender a los casi 1.500 enfermos que allí viven. Yo sé que existe el proyecto de sustituir este anticuado edificio por otro nuevo, pero los proyectos muchas veces se quedan en eso, en proyectos. Y mientras, «los olvidados» siguen arrastrando esta vida tremenda, que casi todo el mundo ignora. Yo creo que un instituto psiquiátrico *no puede* parecer una cárcel ni un almacén de seres enfermos, donde éstos permanecen encerrados cinco, diez, veinte o sesenta años sin que ni la sociedad, ni a veces sus familias se preocupen de ellos. Un centro psiquiátrico *debe ser* una institución educacional, donde el enfermo, en primer lugar, tenga los suficientes médicos, las necesarias comodidades, una alimentación y vestido adecuados, unos enfermeros y no unos carceleros, unas enfermeras y la necesaria cantidad de medicinas y tratamientos que la moderna terapéutica exige. Con *el sistema* de tenerlos encerrados, no se consigue nada; con *este método* no se logra aprovechar el mínimo coeficiente intelectual que el enfermo pueda tener. ¿Os imagináis a veinte o treinta hombres de pie o tirados por el suelo en una habitación? Creo que estarían mucho mejor entretenidos en talleres, aprovechando su relativa capacidad, en lugar de permanecer como animales mirándose unos a otros o ensimismados en su mundo alucinante.

El enfermo dentro de un clímax satisfactorio, un clímax que más o menos hemos delineado y que en último extremo son los especialistas y los centros oficiales los que deben crear, puede consagrarse a una actividad y sobre todo puede recuperarse y ganarse para la sociedad. Lo que no podrá nunca es curarse mientras siga abandonado de su familia, sin las mínimas atenciones, y conviviendo con enfermos mentales en situaciones más críticas que las suyas con harta frecuencia. El espectáculo es inenarrable, os lo aseguro. Inenarrable sobre todo si visitamos a los ni-

ños denominados «profundos mentales». Estos niños, tarados mental y físicamente, no son muchos; pero sí los suficientes para brindarnos un cuadro que jamás se borrará de nuestra mente. Vestidos con unos ropones grises, casi totalmente destrozados, algunos de ellos han sido atados a unos sillones-retretes. Otros se pasean o dan saltos o yacen tirados en el patio bajo el efecto de cualquier medicina que le han dado o del simple rayo de sol que llega para calentar su vida solitaria.

Si la sociedad no tiene que construir Universidades o colegios para sus hijos normales, tampoco la sociedad tiene por qué construir centros para su hijos anormales. Este es un razonamiento que más de un padre, sin duda, se ha hecho y que tal vez nosotros estemos dispuestos a ratificar. Pero si la sociedad no está obligada a levantar esas instituciones donde se pueden reeducar y recuperar a muchos niños con un tratamiento adecuado, sí que está obligada a tener conciencia del problema. La sociedad debe saber que no sólo existen cancerosos, tuberculosos, leprosos o poliomiélticos, sino que existen también en unas especies de catacumbas unas series de deficientes mentales totalmente olvidados. Muchos padres, creyendo que la enfermedad de su hijo obedecía a un conjuro y bíblico pecado ocultaban la tragedia y encerraban a su hijo, lo ocultaban como si fuera una tremenda vergüenza. Hoy sabemos que el mal puede originarse por causas que nada tienen que ver con oscuros pecados. Y hoy también sabemos que muchos padres hacen lo imposible por lograr el mejoramiento de sus hijos y hasta ha habido una madre que en la TV ha aireado su problema logrando llevar a la mente de millones de españoles la tragedia que se significa tener un hijo enfermo mental. Esta tragedia se da en todas partes y son miles los niños subnormales, y las personas dementes o locas que viven enclaustradas en nuestra Patria. Sin embargo, lo que aún no se ha logrado es, repito, sensibilizar a la sociedad, llevar a la conciencia de la gente lo que este problema significa. Máxime cuando no sólo existe sino que se da en una situación trágica. Los niños «profundos» del manicomio sevillano de Miraflores son un ejemplo de ello. Lo hemos comprobado en más de una visita. Y

encuentra obligada moralmente a saber de su existencia y a procurar el remedio que esos niños demandan. Pecamos no sólo por lo que hacemos sino, sobre todo, por lo que no hacemos. Hay pecados de acción graves, pero mucho más graves son los pecados de omisión; y una omisión es el olvido en que se tiene a los enfermos mentales del Manicomio de Miraflores. ¿Por qué la gente no se acuerda de estos enfermos? ¿Es que también la sociedad está enferma y no tiene tiempo de ocuparse de estos enfermos?

Y ahora viene, querido lector, a cuento, la lectura que he hecho en este impreso de principios del siglo XIX realizado en la imprenta de don Antonio Carrera y que lleva por título «Píldora III». En este escrito podemos leer lo siguiente: «Apenas metimos la gaita en la sala I vimos recostada sobre una cama una mujer coronada de torres que, aunque feas, tenía la principal que súbía por todas. Estaba tan acribillada de tajos y heridas, que no pude menos de hacer dos pucheros y sacar el pañuelo para limpiar dos lágrimas como cerezas, que fueron los emisarios del dolor de mi corazón. ¡Qué lástima me dio al ver una señora hermosa y benemérita en tan deplorable estado! Dudando de quién era me sacó del cuidado una redondilla, que tenía en el respaldo de la cama en que se leía:

Causa grande maravilla  
ver en tan funesto estado,  
después de lo que ha pasado,  
a la ciudad de Sevilla.

En un rincón estaba un ente indefinible con un sombrero de pajas, y unos borlones en las botas de una persia, que parecían borlas de empolvar, sacando la lengua, moviendo la cabeza y señalando con el dedo a la señora, y en un tono cruelmente satírico decía: «Es ésta la ciudad de un aspecto elegante, y el gozo de toda la tierra! Me dio tal coraje el oírlo que si la justicia que me acompañaba no me ha detenido le vuelvo lo de dentro a fuera al insolente bribón».

Eso mismo, o más o menos eso mismo, me dijo a mí el otro

día con referencia a la sociedad uno de los reclusos de Miraflores; pero a mí no me dio ningún coraje al escucharle ni por supuesto pensé que era un insolente bribón al que había de volverle lo de dentro a fuera, más bien pensé que había que volverle lo de fuera a dentro.

## JUEGOS POSTERGADOS

Hemos llegado a una de las plazas más bonitas de la ciudad. Es una apreciación subjetiva en la que se conjugan valores estéticos con valores sentimentales. Plaza rectangular; plaza con fontana chorreante; plaza con amplio techo de laureles de la India; plaza con noble entorno arquitectónico; plaza a la que dan seis calles con personalidad propia y distintas perspectivas.

Entremos a ella por una de esas vías. Al fondo, sobre el follaje verde y al costado del rojo tejado del templo que la cierra por un lado, se alza un grácil arco de piedra, del que pende una franciscana campana. Hacia la derecha sube una calle, hacia la izquierda baja su prolongación con otro nombre. Podemos mirar a un lado y a otro y el encanto del barrio se manifiesta en síntesis diversa. Por la opuesta esquina de la plaza es escapa una calle con balcones, y una estrecha y fina rúa como una espada templada en el Tajo. Por la otra esquina asciende un callejón de bello discurrir, y a cuyo fondo se sitúa una plazoleta con una femenina palmera. La verdad es que vale le pena (pero, ¿es que es pena?) caminar como jugando a las cuatro esquinas y asomarse a estos ingresos o salidas —depende de donde estemos— de la plaza. Plaza cuya humanidad (incluimos perros) no vamos a describir. Es un verdadero placer curiosear por estos miradores y, finalmente, sentarse en uno de los sólidos bancos de piedra. Es un sedante. No hagamos caso de la hornacina inexplicablemente vacía del frontis del templo. Allí, pienea uno, había una imagen blanca. No nos irrite por su insólita desaparición, ni por la cabina telefónica mal situada, pues rompe el conjunto estético urbano; no hagamos caso de los faroles deteriorados y bamboleantes; no nos enfademos por las

fachadas que debieran ser pintadas..., aunque se nos estén metiendo por los ojos y golpeándonos el alma. Ni siquiera intentemos pedir que se revoque, adecedente o replantee uno de los testeros de la plaza. En cambio, sí podemos inquietarnos por la ausencia de niños jugando. No hay pequeños en esparcimiento. Y es extraño, porque los niños juegan en los barrios. Los niños casi nunca retozan en las calles y plazas del «centro» de las ciudades, pero sí que juegan en los pueblos y en los barrios ciudadanos. Sin embargo, estos hombrecillos de ahora no se entretienen tanto como los de antaño. ¿O es una falsa apreciación personal? Si nuestra observación fuera cierta creo que deberíamos preocuparnos. Bajo todo juego infantil, decía alguien, se oculta siempre algo muy hondo, pues, como confesaba Montaigne, los juegos de los niños constituyen su más seria actividad. ¿Qué ha sucedido entonces? ¿Es que los niños han abdicado de esa actividad o es que practican otros juegos que nosotros ignoramos? Personalmente admito que se divierten con otras distracciones, pero también estimo que los niños de ahora juegan menos que los de antes. Y si no juegan, ello quiere decir que no cultivan su imaginación. Una imaginación que necesita de la burda muñeca de trapo para convertirla en un ser vivo, o de un vulgar aro para suponer fantásticas velocidades.

La infancia actual se regocija con la pelota, con suponerse bandido o ladrón, con el pasatiempo del hockey o practicando «el cojido», «el subido» o con el escondite y la estampa que golpea contra el suelo hasta hacerse un callo en la mano... El resto de su tiempo tal vez lo llene con la televisión, que le da falacia —mundo falso—, violencia, y le atrofia mentalmente... En la plaza no hay ningún niño ahora. ¿Dónde están? Tal vez estudiando y haciendo «deberes»; quizá aprendiendo judo o tenis, o practicando baloncesto. Con todo, tienen que quedar aún algunos pequeños, que vivan el exotismo y valor de un boliche de cristal de colores, que eche a volar la ilusión de una cometa, que salte alegre y malicioso sobre el amigo y le dé un «lique y culá», que viva el secreto del sexo en juegos con niñas de su edad, que corra entre cuatro esquinas o meta sus manos en las tibias del compañero para dejar caer una prenda. En alguna parte hay ni-

ños que se recrean con la taba, con el aro y la «cingaera», con la «tángara». Niños y niñas que juegan al corro, al trapito quemado, al «lo veo», a «frío y caliente». Niños que con la misma degeneración lingüística de los romances piden «bate» y manotean la pelota que le acaban de tirar; salmodian «salto la uva, salto el garbanzo, ven acá burra, que yo te la amanso»; o juegan a «calimbre».

Antes, cada período del año traía sus juegos. Había una época para remontar las cometas exagonales o rectangulares con vistosos rabos en cuyo extremo algunos malignos prendían una navaja para coltarle la liña al vecino o por cuya liña se hacían ascender aritos de papel como si fueran mensajes; había una temporada de boliches de cristal, de barro o de reluciente acero; existía un tiempo para los trompos de llamativos colores únicos o pintados a rayas, para hacer más fantástico su vertiginoso rodar... No faltaban auténticos artistas haciendo malabarismos con su trompo, que iba del suelo a una mano y de ésta a la otra, pasándolo por debajo de una pierna. O que lanzaban certeros sobre los enemigos caídos dentro del círculo y los rajaba con la férrea punta... Había, repito, épocas para unas u otras distracciones, y de siempre se jugaba a los bandidos con espadas de madera y gorros de papel a lo «Pipo y Pipa», al escondite, al «tejo», a piola...

Lo mismo que, a veces, la vida es un juego, los juegos son escuela de vida, de hombría. Porque tenían sus reglas, sus incitaciones, emociones y misterios. El juego podía terminar en un enfrentamiento ante una raya que separaba a los dos hombrecillos convertidos ya en momentáneos enemigos. El primero que se atrevía a borrar la raya con el pie declaraba la guerra y desataba la lucha. Un lucha de revolcones, trompadas y tirones de pelos ante un público espectador y asuzante. En pequeño se repetía la escena de los Trece de la Fama, cuando Pizarro desafió a sus compañeros a cruzar la raya en la isla del Gallo, para proseguir la conquista. Después se daban la mano en son de paz y seguía la diversión sin trampas.

¿Dónde están estos niños de antaño? Son hombres ya. Hombres y mujeres que no han sido capaces de transmitir a sus seguidores aquellas sencillas y primitivas diversiones donde lo fun-

damental lo constituía la imaginación poderosa. Son hombres que le compran a los hijos-niños muñecas que hablan, locomotoras que vomitan humo y pítan, trenes eléctricos de gran precisión, transistores y televisores que les impiden el progreso mental. Es como si en el aspecto fisiológico los alimentasen con papillas toda la infancia obstaculizándoles el desarrollo dental. Esos hombres —yo entre ellos— son los que han acabado con los viejos juegos, y ahora se lamentan de que las plazas están vacías y los niños —a los que se conocen por sus aficiones, según la Biblia— no hagan su papel de tales. Y al olvidarnos de los esparcimientos de antaño hemos establecido una barrera más entre los niños y nosotros, porque eso teníamos de común, y eso, cuando vivimos una hora de niño como ésta que sentimos en la plaza vacía, es la que nos conduce al maravilloso mundo infantil. Un mundo del que hemos sido desterrados o donde nos sentimos extranjeros por propia culpa.

## CAMINOS UNIVERSITARIOS

## LO QUE PASA EN LA UNIVERSIDAD \*

No por viejo deja de ser bastante exacto el símil: la Universidad es como la Renfe. La gente saca su billete, se sube, viaja, se queja si es preciso, maltrata si es necesario lo que le rodea y cuando llega a su destino se baja. El viajero, el estudiante, desaparece, pero la Compañía, la Universidad, sigue. Un ex rector volvía a echar mano la otra noche de esta imagen al analizar la situación universitaria, a la par que señalaba con razón cómo pocos se acordaban en sus pliegos de cargos de airear las virtudes que el «alma mater» posee. Pero no importa: «ladran, luego cabalgamos». Cualquiera se cree llamado a escribir artículos sobre la Universidad, a pontificar, a señalar fallos o a ofrecer remedios. Con confusión, ligereza, contradicciones y tópicos se trata muchas veces la situación universitaria. Se hace de la Universidad una crítica poco exacta y arbitraria. Poco exacta porque sólo se atina a ver notas negativas, y arbitraria, porque únicamente se fijan quienes la hacen dentro del panorama nacional, en la Universidad, como si ésta solamente fuese la única que marchase mal. ¿Por qué no se escribe sobre lo que pasa en el mundo obrero y en los Sindicatos, en la Justicia, en el clero, etc.?, por ejemplo. Ante la embestida de que es objeto, la Universidad, como institución que es, no puede reaccionar, carece de medios, y su órganos políticos y administrativos callan casi siempre.

En cualquier rincón de la prensa diaria encontramos de continuo títulos como «¿Qué pasa en la Universidad?» Pregunta que también nos hacen padres de familia o amigos cuando hablan con nosotros y saben de nuestra condición de docentes universi-

---

\* Publicado en «ABC» de Sevilla el 17-III-1968.

tarios. Y es verdad. ¿Qué pasa en la Universidad? Pero no sería mejor preguntarnos: ¿Qué pasa en el país? Por ahora, intentaremos contestar a la primera interrogante.

En la Universidad sucede algo muy sencillo: están confluendo en ella unos problemas reales, con una tesitura política nacional y una problemática o malestar internacional. Ni más ni menos.

Nuestra Universidad tiene problemas, adolece de lacras. Sufre males como cualquier familia, cualquier organismo, cualquier institución o cualquier servicio público. ¿Cuáles son esos problemas? Enunciémoslos una vez más, pues para algo la Universidad quizá es la única institución que soporta la autocrítica de sus miembros. Son estos fallos: masificación del alumnado, carencia de profesorado, falta de locales, escasez de medios instrumentales, necesidad de nuevos estudios, pobreza de investigación, estructuración arcaica, absentismo del catedrático, urgencia de agilizar los planes, situación de su profesorado adjunto, etc. En una palabra: la Universidad necesita que su presupuesto aumente y que se le dote de una nueva ley de ordenación. Digamos que el presupuesto ha pasado de 238 millones en 1955 a 1.637 millones 1967. Con ser mucho, no basta. Y digamos también que la ley de ordenación universitaria imperante data de 1943.

Muchos de los males enunciados no son generales y otros son endémicos y viejos. Algunas de estas rémoras pueden darse en Madrid (plétora de alumnos), y no en provincias. Las dotaciones, las instalaciones, la holgura espacial, etc., también varían. En cambio, lo referente a nuevos estudios y transformación de los planes existentes es un mal general. En la lista de acusaciones también se le tacha de ser un «simple centro de instrucción profesional», oficina o fábrica de expender títulos. Y, por supuesto, nunca falta la calificación de «clasista», esgrimiéndose el tan cacareado uno por ciento de hijos de obreros en las aulas universitarias, cifra evidenciada como falsa por un sociólogo no ha mucho. Porque ese uno por ciento puede convertirse y es realmente un cinco o siete por ciento. Lo cual no nos permite decir que es satisfactoria esta presencia del mundo proletario en la Universidad; pero es que, aun reconociendo esta limitación, no podemos afir-

mar que la Universidad sea clasista. ¿Cierra sus puertas a alguien? ¿Fija unas matrículas astronómicas? Nada de eso. La Universidad no hace sino reflejar a la sociedad donde esta insertada, y si alguna vez se practicó en la enseñanza el clasismo fue en los colegios de enseñanza media, muchos de ellos dirigidos por religiosos. La Universidad nunca ha tenido distintas puertas de entrada para unos y otros alumnos, ni ha ordenado distinguir a éstos a base de un uniforme mancillador. La defectuosa configuración de la sociedad española determina la marcha —fallos y virtudes— de la Universidad, y lo realmente grave y más cierto es que todo el país, y con él toda la clase obrera y modesta, sostiene la enseñanza de los hijos de la burguesía baja y alta.

La problemática universitaria sentida por todo el profesorado, insistimos, a la cual se le viene haciendo frente, tiene una doble faz. Por un lado, nos encontramos con las notas negativas citadas, con su mal o males de esencia, de estructura, etc. Mas junto a esto se sitúa otro aspecto: el planteado por las reivindicaciones estudiantiles, con delineamientos propios, aunque muchas veces dentro de ellos se haga mención a los fallos que hemos enunciado. El mundo estudiantil en España y en el extranjero pide la autodeterminación, la libertad para constituir sus propias asociaciones, la democratización de la enseñanza, el levantamiento de sanciones, etc. Muchas de estas peticiones son atendibles, y creo que bien encauzadas pueden conducir a una feliz meta. Pero, desgraciadamente, estas demandas cada vez se hacen más exigentes, aumentan, y junto a unos primeros deseos ahora aparecen la paridad en la representatividad, la «codeterminación», el «cogobierno», y la intervención en la elaboración de planes de estudios, en la redacción de reglamentos disciplinarios, en el nombramiento de profesores, en la designación de las autoridades académicas... En una palabra, y si alguien conoce la historia de la Universidad hispanoamericana, se trata de implantar la tristemente famosa reforma de la Universidad de Córdoba (Argentina), que tan funestos resultados ha tenido en Hispanoamérica. Además, muchas de estas peticiones llevan una tremenda carga política, imposible de atender en una estructura como la nuestra actual. Me refiero al Sindicato Democrático Libre, inaceptable además por muchos,

porque implicaría la implantación de otro Sindicato monopolístico y único como el fenecido SEU.

Creemos que una nueva ley de ordenación universitaria, que defina la existencia o no existencia de las Universidades privadas, que separe la función administrativa de la de gobierno en los cargos, que imponga la representatividad en los mismos, que rompa con el inmovilismo de la cátedra, que proporcione la debida autonomía a las Universidades, etc., aclararía mucho de este confuso mundo de problemas de la enseñanza superior. Digo que «aclararía», pero no arreglaría totalmente la problemática universitaria, porque ya lo afirmé, ésta —la Universidad— está inmersa en una sociedad, que es la que, en última instancia, hay que variar. Nuestra sociedad está atrasada, y por ello lo está la Universidad. Para modificar a ésta hay que variar aquélla. Y en la terapéutica que apliquemos para un mejoramiento de nuestra casa nunca deberemos olvidar la enseñanza primaria y media, de la cual la universitaria es continuación y de la cual hoy está separada, quiérase o no.

Ahora bien; junto a esta coyuntura de nuestra Universidad, que en estos últimos años y con el actual Ministerio se ha afrontado como nunca se hizo, con resultados patentes y positivos, nos encontramos con que el país yace ante la encrucijada de un problema político indudable. Las promesas hechas en el último referéndum, lentas en realizarse, y otros factores de tipo económico, han agudizado esta problemática, y lógico resulta que la Universidad, sector el más sensible de la sociedad española, sea el que más vibre ante esto. Por la Universidad, tal vez porque el universitario tenga menos que perder que otros miembros de la sociedad española, es por donde está aflorando el descontento, la ideología, las ilusiones, los deseos de unas nuevas generaciones que protestan contra valores establecidos. A estos hombres posiblemente no les dice nada un lenguaje cuya vigencia comenzó hace treinta años. A estas generaciones nuevas les cansan en algunos casos las mismas figuras políticas, les inquieta el inmovilismo, anhelan cambios, institucionalizaciones, más libertad y renovaciones. Es una sana preocupación, un loable interés, junto al cual se han aposentado las miras de grupos revanchistas, de ideo-

logías inaceptables, que desean pescar en este mundo juvenil. Y así vemos cómo se esgrimen problemas universitarios para llevar adelante consignas donde la guerra del Vietnam, Mao, Lenin y el «Ché» Guevara figuran incomprensiblemente.

Como fondo general a toda esta situación universitaria y política se alza una oleada de anomalía estudiantil que va de Lima a Roma, de California a Londres. Todos nos hemos enterado de la dimisión de un rector porque se negó a repartir las píldoras anticonceptivas entre sus alumnas; de «sentadas», porque no se les autorizó a usar los mismos servicios que las alumnas; de huelgas, porque la comida del restaurante estaba fría; de ocupación de locales, porque las tasas eran altas; de Facultades donde ondea la bandera del Vietcong por razones que se nos escapan a nosotros... La violencia, el caos, la confusión dialéctica, la politización, en una palabra, de la Universidad es un fenómeno mundial. ¿Cuál es su causa?

Hay, no cabe la menor duda, una crisis de autoridad. Crisis general que existe en función de una crisis moral. Vemos continuamente la adopción de medidas que luego se revocan y no se llevan hasta sus últimas consecuencias. Notamos también entre la juventud un inconformismo contra una sociedad que estima burguesa, una repulsa a valores establecidos, sean los que sean, una negativa a la sociedad del bienestar. Es un fruto de la época, que, muchas veces por mimetismo y otras por causas similares, se ha extendido por todas partes. Razones comunes no faltan, ya que estamos viviendo un momento de confrontación o choque de dos grandes ideologías, el socialismo y el capitalismo. Y digo el socialismo porque esta juventud de ahora, en general, habla de eso, de la democracia directa y del socialismo.

Las sorprendentes y rápidas transformaciones derivadas del industrialismo y el tecnicismo, las fabulosas conquistas biológicas y médicas y otros factores que tipifican a este momento de «robot», ordenadores electrónicos, viajes a la Luna, etc., están dando lugar a la aparición de una nueva sociedad, cuya vanguardia son estas generaciones jóvenes.

Como en todo choque, se origina cierta confusión, y de este modo encontramos «hijos de papás» que se llaman «pro chinos»

viviendo como burgueses, sacerdotes que actúan en guerrillas cuya ideología no ha bendecido la Iglesia, habitaciones con carteles donde se habla de mejorar la Universidad a base de frases de Mao y presididas por el retrato del «Ché» Guevara, etc. Por todo eso, se hace difícil la solución radical del llamado problema universitario. Porque es como si yo, enfermo de hígado, pretendiese curarme el mal tratándome las erupciones —síntomas— que me pueden salir en las manos o las bolsas que se me formen bajo los ojos. La crisis universitaria es crisis social. Y por eso, las pretensiones de los universitarios van mucho más allá de unas realidades inmediatas y puramente universitarias. Por eso, ellos desean, por ejemplo, que la Universidad sea el cerebro transformador de la sociedad capitalista. Por eso, sin querer, están politizando a la Universidad, sin percibir que con ello hieren los aspectos académicos y la esencia misma de la Universidad y destrozan a ésta. Los estudiantes quieren que la actual Universidad se transforme, y, a la par, claman por una sociedad más libre, más justa, más democrática, sin darse cuenta que cuando esto se consiga —esto último— también la Universidad habrá cambiado. Pero ellos quieren un proceso inverso, quieren llevar la acción política a la Universidad y que ésta actúe, se defina, sobre esa sociedad que le acoge y que ellos consideran inadmisibile o transformable en plazo rápido. De ahí el choque, a veces, con la Administración; de ahí que el «problema universitario» se conciba como un problema de orden público; de ahí el ladrillazo, la huelga, el enfrentamiento.

¿Qué hacer? Comprender, en primer lugar, que la crisis universitaria es una crisis social general. Luego, porque estamos todos obligados a actuar en nuestro ámbito debemos poner los remedios necesarios a nuestros propios defectos.

El cuerpo docente debe evitar por todos los medios la ruptura del puente sólido que hay tendido entre él y el alumnado. Se impone un mayor trato directo. Es necesario evitar el encontronazo entre el estudiantado y el profesorado. Nadie mejor que éste para oír y canalizar, aconsejar y sugerir todo lo bueno que pueda haber en las reivindicaciones estudiantiles, siempre que éstas se refieran al campo meramente académico, porque sa-

liéndose de este marco el problema se escapa totalmente de nuestras manos: de las universitarias.

A todo trance hemos de mantener intacto el ser de la Universidad. Ella es un centro consagrado a buscar la verdad, a investigar, a despertar ideologías, a educar en todos los aspectos de la vida, incluso en el político, pero nunca campo para la acción, nunca palenque de alteraciones de orden público, que estorban el clima que su función exige. El Estado debe percibir que el «problema universitario» es y no es un problema de orden público. Y, por supuesto, debe mimar a su Universidad, entendiendo por «mimar» un aumento cuantioso, el necesario, de su presupuesto.

Por otra parte, la sociedad debe convencerse del papel que la Universidad juega en el progreso económico, social y político del país, practicando la búsqueda de la verdad y expandiendo los resultados de esa búsqueda. La sociedad que hoy apenas ayuda a la Universidad porque estima que élla es del Estado y sólo éste está obligado a apoyarla, debe intentar desterrar esta orfandad del «alma mater» y comprender que la Universidad no es de los profesores, ni de los alumnos, ni del Estado, sino de élla: de la sociedad, que hace sus inversiones sobre la Universidad para cosechar técnicos, abogados, biólogos, químicos, arquitectos, médicos, profesores... y no huelgas, ladrillazos, «sentadas» y bastardeamientos de su función. Interesa una Universidad autónoma, creadora, docente e investigadora, fuerte, vigorosa, rectora de la vida espiritual del país. Interesan más y mejores profesores con debido sentido de la responsabilidad y apoyados en los medios necesarios. Y también interesan más y mejores alumnos, también con el debido sentido de la responsabilidad y menos pasivos en el quehacer docente diario de las aulas. Una nueva ley orgánica, unas asociaciones u organizaciones estudiantiles con autonomía serán los caminos para una mejor Universidad, para una mayor y mejor participación de los alumnos en la vida universitaria.

He aquí mi examen de conciencia. Hecho con afán de auto-crítica y de perfectibilidad.

## EL PRISIONERO DE LA CALLE LARAÑA

*(En memoria de don Manuel de Jesús López Guerrero)*

Por segunda vez llamamos así, «prisionero de la calle Laraña», a Maese Rodrigo de Santaella, fundador de nuestra Universidad, a principios del siglo xvi, y último ocupante de ella, que, sin duda, abandonará su viejo e histórico edificio. Como un Rudolf Hess, fantasmagórico preso de la tétrica Spandau, nuestro Maese Rodrigo continúa prisionero al cabo de los años en la que fue Casa de la Compañía de Jesús. Pero, ¿realmente es un prisionero? ¿Es un ejemplo del olvido de los hombres? ¿Representa la lentitud con que se acomete hoy la solución de muchos problemas? ¿O es un voluntario y simbólico ocupante del glorioso patio por donde nuestra juventud transitó para sumergirse en aulas dickensianas que un alumno actual, tal vez, rechazaría rotundamente?

Hemos ido a hacerle una visita, y sin querer, queriendo, Maese Rodrigo de Santaella —íntimo amigo de don Manuel Jesús López Guerrero— y yo hemos sostenido un diálogo. Sí, un diálogo, porque, dice Gracián, el diálogo es «noble ocupación de personas», y porque, como alguien ha escrito, la Universidad «es diálogo institucionalizado». Desde hace cierto tiempo se usa y abusa mucho de la palabra «diálogo», sin que realmente éste se dé, porque dialogar es hablar y escuchar, única manera —la palabra— de superar diferencias y lograr entendimientos. Más que diálogos se desarrollan monólogos. Pero la Iglesia y la sociedad, en especial la juventud, vienen exigiendo la oportunidad de un diálogo para encontrar soluciones a los grandes problemas de toda índole que aquejan a nuestra hora. Porque los problemas se solucionan, no se plantean.

Cuando le he dicho a Maese Rodrigo que yo creo ser el producto de un trauma nacional, que yo pertenezco a una generación que no hizo la guerra civil, pero que la ha sufrido mucho pasando de largo, silenciosamente, ignorada, me ha contestado que no, que estoy equivocado completamente. Y en la soledad del patio el eco de su voz se ha escapado por encima del reloj parado, diciéndome que nada importa lo que de nosotros han hecho los demás, que lo que importa es lo que nosotros hicimos de lo que los demás hicieron de nosotros. Que en el hombre hay un libre albedrío para trazar su destino. Aquello me sonó a «Oración del siglo xx» que Radio Nacional lanza por sus antenas cada mañana, y no me convenció. Quise hacerle ver que él hoy no se atrevería a regir a la Universidad, que toda función representativa y de gobierno es aburrida y difícil, desmoralizadora, y que es preferible una forma de acción que sólo nos comprometa individualmente. Creo que se dio cuenta que le estaba espetando un trozo de las «Memorias» de Andrés Maurois, pero sin tener en cuenta ello —sin duda por educación— me habló de sacrificio, de vocación y no deslumbrado por el brillo de ellos, de autoridad. Para él autoridad era decisión, y ésta, responsabilizara. Decisión —me dijo— que muchas veces no hay que demorar y que te acarreará el enojo de algunos, porque, convéncete —me dijo—; es imposible estar a bien con todo el mundo. Ni el mismo Jesús lo pudo estar; tuvo también sus enemigos, y esto es bueno. Algunos de ellos fueron los mismos que antes le habían puesto alfombras de flores y le habían vitoreado.

Sí, sí, de acuerdo; pero es que muchas veces no puedes decidir, no puedes o no te dejan actuar. Una burocracia tarda o un papeleo agobiante acaban con la mejor voluntad. Limitaciones, ambiciones, etc., te ponen obstáculos, porque «hay mucha gente —y esto lo dijo Einstein— que se dedican a hacer leña». De acuerdo, asintió, y sin mencionar aquello tan manido de «ladran, luego cabalgamos», Maese Rodrigo sentenció que lo que hay que procurar es evitar el descontento y la insatisfacción colectiva (la individual siempre la habrá), porque entonces tocaremos los linderos de la frustración y eso es cosa peligrosa. Hay que andar

con cuidado, contar con los demás, no olvidar que «la prohibición engendra rebelión» (Ortega) y que «la rebelión es el lenguaje de aquellos que no son escuchados» (Luther King). Por si me estaba hablando de los estudiantes le contesté que vivía con ellos, que era y había sido autoridad sobre ellos, y que nunca había desechado a los consejeros estudiantiles, porque muchos de ellos, movidos por sinceros y nobles fines, indagan, sugieren, ejercen una labor crítica y actúan sin cálculo ni beneficios. Considero —le dije— que ellos aportan un fermento activo al habitual y no generalizado, gracias a Dios, quietismo de algunos profesores, aunque a veces han cometido excesos. De acuerdo; pero has de reconocer —me indicó— que es preferible cierto grado de desorden creador que el silencio o el monólogo. Tuve que atajarlo porque me pareció que estaba inspirado y que iba a convertir el diálogo en un monólogo, y ya la tardecita se ponía fresca en el patio de mármol. Quedamos citados para otro día; y, como una última consigna, me dijo: Ser universitario es algo muy serio; no puede serlo cualquiera, exige entrega total; es algo indeleble que se te mete en la sangre y jamás te abandona. Por eso —me confesó— sigo aquí atento siempre a lo que nos une más que a lo que nos separa. Por encima de nuestras debilidades, pasiones o intereses particulares está siempre la Universidad toda. No lo olvides.

Le conté todo esto a don Manuel de Jesús López Guerrero, secretario general por excelencia de la Universidad hispalense (el secretario de mi Universidad y de mi juventud), viejo amigo de Maese Rodrigo, y me dijo, con sus ojos de mirar bondadoso, ventanas de una cabeza donde la legislación estaba ordenadamente archivada: tiene razón. Y me lo dijo desde la atalaya de sus sesenta y pico de años, desde su encierro y olvido por quienes les conocimos y gozamos de sus favores, y desde una enfermedad que sólo se atenuaba cuando se le hablaba de la Universidad, de nuestra Universidad. «Las cosas de la Universidad no me cansan», había pregonado más de una vez don Jesús. Y era verdad, porque desde los dieciséis años a ella le dedicó su vida, con tal intensidad que horas antes de doblar la última página de su existencia también a ella consagró su preocupación. Preocupación desinte-

resada, generosa (¿lo imagináis en su cuartito de la calle Laraño?), desarrollada con humildad. Esa humildad con que se ha muerto, casi pidiendo perdón por hacerlo, y sin darse cuenta que él representa todo un largo e interesante lapsus de la Universidad hispalense —cinco rectores—, que ahora, sin duda, estará comentando con Maese Rodrigo, su viejo amigo, el de verdad, no el de bronce prisionero y olvidado en la calle Laraña. ¿Qué hablarán los dos en el más allá? ¿Cómo nos juzgarán?

## AULAS VACIAS

Sobre este tema se ha debido de escribir miles de renglones y se continuarán escribiendo mientras haya un corazón funcionando. Produce tristeza un camposanto, un niño pobre sin juguetes, una puesta de sol... Pero pocas aprietan tanto el corazón como la contemplación de un espacio vacío donde durante cierto tiempo han convivido un número de personas. Nada hay más triste, se dice con filosofía popular, que el patio de una escuela sin niños. Aquel patio atormentado a veces por las carreras, las voces, los gritos y risas pierde todo significado cuando la grey infantil lo abandona y deja sumergido en un silencio agobiante. Algo similar sucede con una biblioteca, con unas aulas, con un Colegio Mayor, con una Universidad. Y citamos estos lugares y centros porque son donde vamos gastando la vida. Gastando la vida ante un espejo —generaciones juveniles— que cada año, como indicaba Marañón, son más jóvenes en tanto que nosotros cada año somos biológicamente más viejos.

Habitualmente decimos «es un paisaje triste» o «es un paisaje alegre» y tal vez resulte cierto que de el paisaje dimane tristeza o alegría; pero con frecuencia la alegría o tristeza está en nosotros mismos. El ser humano puede llevar la alegría a un paisaje que, ausente el hombre, se torna triste. Es lo que sucede con un aula o unos patios universitarios. Son alegres si la juventud los llena. La soledad los torna tristes y hasta sombríos. Por eso estar triste muchas veces es estar solo. Por supuesto que estar acompañado no consiste en verse rodeado de gente; con frecuencia se experimenta una infinita soledad en medio de una muchedumbre

porque entre ella y nosotros no hay conexión espiritual alguna, no se da una especie de ósmosis.

Ahora mismo, un paisaje marino, un paisaje urbano, un paisaje terrestre con primacía del verde que nos estaba resultando alegre gracias a un sol generoso, se ha tornado tristón. Pese a que el sol sigue luciendo, sacándole brillo al azul del mar y al verde de los pinos. Ahora mismo, unas terrazas, un bar, un comedor, unas aulas que destilaban alegría, se han convertido en fuente de una dulzona melancolía. Un cuadro donde se ven nueve reyes europeos muertos ha tiempo se ha transformado, de pronto, en toda una lección política. Unos trofeos de plata escondidos en vitrinas que proclamaban horas de euforia y triunfo, gritan ya la fugacidad de la vanidad humana. Unas porcelanas conservadas en vitrinas con iniciales y coronas reales que pasaban desapercibidas, han mostrado repentinamente su presencia para permitirnos vislumbrar algo de lo que fue y ya no es. Cinco niños blancos y rubios metidos en un inmenso cuadro al óleo, hijos de reyes, que veíamos como el alegre cromo de un vestíbulo que ha perdido toda realceza, parece que acaban de cobrar vida y están dispuestos a salirse del cuadro, crecer y contarnos todo lo que han sido sus vidas... Golpeados por todo esto, y por el silencio en torno, hemos comenzado también a escuchar el andar de nuestro corazón que, durante quince días, apenas habíamos sentido. Y no habíamos tenido conciencia de él, ni de los reyes muertos, ni de los trofeos y porcelanas, ni de los niños infantiles o príncipes porque el tropel alegre y desenfadado de unos universitarios llenaban todo e imponían un *tempo* y ritmo que es el que acaba de faltar en esta tarde sabática.

A medida que el «ajetreo de maletas y corazones» que decía Antonio Machado se hacía más intenso la tristeza también iba cobrando vigor. Cada dirección que se canjeaban los que partían, cada abrazo, beso o estrechón de manos que se daban muchachos y muchachas, iban colgando en la tarde jirones de melancolía. Sin embargo, el paisaje seguía siendo el mismo; el mismo que horas antes nos parecía alegre, aunque no luciese el sol.

¿Qué quedará entre estas paredes de tantas generaciones? Algo tiene que permanecer enterrado. Los que se van se llevarán

la pedagogía de una nueva amistad; la sensación de un beso; el dolor de un amor efímero; la alegría de una excursión; los detalles de una tertulia; la dulcedumbre de un ocaso; el goce de un concierto; el placer de una lectura; la satisfacción del deber cumplido o el remordimiento del tiempo malgastado... Un bagaje físico y espiritual. Pero, y vuelvo a preguntármelo, ¿aquí qué queda? ¿Sólo tristeza? No, algo más que eso debe permanecer invisible por los pasillos, las aulas, las cortinas, los sofás...

Esta Universidad de verano no es sólo unos edificios y todo lo que en ella vive inanimemente. Esta Universidad es también un alma integrada por el trozo de alma que cada uno de los profesores y alumnos que por ella han desfilado durante varias generaciones han ido depositando. Porque cada profesor y alumno dejó aquí entre estas paredes una porción espiritual de su ser. Es así como vamos muriendo o viviendo. Vivir o morir consiste en ir derrochando nuestro patrimonio espiritual. Ahora mismo, si nos sentimos enormemente tristes no es porque estemos sin compañía, sino porque no tenemos con quien gastar este tesoro anímico. Y porque tampoco tenemos quien nos enriquezca con el suyo. Porque no sólo damos sino que recibimos. Y es la juventud, por cierto, la que más nos da. Por eso, precisamente por eso, nos resultan más tristes cuatro habitaciones desalojadas, tres pasillos desiertos, dos aulas silenciosas, una biblioteca sin lector... Habitaciones, pasillos, aula, biblioteca donde un puñado de jóvenes llegaron un día sin conocerse y abandonaron otro día sin darse cuenta tal vez que tras ellos quedaba la tristeza como reina.

¿Recordáis la novela y película *Adiós Mr. Chips*? Allí queda reflejada la abismal tristeza que puede albergar el alma de un profesor cuando mira hacia atrás y evoca las distintas generaciones que han ido transitando año tras año por su vida. Generaciones, individualidades, a las que él fue entregando parte de su ser con el cariño que la docencia exige. Porque no puede haber magisterio sin amor. Si se rompe el vínculo espiritual entre el maestro y el alumno fracasa toda pedagogía. Este, en parte, es uno de los males de la enseñanza actual, afectada por la masividad que impide una comunicación más personal, más directa, que lleva al conocimiento humano previo para el despliegue de una

enseñanza. Al igual que un ser cualquiera se puede sentir solo en medio de un muchedumbre, también un profesor puede sentir un sentimiento de frustración aunque esté rodeado de alumnos, si entre ellos y él no se establece una corriente espiritual.

En esta tarde, vacía ya de alumnos en esta universidad veraniega de Santander, hemos vuelto a sentir hondamente todo esto último porque al faltar los universitarios, algo faltaba en nosotros que ellos se habían llevado.



## ¿QUE QUIEREN LOS ESTUDIANTES? \*

Es la pregunta que sigue vigente de modo absurdo, pues no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír. Tal vez hubiera que concretar la interrogación que de continuo se hacen muchos: ¿Qué quieren ciertos jóvenes o estudiantes? Los estudiantes, los jóvenes *no saben lo que quieren, pero sí saben lo que no quieren*. ¿Qué no quieren?

Libros, artículos, conferencias, etc., lo han venido proclamando ha tiempo; mas nadie o pocos quieren enterarse. Y ese es el peor error, ya que como dice Unamuno «el gran crimen, el mayor crimen es negarse a comprender» que, como bien sabemos, es una grave falta contra la caridad. Los jóvenes de hoy, como los de hace muchos siglos —pues también fueron contestatarios los contemporáneos de Savonarola y antes otros— no saben lo que quieren. Saben lo que no quieren, y esto, con matices y circunstancias del momento, es un fenómeno de siempre. La gran novedad de nuestro momento radica en que esta repulsa es expresada por una mayor cantidad de muchachos en un instante de crisis y contando con unos medios de difusión que jamás se habían poseído.

Se da un fenómeno mundial con características propias a niveles nacionales. Dramatismo (asesinatos individuales o colectivos llamados guerras), viajes a la Luna, aceleramiento histórico, mayor facilidad para expresarse y enterarse, cambios rápidos socio-económicos, crisis religiosa, confusionismo político, etc., determinan y señalan una transformación que la Humanidad está experimentando. Una Humanidad donde la mitad de ella es jo-

---

\* Publicado en «La Provincia» el 16 y 18 de abril de 1972.

ven, muy joven. Y este fenómeno de juventud es casi general, con la paradoja de que este mundo de menos de cuarenta y cinco o cuarenta años influye muy poco o son casi nulas sus decisiones en la estructura de poder. En España la masa juvenil es más o menos la quinta parte del total de la población; cuatro millones de jóvenes tienen en nuestra patria edad para estar en la Universidad, pero sólo disfrutan de ella 160.000, de los cuales únicamente un mínimo tanto por ciento son hijos de obreros. Un obrero que, como los demás españoles, contribuye al sostenimiento de esa Universidad. Es decir, que el universitario español pertenece a la clase alta o burguesa en su mayoría. Claro que este grupo de universitarios no es exponente de la situación real de la juventud española, pero sí que representa una estructura social: el clasismo universitario reflejo de la sociedad o clasismo que le rodea.

Dijimos que el joven en general —y si no deja de ser joven— manifiesta su rebeldía de igual manera a como lo hicieron otros jóvenes de siglos pasados. Pero hoy esta protesta es más dramática o aguda, más amplia y decisiva. En esta protesta y malestar para su mejor comprensión hay que tener en cuenta el *descontento* por situaciones políticas, sociales y económicas; el *temor* a un futuro incierto; la *inmadurez* de muchos aprovechada por otros que saben bien cuáles son sus objetivos; la ausencia en la formación de algunos del tradicional *papel de la familia* y de valores morales o éticos. A muchos jóvenes les duele la *autoridad*, la *disciplina*, el *paternalismo*; no aceptan a los padres y tampoco al profesor que encarna eso que rechazan (autoridad, disciplina...) y que les enseña algo que no les gusta porque consideran inútil o desfasado. Es preciso, igualmente, no olvidar el *confusionismo* reinante, agudo cuando se abarca el campo de la enseñanza; y el *aburguesamiento*. Sí, el aburguesamiento, porque el joven rebelde de hoy inserto en una sociedad que él repudia por características que luego enumeraremos, sufre muchas de esas notas y una de ellas es, precisamente, el aburguesamiento. Bastantes jóvenes actuales han obtenido casi todo, o muchas cosas, con facilidad; quieren continuar dentro de esa tónica y por eso les molesta el esfuerzo; un esfuerzo que puede denominarse «selectividad» o

«exámenes». El aburguesamiento de muchos se adivina en sus coches, en sus horarios de rebeldía respetuosos con la hora del cine o «boite» y fines de semana, en la «oportunidad» de sus actuaciones de protesta, en sus medios económicos y en la defensa que hacen de sus derechos, pero no de los de otros menos privilegiados. No todos, por supuesto. Este universitario, con una mayor preparación, se plantea la problemática y la discute comenzando por su mínimo «entorno»: la familia, la clase, el Departamento, la Facultad, la Universidad... hasta terminar en el país en general. Un país, una sociedad mundial, que no le agrada. Y no le agrada por adulta, injusta, monótona, violenta, burocrática, hipócrita, técnica, retórica, clasista, puritana, egoísta, inculta, competitiva...

En esta sociedad el joven, apto para ir a la guerra y morir no es, en cambio, escuchado en una votación; se le trata con paternalismo; se le cierran vías de expresión legales. El joven aprecia que la cultura reinante es una cultura subvertida, donde prima el hedonismo, placer, confort, comodidad, lujo, erotismo, injusticia..., etc. Las manifiestas *injusticias* socio-económicas el reinado del «amiguismo» y las «recomendaciones» le molestan; como le fastidia la *monotonía*, la carencia de originalidad; la *violencia* expresada en turbias guerras; la *hipocresía* que prohíbe el uso de la marihuana y tolera el empleo de la bomba de napalm; la técnica que ha hecho del hombre un esclavo de la máquina, un productor y consumidor, alejándolo de la naturaleza y tornándolo masa y no persona; la *burocracia* del vuelva usted mañana, papelera y dilatora; el *erotismo* manifiesto en el culto a lo sexual con olvido de lo social; la *retórica* con lenguaje trasnochado y enfermo de tópicos; el *clasicismo* y *maniqueísmo*; el puritarismo de absurdas censuras y retrógradas apreciaciones; el *egoísmo* o *insolidaridad*, donde priman los intereses de grupos... Esto es lo que le molesta a mucha gente joven y a muchos adultos también, claro, y esto es lo que los jóvenes no quieren de una sociedad que ellos no han construido y en la que viven sin ejercer en ella influencia alguna. Piénsese, por ejemplo, lo que puede significar treinta años sin experiencia política y, por lo mismo, sin influencia en hombres que van de dieciocho a cuarenta y cinco años.

Piénsese también que ese mundo más justo, más libre y mejor, también lo soñaron los jóvenes de hace treinta o cuarenta años. El joven se sabe marginado, se siente partícipe de muchas de estas cosas negativas, y reacciona o lleva dentro de sí la carga del descontento, del malestar. Hay una conciencia colectiva de descontento, aunque no haya conciencia de clase porque la juventud no forma una clase. Ellos desean comenzar una nueva era; ellos quieren manifestar el orgullo de quienes han descubierto algo nuevo; ellos quieren tener voto y voz en los ordenamientos que fijan sus vidas; ellos desean tener responsabilidades; ellos piden que las estructuras e instituciones cambien conscientes de que están desfasadas con relación al tremendo aceleramiento histórico que vivimos. Este inconformismo y estos anhelos manifestados normal o anormalmente (gamberrismo) vienen recibiendo la atención de los especialistas que les han dado diversas interpretaciones.

La contestación, la rebeldía juvenil, es para unos la repulsa al mundo tecnificado, el fallo de la educación familiar y la excesiva libertad, la manifestación del desagrado que origina el comprobar el desacuerdo que hay entre lo que los adultos predicán y practican, el rechazo de una sociedad fundada sobre la desconfianza y la deshonestidad, una consecuencia del aumento del nivel de vida que no ha traído un paralelo ideal de vida, las insuficientes posibilidades que ofrece una sociedad cada vez más competitiva, la hipocresía de generaciones escépticas minadas por el materialismo... Para otros es una consecuencia de la inseguridad de una existencia sobre la que pende el temor de una hecatombe atómica, el rechazo de una sociedad materialista, el hacer lo prohibido por una sociedad que se desprecia, la comercialización de una sociedad de consumo, la quiebra de los valores religiosos, el fallo del principio de autoridad, la racionalización, la crisis de identidad en el joven, la rapidez con que logra su independencia de los padres y el deseo de actuar como adultos sin tener la debida madurez, la caída de los valores y jerarquías tradicionales, la mayor facilidad de expresión que tienen los jóvenes, la pretensión de afirmar su yo para compensar la inseguridad... Como vemos, hay interpretaciones o diagnósticos para todos los gustos;

algunos idénticos o coincidentes, pero prueban ellos mismos que el problema *existe*, es muy *complejo* y muy difícil de simplificar para buscarle una terapéutica.

Estamos viviendo un momento en que una cultura autoritaria, represiva si se quiere, que exaltaba el núcleo familiar y la disciplina, deja paso a otra cultura de tipo liberal, industrial, donde la familia se desfleca y se relaja la disciplina y autoridad paterna. Instituciones y estructuras tienen que variar también. Los jóvenes lo saben. Lo grave es que en este urgente pedir el relevo o los cambios, algunos jóvenes quieren destruirlo todo; acabar con todo lo que se opone a una vida cómoda donde han venido obteniéndose cosas con excesiva facilidad, y olvidando que sólo se ama lo que cuesta trabajo. Por eso el joven se aburre pronto de sus fáciles logros. La tecnología y el aumento del nivel de vida, junto con la bondad de los padres, que a veces actúan como bajo el peso de un pecado (su pasividad educativa), les ha proporcionado a muchos muchachos actuales abundantes regalos con holgura. A algunos las cosas se las han puesto como a Fernando VII. Esto es malo. Algunos jóvenes pretenden liquidar aquello que le signifique sacrificio, molesto esfuerzo, tal vez por aburguesamiento, tal vez porque considera que son obligaciones impuestas por una sociedad adulta opresora, frente a la cual intenta alzar otra en la que todo esté permitido o donde esté «prohibido prohibir».

A estas alturas de lo leído tal vez sepamos algo de lo que no quieren y hasta de lo que quieren los jóvenes. Los padres, por supuesto, no pueden seguir preguntando a los docentes y pedagogos, ¿qué quieren nuestros hijos? O diciendo: sufrimos por ellos, les damos más de lo que podemos, tienen todo lo que nosotros no tuvimos. Los padres o los adultos tampoco pueden continuar no reconociendo la existencia colectiva de los jóvenes. O gritándoles que son unos idealistas (por eso son jóvenes), unos insatisfechos (por eso también son jóvenes), unos rebeldes (*ídem*), unos inmaduros, apáticos, inconoclastas, anárquicos, egoístas, ignorantes... O reaccionando con disciplina y castigos estimando que lo que falta es sólo autoridad. Tampoco deben de creer que es una aguda incomprensión generacional; esto es falso, porque un hombre de cuarenta años está más cerca de uno de veinticinco que éste de

uno de dieciocho; y entre un alumno de quinto de carrera hay un desfase o desnivel con otro de segundo o primero que nadie imaginaría.

Los adultos deben comprender que muchos de los fallos juveniles es un reflejo o consecuencia de la sociedad adulta. La reacción de los mayores tiene que ser la de comprensión, sin claudicaciones, demagogías y adulaciones. Comprensión de un fenómeno mundial que vivimos todos. Fenómeno que no es sólo crisis juvenil, sino social, general. Aunque en ella la juventud juega un papel decisivo porque la mitad de la población mundial no tiene más de veinte años y en España hay seis millones de seres entre los quince y veinticinco años. Este mundo juvenil, lo dijimos, no constituye una auténtica clase social, pero sí un grupo donde cierta minoría está dotada de conciencia e ideologías. Este papel decisivo de la juventud, irreprimible, ha sido mitificado por la misma sociedad adulta y de consumo que ha explotado a esa juventud y ha querido apropiarse de aires juveniles vistiendo como ellos, adoptando un estilo de vida, modas, música, colores...

Bien está, por eso, que pague su maniqueísmo. Bien está que esa sociedad adulta, cuyos miembros han implantado unas estructuras donde se mantienen como dueños, creyéndose aún propietarios de veintiún años, sienta el empuje de la marea juvenil que en España aún es leve. De esa pleamar juvenil la primera ola es la que habita en la Universidad. Habita, por cinco o siete años, luego se va por aquello que ya hemos dicho del tren que corre siempre en el cual los profesores nunca se bajan, mientras que el alumnado viaja sólo tres, cinco o siete estaciones y luego se apea desentendiéndose (divorcio-sociedad-universidad) para siempre de la que fue su «alma mater»... Un «alma mater» hecha en la Edad Media para unas necesidades que hoy son muy diversas. Porque el problema universitario simple y llanamente expresado, radica en la masificación del alumnado y la no transformación de las estructuras universitarias al ritmo de ese crecimiento. Esa es la enfermedad básica, de la cual derivan todas las demás si se quiere. Para remediarlo se ha recurrido a una reforma total, honda, radical donde tal vez no se ha hecho un previo balance de los medios

con que se contaba y se ha actuado con cierta prisa, sin planificar el futuro. Esto ha originado confusión, desorientación, descontento en profesores, padres y alumnos. En los alumnos esto ha podido motivar la sensación de injusticia y de frustración que puede conducirles a la rebeldía.

Una rebeldía que, primero, ya indicamos cuáles eran sus notas principales; segundo, no es profunda porque cuando el universitario termina su carrera se integra en la sociedad que venía repudiando; tercero, es clasista porque defiende derechos burgueses; cuarto, es minoritaria, pero como el descontento es colectivo bastan unos pocos para movilizar a una masa donde los móviles son diversos; y, quinto, denota en general una falta de preparación sociopolítica. Desorientados, con una casi total despreocupación política y social, defienden derechos burgueses en su afán por abrirse paso profesionalmente. Con todo, la rebeldía o protesta es sintomática. Sintomática no sólo de una crisis universitaria, sino de un hecho social general. Hecho que el universitario por sensibilidad y preparación detecta antes y mejor que otros grupos sociales. Y al decir *universitario* nos estamos refiriendo tanto al cuerpo docente como al dicente (profesores y alumnos) para, precisamente, dejar constancia de algo que se ha dicho y que conviene repetir: que ha sido la Universidad la primera en autocriticarse. Ejemplo que sería interesante siguieran otras instituciones y estamentos a ver si la sociedad tomaba conciencia que el problema no es sólo de la Universidad.

## EDUCACION Y ADOLESCENCIA

Múltiples síntomas dados en todos los campos de la vida nos señalan que la Humanidad —Humanidad en crisis— está entrando en una nueva época. Un alto porcentaje, el más grande que jamás hubo en la historia del hombre, es joven. Jóvenes que, dicen, despotrican contra el tecnicismo, el hedonismo, la competitividad, la injusticia... Un tecnicismo —paradoja— que les permite a muchos de ellos dejarse escuchar por millones de seres y convertirse en ídolos mundiales, un hedonismo que ellos mismos fomentan, al convertir en predilectos santuarios los del juego o la música alucinante, etc., Inquietos, inconformistas, demandando innovaciones y renovaciones, los jóvenes, dicen, critican a la «sociedad represora», a la que hay que oponer una «sociedad permisiva».

Junto a esta actitud, favoreciéndola o determinada por ella, nos encontramos con la de unos padres o educadores sin personalidad, complacientes, que no saben llenar a su esfera de acción de algo trascendente y que han abdicado con harta y lamentable frecuencia de sus funciones, por temor, comodidad o por lo que sea.

Dos párrafos, los anteriores, que hemos creído conveniente desarrollar para poder mejor comentar o interpretar lo que nos preocupa. O lo que le preocupa a más de un padre. Con una asiduidad que se multiplica a medida que pasa el tiempo, los colegas o estudiantes de bachillerato llegan a sus casas y le dicen a sus padres que don Fulano, profesor de tal materia, nos ha dicho que no le digamos don Fulano, sino Fulano. Ayer, prosigue la

jovencita quinceañera, nos pidió tabaco en clase, invitó a tres a tomar café en un cercano bar y se llevó a Fulanita en su «seíta».

Con los jovencitos se desarrolla una «política de acercamiento», a base de tolerarles el fumar en clase, la confianza en el trato y el destierro de deferencias y formulismos en las relaciones diarias. Hay excepciones, por supuesto.

Cuando el adolescente llega a la Universidad, puede que algunas de estas malformaciones y hábitos se vean truncadas sus desarrollos. O, por el contrario, se fomenten. Porque en la Universidad también muchos profesores permiten fumar en clases, van a ellas sin corbata y sin chaqueta (incluso a juntas de Facultad). Por supuesto que no simbolizamos en una corbata la ciencia de un profesor, ni en una chaqueta lo positivo de su pedagogía. Aunque tal vez sigo siendo cierto aquello de que «el hábito hace al monje». Y por si no fuera cierto, creemos que el guardar las formas y corresponder a los demás es algo que exige la «civildad» y «urbanidad» de un profesor universitario. Si un abogado se viste de negro o se pone toga para ciertas actuaciones, seguro que no lo hace por rutina. Bien lo sabemos.

Todo porque se quiere presumir de joven, haciendo un penoso ridículo; porque se desea practicar la demagogia para atraerse a los jóvenes; todo porque se carece de personalidad y se cree que la única manera de contar con los jóvenes es facilitándoles lo que al ser juvenil —río, planta, animal— parece estobarle: cauce, enderezamiento, disciplina.

La crisis educacional, al dimitir los educadores de su papel; la crisis religiosa (fe, enseñanza, confusión, etc.); la crisis de la familia, expresadas todas ellas en una «crisis de autoridad», se han conjugado para favorecer la rebeldía o protesta. Rebeldía o protesta que, desgraciadamente a veces, sólo se queda en eso: en protesta. Mas el mal no radica en ello, porque contestatarios o rebeldes han sido todos los jóvenes, de todo el mundo, en todas las épocas. Y si no lo fueran es que habían dejado de ser jóvenes. Lo penoso es la connivencia, la solidaridad, la vergonzante adhesión y confabulación de los mayores. Esos mayores que frente a la falta de madurez del joven, frente a su inestabilidad, inseguridad y mundo encontrado, en plena etapa receptiva y formativa,

en lugar de actuar con cauce, norma y ejemplo, se dedican a hacerles el juego en sus tendencias negativas. Ellos saben que los jóvenes anhelan una sociedad nueva, libre de rutinas, prejuicios y formulismos inútiles. *Inútiles* hemos escrito. Porque con el pretexto de «antiguallas», «rutinas», «prejuicios», «conformismos», «modas burguesas», «formulismos», etc., se rompen todas las vallas, se predica la anarquía o el nihilismo (sin darles nada a cambio), buscando un oportunismo inconfesable o buscando disimular fallos.

El *magister*, el *maestro*, no puede estar a merced de las tendencias del alumno, a no ser que carente de suficiente preparación, opte por «darle gusto» y se consagre a perorar sobre materias que nada tienen que ver con el plan de estudios. A veces, y es también grave, se recurre a estos sucedáneos, tachando de anticuados a los textos. Y uno —pensando en una materia concreta— se pregunta si están ya anticuadas la Fe, la Esperanza y la Caridad; si ya no tienen vigencia las Bienaventuranzas. Creemos que no, y aún más, consideramos que en su ignorancia y conculcación, están las raíces de muchos males actuales. Hablar sobre la libertad humana, sobre la moralidad, sobre la responsabilidad, sobre la ley, sobre el pecado, sobre el odio, sobre la envidia, sobre el escándalo, sobre la irreligiosidad, sobre la superstición, sobre la injusticia, sobre la verdad, sobre la hipocresía, sobre la calumnia, sobre la prudencia, sobre la templanza o sobre la vida sobrenatural, serviría para llenar las horas de un curso (y faltarían horas), para demostrar una preparación y, sobre todo, serviría para formar a unos muchachos-as y hacerles tomar auténtica conciencia de la problemática que vivimos.

## EL RECTOR

En el año de 1506, Maese Rodrigo de Santaella, fundador del Colegio de Santa María de Jesús, base de la Facultad de Filosofía y Letras y célula, por tanto, de la Universidad Literaria hispalense, le daba a aquél sus primeras constituciones. Maese Rodrigo reconocía en el preámbulo que dictaba tales normas para que «se contenga el apetito perverso bajo una regla de ley y se haga vida honesta en este colegio, y ninguno en él dañe a otro y asiduamente se viva en paz, que es madre piadosa de las letras y formadora de buena conciencia»... Más adelante rogaba el fundador que los estatutos fueran recibidos y aceptados con afecto, pues su objetivo, insistía, era el de «vivir bien y felizmente y adelantar en ciencia y buenas costumbres». Dentro ya del artículo es posible leer una cláusula IV donde se trataba de la elección de rector, el cual debía de ser hombre «temeroso de Dios, prudente en el obrar, diestro en la administración de la hacienda, familiar, solícito y pródigo, como conviene a un presidente, y que sea mayor de veinticinco años y ejerza el cargo un bienio». Quedan aquí estas indicaciones, sugerencias o exigencias, para quienes consideren bueno meditar sobre su contenido y su vigencia, aunque estemos separados de ellas cerca de quinientos años. Por nuestra parte, lo hemos hecho en estos días en que el *Alma Mater* sevillana se dispone a darse nuevo rector. Y aquí, en voz alta y sincera, van estas meditaciones, fruto de un desvelo.

Hemos de pensar que quienes tengamos sobre sí la grave misión y responsabilidad de designar a un nuevo rector habremos meditado muy parecidamente a Maese Rodrigo y, dejando de lado

manipulaciones políticas, posibles medros personales o facultativos, nos dispongamos a señalar al más idóneo que, sea quien sea, merece desde ahora mismo un profundo respeto por el sacrificio que va a realizar. No sólo un hondo respeto y gratitud, sino, además, se hace acreedor de la lealtad y colaboración de todos, pues, aunque no lo hayamos votado, hemos de convertirlo en «nuestro rector» arrumbando esa negativa e hispánica actitud de no considerar como a «nuestro gobernante» a aquel que no hemos propuesto o votado nosotros.

Todo auténtico universitario está en condiciones de ser rector, pero no todo universitario es dueño de las condiciones humanas, ni del prestigio académico, que la calidad y rango del cargo exigen. Ni tal vez posea el arma de unas relaciones con los organismos superiores, con la ciudad-región y con los compañeros-facultades, precisas de tener. Nos parece que un rector, como un decano, a su vocación, a su capacidad y a su dedicación, debe de añadir estas otras cualidades y circunstancias, aparte de una experiencia anterior siempre coadyuvante en el momento de tomar el timón de la nave universitaria cuya navegación se torna cada vez más difícil en un piélago a veces un tanto colombino. Pero que —y el símil descubridor continúa vigente en este párrafo— si el capitán es tenaz y sabe rodearse de un buen y experto equipo podrá alcanzar su meta siguiendo sus propias directrices —sin recibir órdenes— y con autonomía.

Hoy la Universidad no es lo que fue a principios del siglo xvi, cuando maese Rodrigo la fundó, ni debe ser la institución surgida a principios del siglo xix y que aún se arrastra al finiquitar el xx. Actualmente la Universidad es como una gran empresa y, por lo mismo, abierta y flexible, dispuesta y dotada para reunir o concentrar a los mejores docentes, a los verdaderamente preparados, para hacer posible el cumplimiento de su función y vivir respondiendo a las demandas de una sociedad en transformación. La Universidad debe ser lo suficientemente hábil para adaptarse a las realidades actuales impuestas por una sociedad desbordante de masas (nuevos estudios, nuevos planes, nuevos métodos, más proyección social, más relación con la región, más medios, etc.). Sin olvidar que a su lado, y agudizando la crisis

que esta adaptación significa, se alzan unas particularidades políticas nacionales y una juventud exaltadora del individualismo. A nueva sociedad, nueva Universidad, decía atinadamente el cubano José Martí. Nada más cierto. Pero bueno es que también la sociedad preste su apoyo integral y tome conciencia plena de la situación, problemas y finalidades de su Universidad. Y un segundo *pero*: sobre esta adaptación o readaptación y nuevas exigencias deben proseguir siempre rampantes las reflexiones del preámbulo de maese Rodrigo el cual «para hacer esta gracia a esta nuestra ciudad, madre de nuestra provincia» fundó la Universidad Hispalense. Orden, ley académica, ambiente y progreso diría con lenguaje actual maese Rodrigo si tuviera que redactar nuevos Estatutos, pues sin estos presupuestos «el negocio de las letras no es duradero».

*El negocio de las letras*; no se olvide de esto quien adquiera la responsabilidad (a veces tremendamente solitaria) de regir a la Universidad. Convertir el «negocio de las letras» en otro negocio sólo servirá para bastardear nobles funciones y fomentar ese clima de inquietudes y perturbaciones nada propicio al desarrollo espiritual y científico. Hemos puesto la finalidad espiritual en primer término porque consideramos el Humanismo —al hombre en toda su complejidad— como el tuétano de la Universidad. El catedrático que sea designado para ocupar el sillón rectoral —*primus inter pares*— no olvidará esto ni lo que un humanista llamado Baltasar Gracián nos dejó escrito desde el siglo xvii: que «todas las fachadas de los cargos son ostentosas, más las espaldas humildes», y que ni la felicidad, las aclamaciones y el contento le acompañan hasta el final, y «hasta las amistades se traban con el gusto y se pierden con la quiebra».

## CAMINOS POLITICOS

## ANONIMO RESENTIDO

El uso, y más que el uso el abuso, de palabras como *reconciliación* nos hace entrar en sospechas de si la realidad no es muy distinta. Parece ser que sí; la violencia, el odio o la pasión dominan la escena como en ciertos cuadros del Bosco acampan la gula, la ira o la envidia. Porque vivimos —insistimos en ello— no sólo en un medio de equívocos y confusionismos, de desorientaciones y mediocridades, sino en medio de un caldo de pasiones que enturbian el ambiente. Sabemos que la emoción engendra a la pasión cuando aquella se convierte en algo persistente. De la pasión al odio hay poco trecho. Porque el odio es una pasión que, como tal, obceca y oscurece la conciencia. Hay pasiones— la admiración, el deseo, el amor, la alegría— positivas en cuanto actúan cual estimulantes dentro de ciertos límites. Pero otras, como el odio, engendrado por la antipatía o la ira, constituyen pasiones negativas, que conducen a la violencia y al desamor. Las personas capacitadas para odiar suelen ser rencorosas y resentidas. El resentimiento, que Marañón analiza muy bien en su *Tiberio*, es una pasión. Es un sentimiento sostenido que llega a dominar, que llega a obsesionarnos y a marcarnos nortes y actitudes. Tras el resentimiento del resentido, suelen estar como explicación un desaire, una postergación afectiva, un fracaso, un complejo nacido a causa de un defecto físico, una ofensa, una injusticia, un creerse merecedor de un premio o triunfo que la sociedad no le ha dado, una falta de éxito social, sentimental o profesional, etc. En el resentido su éxito no está en relación con su ambición. Al resentido le falta generosidad o amor para per-

donar y suele sobrarle memoria para recordar la injuria, el desaire o la supuesta injusticia.

Por eso el resentido casi siempre es un hombre de buena memoria y poco generoso. Nos indica también Marañón que el resentimiento suele anidar en personas mediocres, falsamente humildes, envidiosas, de seriedad asnal, desagradecidas, cautelosas, hipócritas, antipáticas y tímidas.

La pasión, es decir, el resentimiento surge ya en la infancia y adolescencia, junto con la envidia que suele ser su primera manifestación. Muchos hombres, altos personajes en la Historia, han estado determinados por el resentimiento. Resentimiento que nació, tal vez, contra un grupo político que no le dio cabida en su seno, o contra un grupo social que lo rechazó por su condición de hijo natural. Son ejemplos o casos. Pero este resentimiento engendró afanes de superación e ideas de libertad que se proyectaron positivamente sobre la situación de otros hombres. No es este «resentimiento positivo» el que más abunda. El que vive, sordo o descaradamente en torno, es el resentimiento que apuntala un desamor, una violencia, una hostilidad, una carencia de generosidad, un odio, una enemistad que rompe el sosiego y equilibrio necesarios para la convivencia dentro de una institución, dentro de una ciudad o dentro de una sociedad. Lo mismo puede ser el resentimiento del hijo despedido por un NO paterno, que el del alumno suspendido, que el del ambicioso no satisfecho, que el del envidioso. Son estos, a veces, resentimientos oscuros, como de aguas estancadas que degeneran en miasmas. Estas miasmas son la calumnia, el rumor, el anónimo, la maledicencia o el ataque solapado. Unamuno en *Abel Sánchez* y Marañón en *Tiberio* han sabido hablarnos muy bien de estas biliosas pasiones que hoy parecen contar con buen ambiente y un gran número de cultivadores.

Una de las armas que suele emplear el resentido es el anónimo. Nuestro país, país de envidiosos, es propicio al anónimo injurioso, al pasquín sin firma y por lo tanto cobarde, donde se ataca a una persona o a una institución sin base alguna, pero con el turbio y torvo objetivo de «Calumnia que algo queda». Desde el taimado escondite del anónimo el resentido lanza «im-

properios de guacamaya, pasquines de rencores ocultos que maduran en la impunidad tibia de los retretes y terminan por salir a la calle».

La frase es del novelista colombiano Gabriel García Márquez, quien en su obra *La mala hora* ha sabido pintar el ambiente espiritual tenso de un pueblo atento a un diario pasquín o cartel que alguien coloca contra alguien sigilosamente. Nadie sabe contra quién será el golpe de cada mañana. Nadie sabe hoy contra quién se colgará uno de esos nauseabundos pasquines anónimos. Nadie sabe si el correo le va a traer una bastarda hoja llena de mentiras o de verdades a medias. Tarea esta de mezquinos, de personas con leve dimensión espiritual, que sin exhibir el rostro atacan desde la oscuridad de su anonimato. En los pueblos chatos y romos abundan los anónimos. Por eso la novela citada llevaba un primitivo nombre que hubo que cambiar, pero que realmente sirve para calificar a las personas, a las instituciones o a los pueblos que se envilecen con el anónimo: «Este pueblo de m...».

## CON SOLEDAD, CASI TREINTA AÑOS DESPUES

Treinta años, se dice, es el tiempo de una generación. Hace treinta años estábamos en la década de los cuarenta. Una década que no sé si por eso del tiempo de una generación está siendo evocada en broma y en serio. La televisión, volviendo sus cámaras al pasado, nos ofrece películas de entonces y de años aún más viejos, a la par que despliega ante nuestros ojos el caminar y gestos un tanto cómicos de figuras y hechos que ya son historia. La misma televisión, la radio y la prensa dejan oír las voces y la vida de artistas que conmovieron a una juventud con «Mi casita de papel», «Vereda tropical», «Volver», «Tres palabras», «Amor», «Veneciana»... Y hasta los mismos cantantes actuales ofrecen no sólo modernas versiones de Juan Sebastián Bach (¡quién se lo iba a decir, cuando pensaba que aquello lo componía para oírse en las naves de un templo!), sino de los ídolos de los años 40, algunos de los cuales aún perduran y, con voz nada temblorosa, siguen haciendo temblar corazones. En las revistas no han faltado los artículos o reportajes contándonos las hazañas de Trueba, las proezas de Zamora, Ciriaco, Quincoces..., o la muerte de Manolete, que, recuerdo, puso sobre el cielo del campamento de milicias donde yo estaba, el tremendo signo de la duda. ¿Pero, era posible que lo hubiera matado un toro? Hay revistas, incluso, que se han dedicado a reproducir varias páginas de otras revistas de los años cuarenta. Y uno se pregunta si todo esto se hace por curiosidad arqueológica; por ironizar y burlarse, igual que nos burlamos cuando contemplamos una foto de hace treinta años, o menos; por un deseo de comparar y ver que cual-

quier tiempo pasado no fue mejor; por hacer historia; o porque, carentes de un espíritu creativo, y con el fin de salirse de tanta mediocridad que nos envuelve, se recurre a fuentes aún vigentes. ¿O es que treinta años ya no son treinta años como antes?

Recuerdo que cuando tenía unos dieciséis años, allá por esa década de los cuarenta..., la guerra de 1914 era y estaba tan vieja y distante como la Reconquista o la Guerra de la Independencia. No sé por qué hoy me parece que para un muchacho de dieciséis o veinte años la contienda civil española o la última contienda mundial no son ni hechos tan remotos, ni están tan lejanos en sus vivencias y formación de su personalidad. La actualidad de nuestra guerra es un fenómeno sociológico-político digno de estudio y de fácil comprensión, sin duda, lo mismo que la última guerra mundial. Sus actores han pervivido (antes, muchos desencadenadores de conflagraciones morían en ellas) y se han preocupado de transmitir a los nacidos más tarde lo que para ellos significó la lucha en un afán de justificar el presente. Ninguna de las guerras actuales, ninguna de las diferencias y problemáticas europeas del momento se explican sin el conocimiento de la última guerra..., y ésta sin la penúltima... Los libros, es decir, la abundante historiografía surgida por obra de vencedores y vencidos (aunque la historia de las guerras siempre la escriben los vencedores), así como las películas realizadas han contribuido a esta actualidad de unos hechos que una o dos generaciones más atrás hubieran sido materia arqueológica. Como era, repito, para mí la Gran Guerra. Es decir, que el pasado sigue siendo por A o por B un presente, aunque esto parezca una contradicción. Porque, como bien sabemos, el presente es el pasado al desrealizarse. Y es que, precisamente, lo que he querido decir es que nuestro presente no se ha desrealizado totalmente, sigue en maridaje con el pasado. Muchas circunstancias de éste continúan pesando o las estamos desenterrando por razones que un sociólogo atinaría a explicarnos. Yo no hago sino apuntar el hecho, por todos perceptible, aunque los jóvenes tal vez no sean conscientes de ello.

Y es ahora cuando aparece Soledad. No ha mucho, oyendo misa en la catedral de Madrid, en Nuestra Señora de la Almude-

na, escuché asombrado cómo al final un coro de jóvenes de ambos sexos cantaba con la música de «Soledad»:

«Gloria, gloria, aleluya  
«Gloria, gloria, aleluya  
«Gloria, gloria, aleluya  
en nombre del Señor».

Me acerqué a ellos al final y les pregunté que de dónde procedía aquella música, y me contestaron que de una canción norteamericana. Cierto. Cuando yo en los años cuarenta, «miliciano» en tres campamentos por culpa de un suspenso en Tiro y haber dejado caer el fusil en una demostración delante del general jefe de la Milicia Universitaria, cantaba «Sole, Sole, Sole... Sole, cuánto me gusta tu nombre, Soledad...», no sabía que aquello lo habían cantado antes en las trincheras, listos para morir, unos compatriotas míos que quizá también ignoraban que tal musiquilla procedía de una canción famosa norteamericana. Esto sí lo sabían aquellos jovencitos que entonaban el un tanto belicoso «Gloria aleluya», pero ignoraban que antes que ellos lo habían cantado como canto para alegrar una posible muerte otros muchachos en la década de los treinta, y más tarde otros muchachos que en la década de los cuarenta sabían lo que era una cartilla de racionamiento, desconocían el azúcar, no habían hecho una guerra que la sufrieron más que nadie después, y cantaban que un día dejarían a los viejos camaradas y se irían a fundar escuelas y talleres...

## PATRIA SIN PUERTAS

Fue Horacio, según parece, el que dijo aquello de «quien corre allende los mares, muda de cielos, pero no muda de corazón». Y fue Luis Cernuda, poeta sevillano, el que lo recordó, vivió y bella y dolorosamente se ha referido a ello —al exilio— en dos de los poemas en prosa de «Ocnos». Cernuda habla del drama personal ante el futuro incierto, y de la patria sangrante «en secreto y extraña» que le lanza «al mundo extraño». Atrás quedaba la casa, los amigos, los libros, el «refugio con la amistad de las cosas que todo hombre desea tener. Había que comenzar de nuevo. Rodando, acariciando la idea de ese rincón de intimidad, de ese hogar, el exiliado puede que esté cambiando de cielos continuamente. Quizá algún día llegue la ocasión de poseer el hogar y lo vaya levantando como un anclaje en su vida azarosa. Pero tal vez otro día tenga que dejarlo y volver a caminar por tierras que nunca hubiera querido conocer. Así, una y otra vez, hasta renunciar al sueño, porque el cambiante y pobre existir impedía hacer realidad el deseo. O el anhelo se hizo realidad y se conquistó una tierra, una casa, una familia techados por inéditos cielos. El corazón, pese a ello, continuaba siendo el mismo.

Lo que de desarraigo implica la expatriación hace de ésta una de las grandes desdichas que un hombre puede vivir. Infortunio que en la historia de España es casi una constante, pese a lo poco viajero que es el español, según Marañón. El español sale en busca de guerras, de aventuras o de riquezas. Pensando en volver pronto. Casi nunca abandona su tierra para matar o combatir el aburrimiento, una de las razones del turismo. Quizá por-

que es pobre, porque esté a gusto en su pueblo o porque cree que no hay nada que iguale o supere a su país. País que concibe como centro del mundo al igual que todos los pueblos etnocéntricos. Este quedarse en casa, este aislamiento «*motu proprio*», ha sido compensado o roto por emigraciones forzosas que van de 1492 a 1936. Judíos, moriscos, ilustrados del siglo XVIII, afrancesados, liberales, carlistas, etc., del siglo XIX y del siglo XX se han visto obligados a dejar la patria y sembrar el mundo de añoranzas.

Hace unos cuarenta años ocurrió el último éxodo o diáspora; la más voluminosa, desgraciada y trascendente. Las geografías de África, Europa y América se llenaron de nostalgias, de proyectos de revancha y de esperanzas que el tiempo acentuó, palió o apagó. Esperanzas de volver pronto, ya que el que se va obligado, parte dejando en depósito su alma o la mitad de ella porque para el español el destierro significa muchas veces una pérdida o recortamiento de su personalidad. Siempre anhelará retornar, y como un Ulises cualquiera suspirará y trasañará con su Itaca. Lotófagos, cíclopes, eólicas, polifemos, circes, ogygias, escilas y caribdis irán jalonando su ruta. Algunos sucumbirán sin gozar de la vuelta; otros, harán caso de sirenas y rehacerán sus vidas; otros, sordos, seguirán alimentando la utopía del reencuentro y transmitiendo a sus hijos la llave del hogar abandonado... La llave de la patria...

De los que regresan algunos lo hacen para morir; otros para quedarse y ser unos inadaptados; otros para irse. Todos, al contacto con sus horizontes patrios, vuelven a sentir una nueva extrañeza, ahora más patética porque se da en su propia tierra. En su ausencia casi todo se ha transfigurado y en el paisaje transitan nuevos hombres nacidos a lo largo de medio siglo. Estos, jóvenes y maduros, contemplan al resucitado como un hombre de 1936 hubiera contemplado a un desaparecido en el desastre de 1898... A Weyler, por ejemplo. Ahora bien, si trágico es este descubrimiento de una realidad cambiante y cambiada, este anacronismo, de quien mantuvo intactos paisajes, esquemas, mentalidades, ideas, soluciones, etc., más infausto es la inmovilidad de quienes sin salir de la patria se atascaron, no evolucionaron,

siguieron incluso usando el mismo lenguaje de cuarenta años atrás. Tampoco éstos pueden conectar o sintonizar con las nuevas generaciones. Generaciones afloradas y que tienen o no tienen que ver con los petrificados que se quedaron ni con los ilusos que partieron y volvieron, ni con los que no retornaron. Tienen que ver, puesto que en ciertos aspectos han sido determinadas, limitadas, marginadas o ignoradas por el empecinamiento o irrealidad de ellos. Terquedad e ilusionismo que les ha llevado a detener el tiempo originando otros graves exilios interiores.

Ha sido Max Aub, que yo sepa, quien en su libro «La gallina ciega», ha recogido en estos últimos tiempos la visión de la patria que tiene el «trasterrado» que regresa. Una de las visiones. Visión subjetiva, pero elocuente. Al autor le molesta que todo haya variado y que nadie sepa quién es él o quiénes fueron sus compañeros. Obsesionado, comenta y critica lo político-intelectual; y dolorido e injusto escribe que les hemos suplantado y no heredado. Hemos —decimos nosotros— heredado, precisamente, lo que ellos originaron. Ellos, los que se quedaron y ellos los que ahora regresan y quieren que el país se mantenga como hace cuarenta años. Discutible, por otro lado, sus alusiones a los que llama la generación de los arrepentidos, que llevan sobre sí un doble fracaso. No sé si es verdad que fueron «servidores de la República» que «no sirven a nadie y para nada». Ignoro si es cierto que «políticamente les falta clientela, duermen sobre sus laureles» y son los que «paren hijas», los que en 1954-1955 creyeron que el régimen se iba a paseo y quisieron adelantarse proclamándose liberales, llenando de elogios a los exiliados y dando un amplio giro en busca de nuevos caminos. Discutible, sin duda, esto y quizá rechazable por los aludidos, pero inaceptable y falsa su acusación de suplantación y su recriminación, porque no se le conozca y no se le pregunte por el «residuo de españoles, o sus hijos» que viven allende los mares. Porque, ¿cómo le vamos a preguntar si, como él mismo afirma en el prólogo, «al fin y al cabo sólo vivimos para con quienes convivimos»? Convivir es vivir juntos en el mismo territorio, usando el mismo lenguaje, compartiendo los mismos deberes y responsabilidades, discutiendo parecidos proyectos, afanándose en parecidas conquistas, so-

ñando similares futuros y pensando que nadie tiene en exclusiva la llave de la Patria. Porque la Patria no tiene puertas ni cerraduras que permitan cerrarla e impedir que alguien entre o transite por ella.

## EL HOMBRE DE BUEN DEJO

La espectacular renovación de cargos realizada en estos últimos tiempos en la administración española —1974— y los inusitados comentarios vertidos en torno a ceses y sustituciones, ha sembrado una buena dosis de asombro en el ánimo de más de un ciudadano confuso y expectante ante tantos dimes y diretes. Los que pertenecemos a esas *generaciones del gerundio* —creo que la mayoría de los españoles—, es decir, los que gastamos la vida políticamente obedeciendo, mirando y esperando, nos hemos quedado perplejos a la vista de los cambios radicales dados y, sobre todo, del vocabulario, conceptos, ideas y juicios emitidos para comentar algunos ceses. Repentinamente nos hemos enterado que no todo el monte es de orégano.

En el alucinante trasiego de cargos —dicen que 600—, muchos los han abandonado en virtud de un seco despido, sin compensación alguna. Algunos han cambiado la etiqueta de su servicio, porque servicio, servidor o que sirve significa la palabra latina *minister*, de donde debe proceder ministro y ministerio. Otros, como es habitual, pasaron a ocupar puestos directivos y presidencias en sonadas empresas. El espectáculo, aleccionador como una «danza de la muerte», invita a evocar aquellas instrucciones políticas de Enrique el Bastardo a su hijo Juan I, a raíz de su lucha con Pedro el Justiciero. Dice el rey «tienes en tu reino tres géneros de gentes, unos que constantemente siguieron mi partido; otros, que con la misma constancia se declararon por el de don Pedro, y otros, que hicieron profesión de indiferentes para aprovecharse con igualdad de las dos parcialidades.

«Mantén a los primeros en los honores y empleos que yo les concedí, pero sin contar demasiado con su fidelidad. Adelanta cuanto pudieres a los segundos, confiándoles ciegamente los empleos de mayor importancia, porque la lealtad que observaron en su fortuna próspera y adversa, es la prenda más segura de la que te tendrán a ti en todas fortunas. De los terceros, de los indiferentes, no hagas caso ni para el premio ni para el castigo, teniéndoles solamente en la memoria para el desprecio. Sería gran imprudencia fiar los cargos que se dirigen al bien público a unos hombres que nunca adoraron otro ídolo que su interés personal».

En los últimos cambios ha habido, al parecer, mantenimientos, adelantamientos y desprecios. Pero, y eso es lo que más me ha llamado la atención, también ha habido dimisiones que no han gozado ni de la resonancia ni del comentarios vertidos en torno a los ceses y trasiego. Y éstas, las dimisiones, sí que son insólitas en nuestra época o vida política nacional. Según la prensa, a nivel municipal más de un alcalde ha dejado la vara y se ha ido a su casa. Sus razones tendrán. Hay, sin embargo, una fundamental que olvidan los que desnaturalizan el concepto de servicio eventual del cargo político y se aferran en convertirlo en menester o prebenda continua. Puede ser que esta razón es la que haya decidido a los alcaldes dimitidos. Ella la recoge Baltasar Gracián en su obra *El discreto* cuando habla del «Hombre de buen dejo». Del hombre que deja el cargo antes de que el cargo le deje a él.

La tristeza, desorientación, disgusto, etc. de los gobernantes que cesan como tales es posible en quienes desconocen lo que hizo Washington y comentó Gracián. El primer presidente de los Estados Unidos de América, al concluir su mandato, se fue tranquilamente a su posesión de Mount Vernon a proseguir lo que era la auténtica razón de su ser y lo que había sido la ocupación de su vida. No ambicionó ninguna otra presidencia. Volvió a lo suyo, tras servir al país que lo había llamado. Ni montó una oficina política, ni se fue a caminar por la acera de enfrente políticamente hablando, ni consideró —cosa muy hispana— que el gobierno no era *su* gobierno y, por lo tanto, había que combatirlo. Por eso su marcha no fue trágica, ni hubo denuestos, ni maldiciones,



ni descontentos, ni murmuraciones, ni descortesías. Es posible que Washington tuviera presente lo que Gracián recordaba, que «todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes», que las entradas van coronadas de vítores y de maldiciones las salidas, que la felicidad acompaña pocas veces a los que salen y que «hasta las amistades se traban con el gusto y se pierden con la quiebra».

Para evitar ese subir volando al favor y al aplauso, que sólo conduce al tener que descender rodando, el gobernante ha de considerar la caducidad de su tarea, la condición de servicio de la misma y no de usufructo permanente y, en especial, ha de saber dejar las cosas antes que ellas le dejen a él. Así «la común aclamación del entrar se convierte en universal sentimiento al salir».

## SOBRE EL REGIONALISMO

Hay modas. Y ya sabemos lo que son las modas. Repentinamente algo principia a circular —unas palabras—, a usarse —unos trajes, unos peinados—, a lucirse —unos adornos—, a defenderse —unas ideas—, etc., etc. En este país nuestro, de la noche a la mañana, mucha gente se acaba de dar cuenta que no es como creía que era. Y como no son como ellos o los demás les suponían, han cambiado, no sólo de ideología, sino hasta de ropaje y aspecto externo.

Está de moda manifestar, por ejemplo, que se es socialista, o ateo, o defensor del aborto, la píldora y la libertad sexual. O confesar que se es invertido u homosexual. Es una manera, como otra, usada con harta frecuencia para hacerse notar. Si no se descuella en el terreno profesional o se está en un total declive del mismo, lo corriente es hacer declaraciones de este tipo o enseñar las amígdalas. Lo importante es mantenerse en candelerero, sonar, que no se olviden de nosotros, aunque sea a cambio de imitar al camaleón. Con una diferencia: que el camaleón cambia de colores, pero sigue siendo camaleón.

Pues bien; en estas corrientes de la moda, donde se alinean los traslados de restos, hay un tema que me interesa más que otros: el del regionalismo. Por supuesto que no desdeño el acarreo de restos —sean de exilados, reyes, poetas, etc.—, pero como no comparto mucho la necrofilia de mis compatriotas (a los muertos hay que dejarlos tranquilos, máxime si dijeron dónde querían reposar), prefiero fijarme, según decía, en el regionalismo o exaltación de la personalidad regional.

Para algunos, los más, se limita el mentado regionalismo al uso de una bandera, revalorización o exaltación de notas regionales y repudio del centralismo a quien se le echa la culpa de todos los males. Centralismo que en ciertas regiones —Canarias— se identifica con peninsulares o «godos» (ya hay quien dice «españoles»).

El regionalismo, producto o hijuela del nacionalismo decimonónico, tiene diversas caras: política, económica, cultural, etc. Sin adjetivos algunos, el regionalismo a secas, o con el adjetivo político, sólo es concebible si va hermanado o del brazo de un desarrollo económico y cultural. Es lo que parecen olvidar muchos de los cantores y defensores del regionalismo. Si no se da esta premisa, el regionalismo degenera o se reduce a «tipismo» o «folklore» en el peyorativo sentido de la palabra. El verdadero regionalismo exige o demanda una infraestructura económica sólida y evolucionada, y un substrato cultural. Por eso es fuerte en Cataluña y no ha pasado de ser un ideal inoperante en Andalucía o en Canarias. Sin olvidar que el regionalismo lleva anejo el peligro de que la zona poderosa, en todos los sentidos, actúe «imperialistamente» sobre otras más desasistidas o pobres. Es decir, que se corre siempre el albur de que la región más dotada se enriquezca aún más a costa de las demás o, incluso, que dentro de una región, una provincia o parte de ella se beneficie sacrificando a las restantes. Esto lo puede hacer absorbiendo los productos o la mano obrera de las otras, reteniendo los suyos, o fomentando únicamente su desarrollo. Tal desequilibrio es posible y ejemplos no faltan. Al igual que hay naciones ricas y naciones «tercermundistas», hay regiones y provincias ricas y tercermundistas.

En Andalucía se vio a principios de siglo y en la década del 20 un regionalismo inspirado en el regionalismo catalán de Maragall. Constituyó en parte un fracaso porque, primero, en Andalucía, quiérase o no, hay dos regionalismos y, si me apuran, tantos como provincias. Pocos andaluces, llegado el caso, dicen «soy andaluz». Confiesan «soy sevillano» o «soy cordobés», etc.; cosa que no sucede en Cataluña, donde sus habitantes manifiestan claramente que son catalanes antes que leridanos o tarraconenses. El

localismo, o fuerte individualismo, es un lastre en el logro del auténtico regionalismo.

Ojalá este resurgir actual del regionalismo sano, nada atentatorio a la unidad de la patria sino de exaltación de los propios valores y de la justicia distributiva, no se malogre como el que defendieron y proclamaron Infantes, Cortines, J. M. Izquierdo, Murube o López Muñoz. Hombres todos que a través de libros —*Ideario andaluz* (1915)—, revistas como la *Bética* y *Guadalquivir*, y tribunas como las del *Ateneo* hispalense alentaron unos ideales que no calaron hondo en la masa. Del regionalismo de antaño quedan unos testimonios historiográficos donde podemos aprender algo, unas banderas al viento y un respeto a la unidad nacional. En esto sí que se ha distinguido el regionalismo andaluz de otros «regionalismos»: jamás al subrayar su idiosincrasia o señalar su problemática, sirvió para defender el desgarrón del separatismo. Por muy trágica que fuera la situación.

Hoy las condiciones socio-económicas son distintas a las preritas, pues se cuenta con un sector medio en la sociedad y un substrato cultural que brindan idóneas bases para la fijación de ese honrado ideal que tiende a dar a cada región lo suyo, sin desmedro y sin lesionar los intereses de otras.

Con respecto a Canarias —y estoy hablando de las dos regiones que conozco algo— el regionalismo brinda determinados matices por la situación de la región. Su total aislamiento del territorio continental patrio, su lejanía física traducida a veces en olvido, su enclave estratégico que ha hecho que siempre sobre ella rampen intereses foráneos y, ahora mismo, como viene dándose desde el siglo XIV, una problemática internacional y económica, torna al sentimiento regionalista de colores *sui generis*. Los defensores del mismo no pueden cerrar los ojos a la dicotomía provincial, expresada muchas veces en un estar de espaldas y hasta en actitudes enfrentadas y contradictorias; como tampoco pueden soslayar que el regionalismo no es el representado por los intereses de una sola isla. Isla que ha sido, quizá, para sus islas hermanas de provincia, lo mismo que había sido la metrópoli: una madrastra.

Me parece oportuno recordarles también a concretos defen-

sores de un enfermizo y falso regionalismo, que las islas fueron incorporadas por nuestros antepasados —que liquidaron o se fusionaron con la raza indígena— al mismo tiempo que se incorporó Granada. Y he hecho alusión a los indígenas porque he percibido en algunas personas y escritos una actitud pro-indigenista *ad usum delfini* o para ignorantes. Fueron nuestros antepasados —no los españoles— los que sometieron a los distintos pueblos canarios, algunos de cuyos miembros, parcialidades o bandos, colaboraron en ese sometimiento de sus hermanos. Por su parecido étnico al conquistador, por su pobreza demográfica, por su misma condición de agricultores y pastores, los indígenas canarios, bien y mal tratados, se asimilaron rápidamente y se fusionaron para formar un pueblo hecho, como todos los de las Españas, de diversos ingredientes. Pueblo que fue entonces cuando comenzó a tener conciencia de la patria, de la unidad y a expresarse en una lengua universal. Lo demás, por muy canarios que nos sintamos, no deja de ser otra cosa que mentiras o escarnios a la verdad etnológica.

## LA HUMILLACION DE LAS PAREDES

Cual una negativa floración primaveral las paredes se han llenado de escritos y se han visto últimamente más agobiadas de carteles que nunca. No cabe duda que el arte del hombre primitivo de las cavernas queda más enaltecido si establecemos comparaciones con el «rupetrismo» actual. Aquel hombre salvaje y otros menos primitivos, quisieron perennizarse, consignar hazañas o conjurar fuerzas y nos legaron unas manifestaciones que hoy enorgullecen a la Humanidad. El anhelo de perpetuación que todo hombre lleva dentro le ha empujado de siempre a estampar su mensaje, su firma, en fachadas de templos, en hojas de libros, en paredes de casas... Desde las tabernas de Pompeya a los libros de Hernando Colón, pasando por las catedrales góticas. Menos noble que esa aspiración de eternidad —y más dentro del exhibicionismo— están los letreros, los nombres y las fechas, los corazones enlazados dibujados en libros que no son nuestros, en cortezas de árboles o en escaleras y paredes de edificios preclaros como Notre Dame o la Giralda. Siempre recuerdo, en estos casos, a un profesor de urbanidad que tuve de niño, el cual nos contaba que en Roma había leído una frase en latín, puesta junto a otras miles de viajeros, que, pedagógicamente, rezaba: «El nombre de los estúpidos en cualquier parte se encuentra». Incluso, hemos de aceptar, en los servicios o W.C. de bares, cines, aeropuertos, centros sociales, universidades, etc. La intimidación fisiológica, con olor a zotal, del W.C. parece que incita a muchos seres a estas otras evacuaciones espirituales. Junto a la pegatina, anunciando quizá un preservativo, se alinea el letrero y el contraletrero ordinario,

zafio, grosero y chabacano. Aquella porquería espiritual allí quedaba con las demás porquerías del cuerpo. Los W.C. servían y sirven para que los cuerpos y las almas desalojen residuos malolientes.

Esta prostitución de las paredes ha iniciado con éxito —dentro de la oleada de vulgaridad y mediocridad que nos inunda— el asalto al exterior. A la luz del día. Las paredes se han convertido en exposiciones de la tosquedad y la incultura. El escrito chocarrero o político se estampa al lado del soez y tosco manchando vallas de solares, paredes de casas, lienzos de edificios histórico-artísticos, basamentos de estatuas, etc. Las paredes y las respetables piedras se han depreciado por la arriada de incultura. Recuerdo con pavor las paredes, suelos, techos (incluso de los ascensores) de la universidad parisina de Nanterre. Y nada me ha causado más desazón, en este aspecto, que contemplar los muros de la Universidad de Heidelberg. Lo mismo que recuerdo junto a la imagen negativa de la «Universidad Libre» del Berlín Occidental, la positiva de la Universidad Alejandro von Humboldt, del Berlín Oriental. Allí no se distinguía ni un escrito, ni se percibía nada discordante, nada molesto. Sólo vi dos carteles, juntos y pequeños, uno en pro de Salvador Allende y otro contra Dayan. Si algo molestaba en aquella Universidad eran las matronas germanas que en la puerta exigían los carnets, los toques de timbre para entrar y salir de clase y el aire poco alegre de pasillos y aulas por donde se movía una juventud disciplinada. Tampoco vi carteles ni «graffiti» en la Universidad de Moscú ni, por supuesto, en los edificios de la ciudad. En la América española esto es una orgía en vísperas de elecciones. Algo que marea y acongoja viendo cómo la estética urbana es maltratada. Las ciudades adquieren un aspecto penoso. Como es nuestro caso actual. En Washington, en cambio, es posible contemplar vallas y vallas, que preservan a las obras en construcción, decoradas artísticamente por los niños de los colegios que, mediante concursos, participan en el embellecimiento de su ciudad.

Hoy el viandante, acosado por los coches es, además, abofeteado por una y otra pared cuando transita por las calles. Manos anónimas han pintarrajeado letreros, frases, lemas, etc., en cual-

quier muro, sin detenerse a considerar su categoría, envileciendo con ello a la ciudad. Vileza que se acentúa o es más grave (si es que cabe gravedad en la vileza) cuando estas pinturas atentan a nobles interiores de nobles edificios donde se intenta transmitir la cultura y no el horterismo, ni la degradación, ni la ordinariez.

## CAMINOS RELIGIOSOS

## TIEMPO PARA MEDITAR

Entramos ya en esos días en los cuales la religión católica nos pone por delante la muerte de Jesús como aldabonazo que ha de despertar muchas cosas dormidas en nuestra alma. La vida de Jesús, no su muerte, es tan extraordinaria que no existen aspectos de la nuestra que no descubran en ella un parangón o ejemplo que esgrimir. Todo lo que un hombre puede vivir se encuentra inserto en la vida del Hijo del Hombre.

En este tiempo de desviaciones taimadas y de indiferentismo —tiempos de raposas—, en este tiempo, repetimos, de tibieza espiritual, de hedonismo, confort y materialismo; en este tiempo afanoso de novedades, incluso religiosas; en este tiempo de deterioro espiritual, de omisiones y complicidades vergonzantes, de falta de autoridad y de responsabilidad, de carencia de fortaleza y criterios fijos; en este tiempo... Tiempo para meditar. En estos días, equívocos o inciertos, en que de la vida terrena del Hombre de Nazaret evocamos el escarnio de su muerte, conviene considerar que en torno nuestro se desarrollan tragedias profundamente coincidentes con el drama de Jesús Hombre.

Tenido como ser prodigioso, extraordinario, la sociedad le aclamó y vitoreó. Fue el Jesús excepcional y taumaturgo. El Jesús de las Bodas de Caná, del Sermón de la Montaña, o el amigo de Lázaro. El Jesús que multiplicó los alimentos, que desterraba de los cuerpos enfermedades incurables y de las almas demonios; el que hacía andar a un paralítico y caminaba sobre las aguas, o el que daba la vida a un cadáver putrefacto. Era, con las debidas diferencias, pues sólo estamos jugando con imágenes, como el

hombre poderoso actual y de siempre, capaz de beneficiar a otros semejantes e instituciones; facultado para nombrar y destituir; competente para enriquecer, premiar o subvencionar, etc. En torno de este ser privilegiado, la masa pulula para ensalzarle, adularle, pedirle... Si el poderoso no resiste a la tentación llegará a creerse las falacias de este coro que le regala el oído elevando a grados superlativos sus cualidades, o inventándolas, si no las tiene, o silenciando los defectos y convirtiéndolos en características buenas.

Estos «incondicionales» serán casi siempre unos desleales y hasta unos traidores cuando el hombre de «los milagros» caiga de su pedestal. Porque nunca faltará un pérfido que le venda, que le «siegue la hierba», ni un desertor que le niegue. Hasta el día antes fue su «amigo», pero si lo ve acosado y combatido llegará a decir que no le conoce y que nunca tuvo tratos con él. Son propicias ciertas circunstancias para este «desmarcarse», para este rehuir el compromiso, para este temor a cumplir con la obligación que entraña la amistad, el cargo o la colaboración.

Y el cortejo de los «fieles» y «colaboradores», «amigos» y «defensores», no sólo le traicionará y abandonará, no sólo no le reconocerá y negará, sino que le criticará y condenará. Azuzada, además, por anónimos instigadores y favorecida por la inhibición cobarde de quienes también pasan por allegados e incondicionales, esa masa le vuelve el rostro, le apostrofa o le juzga y sentencia. Surgirá en ella y de ella la crítica rastrera del mediocre, la superficial del ignorante, la insidiosa del resentido, la mezquina del intrigante, la intrascendente del frívolo, la apriorística del sectario, la ridícula del envidioso, la malévola del fracasado o la desleal del que se cree postergado y merecedor de unos premios y prebendas que no se le han otorgado.

De todo esto había en aquella plebe que condenó a Jesús, y hay en los que siempre, siempre, critican el que *es* o *hace* algo, o al que ha dejado de ser algo. Bien se ha reconocido que la gente no vitupera al no hacer. Censura al que *hace* o *es*, porque ambiciona su puesto o porque estima que obra de distinta manera a la suya, o porque está celoso, o porque considera que debiera pedirle ayuda. Por eso no es raro que pocas veces acompañe la felicidad a los que salen, ni la aclamación dura hasta el final.

Baltasar Gracián, en «El Discreto», recuerda que las salidas de los cargos van coronadas de maldiciones, de desvíos y descortesías. Cuando no acontecen además que la crítica y el enfriamiento de la devoción van acompañados de calumnias, difamaciones o murmuraciones. Calumnia, difamación, detracción, murmuración, juicio temerario, falso testimonio y hasta injuria o insulto personal son monedas corrientes. Personas y publicaciones que llevan y exhiben el marchamo de *católicas* (todos los somos oficialmente, pero algunos resaltan su condición para apabullar a los demás, no para ser ejemplares) no dudan en dar riendas sueltas a afirmaciones y noticias falsas, no comprobadas, que entran en el grado de la calumnia y la difamación. Se ataca la fama o se denigra la honra de cualquiera sin pensar luego en reparar y con olvido de aquellas palabras de Pablo VI: «Nadie tiene derecho a propagar conscientes informaciones falsas o presentadas bajo una luz que desnaturaliza su alcance; ni tiene derecho a escoger de un modo arbitrario sus informaciones difundiendo únicamente lo que es útil a sus opiniones y callándose el resto; lo mismo se peca contra la verdad con informaciones inexactas que con omisiones calculadas»

Triste, pero humano, es tener en torno a un infiel que le venda (Judas), a un apocado que le niegue (Pedro), a un cobarde que no quiera comprometerse (Pilato) o alguien que siempre infundios en torno a nuestra persona. Siempre, claro, cabe el consuelo de tropezarse con un desconocido que le ayude (Simón de Cirene), o con un audaz que le defienda arrojando valientemente el qué «dirán» y el respeto humano (Verónica). Pero lo que importa meditar es que del «olor de multitudes» que cualquiera posición depara hasta la más dolorosa soledad y desamparo no hay sino un paso. De la muchedumbre entusiasmada del Sermón de la Montaña al grupo que subrepticamente entierra a Jesús y lo evoca en el Cenáculo no hay sino unos días de distancia. Igual acontece en nuestra vida. Queda siempre el lenitivo de saber que junto a nosotros permanecen (y no siempre) nuestros familiares y los dos o seis amigos que la vida nos haya deparado. Tiempo para meditar.

## HA LLEGADO LA HORA, ¿ESPERAMOS A ALGUIEN?

De que el confusionismo constituye una nota, entre otras muchas, de nuestra vida actual no cabe duda. Hay como un no querer actuar de acuerdo con nuestra condición. Quien tiene que enseñar historia hace política; quien tiene que hablar de la vida sobrenatural hace sociología (a veces barata); quien tiene que imponer autoridad hace demagogia... Un total trastrueque de valores que se aprecia en múltiples aspectos. En la vida religiosa este desconcierto y trastorno está causando grandes estragos. La gente —sobre todo la joven— se va alejando de unas creencias donde el misticismo, el misterio, la oración, la esperanza, el más allá o la espiritualidad en una palabra, han sido sustituidos por una «religión» profundamente secularizada que llega a hablar hasta de luchas de clases en lugar de amor. «A la luz del Evangelio» o «desde la perspectiva de la fe» se incita a ver la problemática socio-económica-política como si eso fuera la misión predicada por Jesús. Se habla de estar con el pueblo y uno comprueba a diario que ni el pueblo ni la juventud están con los que predicán ese alienamiento. El pueblo va tras supersticiones, tras horóscopos, tras «apariciones» y videntes. Buena parte de la juventud se siente fascinada por las religiones orientales que ofrecen un misterio y una espiritualidad bases de todo ideal del más allá y no del más acá. A la juventud le atrae más la «meditación trascendente» o el «Zen» que le ofrecen ciertas sectas o grupos religiosos que la práctica de una religión formalista, sin contenido o muy apegada a problemas materiales y ajenas a la auténtica esencia del hecho religioso. Nosotros mismos, algo mayores

ya, experimentamos un desasosiego, una duda, que nos lleva a conversaciones y lecturas donde nos explayamos y buscamos respuestas.

Leyendo el libro de un marxista —«Jesús para ateos»— nos ha parecido encontrar paralelismos aleccionadores. Fueron aquellos años de Jesús de crisis, de tensiones, de violencia. Violencia política de Roma y contraviolencia de la oposición revolucionaria. Una violencia que Jesús condena (Mt. 26, 52). El pueblo buscaba un camino, el pueblo deseaba un redentor creyendo que la imperfecta situación podría desembocar en un orden nuevo. Como siempre acontece en estos casos, la necesidad de mejora y redención iba unida a la esperanza de una figura destacada que brotaría para salvar la crisis. Momento ideal para la proliferación de falsos profetas.

Muchos años antes de Jesús ya había surgido en Judea una serie de corrientes que jugarían humanamente un papel decisivo en el destino del Hijo de Dios. Durante el reinado de Herodes se refuerzan las bases de aquellos partidos religioso-políticos o sectas que, situadas sobre todo en Jerusalén, centro de la ortodoxia, discutían en torno a la concepción y significado de la Ley mosaica y al modo de salvar al país de la crisis. Eran polémicas no sólo sobre cuestiones puramente doctrinales, sino que también portaban un contenido socio-político. En la controversia participan los fariseos, los saduceos, los celotes, los esenios y los seguidores de Juan el Bautista. Los *fariseos* (*perushim* en hebreo) eran los separados, elegidos, intérpretes exclusivos de la ley. Su situación era de compromiso entre el tradicionalismo conservador y el radicalismo popular. Los *saduceos*, de *Sadoq*, sumo sacerdote, en tiempos de David, se daban buena vida y eran el ala más conservadora de las clases elevadas. Enemigos de toda reforma, aparecen como unos inmovilistas de la Ley mosaica, y como principales culpables de la condena de Jesús. Ambos grupos o corrientes eran muy fuertes en la capital, Jerusalén. La oposición la expresaban dos tendencias típicas en las crisis, es decir, cuando lo que debe morir se resiste y se impide nacer a lo que ha de sustituirle. Una tendencia promovía la insurrección, la lucha armada. Eran los *celotes* (de *zelos*, pasión en griego). De ellos salieron los *sicarios*. Otra



corriente, igualmente radical, pedía la renovación total y moral de la sociedad, y la representaban los seguidores de Juan el Bautista. Eran dos corrientes paralelas con ósmosis. Un tercer grupo radical era el de los *esenios* (puros, devotos) cuya doctrina brinda analogías con las prédicas de Jesús. Este, según el autor que glosamos, representaba como una «tercera vía» entre los dos primeros grupos revolucionarios, pues no recurrió ni a la insurrección o lucha armada, ni a la abstención o retiro ermitaño. Aquella sociedad sometida al imperialismo de Roma se encontraba «en un momento histórico en el que muchos hombres —rebeldes, políticos y soñadores religiosos—, en sus ansias de redención esperaban con impaciencia a uno en quien pudieran creer, porque «había llegado la Hora» (Mc. 1, 15), según dice nuestro autor acomodando unas palabras del Señor.

Jesús con su mensaje, único y especial, de amor, arrastró a aquella masa anhelante y sumergida en un medio crítico porque sus ideas se insertaban en un contexto orgánico humano. Había armonía entre sus palabras y sus persona. Jesús no sólo defendía y proclamaba una doctrina —divina para nosotros— sino que era, además, la imagen de su realización. Jesús se identificó con su programa y lo realizó con pasión, hermanándose con los que sufren de forma auténtica y no teóricamente. Luchó no sólo contra las cosas y los bienes materiales, sino contra las mentalidades y formas culturales, poniendo siempre como fundamento de su doctrina el Reino de Dios. El Reino de los Cielos, centro de sus pensamientos y parábolas que había que alcanzar mediante una transformación interior, o una renovación moral, transida de sobrenaturalidad y que él expresaba con sus gritos de ¡*Convertíos!* (transformaros) porque «cumplido es el tiempo». ¿Ha llegado la hora? ¿Esperamos a alguien? ¿Pululan los falsos profetas? ¿Se asemejan aquellas tendencias a otras actuales? ¿Tiene que ver aquel Jesús con ese otro un tanto payaso de alguna obra de teatro? Y, sobre todo, ¿estamos proyectando nuestra mentalidad, nuestras concepciones de hoy, en los Evangelios para leer algo diferente de lo que en ellos está escrito y obtener conclusiones distintas a las que deseaban extraer los evangelistas?

## LO QUE LOS EVANGELIOS NO CUENTAN

La lectura de los Evangelios o de una vida de Jesús es siempre un ejercicio espiritual apasionante y apasionado. No hay libro del que se pueda extraer una mayor riqueza, ni donde se pueda leer una historia más extraordinaria. Fascina lo que dice y lo que oculta: lo que ocultan los Evangelios en una serie de lagunas que dotan de misterio a la historia y dan pie para miles de elucubraciones en torno a algunos aspectos de ellas. Nos quedamos sin saber la fecha exacta del nacimiento de Jesús, quiénes eran y qué fue luego de los llamados Reyes Magos, qué hizo Jesús a lo largo de sus primeros treinta años, cómo era su cuerpo y rostro, dónde y cuándo murió San José... La imaginación queda libre para suponer todas las historias y hacer todas las cábalas que quiera.

Angeles, reyes o magos, pastores y estrellas se dieron cita la noche en que Jesús nació. Después, estrellas, pastores, magos y ángeles se eclipsan y la oscuridad cae sobre la vida del recién nacido, salvo el episodio de la huida a Egipto y la escapada al templo. ¿Qué pasó en esa treintena de años? ¿Qué fue de Simón y de Ana, personajes importantes en torno a la infancia del Hijo del Hombre?

Resulta sorprendente la escena de Jesús, niño de doce años, sentado en el suelo del templo dialogando con los doctores de la ley. ¿De qué hablaban? No constan las palabras, preguntas y argumentaciones que los sabios y el niño cambiaron ante la admiración de todos, incluidos sus padres. Desde entonces, como escribe San Lucas, quedó «sujeto» a sus progenitores. No dice

nada más; nos quedamos sin saber lo que hizo a lo largo de esa «sujeción» y ¿cómo era realmente aquel niño que, como todo ser mortal, pasó de la infancia a la pubertad, juventud y madurez? ¿Cómo fue el rostro del infante, del niño, del muchacho, del hombre Jesús de Nazaret? Como hombre que era poseía un cuerpo real y verdadero. Su continuo caminar cuando se lanza a la vida pública permite presuponer que sería un ser sano y fuerte. Su lenguaje, en la poesía que se filtra a través de los evangelistas, denota una inmensa sensibilidad. En la prosa de los textos evangélicos lo contemplamos caminando, sentado, recostado, arrodillado, durmiendo... Sus manos —las que acariciaban, multiplicaban alimentos y sanaban— destacan en el conjunto de su anatomía, como sobresalen su mirar en el texto de San Marcos, y su voz... Manos, ojos y voz... Pero, ¿cómo era su rostro? Sin duda, viril y noble, bien alejado de la blanda faz de algunos cromos. Viril, noble y persuasivo. Uno de esos rostros que, visto una vez, jamás se olvidan. Es lo que le pasó a los primeros seguidores.

Tras su bautizo, Jesús reúne a los acompañantes de primera hora —Andrés y Juan—, aquellos dos jóvenes que tímidamente le seguían a distancia sin atreverse a abordarlo hasta que Jesús les dijo: «Venid y ved». Uno de esos iniciales discípulos repetirá a su amigo Natanael «Ven y ve», cuando éste duda que de Nazaret pueda salir algo bueno. Y Natanael se acercará a Jesús, que le considerará como un «verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna». Y cuando Natanael se extraña que Jesús le conozca, éste le manifestará que «antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». ¿Qué hacía Natanael debajo de la higuera, que, afectado por la confesión de Jesús, le proclamará Hijo de Dios, y depondrá sus prejuicios contra Nazaret?

Jesús sigue caminando. Nunca para. En su primera excursión a Galilea sana a un leproso, al que pide que nada diga. Cuando abandona Galilea se dirige a Cafarnaún, y allí cura a un paralítico que le presentan, rompiendo la techumbre de la habitación donde se acoge. Y tras el «levántate y anda», del Jesús taumaturgo, sigue la cura del servidor del centurión funcionario de Roma («iré y le curaré»), que no quiere que aquel judío extraordinario entre en su casa por considerarla indigna, y luego resucita al hijo de la

viuda de Nain («Joven, yo te digo: levántate»)... Y de esta manera otros tantos milagros más que, sin duda, el Jesús taumaturgo realizaba modificando las leyes físicas. San Mateo se refiere a un Jesús que por los campos de Galilea curaba todas las enfermedades; San Juan lo pinta haciendo milagros en Jerusalén... ¿Qué fue de los afectados por estos milagros? ¿Qué fue del leproso, del paralítico, del muerto?

Tres seres anónimos y dos seres nominados entran y salen en el último tramo de la vida del Señor. Uno, el hombre del cántaro, el que conducirá a los apóstoles hasta la casa donde Jesús celebrará la Última Cena. ¿Quién era este dueño que generosamente cedió su morada? y ¿qué fue del hombre del cántaro de agua que condujo a Pedro y a Juan hasta la sala donde Jesús comió la Pascua?

Nuestra curiosidad se siente ahora atraída por el personaje del olivar, cuando ya ha comenzado el drama, cuando Jesús, acompañado por tres amigos, se encamina por el Valle del Cedrón hacia Getsemaní. Los acompañantes duermen pese al «velad y orad para que no entréis en tentación». Jesús se vuelve a quedar solo. Aparece un ángel. Jesús suda sangre e invita a sus amigos a dormir. Es entonces el momento en que irrumpe la tropilla capitaneada por Judas —(¿por qué le entrega Judas?)—, que le apresa pese a la reacción de Pedro y al último milagro del Maestro, curando la oreja de Malco. Al abandonar la comitiva tenebrosa el olivar camino de la casa del Sumo Sacerdote, cuenta San Marcos que un misterioso personaje ensabanado les seguía a distancia. ¿Quién era? Muchas suposiciones se han hecho para descifrar la personalidad de este ser que, ya acostado, se ha levantado envuelto en una sábana, y, curioso o simpatizante, sigue a Jesús, que, preso, es conducido a sufrir uno de los procesos más trascendentales de la historia humana. De él, del proceso, nos queda por aclarar y averiguar una amistad y una definición. Aclarar la insólita amistad entre un pescador como Juan y Caifás, Sumo Sacerdote. ¿De qué se conocían? ¿Por qué le fue fácil a San Juan entrar con facilidad en la casa donde se iba a acusar a Jesús?; averiguar el misterio de una definición: la de la verdad. No es

que los Evangelios silencien tal definición, no. Es que Pilato, intrascendente y superficial, tras lanzar la pregunta: «¿Qué cosa es la verdad?», no aguarda la respuesta y sale hacia el pretorio para entrevistarse con los sanedrines. ¿Qué hubiera dicho Jesús sobre la verdad? El, que confesó ser la verdad y la vida. Tal vez esa hubiera sido su contestación.

Cuando ya ha terminado la parodia del proceso y la ejecución decidida, se organiza la comitiva del ajusticiamiento. Centurión, heraldo, *cruciarrii*, soldados y turba se dirigen hacia el Calvario. Detrás de Jesús, el *cruciarrius* por excelencia, iban otros dos condenados también a muerte, miembros de la banda de Barrabás. Este, con Simón de Cirene, son las dos personas que ingresan en el último episodio de la vida del Rabí de Nazaret, para jugar un papel decisivo y desaparecer luego dejando tras sí otra interrogante más. ¿Qué fue de Barrabás y de Simón de Cirene? Barrabás se ha beneficiado de una antigua costumbre que permitía a los judíos durante la Pascua libertar a un preso. Pilato, en su empeño por buscarle una salida al proceso, parangonó al malhechor con Jesús, a quien una multitud fanática repudió clamando por la libertad del criminal y solicitando la condena del justo. Justo y malhechores salían precisamente por una de las puertas de la ciudad en el instante en que Simón de Cirene, de retorno del campo, ingresaba a ella. Inesperadamente, Simón se ve requerido por los soldados romanos para ejercer una tarea humillante: cargar la cruz del condenado durante el resto de la vía dolorosa. ¿Qué fue luego de Simón de Cirene? San Marcos lo identifica con el padre de Alejandro y Rufo, cristianos conocidos en Roma, y San Pablo saluda a un cristiano distinguido llamado Rufo, que puede ser uno de los hijos de Simón. Si fuera verdad esto, resulta fácil imaginar el destino de aquel judío, que un día inesperado de su vida fue compelido a ejercer una tarea que, humillándole, sirvió para salvarle.

Se impone una conclusión: los caminos de Dios son distintos a los de los hombres. Dios no quiso que los Evangelistas escribieran una biografía de Jesús, sino que cada uno resaltara un aspecto en orden al fin particular que se habían propuesto en su obra. De

todos modos, nosotros quedamos libres —está en los designios de Dios— para suponer destinos y contestar a estas interrogantes que por siempre nos brindarán los Evangelios.

## LAS ROSAS QUE NO SE ENVIARON

Miguel Angel Asturias amaba a las rosas. Y de las rosas en su «desnudez hecha gracia» prefería a las amarillas. Miguel Angel Asturias era sencillo, tímido, observador, reflexivo, irónico, religioso y supersticioso... Sencillo y tímido hasta el extremo de ponerle nervioso su actuación en la salmantina cátedra de Fray Luis; observador atento y profundo de seres y cosas que le atraían y a los que absorbía haciéndolos suyos rápidamente; irónico de modo mesurado mediante una frase escueta y sentenciosa a la par que se alegraban sus ojos y rostro mayestático y mayoide; religioso y supersticioso como típico hispano-indígena que era. Nunca hablaba de la muerte, aunque escribía sobre ella. Nadie podía usar su máquina de escribir porque le espantaba a los duendes o genios; y cuando estuvo en Sevilla se llevó por propio deseo y para colocarla en la cabecera de su lecho una Inmaculada de auténtica artesanía que la Academia de Buenas Letras le regaló. Miguel Angel Asturias era así, y más que así, porque un hombre con una compleja y rica personalidad como la suya —al igual que el inca Garcilaso de la Vega— no puede encerrarse en el marco de media docena de adjetivos. Esta múltiple y sobrada personalidad la apreciamos al asomarnos a sus novelas y versos, donde el hombre Miguel Angel Asturias aparece todo diluido. Es decir, su vida estaba hecha con la vida de todos sus personajes. Sin duda, por eso fue que cuando no hace mucho le preguntaron si escribía sus Memorias, contestó: «¿Memorias? Mis novelas que son ríos de recuerdos que van a dar en la mar». Que es el morir, añadiremos nosotros usando al mismo poeta cas-

tellano, joya de nuestra lengua, a la que Asturias dio brillantez y esplendor como pocos han sabido hacerlo. Una lengua de la que fue artífice u orfebre, no dudando en confesar que siempre tenía en su cabecera a Cervantes y a Quevedo, a los que cada noche releía.

Ahora que cierta noche ha cubierto su vivir y que el río de su vida ha sido absorbido por el océano de la eternidad, sentimos la necesidad y obligación de *re-crear* los días y horas en que tuvimos el placer y el honor de convivir con él y Blanca, su esposa. Tarea ardua ésta cuando aún no se han decantado sentimientos, no han surgido perspectivas y cuando aún tenemos delante a quien fue su compañera contando y recontando, citando y recitando, amando y adamando anécdotas, hechos, frases, sonetos y experiencias vividas juntos. Blanca, Blanquita, fue como la voz y los nervios de un ser que era el silencio —mutismo indígena— y la parsimonia —sosiego hispano—... Blanca acaricia con amor los originales, las notas, los esbozos... Esbozos, notas, ideas, versos tomados y creados hasta última hora en el más inverosímil papel, que se transformaba al recibir el manar de aquella mente especial y privilegiada fabricadora de historias, de poemas y de palabras con tal carga de musicalidad que un especialista en esta materia ha podido establecer relaciones. Y es que Asturias creía, y lo decía, «que la lengua no se lee, se escucha».

En una de las carpetas que guardan los originales de la pos-trera e inacabada novela «Dos veces bastardo» hay un apunte de su puño y letra que dice: «El 21 de mayo, con Blanca, se desenvolvió el enigma de “Dos veces bastardo”. Conste así». Aquella noche, la pareja unida y compenetrada un tanto invisiblemente (ella se adelantaba a sus deseos) descifraron, acertaron, dieron con el final de su novela. Un final que otro final truncó.

En tres lugares departí con Miguel Ángel Asturias: Senegal, Gran Canaria y Sevilla. Al recordarlos como escenarios lo haré considerando que el único personaje es el novelista y sus tres grandes mitos u obsesiones: Emiliano Zapata, Pedro de Bethencourt y fray Bartolomé de las Casas. Todos, como vemos, íntimamente unidos al indígena americano cuya sangre Asturias llevaba en sus venas, y cuyas historias oyó de niño. Fue en enero pasado

(1974) cuando comenzamos a charlar. No hubo dificultad ninguna, fue como reanudar una amistad y conversación de siempre. Después de su voz y afecto nos brindó una imagen imborrable. Estábamos en la Asamblea Nacional del Senegal; en la presidencia se alzaba un gigantesco panel emblemático del país en tonos verdes, amarillos y negros, donde quería escaparse un árbol habitado por pájaros exóticos y estrangulado por una serpiente. Un maestro de ceremonias negro, con un collar «atoisonado», nos puso a todos en pie al gritar: «Monsieur le president». Pequeño, con el fondo del cuadro citado del que parecía formar parte, apareció el poeta-presidente Senghor. Detrás iba Miguel Angel Asturias, el autor de «El señor presidente». A partir de entonces Asturias y el señor presidente (novelista y poeta) se confundieron para mí, y cuando Senghor se fue Asturias continuó solo, presidiendo la sesión, impávido, con la mirada fija, al igual que una deidad maya, montando borbónicamente el labio inferior sobre el superior. Tal vez el novelista entonces, oyendo hablar de africanismo e indigenismo, recordaba a sus indios y a Emiliano Zapata, que intentó resolver unos problemas comunes a ambos continentes.

Segundo escenario: Gran Canaria. Aquí en Canarias —concretamente en Tenerife— nació el hermano Pedro de Bethencourt, un santo para los guatemaltecos, que en el siglo xvii llenó a la tierra del quetzal de escuelas y hospitales. Por eso se le venera en toda Guatemala, y Asturias, fiel a sus raíces, quiso llegar hasta la tierra del hermano Pedro a confesar su fe en él. Como confesaba su lascasismo, expresado hacía tiempo en su pieza teatral «La audiencia de los confines» o «El obispo de Dios». Por Las Casas vino Asturias al tercer escenario, Sevilla. Aquí volvimos a admirar su sencillez (en ella está la suprema elegancia, dijo otra gran novelista que se llamó H. Balzac); su paciencia y generosidad (nunca rehusó estampar una dedicatoria o someterse a una entrevista al que se la solicitaba); su empaque, acentuado por sus trajes oscuros, donde resaltaba una distinguida corbata negro-amarilla o negro-roja; sus conocimientos literarios; su amabilidad y afabilidad, donde había también un genio muy hispánico; su lucidez mental y memoria, suplidas si era menester o ampliada por Blanca, su otro yo.

De nuevo en Sevilla, Asturias nos impresionó con su profunda observación propia de una espiritualidad siempre en vigilia y, sobre todo, nos impresionó con sus misteriosos silencios. Asturias nos afectó y fue también afectado en Sevilla. Nos emocionó el día que habló en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, por su voz juvenil y poderosa, escapada de un cuerpo que sabíamos lacerado. Nos emocionó en las tertulias de las tardes, cuando se transformaba y nos transformaba recitando sus poemas y sus sonetos. Por algo, Alfonso Reyes lo llamó «Miguel Angel de los Sonetos». Y es que el novelista, precedido por la fama de su prosa, nos sorprendía cuando sembraba el lirismo de sus versos. En el Colegio Mayor Hernando Colón aún flotan los sonetos a Ovidio y al Vietnam. Por su parte, quedó impresionado por dos cosas disímiles: el Archivo de Indias y el altar mayor de la Catedral. Ante el torrente de oro del altar quedó sobrecogido, en mudo éxtasis y agarrado a los barrotes de la verja; ante el torrente de legajos del Archivo de Indias quedó anonadado y sus silencios de aquellos momentos fueron luego rellenados por continuos elogios y comentarios.

Así era; así lo vimos; así lo quisimos; así degustamos la humanidad del Premio Nobel, que no rehusó venir a Sevilla cuando se lo pedimos, pese a estar ya herido.

Al irse para siempre, y cuando hemos dejado su cuerpo en Madrid camino de otras tierras, hemos creído que estábamos obligados a este acercamiento, a estas especulaciones anecdóticas, a este retrato físico con adentramiento en su mundo espiritual, a este recuerdo de quien fue un extraordinario hombre, un amigo, un poeta y un novelista que, como hombre, no repudió ninguna de sus sangres; como amigo fue la personificación de la generosidad, como novelista universalizó el mundo mágico de su tierra y denunció una problemática hispanoamericana; y como poeta y escritor en general ha enaltecido nuestra lengua. Una lengua de cuya pureza cuida un organismo que olvidó muchas cosas en relación con este gigante del idioma, pero, sobre todo, se olvidó de una cosa tan sencilla como que a Miguel Angel Asturias le gustaban las rosas...

CAMINOS DE LA AMISTAD

## YO TENIA UN AMIGO

Hay tantos conceptos sobre la amistad como hombres. Pero en todas esas concepciones, y con los matices que se quieran, la amistad figura siempre como una donación de la intimidad, como una vinculación por el sentimiento de hombre a hombre. Vinculación forjada a base de confianzas y complicidades, de bajamares y pleamares, de tristezas y alegrías, de ideales y luchas compartidas. No importa que seamos distintos física, racial, espiritual o ideológicamente. Ni importa que sean diversas nuestras profesiones, ni que no coincidan nuestros gustos; nada influye para que dos seres sean amigos. Lo que interesa y prima es que aquello que haya de común sea cierto, esté enraizado en la hondura de nuestra sustancia y que la comunión afectiva a través de dos modos de ser hombres sea sincera y profunda.

Como la amistad lleva consigo la apertura del alma y «vivir en otro», cuando el amigo nos falta se nos encoge el corazón y disminuye nuestro ser. Porque el amigo se ha llevado un fragmento de nuestra vida, de nuestra personalidad, de nuestros sentimientos, que se empobrecen al faltarles el trasiego espiritual con el alma hermana. Al amigo le vamos entregando trozos de lo que somos y hacemos —lo mejor de nosotros—, en la seguridad de que nos los devolverá, ya que es como un campo donde sembramos para cosechar. Hay, no cabe duda, cierto egoísmo en la amistad, al igual que en el amor. Si el amigo desaparece, y con él esa parcela de lo que somos y le habíamos donado, quedamos, ciertamente, disminuidos. Sentimos y decimos entonces «que nos falta algo».

Yo tenía un amigo que hace mañana un año acudió a una cita

impostergable y nunca más volvió. Tampoco yo nunca más seré como era antes, al convertirme en más menesteroso y desamparado, viviendo la orfandad de una amistad que me enriquecía.

Me enriquecía con su generosidad y desprendimiento; con su jovialidad y entusiasmo; con su alborozo y optimismo; con sus consejos y sugerencias; con su ayuda y apoyo; con su sencillez y familiaridad; con sus problemas e ilusiones; con sus prisas y sus caprichos; con su risa y con su voz; con su hacer cosas serias como quien realiza nimiedades, sin engolamientos, sin darle importancia, aunque, eso sí, dotándolas de trascendencia, porque sus razones no estaban de tejas abajo. Me ennoblecía con su alegría de vivir y amor a lo bello. He dicho *alegría de vivir*; es decir, su amor a la vida. Porque amaba a la vida, y de la vida a lo joven, que era futuro y esperanza, y a lo bello, despreciando a la muerte como si fuera un fracaso y algo feo. «¿Cuántos años tiene?», era una tópica y habitual pregunta suya determinada por su entusiasmo por todo lo que fuera prometedor. Y por lo mismo que amaba a lo joven, sano y esperanzador, luchaba por el éxito renacentista, aunque consciente de que tan pronto el hombre nace es lo suficientemente viejo como para morir, y que la muerte es el fenómeno más trivial y común que existe. Quería ignorar a la muerte a sabiendas de que hemos sido hechos, en esencia, para morir y que «mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es nosotros no somos». Celoso del presente y transido de futuro, era un fabuloso fabricante de planes y proyectos, que iba anotando en una inseparable agenda emborronada de una letra clara y rotunda. Como era su amistad y su existencia.

Instalado por azares de la vida en un mundo donde apenas le quedaban familiares —siempre su madre y hermano en el perenne recuerdo—, se apegaba a los amigos y demostraba una tremenda sed de afecto. Un afecto y cariño que saboreaba a través de pocas personas. Trataba a multitud de gentes, conocía a infinitos individuos, se volcaba sobre múltiples semejantes para, a la postre, refugiarse en tres o cuatro: sus amigos. Sus amigos, que lo eran más si vivían en la ciudad que él amaba y le obsesionaba. Como Ulises, soñaba con un eterno retorno a su Itaca-Sevilla, agudizado este anhelo en los últimos tiempos cuando la

agresividad, el desamor y el aire destructivo de la metrópoli-capital le habían afectado. Estaba ya convencido de aquello que escribió su paisano andaluz y poeta de Moguer: «Obligado desertor de Andalucía, por eso, por nostálgico habitante simultáneo de toda mi eterna España, detesto cada día nuestra ridícula necesidad madrileña. En mi movimiento interno, toda idea de capitalidad la relaciono siempre con una Sevilla posible o con una imposible generalidad.»

Al evocarle más fuertemente ahora, transcurrido un año de su ausencia en esta ciudad viuda de sus afanes, lo vemos deambulando por «paisajes del alma» y del corazón. Paisajes por donde anduvimos con él; con él, que un día nos dijo —y es verdad— que nada mejor para conocer a una persona que viajar con ella. Lo adivinamos en Sevilla, en la sierra de Aracena, en La Rábida, en Madrid, en Santander, en Lisboa, en Roma, en Bruselas, en Estambul, en Creta, en Ragusa, en Venecia, en Milán, en la isla de Tabarca, en Madera, en Canarias... Una serie de escenarios que degustaba con fruición por la carga histórico-estética que ellos entrañaban y por su significado espiritual. Desde ellos iba desgranando el rosario de las postales dirigidas a los amigos, a los que deseaba hacer partícipes de su gozo. Un gozo tan mínimo como el de sentarse en la plaza de San Marcos a tomar un café y pergeñar tarjetas con una frase, un detalle de humor o un recuerdo encerrados en media docena de renglones y el abrazo que enviaba al amigo lejano. Lo contemplamos en estas geografías físico-sentimentales que van desde los archipiélagos atlánticos, tema de sus primeros escritos, hasta el Mediterráneo, «azul-mediterráneo» que cantó Miguel Ángel Asturias, cuna de una cultura vieja que llevaba en su sangre como los hombres de su tierra, pasando por Madrid, hervidero y quemadero político.

No importa que ya no esté o pueda estar en ninguno de estos lugares, ni siquiera que no se le recuerde oficialmente en uno de ellos. No importa, porque está en el corazón del corazón de sus amigos, porque está en el lugar donde se encuentran todos los lugares y todos son eternos, y porque nos queda su memoria cubierta de mayos y abrilas y la pena-satisfacción de saber que «la muerte se sintió orgullosa de tenerlo».

## CARTA A UN AMIGO

*“A nadie puede conocerse si  
no es por la amistad.”*

SAN AGUSTÍN

Una carta es como una conversación; nuestra vida fluye sosegadamente mientras platicamos epistolarmente con alguien que no vemos ni oímos. Pero el español, dado a la conversación y la tertulia, es reacio a escribir. Si se decide lo hace con brevedad. Nuestra literatura no es tan rica, por ejemplo, como la francesa en memorias y epístolas, aunque tengamos los notables ejemplos de Garcilaso, Santa Teresa, Lope, Los Argensola, Quevedo, Felipe IV, Sor María Agreda, Fernán Caballero, Valera, Bécquer, García Lorca o Juan Ramón.

El español ha semejado estar siempre muy ocupado; porque la carta exige un ocio, un remanso, que si antiguamente —al parecer— no lo tenían, menos lo poseen los españoles actuales. Lo poco que se producía ha desaparecido casi totalmente en nuestra época. Hoy, el género epistolar —hay excepciones— se reduce a frías misivas. Antaño, dentro de los pocos ejemplos, no. Antaño, una carta era una conversación. Escribir era charlar. Mesonero Romano termina una carta a Galdós de esta manera: «Sabe usted que en conversar con Vd. y algunos pocos escritores que me son simpáticos, tiene un placer su aff.º amigo y s.s. q.b.s.s.m.» *«En conversar con Vd.»* ¡escribe! Eso, conversar, es lo que vamos a hacer ahora, creyendo que «las cartas son siem-

pre de quien las escribe y las palabras de quienes las pronuncian, aunque de otros sean las consecuencias».

Hay cartas públicas y cartas privadas; estas últimas a veces se escriben para que sean dadas a conocer. Mi carta ha sido redactada con el propósito de ser leída por más de una persona, porque aunque dirigida a un amigo su destinatario es todo el que quiera escucharme pues, como dice Juan Ramón Jiménez, «el publicar estas —o el deseo de ver las que no conserva— es sólo para ayudarse a vivir —o a morir—, especialmente».

Es una carta redactada con un propósito. Así se han escrito muchas misivas. Bécquer lo hizo desde el Monasterio de Veruela. A partir de entonces el género, según Gallego Morell, se dignifica y prodiga. Valera y Ganivet, Galdós y Menéndez Pelayo, han dejado una amplia producción epistolar de gran significado. Porque el valor de las cartas ha sido enorme cuando se ha comenzado a estudiar la Literatura española del siglo xx desde el punto de vista generacional. La carta, el género epistolar, da luz para conocer a quien escribe y a su ambiente. Es el caso de las cartas de García Lorca, transidas de literatura, que fueron escritas sin pensar que se iban a publicar.

Nuestra carta es una humilde misiva, redactada en parte como presentación a unos amigos en potencia y como ratificación de algo sabido a viejos amigos. Pero su autor, consciente de sus publicidades, ha aprovechado para introducir en sus líneas algunos conceptos, apreciaciones e ideas que, tal vez, le resten espontaneidad a su escrito. Y es que el saber de antemano que iba a ser leída o publicada ha influido sobre él privándole quizá de objetividad y obligándole a un cuidado literario que ha amornado esa cristalina exposición de la carta íntima, hilvanada como una charla entre dos amigos donde nunca puede haber afeites y pedantescos alardes. Aquí ya no hay —lo reconozco— entrega desinteresada, sincero fluir, sino cuidada finalidad en ciertos renglones. Con todo, muchos párrafos tienen el valor de intentar presentar la imagen de un ideal amigo que puede ser, en el fondo, nuestro propio retrato ya que siempre el hombre, en esa indagación que le aguijonea, no hace sino buscarse a sí mismo.

Querido amigo:

Me has pedido que te escriba una carta hablándote de un amigo mío. Tú ya sabes que la amistad está hecha de comprensiones y complicidades. Y de vivencias de horas sordas y alegres. Pues bien, voy a tratar de charlar contigo sobre mi amigo sin olvidar aquello de que uno es como cree que es, como los demás creen que es y como realmente es. Este amigo mío es para mí como yo creo que es. ¡Sabe Dios cómo será realmente!

Mi amigo es hombre independiente en el lato sentido de la palabra; hombre que puede decir *no*. No le agradan mucho las tertulias, ni el chismorreó, ni los grupos. Rinde culto a la amistad, que coloca en un primerísimo lugar en una posible jerarquía de valores. Tanto valora a la amistad que cree, como alguien también ha creído, que Dios enviará un ángel con el rostro de un amigo antes que dejarnos solos en nuestra agonía. Ahora que tanto falta el oxígeno amistoso y se impone la contaminación enemistosa; ahora, tiempo de insidias, confusionismo, maledicencias, mediocridades, mezquindades, intransigencias..., etc., mi amigo persiste en creer en el amor y la amistad como supremos valores de un cristianismo que los ha exaltado. Reconoce cuanto debe a los demás y, por lo mismo, le gusta ayudar a los que le necesitan. A los sinceros, los trabajadores, los ordenados, los voluntariosos, les da un gran margen de confianza. Suele decir que para él hay dos tipos de personas: en los que cree y en los que no cree. Los primeros, por supuesto, cuentan con su total amistad; a los segundos los cultiva, pero no se les entrega.

Mi amigo tiene un defecto grave en una sociedad del disimulo: manifiesta en su rostro el repudio que la causa el holgazán, el desordenado, el sucio, el ruidoso, el oportunista, el envidioso, el desagradecido. Con estas bases tan simples anda mi amigo por ahí percibiendo siempre, me lo ha dicho más de una vez, que lo que Goethe dijo y repitió Papini es verdad: que los cuervos sólo vuelan en lo alto de los campanarios.

Y el andar por ahí lo hace disfrutando de cosas sencillas. De cosas tan sencillas como el caer de la lluvia, el silbar del viento, el tañer de una campana, la belleza de una flor, el tem-

blor de una llama... Ya te dije que le encanta una sincera amistad, sin recovecos, sin «sieterevueltas». Es un entusiasta de los paseos sin rumbo exacto, para descubrir plazas, callejas, barredueñas, callejones, casas antiguas, espadañas, templos... Goza sentado en una iglesia barroca —de joven le gustaban las góticas— impregnada de inçienso y oír misa en latín, con pocas gentes, en mínimos templos. En ese callejear prefiere la hora de la tarde, donde el ingreso a un compás de un convento, o la presencia de una puesta de sol en verano o el dominio de la ciudad desde un altozano es algo que carece de adjetivos para calificar o determinar. Si es que se puede determinar o calificar estas experiencias. Los domingos por la mañana, cuando la ciudad se divorcia de tanta masa «municipal y espesa» y de tanto coche que la martirizan durante la semana, a él le gusta entonces desposarse con la ciudad. La camina, la acaricia con los ojos, táctilmente casi... Descubre fachadas, balcones, rincones que en el pandemonium semanal es imposible adivinar o descubrir. Esos domingos le agrada leer y oír música clásica; leer las revistas de la semana e ir al cine a las tres de la tarde. Fuera de los domingos busca los lunes, martes, miércoles... para hacer bien las cosas, tomarse unas copas con gente joven que le traen inquietudes, puntos de vista, anhelos, etc., que le rejuvenecen porque la juventud depende, más que de los años, del espíritu con que vivimos nuestra propia edad. Porque mi amigo está convencido de que ser joven no es *ser*, sino *tener* y *estar*: tener un tesoro y estar insatisfecho como decía Rilke. Le satisface también departir con la gente joven, incluso a veces más que con sus propios colegas, porque con aquéllos se sumerge en un mundo de naturalidad, donde no hay reservas, donde no hay zancadillas, ni silencios, ni críticas amargas... Le complace también charlar con la gente humilde, con los sencillos. En sus amistades busca cultivar aquellas personas que le traen un mundo distinto al que él frecuenta.

Cuando pasea se detiene para hacer esto. Entra en una librería; se mete en un mercado; se hunde en la penumbra de una tienda de antigüedades... Y así vive otros mundos. Porque a mi amigo lo que le encanta es dotar a su vida casi a diario de

cosas nuevas. Le duele lo monótono, lo repetido. Como le duele la vulgaridad y la falta de buenas formas en el vestir y comportarse de la gente joven que se empeña en actuar democráticamente cuando lo que hacen es actuar vulgarmente. Eso es algo que siempre le ha preocupado: la educación, el civismo, del pueblo ruidoso y aplebeyado. En su falta de educación-civismo pone un alto porcentaje de nuestros males.

Como es muy curioso, más de una vez me ha dicho: me deleitaría entrar en todas las tascas y conocer las vidas de todos sus parroquianos; me gustaría entrar en las ventanas iluminadas durante la noche y saber qué misterio, alegría, dolores y problemas se encierran tras ellas, y subir a todas las torres de la ciudad y dominarla desde distintos escorzos... Esa curiosidad es la que le hace meditar siempre que ve en un aeropuerto la recua de coches eléctricos llevando y trayendo equipajes hacia un avión, lo interesante que sería saber las historias que van encerradas dentro de cada maleta. Es muy sensible a las flores y plantas, a los olores, a la música y a la voz humana. Uno de los sonidos que sé que le entusiasman son el de la voz de su madre, su esposa y seres queridos. Porque, dice, son voces que cambian a través del teléfono. En esto del teléfono siempre me repite o subraya lo distinto que es una conversación con una persona situada en un escenario que uno conoce a un diálogo con alguien que está situado en un sitio que uno desconoce. Son distintas, según él, las charlas. El poder imaginar a quien le habla en un ambiente que ha visto hace que la conversación sea más conversación.

Cuando llega el verano mi amigo, como ha nacido a la orilla del mar y lleva a éste en la sangre, se va en busca de él. Leer tirado en sus arenas llenas de silencio; meterse en él destrozándolo por las mañanas; observarlo intensamente azul en los mediodías con unas velas lejanas; analizarlo y pasear por su orilla al atardecer, cuando el sol se entierra voluntariamente en el horizonte arrobado en una indescriptible gama de colores, son placeres simples que no cambiaría por nada. Entonces disfruta sorprendiendo la gozosa quietud mañanera y se solaza con la sombra de los pinos y el olor de la jara o el tomillo castigados por el sol. Y cuando el día «ya usado, se nos va de entre las

manos» nada más sedante que escuchar el mar, mirar la luz de poniente agonizante, y escudriñar el infinito y misterioso cielo.

Yo no sé si te estoy dando una idea muy exacta de mi amigo o si estoy también hablando de mí mismo y de ti. Casi pienso que estoy hablando de tres personas; pero no, hablo de mi amigo. El es así según yo. Y noto ahora, a estas alturas, que me limito a decirte casi sólo lo que le gusta. Podía haber hecho como Andrés Maurois en «Climas», poner a un lado «lo que me gusta de ti» y al otro lado «lo que no me gusta de ti» con relación a mi amigo. Pero pienso que diciéndote las cosas que él ama te doy una buena idea de su personalidad. Personalidad inquieta, torturada a veces por el más allá, por la falta de tiempo para hacer lo que ha proyectado y leer los libros que tiene «atesorados», aunque es consciente que lo que importa es calidad y no cantidad. ¡Pero son tantos los libros buenos! De siempre le encantó eso de leer, viajar y amar. De su afición a la lectura como de su capacidad de amar te he dicho lo suficiente. De su interés por los viajes, que enriquecen la personalidad, se adivina al observar su movilidad y lo que le rodea en casa. Y entonces anota lo que ve, como a diario anota una idea, una tarea, una sugerencia, porque no tiene gran memoria.

Sincero, desinteresado, generoso como todos los que se han hecho a sí mismo —trabajando para poder estudiar—, mi amigo o nuestro amigo tiene una gran capacidad de entrega hacia los que le responden. Fíjate que he dicho *nuestro* y es que a estas alturas tú también debes considerarte amigo suyo. El mismo ímpetu, tesón, capacidad de orden y organización, etc., que tiene la pone al servicio del olvido o la indiferencia hacia las personas que no responden a la concepción que él tiene de la amistad.

Y termino ya. Yo sé que antes, cuando era más joven, tenía muy presente aquello de «quien pierde la mañana pierde la tarde, quien pierde la juventud, pierde la vida». Sigue creyendo esto, pero dedica cada vez más tiempo al goce de la vida. Entendiendo por vida eso: la charla con un ser humano, la lectura de un libro, un viaje, el pasear junto al mar o el compartir una copa con los amigos. En hechos tan simples cifra la *felicidad*.

esa cosa que «ni se recibe ni se plagia», sino que es «en cada individuo labor original y creadora».

Si me hubieras dada más espacio te hubiera hablado de sus defectos. Algunos quedan apuntados; pero ciertamente yo sé que no es tan bueno como yo o la gente cree, pero tampoco «es tan malo que no crea que puede ser bueno». Eso le salva. Eso y su falta de rencor. Aunque se mantenga distante de una persona, porque ya no cree en ella, sin embargo, ha olvidado las razones que le llevaron a su actitud.

Querido amigo, antes de alcanzar el umbral de la madurez por donde ahora nos movemos quisimos y ambicionamos muchas cosas. Ahora, desde la dulcedumbre y reposo de esta atalaya alcanzada a pulso, las cosas, los amigos, se ven de otra manera. Mejor dicho, se ven cosas que antes se ignoraban, y comprendemos mejor otras, tal vez porque hasta el borde de nuestra vida arriban amigos desencantados, o porque nosotros mismos fuimos algo y ya no lo somos o porque poseemos una perspectiva que nos permite vislumbrar a más de uno que *fue* y ya *no es* por muerte o por olvido, que es peor. Y entonces es cuando nos recomo el ansia de saborear el placer de las cosas simples que es donde está la felicidad. Yo creo que eso es lo que le ocurre a mi amigo.

Te he escrito esta carta como si conversara contigo, aunque no nos veamos ni escuchemos. Estas líneas, testimonio o confesión de un modo de ser, han sido hilvanadas pensando en que sólo tú serás el lector puesto que sólo tú me has dicho o preguntado por mi amigo. Sin embargo, he escrito una carta como si fuera destinada a leerse por muchas personas. La culpa la ha tenido esta noche de junio con una descarada luna y un insomnio cuya causa ignoro. Noche que me ha hecho olvidar que otras personas —no sé si son amigos suyos— lo ven como hombre caprichoso, autoritario, personal, espontáneo, de reacciones inesperadas, vehemente, apasionado. Creo que algunas de estas notas son ciertas y hasta explicables. Por ejemplo, me consta que la palabra *mañana* la ha desterrado de su acción y que el uso de ella con exageración o la negligencia de colabo-

radores le conduce a eso que denominan «personalismo». Las otras notas, con ser negativas, a mí no me importan; porque yo quiero a mis amigos con sus defectos y mi gran riqueza es tener amigos. Tú, uno de ellos.

Con un fuerte abrazo,

5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (En prensa).
7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado).
8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado).
9. José Batlló: *Una Historia de Amor*. (Publicado).
10. Rafael Guillén: *Amor, acaso nada*. (Publicado).
11. Ruth Schmidt: *Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*. (Publicado).
12. Saulo Torón: *Poesías*. (Publicado).
13. Pedro Perdomo Acedo: *Elegía del Capitán Mercante*. (Publicado).
14. Jesús María Godoy: *Sobre el Camino*. (Publicado).
15. Lázaro Santana: *Recordatorio USA*. (Publicado).
16. M. Alvar L.: *Niveles Socio-Culturales en el habla de Las Palmas de G. Canaria*.
17. Chona Madera: *Los contados instantes*.
18. Enrique Ruiz de la Serna y Sebastián Cruz Quintana: *Prehistoria y protohistoria de Benito Pérez Galdós*.
19. Julio Alfredo Egea: *Cartas y Noticias*.
20. Pedro Perdomo Acedo: *Luz de Agua*.
21. Angel Acosta: *Antología*.
22. W. Shoemaker: *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*.
23. Manuel Hernández Suárez: *Bibliografía Galdosiana*. Tomo I.
24. Alonso Quesada: *La Umbria*.
25. Sebastián de la Nuez: *Introducción al estudio de la «Oda al Atlántico»*.
25. Carlos Alvar: *Encuestas en Playa de Santiago*.
27. Manuel Alvar: *Islas Afortunadas*.
28. Gregorio Salvador: *Cuatro conferencias de tema canario*.
29. Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos.
30. Francisco Morales Padrón: *Soñando caminos*.

## II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

## III.—GEOGRAFIA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (Publicado).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: *Historia de la Medicina en Gran Canaria*. (Publicado).
5. F. Morales Padrón: *Sevilla, Canarias y América*. (Publicado).
6. Dr. Juan Bosch Millares: *Don Gregorio Chil y Naranjo, su vida y su obra*. (Publicado).
7. Manuel Velázquez Cabrera: *Resumen Histórico Documentado de la Autonomía de Canarias*.
8. Fernando de Armas Medina: *Estudios sobre Historia de América*.
9. Marcos Guimerá Peraza: *Estudios sobre el siglo XIX político canario*.
10. Francisco Morales Padrón: *Ordenanzas del Concejo de Gran Canaria* (1831).

BI



(Sigue en la contrasolapa)